FERNANDO MÉNDEZ

LA CLAVE DE MOZART



RBA

La clave de Mozart

Fernando Méndez

RBA

Índice

Nota del autor
Lista de reproducción
Prólogo. Otoño de 1791
1. En la actualidad
2
3
4
5. 45 años antes
6 En la actualidad
7
8
9
10
11
12
13
14 En la actualidad
15
16. En la actualidad
17
18
19. En la actualidad
20
21. En la actualidad
22. En la actualidad

23. En la actualidad
24
25 Verano de 1776
26. En la actualidad
27
28
29
30
31. En la actualidad
32
33
34. En la actualidad
35
36
37
38
39. Dos días después
Epílogo

© del texto: Fernando Méndez, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2026

REF.: OBEO057
ISBN: 979-13-7031-156-8

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Nota del autor

Esta es una obra de ficción. Los acontecimientos que aquí se narran no forman parte de la realidad, excepto algunos hechos, diálogos y personajes históricos que sustentan la trama de la novela. Lo que sí es real e irrepetible es la figura de Wolfgang Amadeus Mozart, un genio cuya obra y sensibilidad nos ayudan a amar el arte y la cultura musical, que es lo mismo que decir: a ser mejores personas.

Para Lucas,
que es equilibrio y bondad.

Solo uno hay sabio, en extremo temible,
el que en su trono está sentado.

Para el que teme al Señor todo irá bien
al fin; en el día de su muerte se le
bendecirá.

Eclesiástico 1,8-13

Lista de reproducción

Querido lector:

Esta selección musical es mi forma de acompañarte durante la novela. A medida que avances en la lectura, escucharás diferentes audios que, unidos al texto, aportan sentimiento y emoción en momentos especiales del relato. Deseo que los disfrutes.

FERNANDO MÉNDEZ



Prólogo

Otoño de 1791

—Moriré en diciembre, antes de Navidad.

Constanze lo miró enfadada.

—¡Por Dios, Wolfgang! Detesto esas bromas.

Mozart sonrió levemente y su esposa frunció el ceño, suponiendo que se trataba de una de sus habituales salidas jocosas. Ambos venían de dar un pésame y estaban sentados en un banco del parque Prater, al final de la tarde.

Cuando el frío llega pronto en octubre, Viena se cubre con un tul azulado que lo envuelve todo. Se abriga. Los últimos días de aquel verano habían sido inusualmente húmedos y el cielo no tardó en perder la alegría de sus colores, con el invierno empujando impaciente.

Mozart concretó:

—Ocurrirá el 5 de diciembre. Exactamente cinco minutos antes de la una de la madrugada.

Constanze lo miraba confusa. Conocía esa expresión de firmeza en el rostro de su marido, pero tanta rotundidad la desconcertó.

—Es inquietante predecir la fecha de una muerte… —prosiguió él —. ¿A ti te gustaría saber la tuya?

—¡No! —saltó ella, y al instante se entristeció—. ¿Por qué dices eso?

—Está escrito, querida. ¿Recuerdas al hombre que me encargó una misa de difuntos hace un par de meses?

—¿El del traje negro?

—Exacto. Nos abordó en el carruaje antes de salir para Praga. ¿Qué dijimos?

Constanze se encogió de hombros.

—¿Que parecía un enterrador?

—¿Y aparte de eso?

Mozart la apremiaba moviendo los ojos de lado a lado.

—¿Su voz?… Nos extrañó que fuera el emisario de un conde.

—¿Y además?

—¡Ay, no lo sé, Wolf! ¿A qué viene tanto misterio?

El compositor sonrió mientras buscaba algo en el bolsillo de su casaca.

—Dijimos que alguien vestido así no podía traer nada bueno. —Imitando los movimientos de un mago, sacó una bolsa y la agitó haciendo sonar unas monedas.

Constanze se arropó con el chal que cubría su vestido *robe à-l'anglaise* de tonos pastel. Su pelo, adornado con un sombrero, estaba recogido en un moño que el viento iba desanudando. No dejaba de observar a su marido.

—¡Estábamos equivocados! —añadió eufórico—. Aquí hay treinta ducados de oro y, cuando termine la obra, ese conde me pagará otros setenta. —La besó en la frente—. No está mal para unos cuantos días de trabajo.

—¿Y qué tiene que ver eso con…?

—¿Con mi muerte?

Mozart guardó la bolsa y su rostro se ensombreció.

—Ayer estuve en Gloggnitz, en casa de ese conde… Walsegg, se llama. Es un arrogante. Un burdo imitador. Su palacio es como el de Versalles, pero en miniatura. —La cogió de la mano y le sostuvo la mirada—. Yo quería asegurarme de que la propuesta era cierta y, aprovechando que estabas en Brno, me animé a visitarlo.

Mozart corría el riesgo de no resultar creíble. Lo sabía. Pero no se le ocurría otra manera de abordar el tema. Además, recibía halagos constantes sobre sus dotes de oratoria y eso le daba cierta seguridad a la hora de lanzarse a tumba abierta a revelar el secreto. Sin embargo, con Constanze esa estrategia no funcionaba. Ella lo miraba con la intranquilidad de una duda hiriente, mientras él, dándose cuenta, comenzaba a sentirse nervioso. Al fin y al cabo, se trataba de ponerle fecha a su muerte.

Sin mucho ánimo, prosiguió:

—El conde me dijo que el réquiem es para su esposa; falleció hace unos meses. —Movió los brazos como un director de orquesta exagerando el gesto—. Quiere interpretarlo en su palacio, con sus músicos y junto al mausoleo «donde reposa mi amada»; así lo expresó.

Constanze negó con la cabeza.

—Sigo sin entender…

Él se tomó un instante para desbrozar el relato de cualquier matiz místico. Ciertamente, no lo tenía. «Nada hay de espiritual en una fórmula que aplica las matemáticas al devenir humano», pensó Mozart.

Y, fingiendo desapego, comenzó a explicarle que el conde Franz von Walsegg, en prueba de su buena fe, le dio, además de los treinta ducados de anticipo, una extraña fórmula «con la que podrá

averiguar la fecha exacta de la muerte de cualquier persona. No me pregunte cómo, pero acertará. Yo mismo lo he comprobado con Anna; fue lo único valioso que tuve en mi vida y, ya ve, el destino me la ha arrebatado con apenas veinte años».

El viudo aristócrata, sin hijos y con propiedades repartidas por toda Austria, paseaba ahora su pena entre jardines, guardando como un tesoro aquel regalo que un amigo le había traído de territorio otomano: un pergamino sumerio comprado en la Ruta de la Seda.

«En Persia, entre jaimas y palmeras, cualquier negocio es posible», le había dicho su amigo. «Sin embargo, en Constantinopla, si quieres obtener un buen precio, tienes que sudarlo en un baño turco».

En realidad, no se refería al pergamino, ya que aquella hoja de papiro le había salido gratis. Venía envuelta en un elegante tubo de marfil con motivos de elefantes, y no era más que un simple complemento del trato acordado por la compra de un cargamento de alfombras.

Pero eso no les importaba. Ni a su amigo —un comerciante vienés — ni al conde. Ambos pensaron que se trataba de un *souvenir* adornado con una fábula sobre la vida y la muerte. De hecho, a Walsegg todos esos empeños adivinatorios le atraían. Eran un pasatiempo.

Tanto es así que, a los pocos días de recibirlo, decidió aplicar la fórmula por pura diversión y calculó la fecha en la que había muerto recientemente uno de sus sirvientes: le salió exacta, en día y hora.

Extrañado, repitió la deducción con otras dos personas de su entorno, fallecidas en un accidente de carruaje, y volvió a clavar las

fechas con la máxima precisión.

Para el conde, aquello se convirtió en un juego adictivo y quiso ir más allá. Recordó que su amigo comerciante le había dicho entre bromas que esa fórmula también servía para predecir una muerte futura. «Se lo aseguró el vendedor de alfombras», le dijo a Mozart.

Y no dudó en comprobarlo.

Recopiló datos de algunos ancianos del pueblo —con los cuales no le unía el menor vínculo afectivo— y terminó por acertar en todos los casos las fechas exactas de los óbitos. Incluso llegó a jactarse de sus dotes de profeta en sus círculos más íntimos.

Sin embargo, un día su esposa enfermó. Para entonces, el conde Walsegg llevaba cinco años entreteniéndose con la clave sumeria y su macabro juego —del que nunca revelaba su secreto—, con el que repartía vida y muerte por la comarca en forma de descarnado acertijo, siempre utilizando personas ajenas a sus afectos.

Siempre con otros.

Sin sentir nada.

Hasta que lo probó con Anna.

Entonces todo cambió. Dijo que lo hacía para ayudarla. Sabía de la gravedad de su dolencia y, en ese papel de pseudodios, quiso combatir el temor a perderla y, a la vez, favorecer su curación.

Pero no lo logró.

Walsegg comenzó a hacer cálculos tres meses antes. La dura agonía no daba tregua. Anna, entre dolores, sufría y suplicaba que llegase el fin, mientras él no podía quitarse la fecha de la cabeza. La fórmula sumeria lo había revelado: 2 de marzo de 1791 a las 14:35.

Mientras su esposa se estaba muriendo, el conde se obsesionó con volver una y otra vez a calcular los datos. Quizá hubiese un

error… Puede que no aplicase bien las variables… Tal vez volviendo a sumar y poniendo otras coordenadas… Pero no. Los números se empecinaban en dar siempre el mismo resultado: 2 de marzo de 1791 a las 14:35.

Y así fue.

La condesa Anna Walsegg partió en la fecha señalada y con ella se fue también la ilusión de su marido, quien guardó la fórmula tras una portezuela oculta en su biblioteca, lugar del que solo la sacó el día en que decidió contratar a un músico para componer un réquiem en honor de su esposa.

Mozart olisqueó el viento de la tarde y la proximidad de Constanze le trajo el aroma de Eau de Farina, la colonia que tanto le agradaba por su frescura cítrica. Luego se fijó en el Prater, que comenzaba a quedarse vacío con el atardecer y sus sombras llenándolo.

Le acarició la mejilla y la miró con ternura. Era consciente de la incomodidad que le había provocado. Aun así, su esposa seguía prestándole atención.

Entonces Mozart rememoró el momento en que el conde abrió la portezuela de la biblioteca y sacó el pergamino. Sobre el escritorio, fijó cada extremo con sendos pisapapeles, tomó una hoja pautada con pentagramas en blanco y copió en su parte superior aquellos extraños símbolos. En concreto, doce.

Al terminar, devolvió la pluma al soporte y levantó la vista para mirar a Mozart. «Estos son caracteres de una antigua civilización asiática. Para interpretarlos deberá saber algunos datos de la persona cuya muerte quiera conocer. Luego bastará con combinarlos

adecuadamente y obtendrá la fecha y la hora exactas. —Le entregó el documento y una cuartilla con las instrucciones para interpretar la fórmula—. Créame, señor Mozart, es el mayor secreto que un ser humano puede poseer».

El músico tomó las hojas entre las manos como quien sujeta a un bebé y se cuidó de no emborronar la grafía, con la tinta aún fresca y desprendiendo un suave aroma a limón.

«No la pierda —le recomendó el conde—, vale más que toda su obra junta. Y cuando se convenza, transmítala, pero solo a personas rectas y solidarias. Nunca la dé como regalo; es un don supremo que se brinda para ayudar al alma en su camino hacia la trascendencia —y antes de despedirlo, concluyó—: Por favor, componga usted el réquiem más emotivo. Quiero que Anna esté presente en cada nota».

—¡Wolf!

Constanze llevaba varios segundos hablándole. Mozart se había quedado callado, con la mirada perdida en la lejanía del parque. Su gesto petrificado traducía una profunda pena.

Visto a distancia, podría decirse que ya asomaba en él la enfermedad, con esa tez pálida y reñida con el verano que Constanze achacaba a la aversión que le tenía al sol.

Claro que ella no conocía los acontecimientos que en pocas semanas iban a precipitar la muerte del genio. Es más, si alguien le preguntara por el aspecto cerúleo y ojeroso o por las repentinas evasiones mentales que Mozart experimentaba, ella lo justificaría diciendo «él es así», orgullosa de convivir con un ser tan

excepcional, esclavo de su creatividad y al que las más altas dignidades hacían encargos para enaltecer celebraciones.

También diría Constanze que, tras esos instantes de máxima concentración, Mozart era una eclosión de vida. Su pluma llenaba pentagramas a borbotones mientras las notas musicales rebosaban en su cerebro.

Cualquier comentario banal servía para explicar sus excentricidades, pero, interiormente, ella sabía que ese niño insatisfecho jamás asumiría lo imposible. Para Mozart no existía esa palabra. En el mundo exacto del pentagrama, donde la creatividad y el genio transitan al filo de lo irreal, el daño no se percibe. Lo impide la fantasía. Y así, maravillado y maravillando, no se cansaba nunca de recorrer la noria del hámster, como decía Constanze.

Mozart era, al fin y al cabo, un preso en su propia cárcel.

Tal vez el origen de su conducta se debiera a las pócimas que tomaba. Sus continuas enfermedades… Y Constanze, aunque resignada a su lento deterioro, no pudo evitar inquietarse aquella tarde. Sabía de sus altibajos. De sus cimas y simas. Pero nunca hasta ese momento lo había visto con tanta carga de tristeza.

—¡Wolfgang! —Le agitó el brazo.

Él salió dulcemente del trance.

—Lo siento, querida. —Su voz aflautada sonó fingida.

Lentamente, sacó de su bandolera una partitura; ella reconoció su grafía. Se detuvo a observar el esmero con el que había escrito el título: «Lacrimosa». Y, justo debajo, vio unos extraños símbolos.

—Este también será mi réquiem.

Ella lo miró desconcertada.

—Ya lo es, cariño. —Señaló al pentagrama—. Has escrito varios compases.

—Me refiero *a mi* réquiem. El de mi funeral.

Antes de que ella comenzase a llorar, Mozart tiró la partitura al suelo y la abrazó pidiéndole que no contase a nadie lo que iba a revelarle.

Y así, como en un arrebato de creatividad, atropellando los segundos, le relató lo que el conde Walsegg había dicho de la fórmula sumeria. Una historia tan sombría como inquietante a la que iba añadiendo claves astrológicas y matemáticas, aspectos espirituales, físicos, meteorológicos, geográficos, químicos y hasta alquímicos, todo sin solución de continuidad, en tropel, a toneladas orales, como una sucesión de fusas que ametrallaban el intelecto con cada sílaba, sin calma, sin dejar de mirarla.

El músico que días antes había terminado de componer la ópera más maravillosa del mundo saltaba ahora desde lo alto de una flauta mágica hasta la voz de un oráculo de notas tristes como solo sugiere una tonalidad menor. Llenaba el pentagrama de melancolía, muerte, desesperanza, destino, tinieblas…

Y, a pesar de todo, «Lacrimosa» sonaría a gloria.

Constanze se arañaba el pensamiento en busca de optimismo. En aquel banco del Prater, la alegría resultaba inalcanzable.

Mozart recogió la partitura y regresó a su serenidad.

—Cuando quieras jugar a ser Dios —dijo sin ironía—, utiliza esta fórmula.

Pero ella ya se había transformado. Lloraba.

Entonces Mozart no tuvo más remedio que darle una prueba para que le creyera: le mostró un papel en el que había escrito el nombre

de «Marcel Autemburg» seguido de una hora, las 11:45, y de una fecha, el 25 de octubre de 1791. El día en el que estaban.

Precisamente, venían del velatorio.

Marcel Autemburg era amigo de la familia. Había fallecido esa mañana en el nosocomio de Viena —el hospital más moderno de la ciudad—. Ingresó por una enfermedad que le provocaba insoportables dolores en los huesos.

—Ayer, al volver de Walsegg —relató enrollando el papel—, quise comprobar toda esta locura y, sabiendo de la gravedad de Marcel, me puse a calcular su muerte. Quizá no debí hacerlo, pero lo hice y esta mañana, antes de tu regreso, fui al hospital y el médico nos dio la noticia a su hermano y a mí. —La miró temeroso—. ¿Sabes a qué hora falleció Marcel?

Constanze negó con la cabeza.

En un arrebato de ira, Mozart golpeó la partitura contra su mano y volvió a ponérsela ante sus ojos.

—¡Exactamente a las 11:45! ¡Maldita sea! ¡Como yo predije! —Se agitó—. ¡Esta puñetera fórmula funciona!

—Pudo ser casualidad…

—¡Sí, claro!, y también es casualidad lo de Ignaz von Born. ¿Recuerdas a qué hora falleció mi maestro?

—Fue en julio, pero la hora…

—Yo te la diré: murió a las 17:22 o, si lo prefieres, a las 5:22 de la tarde. Lo recuerdo muy bien porque ese era su año de nacimiento: 1722. ¡Y también coincide, Constanze! ¡Lo he calculado!

—Es…

—¿Imposible? —la interrumpió él, sonriendo—. Espera al 5 de diciembre y lo comprobarás.

Entonces ella estalló:

—¡No quiero nada! ¡No me importa ese conde ni su fórmula! —Devolvió la partitura a la bandolera y lo miró con ternura—. Solo quiero que descanses, cariño.

Mozart se enfrió la frente con la mano.

—¿Cuándo lo he hecho?

—¡Nunca!… Por eso te lo pido.

—Tenemos deudas.

—Aquí no hay deudas. —Le tapó la boca con la suya intentando una táctica afectuosa—. En este parque no, Wolf; solo estamos tú y yo. Viena, nuestro amor. —Y añadió con firmeza—: Prométeme que descansarás.

Mozart la miró sin ocultar su aflicción. Despojado de la peluca blanca y la casaca roja con botones y charreteras doradas, su indumentaria beis no llamaba la atención. Tenía el mismo tono que ese atardecer en tránsito hacia la noche.

Asintió con gesto protocolario.

Posiblemente, en ese instante, ambos se aferraban al salvavidas de la duda. Deseaban que todo aquello no fuera cierto. Y así pasaron los días, mientras Mozart se metía de lleno en el Réquiem, liberado ya de los compromisos de *La flauta mágica*. Entonces su salud se debilitó. Constanze apelaba a la razón. Quería convencerse de que esa macabra predicción no era más que simple fatiga.

Así lo sostuvo hasta la noche anterior al fallecimiento. Cuando la medicina ya había tirado la toalla y Mozart parecía a punto de reventar, Constanze se apiadó de su alma y le dijo:

—Tú tenías razón. —Le acarició el rostro inflado.

Mozart apenas podía vocalizar. Aun así, intentó una última broma.

—Átame con una cuerda y sácame de paseo… Soy como un globo. —Al sonreír, una potente tos lo estremeció y agitó el dosel de su cama.

Las personas que aquella tarde habían pasado por la casa, discípulos, familiares y el personal de servicio, aguardaban el desenlace repartidas en varias estancias, mientras en la inmensidad del dormitorio —presidido por una mesa de billar en la que se apreciaban tallados dos ángeles practicando ese juego—, todo era soledad y una mezcla de madera con hedor a muerte.

La pareja se cogió de las manos.

—Tenías razón… —repitió Constanze llorando.

—¿Qué hora es?

Ella miró hacia la cómoda y, tras enjugarse las lágrimas, respondió:

—Casi las siete. Ya ha anochecido.

Mozart cerró los ojos con un rictus que amenazaba con ser definitivo:

—Buena hora… Me quedan seis. —Señaló hacia la puerta—. En el fortepiano está la fórmula. Hay dos copias. Llévale una a Otto, él sabrá qué hacer con ella. —La miró haciendo esfuerzos por mantenerse despierto—. Y la otra dásela al conde Cobenzl, dile que es la fecha que le prometí.

Constanze conocía bien a Otto von Gemmingen-Hornberg, chambelán de la corte y maestro de la Logia Masónica de Viena, a la que pertenecía Mozart. De hecho, la familia le estaba muy agradecida por la ayuda prestada durante los meses de penuria económica en los que el compositor había multiplicado su producción para atenuar las deudas. Con Philipp Cobenzl la relación era distinta;

trascendía lo filantrópico. Mozart y él se conocían desde hacía años y compartían, además de una gran amistad, la confianza de sus confesiones más íntimas.

Pero en aquel momento el encargo estaba fuera de lugar. Constanze solo tenía en su mente la predicción sumeria, que volvía una y otra vez, como una testaruda certidumbre, anunciando el final señalado.

—¿Por qué he de hacerlo? —preguntó ella—. La obra es tuya.

—Querida… Por primera vez, mi música no es lo importante. Cumple el encargo, por favor.

Las siguientes horas fueron una sucesión de acontecimientos. Mozart alternaba momentos de calma y lucidez con otros en los que la fiebre lo empujaba a balbucear pidiendo papel pautado para dictar nuevos compases del Réquiem. Revivía y moría a ratos. Así había pasado toda la mañana y parte de la tarde, hasta que el médico de la familia, el doctor Closset, desaconsejó cualquier actividad y sugirió a su esposa que entrara para despedirse.

La extrema debilidad anunciaba el coma.

La pareja pasó junta otra media hora sin decirse nada. Y cuando él pareció sumirse en un placentero sueño —llegando incluso a roncar—, el médico le pidió a Constanze que saliera del cuarto.

Entonces ella fue hasta el estudio donde había un pequeño piano de madera de patas estilizadas, apartó la tela que lo cubría y levantó la tapa. En el paño interior, adherida a la tabla armónica, estaba la primera página de «Lacrimosa» y la fórmula sumeria sobre el primer pentagrama. En el envés de la hoja, Mozart había escrito las instrucciones que debían seguirse para interpretar los símbolos. Al pie de página, firmaba «Para Otto». En el otro extremo de la tabla,

había otra copia y las mismas instrucciones; en este caso, la firma ponía: «Para Philipp».

Constanze nunca había visto nada parecido. Desconocía que aquellos símbolos eran la representación de los nueve dioses mesopotámicos y las tres etapas temporales de la vida: nacimiento, desarrollo y muerte. No imaginaba cómo aquellos soles, animales alados, ojos, guerreros y estrellas podían combinarse para deducir el destino vital de una persona.

Tampoco quería saberlo.

En un gesto de rabia, tiró los papeles dentro del piano y dejó caer la tapa con fuerza, lo que hizo que aparecieran en el estudio su hermana Sophie y la asistenta.

Al verla llorar echada sobre el mueble, intentaron consolarla, pero ella levantó el brazo y las detuvo. Quería pasar su pena en soledad junto a aquellos extraños símbolos que, como un tique de adivino de feria, acabarían por confirmar la más terrible predicción. A veinte centímetros de distancia, separadas por la madera del fortepiano, la clave y la mente de Constanze guardaban un mismo secreto: la fórmula magistral de la infelicidad.

La noche fue larga en el número 970 de la calle Rauhensteingasse. Mozart se pasó tres horas agonizando, durante las cuales recuperó la conciencia un par de veces, una de ellas para dictarle a su discípulo, Franz Xavier Süssmayr, las orquestaciones y algunas partes de la *Sequentia* y el *Offertorium* del Réquiem, transcripción que fue todo un reto para el joven compositor, ya que debía estar pegado a la boca del maestro para poder oír lo que decía. A pesar de ello,

estuvieron trabajando casi una hora, consciente Mozart de que el tiempo se le acababa y de que ya no vería concluida «su» misa de difuntos.

Poco antes de sumirse nuevamente en el sueño, le pidió a Süssmayr una copia de «Lacrimosa».

—Quiero que el Amén final ahogue —susurró.

—Perdón, maestro, no lo entiendo.

Mozart cerraba y abría los ojos dejándolos en blanco, al tiempo que respiraba con mucha dificultad.

—Quince segundos, Franz… sostenidos… sin descanso para los cantantes… Que el arco de los violines baje lentamente, como una mano tendida que ayuda al caído.

Entonces, por un instante, Mozart pareció recobrar la lucidez por completo:

—Que sea un final triste, pero esperanzador. Sencillo. Igual que mi muerte, Franz. Fácil.

Süssmayr asintió.

—Así lo haré, maestro.

Mozart cerró los ojos con una sonrisa nerviosa:

—Tan solo unos segundos… Los que tarda el alma pura en subir al cielo.

Süssmayr repasó la composición y fue directamente a la parte final, que hasta ese momento solo estaba esbozada. La estudió durante unos minutos y al levantar la vista para sugerir un matiz vio que su maestro estaba profundamente dormido.

Nunca más volvería a hablar con él.

La última vez que Mozart despertó fue pasada la medianoche. Su cuñada lo acompañaba cuando comenzó a convulsionar, al principio

con leves movimientos y enseguida con violentas sacudidas que alarmaron a Sophie, quien pidió a gritos la entrada del doctor Closset. El médico ordenó de inmediato que le pusieran compresas frías en la frente para bajar la fiebre, pero el cuerpo de Mozart seguía agitándose descontrolado.

Constanze había decidido no volver a entrar en la habitación. Oyó desde el estudio los frenéticos movimientos y preguntó qué estaba ocurriendo.

—La fiebre, señora. Ha vuelto a subir —confirmó una asistenta.

—La fiebre… —Con la mirada perdida, observaba desde el pasillo a las personas que entraban y salían del cuarto y, aunque se temió lo peor, permaneció impasible, con la quietud de una estatua o, más bien, de un espectador en el teatro asistiendo a un drama.

Mozart temblaba. Ardía sin remedio. El nerviosismo reinante hizo que incluso su cuñada se opusiera a las indicaciones del médico.

—¡El frío le provocará un choque térmico! —protestó ella, en un alarde de erudición, poniendo en práctica los escasos conocimientos de enfermería que había adquirido durante una estancia veraniega en un balneario.

Pero una mirada del médico bastó. Sophie recapacitó y pidió enseguida un recipiente con agua fría.

Aquellos fueron los últimos minutos del genio.

Nada más entrar su frente en contacto con el paño, Mozart abrió los ojos y comenzó a emitir sonidos acompasados como timbales. Pum, pum… Pum, pum… Pum, pum… Temblaba y se estremecía, pero ahora sin muecas de sufrimiento. Incluso parecía disfrutar de la sinfonía que se desataba en su interior.

«Nunca obligues a nadie a hacer esfuerzos por comprenderte. La música es gozo, no dudas», recordó su mente mientras se adentraba en la percusión de «Lacrimosa» y su hinchado cuerpo se agitaba, ahora sujeto por varias manos que intentaban contener la furia final.

«Llega el desprendimiento… pum, pum… El alma desencarna en un azul simple. Así debe ser. En perfecta creación. En perfecta ejecución. Encanto. Sencillez… pum… pum».

0:53.

«Faltan dos minutos», le dijo su mente. «Una vez más, cumplirás contigo mismo. Te irás exacto. Con tu métrica infalible. Con la que tocas el corazón… Emociónate. Siente. Ama todo… Aunque ya no seas Mozart, ni Trazom, ni Wolfgang, ni Amadeus, ni nada aprovechable, cuenta hasta sesenta, no pares, que pronto el mundo se hará pequeño para abarcar tu gloria».

Mozart (o lo que quedaba de él) escuchaba complacido, cráneo adentro, la despedida que le brindaba su intelecto. En ese instante, la música se hizo letra y, en aquella habitación, ahora llena de gente aguardando el desenlace, se le oyó cantar en perfecto latín:

Lacrimosa dies illa qua resurget ex favilla
judicandus homo reus. Huic ergo parce, Deus.
Pie Iesu Domine, dona eis requiem. Amen…

—Delira —dijo la asistenta.

—Enfríe de nuevo el paño —ordenó el médico.

Con los ojos cerrados, Mozart siguió canturreando entrecortadamente, como quien se distrae durante una tarea, hasta que los sonidos se fueron espaciando y su intensidad menguó.

También los temblores desaparecieron y pronto serían ya leves espasmos localizados en sus extremidades.

0:54.

Entonces el frío dejó de hacer efecto. Ya no era necesario.

La temperatura corporal comenzó a bajar y su cuerpo se quedó inmóvil, con una mueca de burla instalada en el rostro. Todos sabían que aquello era debido al desajuste de los nervios faciales en el instante del óbito, pero por un instante la duda sobrevoló el ambiente; quizá estuviese guardando una última broma, la traca final.

Pero no. Todo había terminado.

El doctor Closset posó la mano sobre el hombro de la asistenta y la invitó a quitar la compresa de la frente. Sophie se volvió hacia la pared y se puso a llorar, y enseguida salió corriendo en busca de su hermana.

Mientras, el joven Süssmayr, aún con la pluma y la partitura en sus manos, miraba la escena desde el otro extremo del dormitorio. Él y todos los demás, situados como en el escenario de una ópera.

0:55.

Fin.

No por esperada, la muerte de Mozart fue menos impactante. Para quienes la presenciaron en directo, la imagen del genio convulsionando sería un traumático recuerdo, pero no para Constanze. Por voluntad propia, quiso permanecer fuera de la habitación hasta que le comunicaron el fatal desenlace, e incluso después solo accedió a ver el cuerpo una vez que estuvo amortajado

—al estilo masónico, con manto negro y capucha—, lo cual favoreció el tránsito del luto y le permitió hacerse a la tragedia; quizá también porque asuntos mundanos como las deudas la obligaban a estar más concentrada en lo material que en lo espiritual.

Por el contrario, para el joven Süssmayr, la visión de un Mozart poseído por la enfermedad fue algo lacerante. Jamás lo olvidó. Siguió viendo a su maestro en cada pentagrama; allí donde hubiese una nota, el genio aparecía ahorcado entre fusas y corcheas; dicho en tono poético, como él mismo lo definía.

De hecho, cuando Franz Süssmayr terminó el Réquiem, pasó una larga temporada aislado en un balneario, y se dice que hasta el día de su muerte —acontecida también a temprana edad— no dejó de ver ni un solo instante a Mozart por donde quiera que fuese: como peatón, como conductor de carruajes, dirigiendo una ópera, limpiando las calles o muriéndose de hambre entre harapos.

Igual que a su maestro, el Réquiem lo superó. Fue una experiencia emocional de arrepentimiento creativo que marcaría toda su carrera. Tener que completar una composición de Mozart acabó convirtiéndose, más que en una honra, en una obsesión porque la gente no paraba de preguntarle: ¿Qué final habría escrito tu maestro? ¿Coincidiría con el tuyo? ¿Te habría felicitado Mozart o habría censurado tus propuestas?

Süssmayr hizo suyas esas preguntas durante toda su vida. Su corazón, arrepentido, se dijo mil veces que lo mejor hubiera sido dejar la obra inconclusa. Cualquier cosa con tal de no prostituir la creatividad del genio.

Pero fue débil y desoyó a su conciencia.

El empuje de Constanze, primero, y el éxito adherido a la leyenda de su maestro, después, lo llevaron a completar los esbozos del *Sanctus*, el *Benedictus* y el *Agnus Dei* y también la percusión de toda la obra. En realidad, de las siete partes, Mozart solamente llegó a escribir el *Introitus*, el *Kyrie* y los primeros compases de «Lacrimosa».

Cuando días después sonaron algunas de esas notas en la misa de funeral, Süssmayr no pudo permanecer en el templo. Un repentino mareo lo hizo salir y caminar en medio de una gran nevada; sacó del bolsillo la pluma que el maestro le había regalado para terminar el Réquiem y, en un arrebato de furia, la destrozó, echándose luego sobre la nieve a llorar su arrepentimiento.

Cuentan que, años después, en su lecho de muerte, Süssmayr pidió a un violinista amigo suyo que le tocase unos compases del Réquiem, del que dijo ser «tan padre como Mozart». Sin embargo, Viena había cambiado mucho. Mozart ya era un dios y quien osara poner en duda cualquier pasaje de su vida se arriesgaba al descrédito más absoluto.

Por eso, al final, aquel violinista tocó un réquiem, sí, pero no el de Mozart. No quiso profanar la memoria del maestro. Y Süssmayr, ya casi sordo a causa de la tuberculosis, no se lo pudo reprochar. Quizá se lo agradeció. Puede que, desde su silencio enfermo, se conformara con haber ganado en su juventud una pequeña porción de eternidad dentro de aquella habitación, con Mozart dictándole su sentencia.

Por algo a los genios se les perdona todo.

Por algo se les quiere.

Por algo son inmortales.

1

En la actualidad

Viernes, 4 de diciembre, 20:00.
73 horas antes del fin

Morir ahogado en chocolate nunca es una opción de suicidio, y menos en Viena, ciudad de suave discurrir como la superficie de una tarta Sacher. Vayas donde vayas te inunda un aroma a cacao que evoca felicidad, sobre todo en vísperas de Navidad, con los mercadillos recién abiertos y la ciudad engalanándose para las fiestas más importantes del año.

Por eso, cuando el periodista Peter Dauson vio el cadáver sumergido boca abajo, con las piernas sobresaliendo del tanque, se dijo que de suicidio nada.

«Está como plantado en un tiesto», pensó.

La pasta de chocolate, a punto de solidificarse, le cubría el cuerpo hasta las rodillas y mantenía equilibradas las extremidades inferiores en un ángulo que retraía los bajos de un pantalón de raya impecable. Coronando el cuadro, unos brillantes mocasines salpicados de gotitas marrones delataban que su dueño tenía buen gusto además de buena cartera, a juzgar por la marca y por lo poco gastadas que estaban las suelas.

Llevaba así media hora. El mismo tiempo que había transcurrido desde que desconectaron la electricidad de la fábrica, provocando la

detención de las palas de mezcla y el proceso de conchado, haciendo que el chocolate, aún tibio, fuera adquiriendo consistencia conforme perdía temperatura.

Ocurrió durante la última visita.

Doce personas habían pasado por allí minutos antes con el jefe de producción en el habitual recorrido vespertino que cada día realizaba un grupo de turistas. Conocer la historia y el proceso de fabricación de la Swenner Chocolat Factory ocupaba un lugar destacado en el programa cultural que ofrecían las guías de Viena.

La visita comenzaba en el almacén de recepción de cacao y terminaba en la tienda de ventas, una sugerente estancia decorada al estilo decimonónico de irresistible tentación. Si algo destacaba en esta centenaria empresa, era su cuidada estrategia de marketing, y el local de «producto terminado» así lo corroboraba: surtido con todas las variedades de la marca y elegantes cajas de bombones, predisponía al visitante al placer en una conjunción perfecta de aroma, sabor y color.

La fábrica estaba situada en una parcela ajardinada de Landstrasse, un barrio tranquilo del canal del Danubio donde nunca pasaba nada. Nunca, hasta ese día.

Ya por la mañana, unos trabajos de mantenimiento habían alterado el recorrido de las visitas, desviándolas de su itinerario habitual. Nada importante. La sección de conchado —donde apareció el cadáver— se había cerrado para mayor comodidad de los técnicos, lo cual no evitó que al descubrirse el crimen la noticia se propagara de inmediato. Los gritos de una mujer, amplificados por el eco de la techumbre, encendieron la mecha del macabro hallazgo

justo en el momento en que los turistas se subían al autobús para regresar a Viena.

A los alaridos les siguió la aparición de un coche patrulla, y enseguida, una ambulancia y un pequeño furgón de bomberos. Todo ello convirtió la explanada de la fábrica en una sucesión de uniformes y sirenas que magnificaron la tragedia en un momento.

Por supuesto, el autobús fue inmovilizado; el conductor, obligado a bajar, y los viajeros tuvieron que permanecer en el interior mientras recluían a los trabajadores de la empresa en las oficinas y toda la zona era acordonada, con los vecinos avanzando temerosos hacia la verja intuyendo que algo grave acababa de suceder.

Pensaron en un ataque terrorista.

De la víctima nada se sabía, excepto que era un hombre —por su vestimenta—. Pero más allá de su letal posición, no se advertía señal alguna de violencia. Unas cuantas salpicaduras, algunas pisadas sobre la rejilla que circundaba el depósito, y poco más. A excepción de estar «plantado» en chocolate, el cadáver no ofrecía más evidencias. Un penetrante olor a cacao —paradójicamente, apetecible— era todo lo que revelaba la escena del crimen.

Peter Dauson seguía mirándolo.

«El instinto jamás lo permitiría… Aunque a ti no te han dado muchas opciones», pensó.

Un rato antes, mientras comía una chocolatina en el patio de butacas de la Wiener Staatsoper —la Ópera de Viena—, con la compañía ensayando la escena final de *Las bodas de Fígaro*, Peter

Dauson no imaginaba que aquel suceso iba a cambiar su vida para siempre.

Tomaba notas en su tableta digital, en paz consigo mismo tras años buscando el sosiego de quienes han vivido la guerra en primera persona. Como periodista se consideraba un privilegiado. Hacer crítica musical en el diario *Krone* era un cómodo colchón profesional, teniendo en cuenta la situación laboral del gremio y, sobre todo, las secuelas que Siria le había dejado.

Cierto es que un informador de raza —lo que él entendía como un sabueso de la noticia— está en las antípodas de un crítico musical. Tal cambio tendría sentido, por ejemplo, si en la cima de las tramoyas apareciera un tipo con máscara de fantasma sembrando de cadáveres la trastienda del escenario. Pero la vida también tiene sus contradicciones; no hay otro animal con tanta querencia a ellas como el ser humano, pensaba él.

Y aunque cambiar los campos minados por la moqueta pueda parecer un contrasentido, en la vida de Peter Dauson no lo era. Más bien se trataba de una enmienda a la totalidad. Igual que adoptas un dogma y te afianzas en él o lo cambias por completo justificando que todo evoluciona.

Peter no era tan voluble. Lo de la crónica musical era, más bien, un salvavidas. Nada de giro de timón. Si hubiera que definirlo, sería el Titanic saliendo a flote porque el mar se había secado. Y tenía sus motivos.

¿Acaso no es contradictorio dejar de fumar de un día para otro o renegar de vivir en pareja después de estar veinte años juntos? Depende. ¿No debería guiarnos un proceso de adaptación en cada cambio que realizamos en nuestra vida? Puede ser…

Si todo fuera un orden establecido, habría que pedir permiso hasta para ir al baño. El cementerio está lleno de gente que tenía razón y, sin embargo, allí se quedan todos, archivados con sus argumentos, con el único consuelo de que sus deudos le harán justicia a su memoria mientras dure la descendencia.

Así pues, que no le vinieran a él con lecciones vitales.

Los biempensantes, cuanto más lejos, mejor. Quedan bien sobre una tarima sentando cátedra, pero no frente a un edificio tiroteado. Hoy en día, los mesías solo acumulan caspa y sus fanatismos no conducen absolutamente a nada, sostenía él.

Bombas por violines.

Trincheras por palcos.

Muertos por músicos.

«¡Bendito cambio!», pensaba al repetir como un mantra las causas de su transformación. ¿Realmente era necesario pedirle permiso al mundo?

Peter Dauson siempre lo tuvo claro: no.

Afirmaba que cuando la dignidad está a salvo, siempre aciertas con el camino que eliges. Lo dijo el primer día en que inició su nueva etapa profesional como periodista musical. Atrás quedaban meses de una traumática experiencia como corresponsal de guerra: desayunar muertos, almorzar secuestros y cenar mercenarios es una agenda que se graba a punzón en tu cerebro, sin contar las lágrimas que se te caen al suelo sin querer, porque en la guerra hacerse el valiente no es un gesto, sino una estrategia vital.

Ese mismo día, de vuelta a la redacción, reconoció que no tenía ni idea de música ni de Mozart y que sus visitas a la ópera se contaban haciendo un círculo: cero. Pero fue sincero.

Cuando asumes una deuda de gratitud, la convicción debe ser inquebrantable. Y Peter Dauson la tenía. Se había ido a Siria vacío por haber perdido a su hija, pero regresó lleno de ilusión porque le habían dado otra oportunidad: vivir.

Así se lo dijo a sus compañeros.

Pero en el teatro la impresión que causó fue la de un tipo duro —muy alejado del estilo que rodea a la ópera— y lo primero que juzgaron fue su aspecto: el cuero y los vaqueros no casan con la etiqueta. Entonces, ¿cómo se mide la fragilidad o la dureza de una persona? ¿Se calibra como un mineral? Si nunca has visto un coco, ¿dirías que esconde una pulpa tierna y un refrescante sorbo de agua?

Las apariencias, como los críticos musicales, también pueden engañar.

Dauson pensaba en todo esto el día en que cumplía su quinto aniversario desde que regresara a Viena.

Mientras apuraba la chocolatina, procurando no tirar ningún trozo sobre la alfombra, se veía solo en aquel mar de terciopelo, sentado en una de las carísimas localidades de abono que se llenarían durante los días de concierto entre diciembre y junio.

Era el último ensayo. La temporada lírica arrancaba con buenas perspectivas y los protagonistas de una de las óperas más famosas del mundo vestían el atuendo que lucirían al día siguiente en el estreno. Con el lleno asegurado, todos eran conscientes de que lo que Viena dictase iba a marcar el resto de la gira.

El montaje era arriesgado —más transgresor que clásico, con un Fígaro luchando contra la desigualdad social en un entorno urbano y moderno—; seguro que iba a generar polémica en un público mayoritariamente conservador y poco amigo de innovaciones escénicas.

Pero, en ese momento, en aquella sala vacía, la preocupación no era esa. Peter echó un vistazo a los palcos y vio que allí no había francotiradores o gente huyendo de las bombas. Solamente encontró lujo, caoba y mucho Mozart, y se dijo que las óperas «son como las películas: o matas o mueres, pero siempre es de mentira». Inspiró profundamente para prolongar el sabor del chocolate.

Recordó entonces el juramento hecho en el infierno de Alepo: dejar atrás los fanatismos. Era eso o acabar en un psiquiátrico con la mente taladrada por aquellos gritos automáticos, como los de un Kalashnikov, que salían de las casas y las trincheras llenas de inocencia y juventud moribunda.

«Solo conoces el verdadero dolor cuando un niño se te muere en brazos». Pronunció esta frase en una de las pocas entrevistas que concedió a su regreso de Siria tras seis años como corresponsal de guerra.

Pero ahora, viéndolo con su indumentaria informal y acomodado en el templo del *bel canto*, costaba imaginar a este hombre —atractivo a sus cuarenta años— teniendo la más mínima consideración por la música clásica. La duda no era por su cuidado cabello negro o su rostro siempre afeitado, sino por esa pose insolente de brazos extendidos sobre el respaldo; allí, en el patio de butacas donde el menor movimiento desceñía corsés o desnivelaba pajaritas.

Bien es cierto que en poco tiempo Peter Dauson se había ganado el respeto en el ámbito musical de Viena, no tanto por la profundidad de su análisis como por la «llegada» de su mensaje. «A ser corresponsal de guerra tampoco te enseñan», decía él cuando le preguntaban por su drástico cambio profesional. Sorprendía que sus crónicas, siempre exentas de retórica, fueran de las más leídas. Él no instrumentalizaba el sentimiento; lo narraba. Y eso a la gente le gustaba.

Y, por supuesto, también ayudaba mucho su inquebrantable admiración por Mozart.

—Él me salvó la vida —dijo una vez en televisión.

—¿Mozart?

—Sí.

En horario de máxima audiencia, la periodista medía los gestos, consciente del buen ritmo que llevaba la entrevista, la primera que concedía Dauson tras permanecer tres días sepultado entre los escombros de un edificio de Alepo.

—Supongo que eso es… una metáfora —precisó la mujer.

—Cuando se te cae un edificio encima, las metáforas sobran. —La miró con seriedad—. Piense en una losa de hormigón aplastándole el pecho. El aire no llega. No entra. Y entonces te dices: «Bueno, se acabó». —Contuvo la emoción tragando saliva—. Aun así, el instinto lo intenta. Da igual que tragues polvo o que te ahogues. Tú quieres rendirte, pero él te lo impide. Quieres que las fracturas duelan. Quieres desmayarte. Quieres que la sangre salga de una vez y te vacíe. Suplicas que la mente no coordine.

»Cuando todo eso ocurre y ya no te quedan motivos para vivir, entonces aparece Mozart. —Miró a la periodista para ver su reacción

—. En medio de tanta destrucción, se presenta y suena para ti. Te anima desde el móvil que aún funciona. Y, créame: nada vuelve a ser lo mismo, porque antes de que intentes una llamada de emergencia, tu cuerpo ya empieza a curarse. Su música es esperanza.

—¿Me está diciendo que sobrevivió escuchando a Mozart? —preguntó ella, sorprendida.

—No —aclaró Dauson—: sobreviví por escucharlo.

2

Un redoble de tambores lo devolvió a la realidad. El director de orquesta mantenía el compás del fastuoso final, con los cantantes entonando las últimas notas de «Gente, gente! All'armi, all'armi!». Anticipando el cierre, levantó la batuta y describió un giro hacia abajo y de pronto se hizo el silencio.

—Gracias a todos. Buen trabajo. —Sonrió a la orquesta golpeando el atril con la batuta.

Unos tímidos aplausos procedentes de la zona de tramoya dieron paso a los habituales ruidos de intendencia: interruptores, operarios, pasos sobre el entarimado. La orquesta comenzó a recoger y el personal, a recomponer el decorado mientras el director artístico salía al escenario para hablar con los cantantes.

Peter Dauson dobló el envoltorio de la chocolatina y lo metió en el bolsillo. Luego se tomó unos minutos para terminar sus anotaciones mientras el teatro apagaba su magia y aparecían las luces de servicio.

Iba a levantarse cuando sintió una mano en el hombro.

—Un final muy simple.

Enseguida reconoció la voz. Era Lukas Volkheim, un joven violinista de la orquesta.

—Previsible… —respondió Dauson—. Aunque reconozco que no soy objetivo: es una de mis óperas preferidas.

El músico se soltó la pajarita y se atusó su melena trigueña; tenía un aire nórdico. Sin disimular su cansancio tras dos horas de ensayo, se dejó caer en la butaca y bebió agua de una botella que traía. Luego se quedó mirando el techo.

—Viendo esta maravilla —comentó—, ¿alguien se imagina que el arquitecto se suicidara por las críticas?

—Ya no queda sentido común.

—Cierto.

Dauson notó algo extraño en su mirada. Lukas lo disimuló con una sonrisa.

—¿Hace una cerveza de eucalipto?

El periodista palmeó su mochila.

—Voy a enviar la crónica. Quizá después.

Ambos se habían conocido hacía dos años. A pesar de su diferencia de edad —Peter le llevaba quince años—, empatizaron bien. Fue en un encuentro casual en el Café de Straff de Viena. Allí acudían músicos, periodistas y personal de la Ópera, normalmente tras los ensayos, y una de esas tardes descubrieron su afición común: los productos artesanales de los monasterios. Era extravagante, sin duda. Hasta ese momento, Peter Dauson no había encontrado a nadie que le gustasen esas cosas, pero un día, hablando de un licor de eucalipto que elaboran los monjes de un monasterio español situado en Oseira, cerca de Ourense, Lukas dijo haber pasado unos días de retiro en aquella abadía. «Me alojé en la habitación donde Graham Greene se inspiró para escribir *Monseñor Quijote*», le comentó.

Ciertamente, aquel cenobio del siglo xii era uno de los edificios medievales más enigmáticos de Europa. Su belleza y sus leyendas lo

convertían en un marco perfecto para todo tipo de musas; tanto era así que el propio Jean Jacques Annaud lo había considerado como primera opción para el rodaje de *El nombre de la rosa*. Al final, cuestiones mundanas, como la económica, no hicieron posible esa localización, si bien, desde entonces, la fama de Oseira no dejó de crecer; tampoco la de su licor, al que llamaban «el remedio de Dios», por las propiedades curativas que los monjes atribuyen a la bebida.

En recuerdo de esa coincidencia, Peter y Lukas quedaban a veces en un local cercano para tomar lo más parecido a aquella bebida monacal: cerveza de eucalipto. Era el único pub de Viena que la servía. Sin embargo, la cita era más bien una excusa para comer una de sus generosas salchichas y, de paso, fortalecer una amistad entre dos vidas completamente diferentes.

—¿Sigues cubriendo sucesos?

La pregunta sorprendió al periodista.

—Sabes que no.

—Bueno… —Lukas sonrió irónico—, Siria no era precisamente crónica rosa.

—Era una guerra.

El músico descartó la confrontación y se recostó en la butaca con las manos en la nuca. Sus angulosas mandíbulas daban a su rostro juvenil un aspecto rudo.

—¿Sabes qué es lo mejor de la música? —Lo miró de reojo—: Da templanza.

—Y a veces hiere sin dejar huella. —Dauson no entendía el derrotero filosófico de la conversación.

El violinista sacó el móvil y le mostró una foto. En ella se veía un cadáver con las piernas sobresaliendo de un tanque.

—Acaban de encontrarlo. —Chasqueó la lengua—. Es la fábrica de chocolate donde trabaja mi primo.

Dauson miró la foto en silencio.

—¿Te interesa? —insistió Lukas.

—No, gracias.

Ignorando la respuesta, le envió la foto por WhatsApp.

—Mi primo está acojonado. Van a interrogarlo.

—¿Es el asesino?

—¡Por Dios, Peter! Solo es cuestión de imagen. Y, encima, en Navidad… Es uno de los socios.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Dar la noticia para consolarlo?

Lukas se encogió de hombros.

—Me preguntó si conocía a algún periodista… No quieren morbo.

—¿Cómo se llama tu primo, Blancanieves? Dile que muerda la manzana y se eche a dormir.

—¡Da tú la primicia, Peter! —Lukas miró hacia atrás en el patio de butacas—. Está hasta el cuello de deudas y esta mierda puede acabar de hundirlo. Ayúdalo, es buena gente.

Dauson examinó la foto. Se fijó en que el cadáver estaba en el centro del tanque, lo que daba a entender que el chocolate se había solidificado lo suficiente como para soportar el equilibrio del cuerpo. Era un gran depósito, debía de contener unos mil litros.

—Lo siento, chico. —Le devolvió el móvil—. Ya no me dedico a estas cosas. Mándasela al redactor jefe del *Krone*; le encantará.

El músico sabía que lo que venía a continuación solamente podía plantearlo contando con la máxima confianza —que no era el caso

—; de lo contrario, podría entenderse como una petición descarnada y de muy baja catadura moral. Sea como fuere, a Lukas no le importaba: el periodista tenía que ir a la fábrica y dar la noticia.

Las razones que tenía eran poderosas: la propia vida del violinista estaba en juego. Ese cadáver era un problema (en ese momento, ni el propio Lukas sabía hasta qué punto) y lo que menos necesitaban quienes conocían la historia en profundidad era que la información se pervirtiera con sensacionalismos y falsas verdades.

También era cierto que aquel teatro no era el lugar más indicado para esa conversación, pero Lukas tenía que ir al grano; debía echar el resto.

Y utilizó el argumento más contundente. Le disparó al corazón:

—¿Recuerdas cuando me contaste lo de tu hija? —Lukas seguía con la vista puesta en el techo. Imaginó que Dauson se levantaría y lo dejaría allí plantado. Pero no lo hizo. Por eso, aprovechó el momento y prosiguió su relato—. Aquel día me dijiste que hubieras hecho lo que fuera por salvarle la vida.

—¿A qué viene esto? —dijo Peter sorprendido.

Por fin lo miró.

—La esposa de mi primo tuvo un accidente la semana pasada. —Hizo una pausa para acentuar el dramatismo—. Está en coma. Ya sé que lo de Adele no fue lo mismo, pero…

Peter Dauson cerró los ojos conteniéndose. En efecto, estuvo a punto de levantarse y salir del teatro. Pero, en lugar de eso, dejó que el recuerdo de su hija lo inundara. Hacía unos años, Adele —que había cumplido los once entre medicamentos contra la leucemia— le había preguntado por qué se hizo periodista. «Escribo mejor que hablo», respondió Peter mientras la acariciaba en el hospital. Y

añadió: «Si en lugar de hablar con tu madre le hubiese enviado cartas, no habríamos roto».

Y era cierto. Todo lo que Peter Dauson tenía de perfeccionista en su profesión lo echaba a perder en su vida privada. No es que hubiese terceras personas —eso nunca entró en su cabeza—, sino que su reloj laboral lo acaparaba todo; era el tictac de una bomba a punto de estallar. Tiempo y profesión formaban un tándem al que dedicaba todos sus esfuerzos.

No se dio cuenta de ello hasta la noche en que llegó a casa y las encontró rodeadas de maletas. Adele tenía seis años. Ella y su madre iban a tomar un taxi. «No te preocupes», le dijo su esposa abrazando a la niña. «Apenas lo notarás». Y, sin esperar respuesta, se metieron en el coche.

Peter ni se movió. Dejó que fuera el taxista quien cargara el equipaje y tampoco hizo nada cuando el vehículo arrancó y se perdió de su vista en una calle solitaria por la que también se fue su vida a partir de ese momento. Esa noche, Peter no entró en casa. Durmió en el porche. Apoyó la cabeza en la mochila con la que había llegado de su enésimo viaje y allí se quedó. Siempre lejos. Nunca cerca. Distante de ellas.

Dicen que el mejor antídoto contra el amor es meterlo en una maleta. Pero una vida en tránsito te expone al más grave de los contagios: la soledad.

Ahora, viéndolo recostado en la butaca, cualquiera diría que Peter estaba descansando. De hecho, uno de los operarios les pidió con amabilidad que dejasen libre la sala para dar el último repaso con la aspiradora.

Lukas siguió hablando:

—Mi primo está desquiciado. No para de echarse la culpa por el accidente: dice que fue un despiste, que tomó la curva demasiado rápido… Debe de ser muy jodido que tu mujer esté en coma.

—¿Es joven?

Lukas no quiso exteriorizar que casi había ganado.

—¿Quién?

—Su esposa.

—Treinta y dos. Puede morir.

Dauson sacó el móvil y miró la foto de nuevo.

—¿Y a este lo tiraron o se cayó?

—¿Tú qué crees? —Lukas frunció el ceño—. Es chocolate, Peter.

—¿De quién se trata?

—Un turista.

El periodista alzó la mirada hacia el escenario. El personal de limpieza barría las tablas mientras un electricista ajustaba el puente de focos.

—Eres más hablador con una cerveza de por medio —dijo Peter al notar que el violinista se contenía en las respuestas.

—Es que estoy nervioso.

—¿Por tu primo, por su esposa o por el muerto?

Lukas sabía que estaba jugando sucio. Él mismo —aun siendo un solitario como Dauson— defendía a la familia por encima de todo y había dudado si sacar o no el tema de Adele. Pero cuando la vida te muerde, o gritas o contraatacas. Y Lukas Volkheim, que se había pasado casi toda la suya metido entre pentagramas, reconocía que no habría logrado nada sin el apoyo de su tío (no así de sus padres, quienes nunca vieron con buenos ojos su carrera musical). Pero Tío

Gregor sí; siempre estuvo a su lado. Por eso, en reciprocidad, era capaz de cualquier cosa por él. Si Tío Gregor se lo pedía, lo haría.

De todos modos, con Arnold —su primo— la cosa era distinta. No entraba en la ecuación emotiva. En realidad, era primo segundo y la afinidad entre ambos era más bien poca. Después de desperdiciar media vida de juerga en juerga, convenció a su padre —el multimillonario tío Gregor— de que invirtiera unos cuantos miles de dólares en un fondo de inversión que tenía la mayoría accionarial de la Swenner Chocolat Factory, una de las fábricas de chocolate más importantes de Austria.

Así fue como el primo Arnold sentó la cabeza y pudo aplicar sus estudios de economista a algo más que facturas de viajes con los más variados servicios de ocio incluidos. Y entonces el chocolate obró el milagro: en apenas tres años, Arnold conoció a la mujer de su vida, se casó y tuvo dos hijos, con quienes pasaba la mayor parte del tiempo.

Y ahora Lukas, en nombre de tío Gregor, le estaba pidiendo un favor a Dauson.

Por supuesto que podría negarse. Si en ese momento hubiera salido del teatro, lo comprendería: el recuerdo de Adele era lo más importante. Además, quizá no creyera ni una palabra de la historia de las deudas y la fábrica, pero Lukas jugaba con ventaja: conocía el buen corazón de Peter y su instinto periodístico, y estaba seguro de que un crimen no lo dejaría indiferente.

El violinista se volvió a atusar la melena. Peter lo miró y preguntó:

—¿Qué más sabes de este asunto?

—Oh, nada —respondió rápido Lukas—. Solo he hablado un minuto con mi primo. De hecho, no podré ni ir a verlo porque salgo

esta noche para Italia; tengo que hacer una sustitución en otro espectáculo.

—Un tipo ahogado en chocolate.

—Bueno, ahogado…

—Asesinado.

El periodista sintió un punto de incomodidad. Algo no encajaba. La mirada de Lukas, sus conversaciones… nunca habían ido más allá de la música o la cultura, ¿y ahora utilizaba a Adele para que fuera a la escena de un crimen? Era algo hiriente y, además, sospechoso.

Ciertamente, un asesinato no te deja indiferente. Peter Dauson había visto muchos. La gente reacciona de distintas maneras, y ninguna predecible: hay asesinos que confiesan y otros que intentan ocultarlo todo con mentiras, pero estos no se dan cuenta de que elaboran su relato sobre una base tan frágil que solo se sostiene si eres un verdadero profesional del delito. A veces, ni así.

Por eso Peter decidió terminar la conversación.

—De acuerdo, iré —dijo levantándose y dándole una palmada en el hombro—. Y estate tranquilo, un muerto no cierra fábricas.

Lukas lo dejó avanzar unos metros por el pasillo, se puso en pie y respondió:

—Salvo que sea un candidato al Nobel.

3

«Si quieres saber, no preguntes».

La frase, aparentemente contradictoria, la había pronunciado el jefe de Inteligencia de Estados Unidos en la Fuerza destacada en Bagdad en el año 2010. Fue en una de las muchas madrugadas que periodistas y militares pasaban en vela fumando narguilé y tomando *arak* con hielo. Las penas y los recuerdos se movían mejor entre humo y alcohol, pero sobre todo se sacaban confidencias. Es difícil mantener el equilibrio entre el *off the record* y las «fuentes consultadas» cuando lo que está en juego, más que la información, es tu propia vida.

A esas horas, el Hotel Slammy era el lugar más seguro. Su horrible moqueta, con cráteres de colillas disimulados entre filigranas, olía a tabaco rancio y a miedo, sensación que se acentuaba ante cualquier obús que pudiera sobrevolar el cielo de Bagdad e impactar contra el edificio. Allí nadie estaba a salvo. Ni siquiera en el cuartel general de la CIA destacado en Oriente Medio, donde sus analistas escrutaban los movimientos del enemigo sin dejar el más mínimo detalle.

«Si quieres saber, no preguntes», le había dicho el general O'Gready cuando Peter lo inquirió sobre las maniobras que preparaban en Raqa, meses antes de la retirada de las tropas extranjeras de Irak.

Recordó ese momento al llegar a la fábrica de chocolate.

Al ver al asustadizo primo de Lukas, le vinieron a la mente las escenas de personas aguardando en la puerta del hotel para preguntarles a los periodistas cuándo se iba a terminar aquella maldita guerra.

Eso mismo sintió al ver a Arnold. Estaba deseoso de hablar. Tras un breve saludo, caminaron hasta un portón donde había un policía. Al otro lado, decenas de fluorescentes iluminaban unos cilindros de acero inoxidable colocados en fila. De uno de ellos sobresalían unas piernas.

Peter tuvo tiempo de recrearse en la escena. Pensó que, de tan evidente, aquello podía ser un buen examen para primero de Criminología.

—Seguro que no se tiró —comentó con sarcasmo.

Arnold negó asustado.

—No, señor.

A una indicación, el policía cerró la puerta, dejando el rostro de Dauson apenas a unos centímetros.

—¿Puedo pedirle prudencia? —sugirió Arnold.

—No, no puede. Ahí dentro hay un muerto y yo soy periodista. —Lo miró con frialdad.

—Lo siento, ya me entiende…

—No, no lo entiendo.

—Quiero decir que si pudiéramos pasar página. Que sea algo breve.

—¿Para evitar el morbo? —Peter recordó la conversación con el violinista.

—Más o menos.

—Depende de cómo haya llegado ese tío al tanque.

Otro policía reclamó la atención de Arnold y Peter Dauson siguió rememorando lo dicho por Lukas: «Candidato al Nobel», frase de especial relevancia dado que el juez aún no había llegado y el cadáver seguía sumergido en chocolate; en esas circunstancias, era imposible conocer la identidad de la víctima.

Y entonces la vio.

Ella estaba junto al grupo de turistas, iluminada por los faros del autobús. Era Silvia Weits. Lloraba mientras hablaba por teléfono. Varias mujeres trataban de consolarla e insistían en ponerle una manta sobre los hombros para protegerla del frío. Ella se resistía. Su nerviosismo actuaba de termostato; era un neopreno natural aislando su piel de la ropa empapada.

Tenía la cara llena de chocolate. Aun así, Peter la reconoció al instante. Esperó a que terminase la llamada y se ofreció a ponerle la manta sobre los hombros mientras pronunciaba su nombre. Ella lo miró y sintió un repentino mareo, quizá provocado por la tensión, el recuerdo, la sorpresa, todo junto…

Es uno de esos instantes en que una referencia conocida se convierte en consuelo.

—¡Peter! —susurró abrazándolo.

Permanecieron así unos segundos. Era la fuerza de la tragedia. Él le acariciaba la nuca, pegajosa por el chocolate al igual que su largo cabello negro.

«Quién lo diría», pensó en un *flash*. «La mujer que daba la vida por las piedras antiguas, e insensible como ellas, ahora mendigando compasión».

Con su atractivo siempre discreto, en ese tránsito aún juvenil de los treinta y cinco, Silvia Weits era de esas personas a las que les

das la luna y les niegas una caricia. Podías amarla y dejar de quererla al mismo tiempo. Su carácter te llevaba a sentirla imprescindible o a notar, de pronto, la insensibilidad de dos imanes repeliéndose.

Así habían sido sus dos años de relación en Siria.

Silvia y Peter: un cuarto de espejos rotos. Teniendo a su alrededor la misma cantidad de vida y muerte, su error fue enamorarse en medio de la tragedia. Por eso, cuando regresaron de aquel infierno, lo hicieron cada uno por su lado y, como otras muchas personas retornadas de la guerra, siguieron llenando de pena su existencia y la de sus seres queridos.

Había pasado mucho tiempo. Peter no sabía que Silvia era madre de un niño de seis años. No sabía que había fracasado en su matrimonio. No sabía que sus padres habían fallecido en un accidente…

Y mucho menos sabía que su relación con el candidato al Nobel (supuestamente, el tipo del tanque de chocolate) estaba a punto de terminarse. «A estas alturas, ser amantes secretos ya no toca», pensaba ella mientras meditaba sobre la ruptura semanas antes del crimen, justo unos días antes de viajar a Viena.

Pero Peter no sabía absolutamente nada de eso.

«¿Por qué lloras?… ¿Por qué estás manchada de chocolate?», se contenía él de decir, siempre fiel a su máxima de no empezar una conversación preguntando. Y mientras abrazaba ese témpano de hielo, no pudo evitar una incipiente erección que controló tomándole el rostro entre las manos y viendo más allá de su belleza: en el fondo, aquellos ojos castaños solo pedían ayuda.

En esas circunstancias, de poco le servía a Silvia Weits su doctorado en Arqueología Clásica por la Universidad de Nueva York. Quizá le resultase más útil su carácter duro, acentuado por el trauma de Siria, para sobrellevar el suceso que acababa de presenciar y del que —sin saberlo— iba a ser protagonista.

Por eso a Peter le resultaba extraño verla allí y verla llorar.

De hecho, pocas veces había notado en ella un síntoma de tristeza. Era la mujer sin fisuras. Para llegar al fondo de sus sentimientos, había que perforar muchas capas y Peter jamás pudo profundizar tanto.

Sin embargo, ahora sí. Sumida en esa aparente debilidad, Silvia Weits era otra. Parecía desmoronarse. No así su belleza, que permanecía intacta bajo el chocolate; era un atractivo al que nunca le dio importancia, e incluso lo ocultaba con su habitual atuendo informal.

«A los de Brooklyn solo nos interesa lo importante», había respondido ella en una ocasión, bromeando, cuando Peter le dijo que nunca conoció a nadie con tanto «atractivo sin querer» (lo mismo le habían dicho a él alguna vez). Claro que todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo, en un convoy que circulaba por las desérticas llanuras de Siria a las afueras de Homs.

Llevaban casi dos años de relación; Silvia trabajaba en una campaña arqueológica internacional cerca de Palmira y Peter cubría el conflicto bélico como periodista *freelance*. No podía evitar ver a los arqueólogos como los utópicos de la guerra, personas dotadas de una valentía capaz de todo con tal de salvar ruinas que llevaban siglos descansando en el envés de la memoria.

Allí, en Mesopotamia, un territorio que había ido cambiando de nombre pero que conservaba las mismas convulsiones telúricas de la irracionalidad, los arqueólogos eran los sanitarios de la Historia, personas que suturaban la tierra intentando salvar la cultura de otros tiempos.

Por el contrario, Silvia y sus compañeros no lo veían así. No se sentían héroes de nada. Para ellos, defender vestigios era «su cruzada», igual que la Cruz Roja atraviesa una carretera minada para cumplir su labor solidaria. Y, en efecto, los arqueólogos hacen eso: salvan civilizaciones del alzhéimer de la historia luchando con las mejores armas que tienen: rasquetas, cepillos, sombreros y mucha crema solar.

Pero Peter Dauson porfiaba. Entre otras cosas, porque, para él, no era igual ver caer a una persona que a un edificio y porque el polvo de una piedra ametrallada no mancha tanto como la herida que taponas para que la vida no se vaya por ella.

Precisamente, ese día, cerca de Homs, comprobó su error de apreciación.

La emboscada los sorprendió a la salida de un pueblo y, aunque la metralla del obús atravesó la chapa del todoterreno y alcanzó a Silvia en una pierna, ella se bajó del coche para intentar salvar a una madre y a su bebé que pasaban por la calle en el momento del ataque.

La onda expansiva les había dado de lleno.

Los militares que iban en el convoy con el grupo de arqueólogos y periodistas ordenaron evacuar de inmediato, pues al fuego de mortero se sumaban ahora ráfagas de ametralladora que llovían de todas partes. Pero Silvia no quiso. Seguía abrazada a la madre y a su

hijo intentando reanimarlos, ambos inconscientes y moribundos, desahuciados ya y sin ninguna posibilidad de sobrevivir a causa de las graves heridas.

Pero ella insistía.

Y, entonces, en medio de la tragedia, levantó la vista y vio a Peter Dauson haciéndoles fotos.

Silvia comenzó a gritarle y a insultarlo. No le importó que fueran pareja. En ese momento, pudo más el instinto que el amor que comenzaba a nacer entre ambos. Y tanto fue así que cuando los soldados lograron separarla de la madre y del bebé, ya muertos, y meterla en el blindado, Silvia siguió gritándole hasta que llegaron al campamento.

Lo último que le dijo, al bajarse del coche rota de pena, fue: «Nos separa un abismo; tú quieres contar la vida y yo, salvarla».

Y desde entonces nunca más se hablaron.

Incluso, dos años más tarde, cuando Peter quedó sepultado bajo el edificio de Alepo, Silvia —ya de vuelta en Nueva York— ni siquiera lo llamó. Solo le envió un mensaje cuando supo que lo habían rescatado, deseándole una pronta recuperación, al que él contestó al instante, pero ya no obtuvo respuesta.

Sin embargo, las tragedias unen, y más aún si traen consigo reencuentros inesperados como el que estaba produciéndose en aquella fábrica de chocolate.

Peter se concentró en la caricia y pensó que los sentimientos, como los latidos del corazón, «se desbocan, aunque quieras controlarlos».

—Me alegro de verte. —Silvia le habló a su cuello.

El periodista le besó el cabello.

Por un instante, no supo qué responder.

—Hace frío —asintió, arropándola.

El chocolate reseco en su rostro era un reclamo para preguntar, pero ella se anticipó:

—¡Intenté salvarlo…! No lo vi en el grupo y al regresar… ¡Oh, Peter! ¡Es horrible…! Axel estaba en el tanque. —Su expresión pasó del temor a la dureza—. Lo han asesinado.

Dauson la apartó de los demás turistas.

—¿Lo conocías?

Ella le mantuvo la mirada. Eran casi de la misma altura, pero a esa distancia se notaba que él le sacaba unos centímetros.

—¿Conocías al muerto? —insistió.

El rostro de Silvia Weits pareció tranquilizarse, como si de pronto hubiese entrado en un estado de relajación que nada tenía que ver con el trauma que sufría. Tampoco hizo mucho por ocultar un halo de enigma.

—Es… un científico. —Intentó ganar tiempo—. Éramos amigos.

Más coches de policía entraron en el recinto.

—¿Habéis venido juntos? Me refiero al viaje, al hotel…

Ella asintió.

—Nos alojamos en el Gardener Wien, pero en habitaciones diferentes. Siempre lo hacemos así.

Dauson recorrió su rostro con la vista. Aunque las manchas de chocolate dificultaban interpretar su expresión, pudo intuir que la arqueóloga guardaba, igual que las ruinas que investigaba, muchos secretos que la emoción del encuentro intentaba disipar.

—¿Es alguien importante?

—Sí.

—¿Quién sabe lo vuestro?

Silvia iba a derrumbarse, pero al instante su rostro mostró una extraña expresión. Las luces azuladas se reflejaban en sus mejillas.

—¡Tengo que irme!

—No es buena idea.

Peter señaló a lo lejos. De un coche se bajaba un hombre pelirrojo, sin uniforme, al que varios policías saludaron de manera oficial.

—Si no quieres meterte en líos, quédate quieta. Di que has intentado ayudar —sugirió él.

—¡No puedo!

—Sí puedes. Y, de paso, no digas que el muerto era tu amante. —Dauson no ocultó el tono de reproche—. Salvo que seas la asesina, te recomiendo un ataque de amnesia; de lo contrario, ya sabes, abogados, carnaza para la prensa… —Ella jadeaba y Peter tuvo el impulso de abrazarla de nuevo, pero se contuvo—. Hazme caso: estabas haciendo la visita y de pronto apareciste junto al tanque intentando salvar a ese hombre. —Se fijó en las manchas de sus vaqueros.

La cogió por los hombros. Presión exacta. Súplica. Firmeza. Y le susurró al oído:

—¿Lo has entendido?

Silvia asintió.

Por la explanada se acercaba el pelirrojo. Era alto, de mediana edad. Llevaba el pelo muy corto, casi rapado, y vestía un traje negro. Su nombre era Vítor Stoel, uno de los oficiales más veteranos del Departamento de Homicidios de la Policía de Viena.

Peter apuró la despedida indicándole la proximidad del policía y, al darle la mano, se fijó que sujetaba un pañuelo ensangrentado. Era una herida fea, profunda, de la que manaba sangre.

—Ha sido con el borde del tanque —aclaró ella.

—Necesitas puntos. —Le anudó nuevamente el pañuelo—. Te llevarán al hospital. Allí nos veremos.

Silvia le dio las gracias, pero de pronto sus cejas se arrugaron como si acabase de caer en la realidad:

—¡¿Y tú qué haces aquí?!

Peter Dauson iba a estirar el brazo para saludar al policía, quien ya había advertido la conversación, y en el último segundo que le quedaba tuvo tiempo de suspirar y responder:

—Intento que no cierren esta fábrica. Me encanta el chocolate.

4

Matar es sencillo. Lo complicado es convertirlo en obra de arte. Algo así debieron de pensar los asesinos de Axel Martin, quienes habían cumplido esa máxima a la perfección, incluso en lo que respecta a las huellas o a lo que el cadáver pudiera «decir» en la sala de autopsias; los criminales extremaron su cuidado y actuaron como lo que eran: unos verdaderos profesionales.

El viejo profesor, con la inocencia de un quinceañero, obvió las precauciones en su romántica escapada a Viena, lo cual facilitó el plan establecido para acabar con su vida.

Muy al contrario de lo que recomendaba la Academia Sueca, Axel Martin convirtió el viaje en una suerte de cruzada solidaria para donar a la Casa de Mozart «una joya única», expresión que empleó cuando le comunicó a su esposa, dos días antes, que se iba a Europa urgentemente con el fin de poner el documento a buen recaudo. Y añadió: «En Estocolmo lo verán con buenos ojos».

—¿Y por qué tanta prisa? —preguntó ella.

Tenía razón. Si la partitura había tardado doscientos años en ser descubierta para el gran público, bien podía esperar unos días, hasta las vacaciones de Navidad, para hacer su periplo altruista.

De esta manera —pensaba su esposa—, podrían ir juntos a Austria y recorrer un país que Helen deseaba visitar desde hacía tiempo. Además, sus dos hijos residían en California ya felizmente casados, lo que equivalía a decir que volvían cada año a Nueva York el Día de

Acción de Gracias, y gracias. Con lo cual, un viaje turístico por el viejo continente sonaba a inmejorable plan para que el señor y la señora Martin pudiesen disfrutar, al fin, de la soledad acompañada que da la madurez. Si ya has hecho casi todo en la vida, ahora solo queda disfrutar de ella. Era un buen consejo. Pero no para Axel. La culpa la tenía la física.

Y así fue. Todo se truncó.

—Es un viaje relámpago —se justificó él, mostrando ante Helen sus escasos recursos retóricos.

Y ella, acostumbrada a cuatro décadas de rarezas, no dijo nada. Se limitó a programar un par de cenas con sus amigas en Bergdorf Goodman y asimiló la negativa con toda naturalidad.

A Martin aún le duraba la euforia desde el día en que la Academia le había comunicado que estaba en la terna de finalistas para el Premio Nobel de Física por sus investigaciones en computación y comunicación cuántica. Ocurrió dos semanas antes. Normas no escritas —aunque sí advertidas— recomiendan cautela a los candidatos, más que nada porque el premio lleva aparejada una importante cantidad de dinero, y, de conseguirlo, no sería la primera vez que personas del entorno del galardonado sufrían extorsiones o delitos similares que, hasta ese momento, afortunadamente, solo habían quedado en algún que otro susto.

Pero Axel Martin, cuya mente solo concebía fórmulas y medidas, cometió tres errores fatales: el primero, subestimar el documento que llevaba; el segundo, no estar vigilante durante el viaje a Viena; y el más letal de todos, separarse del cardumen, es decir, alejarse del grupo con el que estaba realizando la visita guiada a la fábrica de chocolate.

Cierto es que apenas fueron unos segundos, pero suficientes para que sus asesinos le dieran caza y acabaran ahogándolo en chocolate.

Objeto, dinero y poder. Tres palabras mágicas que el mercado negro del arte huele a kilómetros y ante las cuales la debilidad y el despiste no tienen nada que hacer.

En efecto, al conocerse que el científico tenía la partitura —el original de Mozart más buscado—, la maquinaria no tardó en ponerse en marcha y solo era cuestión de tiempo. Como en el reino animal, la selección natural hizo su trabajo.

Tan pronto como Axel Martin tuvo la partitura en sus manos, su destino estaba sentenciado. El permanente enclaustramiento en el laboratorio de Física de Brookhaven, en Long Island, lo convertía en un bisoño de la vida cotidiana (por no saber, no sabía ni ir en metro), de ahí que seguirle los pasos a él y a su amante fuera un juego de niños para una mafia criminal acostumbrada a empeños mucho más complejos.

Tras el viaje en avión, lo esperaron en el hotel. Dejaron que pasara la noche con su amante y, al día siguiente, una amable señorita los convenció en recepción de que realizaran la excursión a la fábrica de chocolate, tiempo que aprovecharon los mafiosos para entrar en su habitación con el fin de robar la partitura, precisamente el día anterior a su entrega en la Casa de Mozart.

La traca final la puso el asesinato.

No es que fuera necesario. No había temor a que el profesor dijese nada —¿qué iba a decir el pobre Martin, si una simple amenaza bastaba para silenciarlo?—. Sin embargo, el objetivo era otro: lanzar un mensaje de impacto al mercado negro para

revalorizar el trofeo, y qué mejor manera que dándole un baño de chocolate al dueño de la partitura.

El crimen fue espectacular y sencillo. Bastó el «gancho» de la excursión, la complicidad de un guardia de seguridad y dos tipos a sueldo y sin escrúpulos para acabar poniéndole a Martin un trozo de esparadrapo en la boca y practicarle unas sencillas técnicas de defensa personal que lo neutralizaron. Luego lo llevaron al depósito, apenas a diez metros de distancia, lo sumergieron en él y esperaron unos segundos a que los espasmos cesaran y sus pulmones se llenaran de chocolate.

Por último, cortaron la luz, y fin.

—Feliz viernes, Peter. —El inspector Stoel le estrechó la mano con una exagerada sonrisa y luego miró a Silvia Weits, que regresaba al grupo de excursionistas.

Al igual que Dauson, Stoel solo conocía el final de la historia. Es decir, un cadáver bañado en chocolate. De hecho, cuando le informaron del crimen, se sorprendió. Treinta años en la Policía dan para mucho, pero esto rebasaba cualquier experiencia anterior.

Vítor Stoel tenía bajo su mando el Distrito Central de Viena, una responsabilidad a la que se había amoldado con el paso de los años hasta convertirse en una especie de «mecánica policial» plagada de automatismos y delitos comunes que conformaba la realidad de una ciudad, además de bella y plácida, muy poco conflictiva.

Pero Stoel era perfeccionista. Tenía olfato. Por eso, cuando le informaron del suceso, algo le dijo que empezar el fin de semana de esa manera no auguraba nada bueno.

—¿La conoce? —Señaló con la cabeza a la mujer.

El periodista hizo una mueca.

—Necesitaba consuelo. Intentó socorrer al muerto.

—¿Por qué habla en masculino? —se extrañó Stoel—. De momento, solo tenemos un par de piernas.

—No están depiladas.

El policía se tomó un segundo para suspirar.

—¿Sabe una cosa, Peter? —Levantó un dedo—. Admiro su trayectoria. Dignifica a su gremio, pero hágase un favor: no la cague ahora que está en el resort de su profesión. —Sonrió y al instante ordenó a un agente—: Llévense a esa mujer, la de la cara manchada; que le miren la mano. Luego quiero interrogarla.

Peter Dauson observó a lo lejos el anochecer. El cielo encapotado de Viena dejaba entrever algunas nubes grises en la oscuridad.

—Inspector —retomó la conversación—, sabe perfectamente que esto no es obra de aficionados.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué le inquieta de mi presencia? Libertad de información… —dijo Dauson con teatralidad.

—Dedíquese a la música.

—Soy periodista, no compositor.

Stoel bajó la cabeza y pateó una piedrecilla.

—Entonces no toque de oído, Peter. Nada es lo que parece.

—Cierto, resulta difícil imaginar que alguien quiera convertir en golosina a un candidato al Nobel.

El policía intentó disimular su perplejidad y Peter prosiguió:

—Daré la noticia ahora mismo. Ya sabe: inmediatez.

Stoel le mantuvo la mirada.

—De acuerdo. Pero aclare que solo era un candidato. —Le golpeó con el dedo en la solapa—. Está usted jodidamente bien informado.

—Gracias, inspector.

—Sobre todo teniendo en cuenta que aún no lo han sacado del tanque. —Stoel señaló hacia la nave industrial—. ¿También sabe su nombre?

—Esperaba que usted me lo dijese. Solo sé que se llama Axel y que es físico…

—¡Váyase a la mierda, Peter! —respondió el policía comenzando a caminar—. Mañana leeré su crónica desayunando en el Café Sperl. Tienen un *apfelstrudel* insuperable.

—¿Axel qué más…?

—¡Sea sutil, por favor! Así solo lo llama su esposa.

Dauson contuvo la sonrisa, satisfecho.

—Ponga «Alexander» —concedió Stoel despidiéndose con un saludo militar. Se alejó en dirección a la nave industrial, donde personas con fundas blancas trabajaban en busca de huellas. Un policía le franqueó la entrada y el inspector pasó al interior.

Mientras se acercaba a su coche, Dauson echó un vistazo a la ambulancia. Tenía las puertas traseras abiertas y las luces interiores encendidas con ese tono azulado que presagia dolor y medicamentos. Dentro estaba Silvia Weits, acostada en la camilla con una vía conectada a la muñeca. La atendía el personal sanitario.

Peter se ajustó la cazadora, subió al coche y salió de la fábrica enfilando la calle Erdbergstrasse en dirección al centro de Viena. En uno de los ramales del canal del Danubio se detuvo para llamar al periódico y contar lo sucedido.

Cinco minutos después, el mundo conocía la noticia a través de la web del *Krone*: «El cadáver del físico estadounidense Alexander Martin, candidato al Premio Nobel de Física, aparece sumergido en un tanque de chocolate en Viena». Y el cuerpo de la noticia rezaba: «Los equipos de rescate aguardan la llegada del juez para extraer el cadáver. Ampliaremos información».

Dauson echó un vistazo al canal y, cuando se disponía a arrancar, sonó su móvil. Era Erika Bagner, la directora de la Casa de Mozart.

—Peter, necesito verte. Es urgente.

Fiel a su estilo, el periodista inició la conversación sin preguntas:

—Qué sería de la vida sin prisas…

—Es grave —insistió ella.

Él tamborileó un segundo sobre el volante.

—Llevaré café.

5

45 años antes

Dios era testigo, pero nada podía hacer.

Un niño gemía de dolor y a su espalda alguien con un hábito remangado se movía rítmicamente mientras un crucifijo de plata oscilaba de lado a lado. En ese momento, aún no había amanecido en los Alpes y el ulular del viento en las cumbres se mezclaba con la voz del coro infantil cantando maitines.

El monasterio medieval era imponente. Despuntaba en la cordillera como una balsa sobre un mar de niebla. Allí, en medio de la nada, lejos de todo, tan imposible parecía que hubiera podido alzarse semejante construcción como que hoy en día —en la llamada Era de la Modernidad— el sótano de esa abadía fuera testigo de la mayor aberración que el ser humano puede cometer.

Quizá también en aquel tiempo lejano ocurrieran estas cosas. Puede que el mundo no haya cambiado tanto y perversiones que imaginábamos desterradas sigan tan arraigadas en el núcleo maligno del ser humano que ni siquiera el dios más misericordioso sea capaz de redimirlas.

Pudiera ser.

No hay nada más repugnante. Nada que lo justifique. Ni la locura. Hasta en una guerra se pactan condiciones antes de matarse. Sin

embargo, asesinar la inocencia infantil es el único pecado que no debería tener redención.

Nada cambia, aunque veas que todo cambia.

De igual manera ocurría con el paisaje: cientos de años después, solo se diferenciaba del de la Edad Media en algunas pintorescas poblaciones que crecían por los alrededores de la abadía. También en los grupos de turistas que, atraídos por la belleza del lugar, subían hasta la cumbre para hacerse fotos y admirar la arquitectura del edificio.

Pero la singularidad del monasterio estaba en su escolanía, cuestión más solidaria que docente: los monjes llevaban siglos acogiendo a niños de la Alta Austria y de las regiones alemanas colindantes para darles una oportunidad de futuro y evitar que acabaran desperdigados por los suburbios de las grandes ciudades centroeuropeas, abocados al viento impenitente de las mafias o a la pobreza extrema.

Todos tenían un denominador común: eran huérfanos.

Y, aunque pueda parecer extraño, esta circunstancia seguía dándose en más casos de lo que pudiera imaginarse.

Uno de aquellos niños cantores se llamaba Abraham Moonderlock.

Hijo de padres alcohólicos, rubio y de ojos color de bosque, su sonrisa siempre estaba en guardia, mostrando un cariño inusual para alguien que nunca había conocido un abrazo de amor.

Llegó al monasterio con apenas tres años, a mediados de los años setenta, cuando el coro aún contaba con un centenar de alumnos, quienes, además de música, recibían formación en arte, teología, filosofía y cultura medieval. El destino de todos ellos —al menos, eso pretendía el abad— era que pasaran a formar parte de la comunidad

monacal para surtir de savia nueva los conventos que la orden tenía repartidos por la región alpina.

Pero la realidad era otra. El número de pupilos menguaba año tras año, y muchos, al cumplir la mayoría de edad, dejaban la escolanía y rehusaban el monacato, cambiando la espiritualidad por otros oficios más mundanos: los que alimentan el cuerpo y no el espíritu. Además, los servicios sociales de la región preferían dirigir a los huérfanos hacia centros «más acordes con la tierra que con el cielo», según decían para justificarse, y así, del centenar de coristas registrados cuando el pequeño Abraham entró en la abadía, al cabo de unos años, apenas quedaban cincuenta.

A esta circunstancia se unía el hecho —inédito en los trescientos años del coro— de que ninguno de los pupilos de su promoción quiso permanecer en el monasterio al cumplir los dieciocho años. Todos, sin excepción, salieron de la abadía el mismo día en que se hicieron mayores, como si la adultez los liberase de una prisión donde el hábito y los hábitos fueran lo primero que había que desterrar.

Y nadie sabía por qué.

O casi nadie…

Posiblemente, la causa estuviera en los gemidos que se oían a menudo, procedentes del sótano del cenobio que, como voces de ultratumba, escalaban las gruesas paredes y subían a los pináculos.

Igual que aquella mañana mientras el coro cantaba maitines.

La niebla fue la primera en saberlo. Ni Abraham Moonderlock se dio cuenta hasta que fue inevitable.

Solo tenía ocho años.

En los días previos, el niño notó que el hermano Theodor insistía más de la cuenta en llevarlo escaleras abajo. «Te enseñaré los pasadizos que conducen al gran tesoro», le decía. Un tesoro al que nunca llegaban porque siempre paraban a medio camino, siempre en aquella estancia oscura, sobre aquel suelo de paja… Y siempre el monje se levantaba el hábito para llevarle su mano «ahí», guiándolo en la caricia.

Siempre, asquerosamente, siempre.

Y fue en ese lugar donde Abraham Moonderlock comenzó a perder la sonrisa. Ocurrió un día en que el hermano Theodor, además de detenerse a mitad de camino, de entrar en la estancia, de echarse sobre la paja y de guiarle la mano, lo acarició por encima del hábito y luego en la espalda y después por dentro de su ropa interior. Aquella extraña sensación —para la cual la infancia aún no tenía respuestas— dio como resultado un calor sofocante que enrojeció el rostro del niño y lo hizo temblar, mientras el monje se transformaba abriendo los ojos como un buey. Jadeaba en un orgasmo que llegó apresurado y breve, tras lo cual se recompuso y agradeció al niño su ternura, prometiéndole que la próxima vez encontrarían el tesoro.

Pero en la madrugada definitiva —estrenando mes y año—, todo fue diferente.

El hermano Theodor ya había sacado nerviosamente a Abraham de la cama —no como en otras ocasiones, en las que casi lo llevaba en brazos, medio dormido, debido a las tempranas horas de maitines —. Esta vez lo zarandeó en silencio y, al ver que no despertaba, estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—¡Deprisa, Abraham! ¡El tesoro espera! —le susurró.

El niño se levantó y lo siguió con ojos entornados, bañado en una resignación forzosa. Con la inocencia haciendo aguas, bajó al sótano y fue protagonista del acostumbrado ritual de tocamientos, aunque esta vez el hermano Theodor decidió darle la vuelta y apoyar sus manos y rodillas sobre el suelo, al tiempo que comentaba lo mayorcito que era «para hacer cosas que todos los animales hacen».

—Los gatitos, por ejemplo —dijo el monje sonriendo con sudor en su calva—, juegan unos encima de otros. —Sacó de su hábito un radiocasete y lo puso en marcha, llenando aquel sórdido habitáculo de música clásica: Mozart.

A sus sesenta años, y quizá muchos haciendo aquellas aberraciones, el hermano Theodor tenía una experimentada capacidad de equilibrio. Como un marino en la tempestad, balanceó hábilmente su barriga para no caer sobre el niño, de tal forma que apenas llegaba a tener contacto con su cuerpo, excepto en la zona genital, y al igual que hacía en sus demandadas felaciones, sacó la lengua y volvió los ojos hacia arriba como un gigantesco camaleón, favoreciendo la concentración en sus fantasías.

Mientras, los violines amenizaban la barbarie.

—«Initium sapientiæ timor Domini»… —musitó el monje empujando con el hábito remangado.

El grito del niño paralizó el monasterio. Pero solo fue un instante. Lo que duró el insoportable dolor que recorrió su cuerpo.

—«Initium sapientiæ timor Domini»… —repitió el religioso al cielo del sótano susurrando el mantra, inmune al llanto del pequeño.

Como si se tratara de un animal abatido por un depredador, la vida en aquel amanecer siguió su curso. Parecía que el alarido infantil formara parte del paisaje. Nada se alteró. La abadía

despertaba con almuerzos y alumnos aseándose y la comunidad entregándose al primer rezo, mientras Abraham Moonderlock recibía en silencio y con el respeto de una lápida sellada su primera sodomía.

Tan temprano. Tan monstruosa. Tan destructora como un bisturí rasgando su inocencia, aquella experiencia dio comienzo a otra vida dentro de la arquitectura incipiente de aquel cuerpo, donde ya no cabía la niñez porque su mente había madurado, acelerada y podrida, sobre el estiércol de la infamia.

Solo ocho años…

Por supuesto, el gran tesoro nunca apareció. Pero el hermano Theodor persistió en sus bajadas al sótano con la promesa de su hallazgo. Otros niños, más jóvenes y mayores, siguieron después el mismo camino, aunque el preferido era siempre Abraham Moonderlock.

Y así fue como su amable sonrisa se apagó, igual que el cariño y el apetito —padeció delgadez extrema y hubo de ser tratado por ello —, dejando incluso de hablar y teniendo como única distracción las partidas de ajedrez que le disputaba al ordenador en la biblioteca del monasterio. Sus huesos, su cabeza rapada y ese rostro blanco ojeroso, triste como una bombilla antigua, guardaban un secreto inmensamente más importante que la ubicación de cualquier tesoro.

Y entonces se transformó.

Quizá por eso, cuando años después el hermano Theodor apareció con las tripas desparramadas y la cabeza aplastada junto al molino de la abadía, el joven Moonderlock no expresó ningún sentimiento.

Bien es cierto que a nadie le sorprendía su calma. Fue como si el crimen también formara parte del paisaje —como los depredadores,

como los gritos infantiles o el gran tesoro—; ni un solo miembro de la comunidad le preguntó por su aparente indiferencia ante el macabro hallazgo, el cual, casualmente, había tenido lugar un día al término de maitines.

Enseguida se lanzaron teorías sobre ladrones de ganado o migrantes que cruzaban la frontera. Todo eso. Pero lo cierto fue que el asesino del hermano Theodor jamás apareció, y al igual que sus orgasmos, el monasterio regresó demasiado pronto a la normalidad, como deseando acelerar el olvido.

La Policía lo achacó a la fortaleza espiritual de los monjes —más ocupados en trascender que en la realidad mundana—, aunque no por ello dejaban de sorprender la gravedad de los hechos y el ensañamiento con el que se había perpetrado el crimen.

—¿Alguna vez has vuelto a los sótanos? —le preguntó tiempo después a Moonderlock un compañero escolano.

Y él contestó:

—No me hizo falta. Mi tesoro estaba en el molino.

6

En la actualidad

Viernes, 4 de diciembre, 20:55.
72 horas antes del fin

Eran casi las nueve. A esas horas, en Viena, a principios de diciembre, la actividad va dando paso a la tranquilidad de la noche. Hacía días que la nieve llegaba puntual con la oscuridad y a menudo regalaba amanecidas verdaderamente bellas, de postal, con la ciudad salpicada de mantos blancos en las zonas sombrías.

Algunos copos se arremolinaban en un viento gélido, lo que obligaba a los viandantes que pasaban por la plaza de la Catedral de San Esteban a cubrirse la cara. Calles adyacentes como la Kärntnerstrasse, la vía comercial más importante de la ciudad, estaban desiertas a esas horas, cuando durante el día eran un ir y venir de peatones entre tiendas, pastelerías y puestos callejeros, trajín acentuado esos días con los mercadillos navideños, que le daban a la ciudad un dinamismo inusual: la gente sonreía más, compraba más.

Peter Dauson había quedado con Erika Bagner en la puerta trasera del museo. Apuraba el paso por la Schulerstrasse con dos cafés recién comprados en un local de 24 horas.

Enseguida la vio. Ella llevaba un abrigo oscuro con grandes solapas y un gorro de lana que no dejaba ver su pelo corto de estilo

moderno, siempre en tono blanco grisáceo. De cuerpo menudo y cara de gata, tenía los ojos achinados, de azul intenso, y solo unas profundas arrugas en las mejillas y los labios delataban que su edad superaba los setenta años.

Al llegar a su lado, el periodista levantó los vasos y ella, muy seria, señaló hacia un puesto de salchichas situado a unos pocos metros.

—Fíjate en el vendedor —le dijo mirando su reloj.

Dauson obedeció.

El dependiente, un chico joven con camisa blanca y delantal de color granate, llevaba un gorro navideño y una bufanda anudada al cuello para protegerse del frío; estaba acodado sobre la barra revisando su móvil. Peter Dauson interpretó en su actitud la inequívoca pose del aburrimiento e intuyó el cierre inminente del puesto.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Erika ignoró el comentario.

—Faltan veinte segundos.

El periodista esperó a que transcurriera ese tiempo y de pronto una intensa luz procedente del móvil iluminó el rostro del dependiente, quien lanzó un grito desgarrador.

Soltó el aparato y se agarró la cabeza.

—¡No veo nada, no veo nada!… —gritaba el chico dando bandazos como un péndulo, arrasando todo lo que había sobre el mostrador.

Del puesto callejero cayeron frascos que se hicieron añicos contra el suelo; también bebidas, servilleteros y botes de miel, mostaza y kétchup.

—¡Ayúdenme, ayúdenme!…

Una pareja que pasaba por allí fue la primera en socorrerlo.

Erika Bagner abrió la puerta del museo con tranquilidad e invitó a Peter a entrar. Él obedeció sorprendido, sabiendo que lo que acababa de presenciar no era un simple accidente. A juzgar por el extraño comportamiento de su amiga, quien cerró con llave y comenzó a caminar por el interior del edificio ayudada por un bastón, Peter Dauson intuyó que esa noche iba a dormir poco.

Débilmente iluminadas, las salas dejaban entrever en la penumbra mesas de exposición, soportes y vitrinas que albergaban importantes documentos de Mozart; sin duda, aquel era un magnífico recorrido por la historia del mayor genio de la música.

Avanzaron sin más sonido que el de sus pisadas, entrenados como estaban en la discreción y la paciencia.

Al ver que el periodista se ponía inquieto, Erika Bagner comentó:

—Descuida, estamos solos.

—Eso espero.

Llegaron a una parte más iluminada y subieron una escalera que desembocaba en unas dependencias modernas, revestidas de madera y decoradas con motivos musicales. Allí la temperatura era más agradable.

Entraron en un despacho y la mujer cerró con llave.

—Sé que no son horas… —se disculpó tensando los labios. Luego se quitó el abrigo y dejó a la vista un elegante traje de chaqueta azul oscuro. En la solapa llevaba un pin con una «M» simulando dos corcheas. Era el logotipo del museo.

—Siempre es un placer verte, directora.

La mujer caminó por el despacho y se sentó ligeramente sobre el escritorio.

—Lo que acabas de ver… pensé que no ocurriría.

—¿Qué acabo de ver, exactamente?

—A una persona quedándose ciega por mirar el móvil.

Peter Dauson rememoró la imagen del vendedor, el destello del *flash* en su rostro, su desesperación, el desorden, la pareja socorriéndolo.

—Pueden hacerlo con cualquier persona.

—¿Sabías que iba a ocurrir?

Erika miró al suelo.

—Más o menos. Ese chico lleva años vendiendo salchichas en esa esquina. Hace una hora, me advirtieron de que algo grave iba a pasarle, y se ha cumplido.

Se levantó y se situó a un palmo de Peter, ambos en el centro del despacho.

—¿Sabes por qué han asesinado al profesor Martin? —preguntó ella.

—¿Intentó cobrar el Nobel por adelantado? —bromeó él.

Erika lo miró con gesto serio.

—Peter, hay una partitura que mata o por la cual la gente mata. Es el documento musical más valioso que existe: «Lacrimosa». Mozart la escribió poco antes de morir, ya sabes, para el Réquiem, pero eso no es lo importante. —Hizo una pausa y se puso a caminar con su bastón alrededor del despacho—. Se creía que no era obra suya porque no había pruebas que lo acreditasen. Hasta que el profesor Martin me llamó para comentarme su hallazgo. Encontró la partitura por casualidad en un mercadillo de antigüedades de Nueva York, me envió las evidencias de su autenticidad y me dijo que quería donarla al museo para que estuviera junto a las otras pertenencias del compositor que custodiamos.

—¿Cuánto vale esa partitura?

Ella negó con la cabeza.

—Cualquier precio es bajo.

—¿Y tu amigo, el profesor, nadaba en la abundancia?

—No lo sé —respondió sinceramente. Cogió un mando a distancia y se acercó a la pantalla de televisión—. Debía de ser como tú: un romántico.

Erika no hablaba por hablar. Cuando Peter Dauson logró salir vivo del edificio de Alepo, afirmó que la música de Mozart le había salvado la vida. Instituciones culturales de todo el mundo lo felicitaron por relacionar algo tan importante como la supervivencia con la música clásica y elogiaron su valentía, su superación del miedo y su resistencia a las extremas condiciones que tuvo que soportar entre aquellas ruinas.

Pero nadie fue más allá que Erika Bagner.

En su condición de directora de la Casa de Mozart —la institución con la mayor colección de objetos del compositor—, se puso en contacto con el periodista con el fin de hacerle un homenaje y solicitó para el acto la cesión del Teatro de la Ópera de Viena.

Tras varias semanas de preparación, el resultado fue un emotivo y exitoso evento. Con el teatro lleno, Peter Dauson no pudo evitar emocionarse. La Filarmónica de Viena, con sus más de cien músicos, tocó para él durante dos horas —todo Mozart—, un concierto memorable en el que no faltaron entreactos con testimonios de amigos, reconocimientos de colegas, en fin, todo lo bueno de este tipo de acontecimientos, y que terminó con Dauson subiendo al escenario para agradecer «tanto cariño y tanto Mozart».

A su lado estaba Erika Bagner. Tras abrazarlo, hizo un gesto y, de un lateral del escenario, salió un niño. El pequeño tenía ocho años, la misma edad que Mozart cuando compuso su primera sinfonía. Apareció tocando un clarinete, el instrumento preferido por el compositor (por ser el más parecido a la voz humana, decía), e interpretó la misma melodía que Peter estaba oyendo en Alepo cuando la mano de su rescatador apareció sobre la montaña de escombros y le acarició la cabeza para tranquilizarlo: era la Sonata número 11 en la mayor.

Con el teatro en silencio, Dauson sintió en ese instante una emoción irrefrenable y, aunque tragó saliva, no pudo impedir que las lágrimas humedecieran sus ojos.

Cuando el niño terminó de tocar, el público se puso en pie y les regaló a ambos un sentido y prolongado aplauso.

Erika tomó el micrófono y, mirando a Peter, dijo que solo faltaban tres personas en ese homenaje: «Tu hija, Adele, y tus padres».

—Los tres estarían orgullosos de un ser tan maravilloso como tú. Este aplauso va en su honor —proclamó Erika, dándole un nuevo abrazo.

Peter nunca había llorado en público y jamás olvidó ese gran detalle de su amiga. Por eso, desde hacía más de cinco años, la amistad entre ambos se había soldado con un vínculo indestructible que ahora, en aquel despacho, estaba siendo sometido a una extraña tensión. Hasta entonces, sus puntos en común eran Mozart y el afecto mutuo que sentían. Pero inesperadamente un suceso acababa de entrometerse en esa amistad y los llenaba de desasosiego a partes iguales.

—Ponte cómodo —propuso Erika—, quiero que veas algo.

Ocuparon la zona de los sillones, donde había un televisor de gran formato. Toda la estancia estaba iluminada por varios puntos de luz que partían del suelo, destacando el relieve de la piedra en las paredes y ofreciendo un ambiente acogedor, aunque excesivamente penumbroso.

Peter Dauson le ofreció el café y ambos se tomaron un instante para degustarlo.

—La partitura de «Lacrimosa» —dijo Erika entrando en el tema— permaneció sesenta años oculta… mejor dicho, olvidada. Hasta que desclasificaron los papeles del asesinato de Kennedy.

—¿Kennedy?

—Sí. Presta atención. —Pulsó el mando y el televisor adquirió un tono azulado—. Por cierto, hoy es mi cumpleaños.

—Ya sabes que no los celebro. Cosas de la soledad…

Marilyn Monroe apareció en blanco y negro cantando en el Madison Square Garden de Nueva York:

Happy birthday to you,
happy birthday to you,
happy birthday, mister President, happy birthday to you.

Erika Bagner paró la grabación:

—En esta famosa celebración de cumpleaños, también cantó Maria Callas; concretamente, interpretó dos arias de *Carmen*, de Bizet, y Kennedy correspondió regalándole una copa de plata de Tiffany. ¿A que no sabías que Mozart tuvo mucho que ver en ese supuesto triángulo amistoso?

—No te hacía tan versada en cotilleos.

Ella asintió.

—Durante muchos años, el original de «Lacrimosa» permaneció desaparecido. Incluso se dio por perdido. Pero en aquella cena volvió a aparecer.

—No entiendo nada.

Erika accionó nuevamente el mando y la imagen de Marilyn se desvaneció. En su lugar, apareció, en color, el rostro de un hombre maduro, de unos sesenta años. Era delgado y huesudo, casi sin arrugas, y destacaba en su rostro la prominencia de su tabique nasal. Por lo demás, resultaba atractivo, con barba de unos días y pelo encanecido bien arreglado. Vestía camiseta blanca lisa y el fondo de la imagen era una pared neutra de color gris.

—Este vídeo lo he recibido hace una hora en mi correo electrónico —comentó Erika.

El hombre comenzó a hablar:

—Feliz cumpleaños, directora Bagner —dijo el hombre sonriendo —. Para no aburrirla, empezaré por el final: su querido Mozart, al que tanto admira, es un asesino. Decepcionante, ¿verdad?… No sé si me recuerda; soy Abraham Moonderlock. Un loco de la informática y de las causas perdidas, según dicen…

Peter miró a Erika y ella asintió.

Moonderlock prosiguió:

—Millones de personas se quedarán ciegas en todo el mundo en un segundo. —Consultó su reloj—. Ocurrirá dentro de setenta y tres horas. Una potente luz blanca y ultravioleta saldrá de sus teléfonos móviles y les quemará la retina. Luego, la lesión se irá agravando y será irreversible. Pero lo mejor de todo es que no sentirán dolor. Solo miedo. Serán víctimas del arma óptica más perfecta que existe.

El vídeo continuaba recreando el lanzamiento de un rayo en un laboratorio y mostraba los efectos de las quemaduras en animales de experimentación.

Moonderlock volvió a aparecer:

—Le agradezco que me pusiera sobre la pista de la partitura, Erika. Sus contactos con el profesor Martin lo han hecho posible. ¡Ay!, los infinitos caminos de la informática —ironizó—. Por eso, hoy, en un día tan importante para usted, quiero hacerle un regalo: el próximo lunes, siete de diciembre, entre las nueve y las diez de la noche, no mire su móvil. Y dígale a su familia que tampoco lo haga. Así verá crecer a sus nietos y seguirá admirando las maravillas del mundo, cosa que millones de personas no podrán hacer porque se van a quedar ciegas.

Erika pausó nuevamente el vídeo.

—¿Lo conoces?

Peter asintió:

—Sí. Es un extremista antitecnología. Lidera una organización que promueve la cultura *steampunk*, algo así como la regresión informática.

—Exacto —confirmó Erika—. Yo le di clases de música cuando era niño. Unos amigos míos lo acogieron como hacían muchas familias con los huérfanos de San Crisóstomo. No había vuelto a saber de él hasta hoy… Parecía inofensivo.

Peter meneó la cabeza.

—El dinero vuelve dioses a los locos.

—¿Y eso del arma óptica?

El periodista apuró el café y acarició el vaso de plástico antes de dejarlo en la mesa.

—Supe de ella en Siria —afirmó—. Al parecer, se probó de manera experimental en algún conflicto bélico. Desconozco si puede aplicarse a las telecomunicaciones o qué relación puede tener con una partitura de Mozart.

Erika Bagner pulsó otra vez el mando y Moonderlock siguió hablando:

—Cuando la luz se dispare, las autoridades darán la voz de alarma y sobrevendrá el caos. ¿Se imagina un mundo en el que la gente tema mirar sus teléfonos? Transportes, hospitales, empresas, familias… Sería como dejarlos huérfanos. Y entonces comenzará el retroceso. —Unió las manos en actitud meditabunda—. La civilización regresará al lugar del que nunca debió salir: la época anterior a Internet.

Ahora el vídeo ofrecía imágenes de una bomba atómica estallando. Desolación. Personas huyendo. Destrucción.

—Y el «visionario» Mozart será quien les quite la vista —prosiguió Moonderlock—. Esa partitura traerá mucho sufrimiento: «Lacrimosa»… ya lo dice el nombre. —Cogió un sol recortado en cartulina y lo mostró a cámara—. Quizá tenía razón cuando dijo que la escala musical debería empezar en sol. Porque el Sol lo es todo. Es vida. Es muerte. Es la luz que da sentido a la oscuridad. ¿Cómo, si no, temeríamos a las tinieblas? «Initium sapientiæ timor Domini»…

Moonderlock se acercó a la cámara.

—Siga mi consejo, directora Bagner: nada de móviles. Y no se lo cuente a la Policía. Sería adelantar el caos.

En la imagen apareció el puesto de salchichas de la Kärntnerstrasse con el vendedor despachando a varios clientes.

Ahora la voz de Moonderlock sonaba en *off*:

—Si no me cree, preste atención a lo que va a ocurrir esta noche a las nueve en este puesto ambulante que hay cerca de su museo. Pobre chico… Hace unos días le robamos su teléfono, se lo alteramos adecuadamente y luego, ¡sorpresa!, volvió a aparecer en el mostrador. De momento, él no ha notado nada… hasta esta noche. Serán daños colaterales. —La cara de Moonderlock volvió a aparecer —. Y ya que usted era la destinataria de la partitura y su amigo Peter Dauson, un gran defensor de Mozart, quiero que sea él quien la encuentre y me la entregue. La clave que oculta «Lacrimosa» me interesa mucho. Dígale que tiene setenta y dos horas a partir del momento en que ocurra el incidente del puesto de salchichas. Así, de paso, podrán salvar sus vidas. —Arrugó los ojos en actitud desafiante—. Por los viejos tiempos, profesora. Si juegan limpio, yo también lo haré.

Erika apagó el televisor y ambos se quedaron en silencio. Luego pulsó en el mando el botón de la cámara exterior del museo y a lo lejos pudo verse una ambulancia junto al puesto de salchichas. Alrededor, un gran gentío.

Erika sacó su móvil y le mostró una foto.

—Este es el documento de la New York Library que certifica la autenticidad de «Lacrimosa».

Dauson lo miró.

—Me lo envió el profesor Martin.

—¿Tienes copia de la partitura?

—No. Le recomendaron no compartir fotos para evitar plagios.

—¿Y qué relación puede tener «Lacrimosa» con un arma?

Erika ladeó la cabeza.

—Quizá la clave que pide Moonderlock.

—¿Qué clave?

Erika se levantó con dificultad apoyándose en su bastón y cogió un folio de su escritorio.

—Volvamos a Kennedy —dijo—. Al parecer, en aquella fiesta de 1962, personas del entorno de la soprano le regalaron al presidente un cuadro con la partitura enmarcada.

Dauson cogió el papel y observó que era una fotocopia de los primeros compases de «Lacrimosa». Su antigua grafía le daba aspecto de documento original. Justo debajo del título, dentro del primer pentagrama, se advertían unos extraños símbolos casi ilegibles.

—Es todo lo que tengo —admitió Erika—. Anda, hazle una foto.

—¿De dónde la has sacado?

—Yo también tengo amigos.

Peter fotografió la fotocopia y se la devolvió.

—No sé nada de armas, Peter, pero sí de partituras. Y te aseguro que esta es la única de Mozart que tiene estos símbolos. —Señaló la hoja—. Por lo que he podido averiguar, pertenecen a un antiguo alfabeto sumerio, algo así como un conocimiento oculto con el que el conde Walsegg quiso compensarle el encargo del Réquiem.

—O sea, que Mozart cobró en símbolos.

—Fue un anticipo. Dicen que, bien combinados, permiten anticipar la fecha de la muerte de una persona. —Erika negó con la cabeza—. Ya sabes que yo no creo en esas cosas.

—La información es poder.

La directora devolvió la hoja al cajón y señaló al televisor:

—¿Crees que Moonderlock mató a Martin?

Dauson meneó la cabeza.

—Los locos no matan por dinero.

—¿Y entonces?

—Mafias. Posiblemente Moonderlock haya pactado la compra de la partitura con alguna organización dedicada al tráfico de obras de arte. Quizá quiera revenderla o salvar al mundo —dijo incrédulo—. Hay mucho mesías suelto.

—¿Y qué me dices del precio? El valor de esa partitura es incalculable. —Erika apuró su café.

Dauson miró el reloj y se puso en pie.

—Para gente como Moonderlock, el dinero no es problema. Algunos se pasan el día pinchándole el culo a la industria tecnológica para sacar tajada, mientras que otros están podridos de dinero y no lo necesitan; tienen otros apoyos.

—¿Gobiernos? —preguntó Erika.

—Por ejemplo.

—¿Y qué sacan con eso?

—Equilibran poderes. —La sujetó por los hombros—. Ahí afuera no existe la verdad; solo el fuerte contra el débil.

El periodista iba hacia la puerta y Erika se ofreció a cogerle los vasos vacíos que se llevaba de nuevo a la calle.

—Habría preferido un capuchino —bromeó ella tirándolos a la papelera—. Es el arte del buen barista.

—Por cierto, qué tal va tu tobillo.

—Bueno… es más duro que los adoquines mojados de Viena.

Dauson miró en su móvil la foto de la partitura.

—¿Crees que Mozart quiso hacer daño?

Erika negó con la cabeza.

—Solo a sí mismo, Peter. —Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Ya pocas personas me importan y tú eres una de ellas. ¿Debo llamar a la Policía?

Dauson recorrió con su mirada el rostro de su amiga.

—No —afirmó—. Buscaré esa partitura.

—¿Te vas a fiar de un loco?

Peter no quiso confesarle el cúmulo de dudas que lo asaltaba en ese momento: Lukas, el crimen, Silvia… Todo era tan extraño y confuso que su mente previsora no acababa de encontrarle encaje. Pero todo pasaba a un segundo plano después de oír a Moonderlock amenazar de muerte a su amiga.

—Tengo que hacerlo; se lo debo a Mozart. —Y añadió—: Pero tú prométeme una cosa: saldrás de Viena. Irás a un lugar donde nadie te conozca y te quedarás allí unos días.

Ambos se miraron con la confianza de la amistad.

—Solo dime algo —pidió Peter—. ¿Hay alguien que sepa de Mozart más que tú?

—De sus partituras, nadie.

—¿Y de lo demás?

Erika Bagner comprendió que la gravedad de la situación la obligaba a ir más allá de la música.

—Pregúntale a Johannes.

Peter esperó con paciencia más datos; era un silencio interrogativo que ambos conocían perfectamente.

—Es un anticuario de Salzburgo —añadió ella—. Su tienda es pequeña pero sus secretos son grandes. Dile que vas de mi parte.

—¿Cuánto hace que no visitas Salzburgo?

—Mucho —admitió Erika.

—No queda tan lejos.

La mujer abrió la puerta y puso fin a la conversación.

—Ellos corren mucho, Peter; nunca descansan… Los recuerdos.

Él la abrazó.

—Te quiero, directora.

—Te quiero, periodista.

7

Cuando sacaron el cadáver del tanque, lo que más le llamó la atención al juez fue la cinta adhesiva de la boca; estaba colocada en forma de aspa.

—Como en los cómics —dijo el magistrado, sin llegar a ser irrespetuoso.

Mostrando sobrepeso y una avanzada alopecia a pesar de su juventud, el juez caminaba alrededor del muerto y se inclinaba de vez en cuando para observar aspectos que le llamaban la atención. Aquel cuerpo era una macabra golosina gigante.

El forense se agachó y examinó la cara de Axel Martin, irreconocible a causa del chocolate. Al girarle la cabeza y quitarle la cinta, un denso río de pasta marrón salió de la boca y se extendió sobre el suelo. Al fondo de la cavidad, advirtió un trapo encajado en la garganta.

—Fueron meticulosos —dijo el forense.

—Y originales… —apostilló el juez.

El médico limpió el rostro y comprobó la rigidez del cuerpo.

—Señoría, podríamos datar el fallecimiento hace un par de horas.

—¿Y la causa? ¿Es tan evidente?

Con el traje untado de chocolate, si no fuera por la dramática escena, daría la impresión de que el profesor Martin acababa de disputar una de esas peleas en el barro.

—Aparentemente sí. Ahogamiento por inmersión. —El forense ladeó el cadáver con ayuda de su asistente—. A simple vista, no se aprecian señales de violencia, pero tal y como está el cuerpo, es difícil saberlo. Veremos al lavarlo.

—¿Y por qué le taparon la boca?

—Quizá para que no gritara. O para acelerar el proceso de ahogamiento. Ya sabe, un trapo, una cinta… No son estancos, pero ayudan. —Observó las cavidades nasales.

—Y no hubo robo. —El juez señaló al suelo.

Unos metros más allá, había una billetera junto a un pequeño cono amarillo, que indicaba que era la evidencia número nueve. La cartera de Martin —se suponía— habría caído de un bolsillo cuando le dieron la vuelta para meterlo en el tanque.

Un agente enfundado en un mono blanco la recogió con unas pinzas y la metió en una bolsa.

—Está intacta —señaló—: dinero, tarjetas, documentación…

El juez miró al inspector Stoel, quien permanecía a su lado guardando silencio.

—¿Y usted qué opina?

Stoel lo miró levantando una ceja.

—Que morir así es una putada.

El instructor, casi treinta años más joven, sintió una leve incomodidad, imperceptible exteriormente.

—Siempre lo es…

—Sí, señoría, siempre.

El juez señaló el cadáver con un pie.

—¿Recuerda algo parecido? Me refiero a un crimen relacionado con dulces.

Stoel negó con la cabeza.

—Aparte del atraco a una chocolatería en el que mataron al dueño, no. Nada que se le parezca.

—¿Y tanto trabajo para no robar nada…?

Si fuera por ganas, Stoel le habría soltado: «¡Váyase a la mierda, míster preguntitas, he apagado mi bola mágica!». Pero su experiencia le había enseñado a no conjeturar y a tener paciencia con los jueces bisoños como ese; y eso hizo: se tomó unos segundos antes de responder:

—No descartamos nada, señoría —dijo—. Tenemos en cuenta todas las posibilidades.

El juez se dio por satisfecho.

—Una cosa sí es segura —añadió Stoel—: no eran aficionados.

—¿Por qué lo dice?

—Tardaron muy poco.

Ambos recorrieron con la vista las instalaciones, tenuemente iluminadas. Una decena de agentes inspeccionaba el lugar y seguía recogiendo evidencias.

—Un crimen así requiere preparación. —Stoel miró el tanque—. Hay que distraer a mucha gente.

—¿Y qué me dice de los turistas? —El juez simuló hacer un esfuerzo con los ojos.

—A eso voy. Eran doce. Los estamos interrogando a todos. Uno de ellos es la mujer que intentó socorrerlo. —Stoel señaló hacia las oficinas—. Otras siete personas trabajan en la empresa, pero ninguna estaba cerca de la víctima; solo esa mujer.

—¿Cómo se llama?

—Silvia Weits.

—¿Quién es?

—Una turista americana, arqueóloga. —Stoel señaló el depósito—. Acaban de llevarla al hospital; se hizo un corte en una mano con el borde.

Desde el suelo, el forense levantó la vista.

—¿Alguien sabe música?

Sobre una bandeja, desplegó el trapo que acababa de extraer de la garganta del profesor Martin. Escrita a rotulador, podía leerse lo que parecía ser una partitura, apenas tres pentagramas emborronados.

Efectivamente, el margen temporal de los asesinos había sido de un par de minutos. Fue lo que tardó Silvia Weits en darse cuenta de la ausencia.

Pero todo estaba perfectamente calculado.

El guardia de seguridad, un exconductor de tranvías que había cambiado el volante por la porra, favoreció la entrada de los criminales: dos hombres que se hicieron pasar por transportistas y accedieron al interior de la zona de conchado por la puerta de servicio, uniformados con la vestimenta de una compañía que servía cacao a la empresa.

Media hora antes, habían llegado con un camión, el cual interceptaron previamente en un área de servicio a las afueras de Viena. El conductor y su ayudante fueron capturados y, aunque no los mataron, les dieron un susto que les hizo obedecer a pies juntillas las recomendaciones de los asaltantes. Sustrajeron el camión y sus enseres personales y les advirtieron de que esperaran

hasta la noche para denunciar el robo si no querían que sus familias en Trieste pagaran las consecuencias.

Y claro: palabra de Dios.

Este puerto italiano era el punto habitual de recepción de la materia prima para la factoría. Los cargamentos llegaban por vía marítima de Centroamérica y Asia y, una vez en Trieste, un servicio de transporte enviaba el cacao por carretera a Viena.

Los delincuentes —una banda integrada por cinco hombres— desnudaron a los camioneros y les dieron otra ropa. Los dejaron cómodamente sentados en la cafetería del área de servicio, mientras los futuros ejecutores del profesor Martin se colocaban las chaquetas distintivas de Rianinni & Co y arrancaban con el cargamento en dirección a la fábrica. Tardaron una hora en llegar, informando a la empresa de su itinerario para no levantar sospechas.

Al mismo tiempo, en permanente contacto con el guardia de seguridad, los asaltantes sabían la ubicación de Martin y del grupo de turistas, y todo lo que tuvieron que hacer fue llegar a la hora prevista, simular la entrega descargando algunos sacos y esperar una señal para entrar en acción.

La última parte del plan era vital: el guardia debía distraer al profesor para que se quedase en la cola del grupo y así distanciarlo de su amante, quien, por suerte, había hecho buenas migas con otra mujer que no paraba de hablarle de las excelencias culinarias de Viena.

Cuando el grupo prosiguió su recorrido hacia la sala de mezclas, los doce turistas pasaron a ser once.

El profesor ya no estaba.

Hábilmente, el guardia cerró la puerta y Martin se quedó solo en el área de conchado. Desde detrás de los depósitos, aparecieron dos hombres corpulentos, que le sacaban una cabeza y casi medio cuerpo de ancho al endeble Axel Martin; lo sujetaron con fuerza.

La impresión lo paralizó y le impidió gritar.

—¿Qué quieren? —alcanzó a decir nerviosamente.

Uno de los asesinos lo agarró por la espalda mientras el otro le metía un trapo en la boca y la sellaba con cinta americana. Lo levantaron en el aire —sus leves aspavientos recordaban a los de un bebé lloriqueando— y con mínima fuerza se lo llevaron hacia uno de los depósitos de chocolate.

Solo habían transcurrido cuarenta y cinco segundos.

Subieron la escalera de chapa perforada llevando a hombros al profesor y, antes de dar la orden de arrojarlo al tanque, uno de ellos accionó con el pie el botón rojo de «Stop» para detener las palas que giraban manteniendo la consistencia de la pasta de cacao. Luego, sin más preámbulos que una mirada cómplice entre ellos, depositaron suavemente el cuerpo de Martin boca abajo dentro del tanque, lleno como estaba de miles de kilos de chocolate caliente, cuyo agradable aroma contrastaba con la atrocidad que estaban cometiendo.

Esperaron treinta segundos…

El cuerpo de Axel Martin, del que solo se veían ya los pies y los tobillos, se estremecía entre grandes espasmos abrasándose en el chocolate hirviendo. Enseguida se quedó inmóvil.

Otros diez segundos… Asunto arreglado.

Cuidándose de no resbalar, los asesinos salieron por la puerta de servicio, se subieron al camión y abandonaron la fábrica, justo en el

momento en que el grito de Silvia Weits retumbó por todas partes.

Por supuesto, el primero en acudir fue el guardia de seguridad, quien evitó, en una maniobra no planificada, que la mujer acabase también dentro del tanque en su intento de salvar a la persona que, a la vista ya de los turistas, estaba sumergida en aquel baño mortal. Ni en el mejor de los supuestos habría imaginado el exconductor de tranvías que su papel en el crimen iba a acabar de manera tan brillante, es decir, siendo el héroe del chocolate evitando que Silvia también cayese dentro.

Ese gesto blanqueó su coartada.

Algunos hombres del grupo de turistas se lanzaron enseguida a ayudarlos. Así consiguieron apartar a Silvia del depósito mientras obedecían las órdenes de «la autoridad».

—¡Que nadie toque al muerto! —gritó el guardia—. ¡Déjenlo en el tanque!

Al cabo de un rato —mucho antes de lo imaginable—, todo comenzó a enfriarse. La desesperación dio lugar a las preguntas (esas que se hacen con la distancia de saber que la víctima no es un ser querido) y solo Silvia luchaba en su interior por no desvelar sus sentimientos: amante, Nobel, partitura, Mozart, dolor, engaño… Muchas eran las palabras que se amontonaban en su mente para asimilarlas con un chocolate con lágrimas.

Nunca nadie estuvo tan solo en Viena. Con un secreto tan grande. A Silvia le remordía, dudaba si contarlo.

Al final optó por aceptar la manta que le tendían sobre los hombros. Tenía frío. Dolorida por el corte en la mano, dejó que el chocolate solidificase sus nervios.

Fue entonces cuando vio a Peter Dauson.

8

El periodista aparcó su coche cerca del Hospital General de Viena y comenzó a caminar mirando el móvil. Tecleó la página web: www.outspacemoonderlock.com y observó el logotipo:



Un poco más abajo, aparecía un mensaje de bienvenida y el rostro sonriente de Abraham Moonderlock —aparentaba ser un hombre maduro, aunque parecía algo más joven que en el vídeo de Erika Bagner—. Su mirada era enigmática y a la vez desafiante. Infundía desasosiego.

De su torso apenas se veían los hombros y, detrás, un minimalista fondo blanco acentuaba su aspecto elegante y sencillo.

Curiosamente, aquella web que propugnaba el cambio de la era digital por la mecánica era moderna e intuitiva. En sus diferentes apartados, había todo tipo de teorías y estudios que avalaban el retroceso tecnológico como único camino para evitar la destrucción del planeta. Y el comienzo para frenar la escalada de «autoeliminación» pasaba, según propugnaba, por acabar con Internet, con las redes sociales y con todas las tecnologías de las comunicaciones «derivadas de un sistema dañino que camufla delitos y favorece la impunidad con el anonimato».

La presentación, adornada con una estética *steampunk* acorde con la época de la revolución industrial, terminaba sentenciando: «Si antes vivíamos y progresábamos sin el cáncer digital, ¿por qué no volver a hacerlo?».

A pocos metros de la entrada del hospital, Dauson guardó el móvil y comprobó, a pesar de lo tardío de la hora, que la actividad era frenética. «Igual que en las fronteras», pensó; «pero aquí el territorio se lo disputan la vida y la muerte».

Antes de entrar, alzó la vista hacia el edificio acristalado y tuvo que zigzaguear para no chocar con una pareja que salía visiblemente abatida por alguna mala noticia. También salieron otras dos mujeres, vestidas con ropa sanitaria, que echaron a correr para mitigar el frío.

Nada más entrar, la gente se agolpaba en la sala de espera de urgencias, mientras al otro lado, un pasillo largo y solitario se perdía entre puertas y fluorescentes; apenas tenía actividad. Su acceso estaba restringido, pero no había puertas ni barreras, así que Peter, que conocía perfectamente el lugar —sobre todo el Departamento de Traumatología, donde había pasado dos meses al regresar de Siria—, se encaminó por el pasillo y subió andando las tres plantas que lo separaban de la habitación 375.

Minutos antes, Silvia Weits le había enviado un mensaje con esa referencia. Al abrir la puerta, se la encontró incorporada en la cama. Vestía un camisón blanco de hospital y llevaba una bolsa de suero conectada a la muñeca por una vía.

La habitación era confortable, teniendo en cuenta lo que uno entiende por «confort hospitalario». «Una suite», pensó Peter al ver que la estancia disponía además de un gran ventanal que a esas horas ofrecía una hermosa vista nocturna de Viena.

Silvia levantó levemente la mano vendada.

—He perdido mucha sangre. El médico dice que, si fuera Drácula, ya estaría muerta.

Dauson dejó su mochila y se sentó en la cama.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Hubo un incómodo silencio, apenas tres segundos, los suficientes para que la mujer abandonase la somnolencia de los calmantes y mirase hacia la ventana. Peter no apartaba la vista de su rostro.

—Tienes que irte —sugirió él.

—Sí, mañana vuelvo a Nueva York.

—Quiero decir ahora. Tienes que salir del hospital inmediatamente. —Miró hacia la puerta.

Silvia se incorporó y la bolsa de suero osciló en el gotero.

—¿Qué ocurre?

—Estás en peligro.

—¿Los asesinos de Axel?

Dauson advirtió por la perfecta entonación de la pregunta que Silvia ocultaba algo. No era ni tan ingenua ni tan preguntona.

—Es posible.

Ella intentó pensar con rapidez, pero su estado de relajación se lo impedía.

Peter fue hacia la ventana y regresó a su lado.

—Cada minuto que pasa, las posibilidades de que un tipo entre por esa puerta y te pegue un tiro, y de paso otro a mí, aumentan considerablemente. —Le tocó la mano vendada—. Supongo que habrás pensado en la partitura.

—La partitura…

—Sí. Mozart. «Lacrimosa».

Ella asintió exageradamente.

—¡Claro que sé lo de la partitura! —Su voz se quebró—. ¡Pero eso no justifica matar a nadie!

—Bien, pues díselo a los asesinos de tu profesor. —Dauson seguía serio.

—¿Cómo sabías quién era? —preguntó ella—. Cuando te vi en la fábrica, Martin aún estaba dentro del…

—Soy periodista —la interrumpió.

Silvia se miró la muñeca conectada al suero.

—¿Quién ha sido, Peter?

—Posiblemente, traficantes de arte. Y te aseguro que a esa gente no le tiembla el pulso. —Abrió la mochila y sacó varias prendas que echó sobre la cama—. Vístete. Nos vamos.

—A Axel no le importaba —dijo, negando con la cabeza—. Para él, la partitura solo era un objeto de mercadillo. Habíamos venido a donarla y a pasar unos días juntos…

—Pues os chafaron el plan.

Lo que Silvia contaba era cierto. Martin le daba una importancia relativa al documento; era una donación más, una de tantas. De hecho, solía tener iniciativas altruistas con lo que compraba en los mercadillos: a veces adquiría paquetes de postales antiguas que luego enviaba a los descendientes de las personas cuyos nombres figuraban en la firma o en el remite, por si querían conservar el recuerdo de sus antepasados.

Y eso era todo. La parte solidaria del viaje a Viena terminaba ahí.

Distinto era lo de Silvia. Estar con ella significaba una nueva ilusión en la vida personal de Martin. Llevaba varios años con

problemas matrimoniales; quizá por el desgaste, la desidia, la rutina… Helen y él ya no estaban bien. Pero su poco carácter le impedía afrontar el tema de la separación. Martin era un gran físico, pero un pésimo psíquico. Su mente no estaba hecha para manejar sentimientos, y los años pasaban, la situación se enquistaba y nada cambiaba, hasta que un día Silvia Weits apareció en su vida.

Dauson volvió a mirar por la ventana. Se movía inquieto. Observó el continuo ir y venir de coches a la entrada del hospital y se concentró en las personas que había en la explanada, sobre todo en aquellas que estaban solas.

Sin mirarla, comentó:

—Si no te matan esta noche, mañana te detendrá la Policía —la apremió.

Para cualquier persona con una vida normal, esta afirmación supondría entrar en pánico, pero Peter Dauson sabía medir el grado de indolencia. No tenía dudas de que Silvia, igual que él, había aprendido a encajar puñetazos dialécticos. Si algo te enseña la guerra, es a relativizarlo todo. Cuando un obús cae a pocos metros de ti y te salvas gracias a los escudos humanos, la muerte deja de ser un visitante incómodo; compartes con ella buenos y malos momentos y no permites que la vida pase de perfil: prefieres chocar contra ella y caer en la realidad.

Por eso, Silvia sabía que Peter no exageraba. Una advertencia suya era algo a tener muy en cuenta, y si alguna virtud seguía apreciando de aquel hombre que tanto había significado en su vida, era que, casi siempre, solía acertar.

—¡Decídete! —insistió rescatándola de sus pensamientos—: huida, morgue o comisaría.

—¡¿Pero por qué iban a matarme?!

—Eras su amante, Silvia. Eso te convierte en caza mayor.

—Amar no es delito.

—Depende…

El periodista se fue hacia la puerta y la entreabrió para controlar el pasillo. Luego regresó a su lado.

—A la mafia no le gustan los testigos —añadió—. Ni a la Policía las dudas.

—Ya hablé con ese inspector… Stoel. Me hizo todas las preguntas posibles y tuve amnesia, ¿recuerdas?

Él asintió.

—Me pidió que me quedara en Viena. —Silvia se encogió de hombros—. Aunque no me hace ninguna gracia coincidir con la viuda de Axel. —Miró hacia la ventana—. Ya vuela hacia aquí.

Por un instante, Peter volvió a ver en ella a aquella chica de valores humanos y sacrificio por el trabajo. Silvia Weits no era una arqueóloga al uso en Afganistán o Siria. Su causa iba más allá de proteger civilizaciones antiguas; se involucraba hasta el límite emocional con cualquiera que lo necesitara y, siempre que podía, echaba una mano. En los pueblos por los que pasaba con la caravana, su rostro reflejaba la felicidad de su entrega solidaria a los demás.

«Soy insensible con las piedras, pero emotiva con los corazones que cuido», decía ella en un tiempo en el que Peter Dauson era parte importante de su vida.

Habían pasado muchos años y muchas cosas…

Silvia cogió un pañuelo de papel. Estaba llorando.

—Axel era un buen hombre —dijo gimiendo—. Y yo no pude ayudarlo.

Dauson dejó que el silencio suavizara la siguiente pregunta.

—¿Dónde está la partitura? —inquirió en tono neutro.

Silvia levantó la vista, extrañada.

—En su habitación, supongo. Allí estaba cuando salimos para la excursión.

—¿Tienes la llave?

—Sí, claro. Siempre llevamos tarjetas de las dos habitaciones.

—Con un poco de suerte, la Policía solo habrá hecho una inspección ocular y no la precintará hasta mañana —supuso él—. Iremos al hotel, cogerás la partitura y te irás al aeropuerto. Compras un billete y te metes en el primer avión que salga.

—No hay nada que justifique un asesinato —volvió a decir.

Peter iba a replicar, pero se contuvo. Se palmeó las rodillas y se puso en pie.

—Fin del momento ingenuo, querida. ¡Vamos!

Dauson rehusó ser más explícito. A su mente acudió ahora la imagen de Moonderlock y la del vendedor de salchichas pidiendo auxilio tras quedarse ciego.

—Aún no me has dicho quién demonios te envió a la fábrica de chocolate —dijo ella.

—Mozart.

Silvia arrugó las cejas.

—Estás loco o crees en los espíritus.

Dauson vio una sombra por debajo de la puerta y esperó a que el sonido de las pisadas se disipara.

—¿Te ayudo a desconectar el suero? —Era la última resistencia que le quedaba.

Silvia tiró de la vía con decisión y se bajó de la cama.

9



Al entrar en la buhardilla donde vivía, situada en el centro de Viena, el violinista se encontró al anciano sentado en el sofá. No había muchos más muebles; solo un par de sillas y una mesa pequeña.

—¡Maestro…! —exclamó Lukas Volkheim, sorprendido.

El anciano miró a su alrededor, como quien otea desde lo alto de una duna, y se preguntó por qué el chico tendría tan pocas pertenencias en su apartamento. A pesar de ser uno de los mejores músicos de Austria, poco más había allí que tres violines, un atril y un montón de libros de música apilados en un rincón. Nada de aquello llevaba a pensar que allí residía uno de los instrumentistas más jóvenes de la Filarmónica de Viena, «un tocado por la gloria», como definían en los entornos culturales a los integrantes de una de las mejores orquestas del mundo.

El único exceso que rompía el minimalismo era una estantería llena de pequeños instrumentos musicales que, como una isla, colgaba entre un mar de paredes vacías. «Como las buenas sinfonías, las casas deben ser fáciles de entender», decía Lukas respondiendo a la recurrente pregunta que siempre le hacían las visitas acerca de su nulo apego a lo material.

Sin embargo, ese día, para describir la habitación, había que sumar, además del anciano en el sillón, a un hombre corpulento que, como una estatua, permanecía de brazos cruzados en una esquina del cuarto.

El músico lo miró sin darle importancia.

—Deberíamos darte una vivienda mejor —propuso el anciano golpeando con un pie la madera del suelo.

—Eso ya lo hemos hablado, tío. Aquí estoy perfectamente.

El hombre señaló hacia arriba y cambió de tema.

—Me encantaría verlos caer desde el tejado. Esto es un quinto, ¿no?

Lukas dejó la mochila y se sentó a su lado. El cambio del esmoquin por la ropa de calle —un atuendo informal de vaqueros, zapatillas deportivas, jersey y abrigo— lo hacía mucho más joven.

Solo él podía llamarlo «tío». De hecho, a Gregor Winmayer pocas personas lo trataban ni siquiera por su apellido; solo el personal de servicio de su castillo en Liechtenstein y algunos numerarios de grado de Naqistum, la sociedad secreta que presidía desde hacía más de tres décadas, un elitista círculo de poder que custodiaba el secreto más importante que un ser humano puede poseer: la Clave de Mozart, la fórmula que predecía la fecha exacta de la muerte de una persona.

El Maestro, como todos lo conocían, no era dado a la violencia ni a los exabruptos; de hecho, su mesura y su capacidad de diálogo eran virtudes que lo habían encumbrado a la cima de la organización.

Pero ahora las circunstancias eran excepcionales.

Nunca antes La Fecha había estado tan amenazada. La sola idea de que la fórmula pudiera ser revelada hizo que aquella falta de

escrúpulos que los años habían suavizado aflorara de nuevo, como cuando en su juventud el despiadado empresario de diamantes Gregor Winmayer priorizaba las cuentas de resultados sobre la vida de cientos de personas que morían exhaustas a causa del duro trabajo en sus minas de Sudáfrica.

Como un virus latente, ahora la ira contenida emergía con toda su crudeza ante una de las pocas situaciones que no había podido controlar a lo largo de su vida. Rodeado de una aparente decrepitud, el Maestro atravesaba el segundo peor momento de su existencia y así se lo reconocía a las personas de su círculo más íntimo, entre ellas a Lukas.

El primero había sido cuando la partitura de «Lacrimosa» —con la clave sumeria insertada en ella— fue a parar al entorno del presidente Kennedy. Tal «desliz» provocó treinta y cinco asesinatos en cadena, todos a la misma hora, en las treinta y cinco sedes que Naqistum tenía en los cinco continentes.

El entonces Hermano Mayor de la Sociedad había ordenado que fueran simultáneos, sin importar los husos horarios ni las fiestas locales: se trataba de localizar y neutralizar. Esa era la orden. Y un joven Gregor Winmayer, motivado por hacer méritos y ascender en el escalafón, movió sus peones y ejecutó el mandato a la perfección. Era el año 1962.

No obstante, a pesar del escarmiento y de que los numerarios entendieron el mensaje, la partitura no pudo ser recuperada y permaneció más de sesenta años en el Ala Oeste de la Casa Blanca, en una de las salas dedicadas a los innumerables obsequios de Estado que recibía el presidente de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy.

Los sobornos al Servicio de Inteligencia y al FBI no alcanzaron el nivel adecuado y La Fecha hubo de permanecer confinada en una estancia situada a pocos metros del Despacho Oval hasta que, caprichos del azar (o no), asesinaron a Kennedy. Y luego clasificaron documentos. Y pasaron seis décadas y desclasificaron documentos y, por fin, muchos objetos relacionados con JFK dejaron de tener importancia y su custodia se relajó, hasta el punto de acabar desperdigados y a merced de casas de subastas y cazatesoros que, en muchos casos, hicieron un gran negocio.

En el caso de la partitura de «Lacrimosa», intervino claramente el azar: el documento pasó a manos de un marchante de tercer nivel y de ahí a un mercadillo de Nueva York. El último periplo fue fácil: el profesor Martin, aficionado a las antigüedades, ignorando que con esa compra estaba firmando su sentencia de muerte, decidió hacer un gesto altruista y donar la partitura a la Casa de Mozart. Eso hizo que toda la maquinaria se pusiera en marcha para intentar recuperarla.

La última palabra la tenía ahora la mafia del arte.

Si nadie lo remediaba, posiblemente, la partitura acabaría troceada y vendida pentagrama a pentagrama; «quizás eso sea lo menos grave», pensaba Winmayer. Cualquier cosa menos que alguien se parara a examinarla y descubriera que, ocultos entre el título y los primeros compases de «Lacrimosa», había unos extraños símbolos sumerios que, convenientemente descifrados, otorgan el poder sobre la vida y la muerte.

Por eso el Maestro había salido de su castillo de Liechtenstein —pocas veces lo hacía ya a sus ochenta y dos años— y desde allí movía los hilos de la hermandad, mientras que su sobrino, Lukas —

cuyo padre y abuelo habían dado la vida por la causa—, era su enlace en Viena.

Además de una inquebrantable lealtad, Lukas Volkheim fortalecía su vínculo con el tío Gregor teniendo muy presente la confianza entre ellos.

De hecho, fue a él a quien le encomendó, nada más conocer el asesinato de Martin, la máxima difusión de la noticia. Lo del primo y los problemas económicos de la fábrica eran meros adornos para una historia ya de por sí cargada de argumentos.

—Me los imagino cayendo… —susurró el anciano sin necesidad de explicar que se refería a los ladrones de la partitura—. Sus cabezas reventando contra los adoquines… Un quinto piso está bien.

—Los encontraremos, tío.

El músico le puso una mano en el hombro (algo que tampoco nadie más podía hacer).

—Gracias, Lukas —asintió—. Solo estoy un poco indignado.

—Te lo prometo.

El anciano se puso en pie y el guardaespaldas hizo ademán de lanzarse a ayudarlo.

—¡Aficionados! —soltó de pronto Winmayer como si le hubieran inyectado adrenalina—. ¡No son más que unos rateros! ¡No tienen ni idea de lo que han hecho!

—Al parecer, entraron en el hotel y fueron directamente a la habitación del profesor —explicó el violinista como excusándose—. Nadie los vio.

—Pues lo siento por los empleados del hotel. —El Maestro miró por primera vez a su sobrino—. El Gardener Wien entrará la próxima

semana en concurso de acreedores y, dentro de un mes, cerrará sus puertas. Se irán todos a la calle.

—Al menos, lo del periodista salió bien —dijo Lukas para animarlo —. Con la noticia circulando por ahí, no les será fácil colocar la partitura.

El Maestro se apoyó en el sillón y acarició su piel desgastada.

—¿Es de fiar ese Dauson?

Lukas meneó la cabeza.

—Ningún periodista lo es.

El anciano caminó hacia su guardaespaldas y le palmeó el hombro.

—Me refiero a si es necesario recordarle algo…

—No hará falta, tío.

Winmayer se tomó un instante para responder concentrándose en la vigorosa figura de su gorila. Le acomodó suavemente las solapas del traje y concedió:

—En ese caso, de momento, solo vigilaremos.

10

Enfilaron tranquilamente el pasillo hacia las escaleras. Abandonar la habitación no fue complicado; tan solo hubieron de esperar unos minutos a que las enfermeras se concentraran junto al mostrador —situado en la parte central de la planta— para poder encaminarse hacia la salida sin ser vistos y descender al vestíbulo.

Lo difícil fue ver a Silvia Weits vestida de hombre y no sonreír. Peter había hecho todo lo posible: en su recorrido hasta la habitación, todo lo que pudo conseguir fueron algunas prendas masculinas. Consciente de la urgencia con la que ella debía abandonar el hospital, el periodista sabía que las opciones eran o hacerlo en ropa de cama o vistiendo la que llevaba en la fábrica, completamente empapada de chocolate. Pero ninguna de las dos le pareció adecuada.

Así que buscó una tercera vía. Para ello esperó a que la empleada de la lavandería dejase el carro de la ropa limpia para «tomar prestado» lo que la premura le permitiese, es decir, un pantalón de traje (cinco tallas más grandes que la de Silvia) y una camisa blanca también de dimensiones descomunales; eso sí, ambas prendas perfectamente planchadas y listas para ser devueltas a sus dueños.

Lo del abrigo requirió más destreza. Peter tuvo que entrar en un despacho que tenía la puerta entreabierta y allí cogió del perchero un chaquetón de mujer de paño gris con grandes botones. Metió

todo en una bolsa de lavandería y así se presentó en la habitación 375.

Bajaron las escaleras y avanzaron por el pasillo hacia la puerta principal. Cerca de Urgencias, la densidad del gentío se incrementó notablemente, lo que favoreció sus planes al permitirles pasar desapercibidos y apurar el último tramo.

Gracias al chaquetón, Silvia disimulaba el «globo» en el que iba metida, ocultando también el cinturón que tuvo que improvisar con una cinta de tela para mantener el pantalón en su sitio, dada la enorme cantidad de espacio sobrante. Lo único que conservaba de su propia vestimenta era la ropa interior, el bolso y las zapatillas deportivas, las cuales, obviamente, ponían la guinda a aquel despropósito de estilismo hospitalario.

Si en ese momento se hubiera puesto una bola roja en la nariz, Silvia Weits habría pasado perfectamente por una payasa de hospital, esas personas cuya labor humanitaria con los pacientes había alabado la propia arqueóloga semanas antes en un programa de televisión, hablando del cuidado de los enfermos en la antigüedad y de la importancia que las culturas milenarias daban a la sonrisa.

Pero este no era el caso. Ahora se trataba de salir del hospital cuanto antes y el objetivo estaba a menos de cinco metros.

Peter Dauson abrió la puerta y, de pronto, el olor a asepsia y comida dejó paso a un viento helado que cortaba el cutis pero renovaba los pulmones.

Empezaba a nevar con intensidad, lo que lo obligó a ajustarse hasta arriba la cremallera de su cazadora.

Fue entonces cuando vio un elegante coche negro estacionado enfrente. Era demasiado grande, demasiado brillante, demasiado todo… para estar un viernes por la noche a las puertas de un hospital. Y justo cuando le indicaba a Silvia la parada de taxis, salió del automóvil el inspector Stoel y le hizo señas.

Dauson fingió no verlo.

—Nos vemos en el hotel —propuso Peter. Silvia asintió y, sin decir nada, apuró el paso y se subió a un taxi.

El periodista miró al cielo y dejó que varios copos cayeran sobre su rostro. Necesitaba desprenderse del cansancio tras dos horas de máxima intensidad.

Stoel seguía firme junto al coche. Dauson se acercó.

—Tal vez quiera acompañarme —lo invitó el policía.

—No es mala opción. Hace frío.

Peter entró y Stoel cerró la puerta. Luego rodeó el coche y ocupó el asiento del acompañante.

Debido a los cristales tintados, no había advertido la presencia de otro ocupante en la parte trasera. Era una mujer. Al instante alguien bloqueó las puertas, lo que le hizo sentir un punto de incomodidad, pero, como buen jugador de póker, Peter lo disimuló a la perfección.

—Le presento a la doctora Grace Freeman —dijo Stoel volviéndose en su asiento—. Doctora, él es Peter Dauson.

Ambos se dieron la mano e intercambiaron gestos asertivos sin ninguna sonrisa de cortesía.

El coche arrancó.

—La doctora Freeman dirige el Departamento de Servicios Clandestinos de la CIA en Europa —informó Stoel—. Tiene su sede en Viena, ¿lo sabía?

Peter negó con la cabeza.

—Ni siquiera imaginaba que existiera.

—El nombre es lo único que no es clandestino —bromeó la mujer. Peter descubrió que tenía la voz grave. Sus rasgos afroamericanos acentuaban una enigmática belleza, más oculta aún en la penumbra del coche, pese a lo cual ella mostraba un elegante porte. «Tendrá unos cincuenta años», calculó él. Su suave perfume y su discreto maquillaje la hacían una mujer atractiva, pero sin estridencias, instruida para pasar desapercibida en voz, cuerpo y seguramente también en alma.

«Servicios Clandestinos», pensó Dauson, forzando el silencio hasta el umbral de la incomodidad.

Y al fin, suspiró.

—La CIA…

—Lo de esta tarde en la fábrica se ha complicado. —Stoel hizo una indicación al chófer—. Preste atención a esto.

Por los altavoces comenzó a sonar el segundo movimiento «Andante» del Concierto para Piano n.º 21 de Mozart.

—¿La conoce?

—Por supuesto —respondió Peter—. Evoca esperanzas bajo los escombros.

—Piense en algo menos romántico.

—Querrá decir «menos emotivo».

La doctora Freeman hizo ademán de relajar el gesto, pero Stoel ignoró el comentario.

—La partitura de esta melodía estaba en el trapo que sacamos de la boca del profesor Martin —precisó Stoel.

La mujer escrutaba el rostro del periodista.

—El hombre al que su amiga intentó rescatar.

—No es mi amiga —puntualizó Dauson.

—Pues, para no serlo, se ha tomado usted muchas molestias.

—Estaba herida.

—¿Y por eso la saca del hospital?, ¿para que el frío la cure?

El coche avanzaba lentamente por las calles de Viena. Tras dejar atrás el recinto hospitalario, enfilaba ahora la avenida Wahringerstrasse hacia el centro de la ciudad.

Como excelentes negociadores que eran, los tres dejaron que el sonido del motor, amortiguado por el buen aislamiento acústico, distendiese el diálogo durante un tramo del recorrido. La calefacción y la comodidad de los asientos contribuyeron a ello.

Stoel, ya sin girarse, prosiguió:

—Un jodido mensaje en la boca, Peter. Es lo que intentamos descifrar. —Le enseñó la foto del trapo con la partitura—. Pensábamos que usted podría ayudarnos.

El periodista observó la imagen y luego miró por la ventanilla.

—Mozart no se le atraganta a nadie —afirmó mirando a la agente Freeman, y le preguntó—: ¿A usted le gusta Mozart?

—Prefiero a Bruce Springsteen. Somos del mismo pueblo.

El conductor pulsó un botón y una pequeña pantalla descendió del techo y comenzó a reproducirse un vídeo grabado con cámara fija que mostraba la calle Schulerstrasse, cerca de la entrada a la Casa de Mozart. En la secuencia, sin sonido, se veía a Erika Bagner y a Peter Dauson en la puerta observando a distancia cómo el vendedor de salchichas recibía el *flash* en su cara y se desplomaba tirándolo todo, siendo luego asistido por unos viandantes mientras ellos dos entraban tranquilamente en el edificio.

—¿Juega a la lotería, Peter? —dijo, sarcástico, Stoel—. ¡Hágalo! Porque esta tarde ha acertado: ha estado en los lugares más calientes de Viena.

El periodista seguía mirando la pantalla a pesar de que la escena se había quedado congelada.

—Erika es una gran persona —respondió.

—Eso mismo dijo ella de usted —repuso el policía—. Acabamos de visitarla.

La doctora Freeman agitó la mano y el coche se detuvo. A la derecha estaba la Iglesia Votiva. Las luces nocturnas daban a sus agujas una imagen majestuosa, elevando su arquitectura neogótica a más de cien metros de altura. El imponente edificio parecía cobrar vida con la nevada descolgando sus copos de la cortina negra del cielo. Sin duda, era uno de los templos más bellos de Austria, y en ese momento seguía siéndolo, «a pesar de la compañía», pensó Peter.

—No perdamos más tiempo, señor Dauson. —La mujer lo miró, contundente—. Abraham Moonderlock debe ser neutralizado y esa partitura, destruida. Es una cuestión de seguridad mundial.

—¿A qué partitura se refiere?

—Por supuesto, no a la encontrada en la boca del profesor. —Freeman arqueó las cejas—. Su muerte es una anécdota.

—No creo que la viuda piense lo mismo.

—Ella no tiene la obligación de proteger al mundo.

Dauson comprendió entonces que la CIA había seguido el rastro del físico y también el de Silvia Weits, lo cual dificultaba las cosas. Para salvar a Erika Bagner, él estaba dispuesto a encontrar la partitura, pero no quería que la destruyeran.

—Me refiero al original de «Lacrimosa» —aclaró Freeman—. Si acaba donde no debe, podría ser catastrófico. —Le apuntó con un dedo y Peter se fijó en las uñas esmaltadas de rojo pálido.

La mujer miró en el retrovisor los ojos del chófer y el coche volvió a arrancar. Tras unos segundos, añadió:

—La Casa de Mozart tiene muchos tesoros, pero la informática no es su fuerte.

Stoel giró la cabeza.

—Revisamos los correos de la directora, incluido el vídeo de hoy.

—El de Moonderlock —matizó Freeman.

Peter tuvo la tentación de mirar el reloj. Debían de ser las diez. En solo dos horas, la CIA ya tenía en su poder toda la información del caso.

—Como sabrá, señor Dauson, cuando se trata de asuntos importantes, somos omnipresentes. —La agente plisó con falsa coquetería su traje de chaqueta marrón.

—Eso ya lo sé.

—Bien, pues permítame mostrarle algo. —Se apoyó en el reposabrazos y sacó de su bolso una tableta digital.

Un reportaje de televisión mostraba a personas con graves lesiones medulares; solo podían mover la cabeza y se pasaban el día tendidas en una cama. Reclamaban la legalización de la eutanasia para casos de extrema inmovilidad y también ayuda para que sus familias pudieran auxiliarlas en su decisión.

Uno de los protagonistas del reportaje era un hombre llamado Michael Duritz. Tenía cincuenta y seis años. Se comunicaba moviendo los ojos sobre una pantalla y, a pesar de la deformación de su rostro, se intuía que debía de haber sido atractivo. Los

estilistas, por indicación de su madre, lo habían peinado con una cuidada raya lateral y habían engominado su pelo.

Llevaba así quince años. Desde el accidente.

—Este hombre cayó al mar desde un acantilado en la Costa Azul —apuntó Freeman—. Estaba de vacaciones con su esposa y sus hijos.

En la siguiente imagen, Michael Duritz mostraba un emoticono sonriente en la pantalla de su ordenador. Luego la cámara enfocó un primer plano de sus ojos y, sin mover ningún músculo de su cara, puso en la pantalla: «*Thanks*!».

La agente de la CIA apartó la tableta.

—Todo entraría dentro de lo razonable si esto hubiera sido una fatalidad, un grave accidente —prosiguió—. Pero a este hombre le rompieron la columna antes de caer al mar. Su mujer había ido al coche a buscar un abrigo y, en ese momento, el agresor se acercó a Duritz por detrás y lo golpeó con un martillo a la altura de la primera vértebra. Cuando su esposa regresó al acantilado, el hombre yacía semihundido en el agua, treinta metros más abajo. En el lugar desde el que cayó, alguien dejó un martillo sobre la hierba y un papel enrollado en el mango con este mensaje —dijo mostrándole la pantalla—:

DESDE HOY, TÚ TAMBIÉN SERÁS UNA ESTRELLA EN EL UNIVERSO DE TU CAMA.

FIRMADO: EL JUSTICIERO DEL MOLINO

Freeman prosiguió:

—Abraham Moonderlock es huérfano. Fue escolano en un monasterio de los Alpes, San Crisóstomo, entre los años setenta y ochenta; allí estuvo interno hasta la mayoría de edad. —Hizo una

pausa para humedecerse los labios—. Durante años, él y otros compañeros fueron sometidos a vejaciones sexuales por parte de un monje llamado Theodor, el cual apareció descuartizado sin que a día de hoy sepamos nada del asesino. —La mujer sacó una foto de Moonderlock y se la enseñó—. Era un secreto a voces, pero jamás se encontraron pruebas para incriminarlo… En realidad, apenas se buscaron.

—¿Venganza?

—Más bien, justicia —corrigió la mujer—. Ya lo dice la nota: «El justiciero». —Siguió pasando fotos de Moonderlock de su etapa escolar—. Al parecer, tres compañeros del coro tomaron fotos de los encuentros sexuales del monje con el niño y, al cabo de unos años, cuando esos chicos se hicieron adultos, siguieron burlándose del débil Abraham. Aprovecharon el auge de las redes sociales y su impunidad para publicar fotografías de aquellas abominables sesiones de sexo.

Freeman sacó una carpeta donde estaban clasificadas por fecha y hora las imágenes del monje sodomizando al niño.

—Todo esto circuló por Internet durante meses —explicó—. Llegó a miles de personas, no solo a pederastas, sino también a los amigos de Moonderlock, a su familia, al entorno laboral y a muchas personas que lo conocían en Frankfurt, donde residió tras salir del monasterio.

La agente guardó los documentos.

—¿Y el hombre parapléjico era uno de ellos? —preguntó Dauson.

—Exacto. Michael Duritz fue el encargado de difundir las imágenes —afirmó Freeman—. Pero tenía un colaborador.

El inspector Stoel se volvió para ver la reacción del periodista.

—Se llama Edwing Breukelen. También huérfano, originario de Surinam. —Le mostró su foto—. Este hombre fue envenenado con mercurio. Lo secuestraron y lo metieron en una especie de sauna dentro de una cabaña en el bosque para que estuviera inhalando vapores venenosos durante todo un fin de semana; además, lo obligaron a ingerir el contenido de mercurio de varios termómetros. El resultado fue una intoxicación crónica que lo mantiene postrado en una cama en una residencia de paliativos con fortísimos dolores contra los que ya ni la morfina hace efecto. En doce años, entró y salió del coma más de treinta veces.

—Fue quien hizo las fotos…

—Sí.

—¿Y el tercero?

Freeman se encogió de hombros.

—Desaparecido. En el monasterio, estaba registrado como Günter Sneider. Solo sabemos que es belga. Aunque estamos seguros de que, si vive, figurará con otro nombre. —Le mostró una foto de adolescente; lo que más destacaba en su rubicundo aspecto era una ceja completamente canosa—. Este fue el que creó los perfiles en las redes sociales para difundir las fotografías.

La agente concluyó con pesadumbre:

—Y todo es obra de Abraham Moonderlock.

—El justiciero.

—Ayúdenos a encontrarlo, señor Dauson. —Por primera vez, la mujer mostró un ápice de humanidad—. Flojeamos bastante en música clásica. Lo nuestro no es la ópera sino el terrorismo internacional.

—Yo solo escribo sobre cultura.

—¡Vamos, Peter! No nos joda ahora con el sermón de la montaña —saltó Stoel.

Freeman lo reprendió con la mirada.

—Lo siento, señora —continuó el periodista—; ya no estoy en el mercado.

—Tenemos medios, contactos. Solo necesitamos tiempo… setenta horas es poco.

En ese momento, Dauson recibió un mensaje de Silvia:

«Han robado en la habitación. Todo está revuelto. Tengo miedo».

Peter respondió:

«Baja a la recepción y siéntate cerca de otras personas. Nunca sola. Tardo cinco minutos».

Grace Freeman lo miró de reojo.

—¿Algo importante?

—Pocas cosas lo son.

La mujer se movió incómoda.

—No sé si alcanza a valorar la gravedad del arma óptica, señor Dauson. Esa luz es letal y su activación, un riesgo factible.

Peter observó por la ventanilla. Ya casi habían llegado a la altura del Café Central, muy cerca del hotel de Silvia.

—Sé que usted y Erika hicieron algo más que tomar café esta noche. —La agente lo miró seriamente—. ¿Le ha dicho ella dónde está la partitura?

Peter notó que Freeman bajaba la guardia.

—La vida también es amistad, señora —respondió él—. Dos personas pueden quedar para preguntarse simplemente cómo les va.

Entonces la agente de la CIA se lanzó a tumba abierta.

—La clave de esa partitura predijo el asesinato de Kennedy. Incluso la hora exacta.

Peter tardó un instante en disimular su sorpresa.

—¡Caray con Mozart!

—No se trata de Mozart —aclaró ella—, sino de la fórmula que hay en su partitura. —Suspiró y la pausa dio a entender que iba a relatar algo importante—. Un año antes de su muerte, JFK fue obsequiado con esa obra y, como es habitual, su gabinete la examinó a fondo. En el primer pentagrama, justo debajo del título, se encontraron unos extraños símbolos escritos con zumo de limón, es decir, invisibles al ojo humano pero que afloran al aplicarle calor al pergamino.

—Interesante… —Peter asintió con leve teatralidad.

—Durante la Guerra Fría, cualquier cosa proveniente de Europa se analizaba minuciosamente. —Freeman le mostró en su tableta los símbolos de la leyenda; parecía un jeroglífico egipcio—. Los criptógrafos del Pentágono tardaron semanas en descifrarlos. Centraron sus deducciones en la información pública y privada del presidente y al final obtuvieron una cifra: 033223213691. —La agente movió sus dedos en la pantalla y mostró la foto con los doce dígitos.

—¿Qué significa? —quiso saber Dauson.

Freeman relajó el tono, consciente de que revelar información sensible era una táctica de «seducción profesional».

—Teniendo en cuenta que los sumerios leían los números en sentido contrario y por partes, obtenemos 330; resultado de multiplicar 11 por 30, lo que nos da el mes de noviembre. Luego 22, que es el día. 123, la hora. Y 1963, el año. —Pasó a la siguiente foto

y apareció una fecha—. Es decir: las 12:30 del 22 de noviembre de 1963, el momento exacto en el que asesinaron a Kennedy en Dallas.

Peter Dauson sonrió moviendo la cabeza.

—Suena a conspiración universal.

—Yo hubiera dicho lo mismo si el documento no estuviera clasificado como «Alto secreto» —afirmó la agente—. De hecho, después del magnicidio, la clave se volvió a revisar aplicando criterios referidos a otras personas y el resultado fue idéntico: pudimos predecir, y luego corroborar, la fecha exacta de la muerte de muchas autoridades mundiales con apenas segundos de error. —Apagó la tableta—. Por supuesto, nunca se ha revelado la identidad de estas personas, algunas de las cuales fallecieron de muerte natural y otras asesinadas, pero todas con el día señalado en la fórmula sumeria.

La agente alzó el mentón.

—¿Qué le parece?

El periodista miró por la ventanilla.

—Que nos estamos pasando de parada.

—Mi gobierno utilizó esa fórmula. —Freeman seguía firme—. La empleó como clave de activación para el arma de destrucción masiva más perfecta que existe; incluso superior a la bomba nuclear. Es una combinación de luz ultravioleta, blanca e infrarroja que puede activarse a distancia en millones de dispositivos electrónicos a la vez. El resultado es una ceguera instantánea.

—¿Quién más está metido en esto? —preguntó Dauson.

La agente y Stoel se miraron.

—No quiera saber tanto, señor Dauson. —Freeman volvió a su apostura autoritaria.

—No es que me interese, pero ya que estamos…

—Pues debería preocuparse. Sobre todo, por Erika Bagner. Si usted no colabora, Moonderlock y la mafia del arte matarán a su amiga y nosotros no podremos hacer nada por impedirlo. Posiblemente también maten a Silvia Weits.

Dauson miró a Stoel e hizo un movimiento de cabeza.

—¿Su amiga es siempre tan optimista?

El policía se volvió hacia adelante.

—Concluyendo, señor Dauson. —Freeman golpeó la tableta con la uña—. La CIA descifró la clave de Mozart y, tras la muerte de Kennedy, la incorporó al arma óptica. Por sí sola no es más que un código, pero, con las instrucciones para interpretarlo, se tiene el poder absoluto.

—Poder y miedo, muy buena pareja.

La mujer asintió.

—Los sumerios crearon esta fórmula. Nosotros la mejoramos y añadimos veintiocho símbolos más, tantos como compases tiene la partitura.

—Muy ocurrente.

—Es imposible descifrarla —afirmó ella—. A menos que se tenga la partitura, la clave sumeria y el programa que generó la secuencia.

Dauson sonrió burlonamente.

—Y Moonderlock lo tiene.

La agente asintió.

—Tiene el software.

—Pues muy fácil: cambien ustedes la clave y desactiven el arma.

Freeman hizo un gesto despectivo que daba a entender las carencias de Peter Dauson en materia informática.

—Aunque quisiéramos, no podríamos. Esto no es una contraseña de correo electrónico. —Agitó su móvil—. Internet no se destruye; se transforma. Y la memoria digital es eterna.

Grace Freeman lo guardó todo en su bolso y entrelazó las manos.

—Cuando aquel avión se estrelló contra el Pentágono en 2001, muchas cosas cambiaron… y con otras se hizo negocio.

—La información es poder —afirmó Dauson.

—Sí, pero ahora matamos desde casa.

—Y compramos partituras en mercadillos. ¿Qué tal si reúnen a sus criptógrafos y…

La mujer levantó una mano.

—No he venido aquí a pedirle consejo, señor Dauson. Quiero que colabore. Ayúdenos a encontrar a Moonderlock.

—¡Caray! ¡Qué importante soy!

—No se confunda —dijo rotunda—. Solo es un instrumento.

Ambos dejaron transcurrir unos segundos, el tiempo suficiente para que Grace Freeman llevara al límite sus argumentos.

—¿Qué tal si hablamos de dinero?

Dauson reaccionó al instante. Le palmeó el hombro al conductor.

—De momento, hablemos de parar este coche —dijo importunado por la oferta—. Tanta información me marea. Yo me bajo aquí.

Stoel iba a intervenir, pero Freeman lo contuvo con un gesto.

Por el retrovisor, el chófer miró a la mujer y esta asintió. El vehículo se detuvo y un clic anunció el desbloqueo de las puertas.

—Piénselo. —Freeman miraba por la ventanilla—. Sería una pena que acusaran a la señora Weits de asesinato. ¿Qué dirían sus alumnos… esposada en plena clase? —Chasqueó la lengua—. Por

cierto, los criptógrafos que descifraron la fórmula no pueden volver a reunirse; ya no están con nosotros. Una terrible pérdida.

Peter la miró y sintió desprecio.

—La CIA siempre tan eficaz, eh…

Y no esperó más. Abrió la puerta y salió. Mientras lo veía alejarse, Grace Freeman preguntó:

—¿Cree que lo hará?

Stoel esperó unos segundos a que el periodista doblara la esquina y enfilara Wallnerstrasse en dirección a la catedral. Entonces respondió:

—Sí, señora. De una manera u otra, lo hará.

11

La recepción del Gardener Wien estaba inusualmente concurrida a esas horas. Un grupo de japoneses acababa de llegar y había ocupado con sus maletas el centro del vestíbulo, de elegante estilo decimonónico y recargado de decoración navideña. Aguardaban para registrarse, pero los recepcionistas les indicaban que tenían que alojarlos en otro hotel «por problemas técnicos».

En contraste con esta actividad, afuera, la calle Graben estaba desierta y solo un hombre corría y rompía el silencio de la noche. Sus pisadas sonaban a gotera dentro de un templo. Era Peter Dauson.

En pocos segundos, recorrió los trescientos metros que separaban el coche del hotel. Su buena forma física era consecuencia de una vida en la que el deporte ocupó siempre un lugar preferente: de joven, tenis; luego natación y submarinismo y últimamente rutas alpinas, sin olvidar el ritual de estiramientos que hacía a diario nada más levantarse.

Entró en el hotel con un leve jadeo y enseguida vio a Silvia. Estaba en un sillón compartiendo espacio con dos turistas japonesas. De camino, vio también a un tipo —no era japonés— que ocupaba una de las mesas del *lobby bar* al otro lado del vestíbulo. Nada en él llamaba la atención, ni la actitud ni los gestos, ni siquiera su aspecto, aunque sí el hecho de llevar puesta una gabardina. Si algo tienen los hoteles de Viena, es una excelente calefacción y el

Gardener Wien la tenía; tanto es así que, nada más franquear la puerta que amablemente le abrió el portero, Dauson sintió una repentina vaharada de calor. Se abrió la cazadora y adoptó una actitud de cliente despistado.

Pero el de la gabardina no tenía calor. Cosa extraña. Seguía allí sentado, como en una terraza, con las manos en los bolsillos y concentrado en los numerosos turistas que deambulaban por el *hall*.

Peter lo miró disimuladamente y, al llegar junto a Silvia, le brindó una sonrisa exagerada.

—¡Estás preciosa! —exclamó abriendo los brazos.

Ella lo miró sorprendida. Por supuesto, no había tenido tiempo de cambiarse y seguía con la misma ropa del hospital: enfundada en aquel pantalón y aquella camisa inmensos y el horrendo abrigo gris de grandes botones.

Iba a levantarse cuando Peter se lo impidió sujetándola por los brazos. Se inclinó y la besó en la mejilla.

—Sonríe… —susurró—. Nos están controlando.

Silvia se quedó inmóvil.

—Puedes mover las manos —propuso él prolongando el beso—. ¿Qué tal si me tocas la cara?

Ella obedeció y Peter volvió a besarla, indicándole con un gesto el restaurante.

—¡No hay nada mejor que una cena tranquila! —dijo alzando la voz.

Silvia sonrió de la misma manera que lo haría en un tanatorio y juntos se encaminaron al comedor, sorteando japoneses y maletas, mientras el tipo de la gabardina sacaba las manos de los bolsillos y se ponía de pie.

En ese momento, la Catedral de San Esteban daba la última serie de campanadas; cada día, la secuencia automática de repiques terminaba a las diez de la noche para no perturbar el descanso nocturno. Eso hizo que Dauson mirase su reloj mientras esperaban ante el atril de entrada al restaurante. Detrás de ellos, había otra pareja y, justo después, el tipo de la gabardina, cuyo bigote recto y estrecho y su pelo engominado le daban más aspecto de cantante de tangos que del ejecutivo que aparentaba ser.

Silvia no pudo evitar fijarse en él. En ese instante, sus miradas se encontraron. Entonces fue ella quien tomó la iniciativa y abrazó a Peter chocando levemente su nariz contra la suya. Fue solo un segundo (una eternidad en el territorio de los sentimientos) lo que tardó él en darse cuenta de que era un gesto forzado, carente de emotividad, pero suficiente para borrar los malos momentos que años atrás había provocado su ruptura. Tan frágil es la línea que separa el amor del odio que, a veces, si vives encima de ella, puedes permanecer en ambos lados sin darte cuenta.

—¡Estoy hambrienta! —dijo ella sonriendo, interpretando el papel de chica impaciente en la cola del restaurante.

Y de esa falsa efusividad casi pasó al llanto, arrepintiéndose de su arranque teatral, superada como estaba por un estado de angustia que se acrecentaba al saberse, quizá, a un par de metros de un asesino.

El *maître* anunció que su mesa estaba preparada.

Pasaron al comedor y enseguida pidieron las bebidas; consultaron la carta, escucharon las sugerencias y apenas intercambiaron más palabras que las necesarias con el personal de servicio.

A esas horas, el restaurante empezaba a despejarse y los pocos comensales que quedaban apuraban sus postres o tomaban café.

Silvia no tenía apetito. Iba a derrumbarse. Los nervios contenidos a causa de los acontecimientos de aquella tarde transmitían a sus manos pequeños espasmos que convertían sus dedos en inquietas patas de araña.

—Brindemos. —Peter levantó la copa de vino.

Como ella seguía mirándolo sin reaccionar, con los restos del rímel aún emborronados, el periodista insistió.

—¡Brindemos…! —Alzó las cejas—. Por la música.

Desde su posición, a varias mesas de distancia, el tipo de la gabardina no podía escuchar la conversación, pero como buen profesional que era, no les quitaba ojo.

—La habitación de Martin está revuelta… —Silvia correspondió torpemente al brindis—. La he visto al pasar. Está precintada, pero tiene la puerta abierta. Hay policías…

—¿La partitura sigue allí?

—No lo sé.

Dauson agitó la copa y metió la nariz en ella para apreciar el aroma del vino. Luego tomó un sorbo.

—De acuerdo. —Aparentó normalidad—. Sé que es duro lo que voy a decirte, Silvia, pero no muevas ni un músculo y escúchame bien: quieren matarte aquí mismo. Son los asesinos de Martin, supongo que mafiosos del arte o algo así. Acabo de estar con la CIA y esto no pinta nada bien.

—Pero si yo no…

—Calma. —Peter recorrió el comedor con la vista—. Vamos a hacer un trato: sé que tú y yo no acabamos bien, pero eso debe

quedar a un lado. Tengo setenta horas para encontrar esa partitura y, de paso, si quieres, puedo salvarte la vida.

Silvia iba a mirar hacia atrás…

—No lo hagas —advirtió él—. Dame tus manos y deja que te las bese.

—¿Es necesario?

—Si no quieres que te peguen un tiro, sí.

Silvia estiró los brazos sobre la mesa y juntaron las manos. Peter se las besó. Las mantuvo así por un instante y aprovechó para seguir hablando, evitando que el tipo pudiera leerle los labios.

—Ahora me levantaré para ir al baño y esperaré a que vengas. Entraremos en la cocina, justo al lado, y saldremos por la puerta de servicio. —Le hizo un gesto para que mirase hacia allí—. Da a una calle trasera.

—¿Y mis cosas?

—No te servirían de nada en el cementerio. —Le acarició las manos y jugueteó con el anillo de Silvia, un discreto aro de oro con minúsculas filigranas—. Este es el trato: tú me ayudas a encontrar la partitura y yo te salvo la vida. ¿De acuerdo?

Ella miró hacia los aseos.

—De acuerdo.

—*Cheers*! —propuso Peter.

Varios japoneses entraron en el comedor, circunstancia que él aprovechó para dirigirse a los aseos. De reojo, vio al hombre de la gabardina permanecer atento a sus movimientos.

Un par de minutos después, Silvia hizo lo mismo y entró en el lavabo de señoras. Ante el espejo, comprobó su aspecto: párpados hinchados, contorno de ojos emborronado, cabello despeinado…

Apartó la vista de golpe y, con un gesto entre la rabia y la pena, respiró profundamente y salió al encuentro de Peter, quien ya la esperaba hablando con un camarero. Apresuradamente entraron en la cocina, sortearon al chef y, excusándose con una sonrisa, salieron a toda prisa por la puerta trasera.

Afuera nevaba ligeramente. El frío los abrazó al instante. La calle tenía un inconveniente: era estrecha y estaba poco iluminada, lo que impedía aparcar vehículos y, en consecuencia, ocultarse ante cualquier imprevisto —una bala, por ejemplo— que pudiera aparecer.

Por eso, echaron a correr alejándose del hotel y enseguida llegaron a la plaza de la catedral, donde la nieve empezaba a cuajar y los hizo resbalar, aunque sin perder el equilibrio.

Pero eso ocurrió en el centro de la plaza.

Igual que en la guerra, cuando descubres tu posición, te conviertes en un blanco fácil, y ahora el tipo de la gabardina tenía ventaja: había ido por un atajo y casi los tenía a tiro.

Aun así, tuvieron margen para escapar por otra calle todavía más estrecha y sombría, cuyos adoquines irregulares enlentecieron la fuga, mientras el matón seguía corriendo y acercándose cada vez más a ellos.

Al fin alcanzaron la avenida Wollzeile y, en la esquina del Café Diglas, se subieron a un Fiaker —el típico coche de caballos vienés— que estaba aparcado a la espera de que los últimos turistas del día terminaran su chocolate caliente en la terraza del local; si había suerte, optarían por un recorrido por la Viena navideña y eso supondría para el cochero cerrar la jornada de trabajo con un buen ingreso.

El hombre fumaba un cigarrillo y charlaba con un camarero cuando vio subir apresuradamente a la pareja. Tiró el pitillo y se acercó.

—¡Estamos helados! —se justificó Peter cerrando la portezuela.

—Pues aquí no hay calefacción, señor —se disculpó el cochero ajustándose el sombrero—. Solo mantas.

Peter rebuscó.

—Debajo del asiento… —El conductor se fijó en Silvia—. Quizá les apetezca el recorrido completo.

—Por supuesto, completo —afirmó Peter—. Pero salgamos cuanto antes.

El hombre, que a sus sesenta años había visto de todo, subió al pescante sin importarle que la pareja estuviera ya completamente cubierta, cabezas incluidas. Sabía que algunos recorridos nocturnos eran más una excusa amorosa que una ruta turística, así que se ajustó su grueso abrigo y se subió las solapas sonriendo. La tarifa y su experiencia admitían, digámoslo así, ciertas concesiones no contempladas en la normativa sobre carruajes; entre ellas, hacer el recorrido nocturno bajo las mantas.

El cochero también había sido joven.

—¿Desean una explicación o prefieren algo más…?

—… tranquilo, por favor —interrumpió Peter.

El hombre asintió y tomó las riendas.

—Así será, señor.

Y justo al dar un par de chasquidos y empezar los caballos a moverse, en la esquina apareció corriendo el tipo de la gabardina. El camarero tiró el pitillo y se metió en el café. A través de la cristalera,

observó cómo lo miraba fijamente y escupía al suelo maldiciendo en voz alta. El camarero no entendió qué quiso decir ni le importaba.

En ese momento, ante ellos, un coche de caballos comenzaba a alejarse.

Aún sin darse por vencido, el tipo volvió sobre sus pasos y siguió corriendo por las calles de Viena, ahora guardando en el bolsillo la pistola que llevaba en la mano.

12

Para una pareja bajo una manta, no hay distancia de seguridad. Da igual el peligro que les aceche. Si además entre ellos quedan rescoldos de amor, se corre el riesgo de reavivarlos, metidos como estaban en aquella «prisión de lana con prejuicios», pensó Peter, asintiendo ante la ocurrencia poética.

Ambos respiraban agitadamente y, aunque se cuidaron de separar las mejillas respetando las fronteras, el hecho de sentirse a salvo y el traqueteo de los caballos invitaban a soltar amarras dejando ir el pensamiento hacia una calurosa noche de verano en el Hotel Coral Martini de Alepo.

Allí una arqueóloga y un periodista reposaban por primera vez su amor tras dos meses de besarse entre balas. En aquel hotel, no había guerras. Aquella habitación era el único lugar exento de conflicto en toda Siria y, si acaso un proyectil tenía la mala idea de atravesar la ventana, el amor, que lo blindaba todo, haría de búnker.

Claro que, ahora, en aquel carruaje, la cosa era distinta.

Aunque siempre queda algo, un amor pasado es como montar en bicicleta: nunca se olvida y basta un empujón para recobrar el equilibrio sabiendo que debes ir paso a paso, sin mirar más allá de la punta de tu realidad, porque una cuesta abajo supone descender a los infiernos.

Silvia y Peter, como muchas parejas que rompen y vuelven, sabían que el viaje del amor no necesita muchas instrucciones.

—Me acuerdo de Alepo —dijo él, seguro en la oscuridad.

A pesar de la penumbra, vio brillar sus ojos. Silvia buscó la mejor respuesta.

—Alepo queda muy lejos.

—Geográficamente…

—Y físicamente.

El cansancio, que poco a poco se iba adueñando de ellos, permitía un diálogo pausado, pero el sonido de un móvil desvaneció la atmósfera. Con cautela, sacaron las cabezas y comprobaron que todo estaba tranquilo. El Fiaker seguía su recorrido a orillas del Danubio.

La llamada al teléfono de Peter era de un número oculto.

«Quizá la CIA», imaginó.

—Diga.

—¿Señor Dauson? —inquirió la voz de un hombre.

—Sí.

—Disculpe la hora; soy Abraham Moonderlock.

Miró a Silvia y permaneció un instante en silencio. Ella hizo un gesto de extrañeza.

—Aún estoy despierto —confirmó Peter.

—¡Estupendo! —La voz sonó exageradamente amable—. Permítame decirle que siento lo ocurrido esta noche. No se lo tomen a mal. Son buenos chicos, aunque poco creativos.

—¿Quiénes son «buenos chicos»?

Moonderlock se carcajeó.

—Verá, señor Dauson, esto funciona así: yo llevo la conversación y usted puede decir algo de vez en cuando. Pero no me tome el pelo, ¿estamos de acuerdo?

Peter meditó un instante. A esas horas, las luces tintineaban sobre las aguas negras del río.

—De acuerdo —aceptó.

—Bien. Es usted inteligente —dijo Moonderlock—. Créame que ha sido fácil conseguir su número de teléfono, pero no así averiguar su localización. El hecho de que la tenga desactivada dice mucho de su astucia.

—Solo es precaución.

Silvia levantó el mentón inquiriendo. Peter negó con la cabeza.

—De todas formas —prosiguió Moonderlock—, les recomiendo que se alejen de las sirenas y de los policías con ametralladoras que enseguida coparán el centro de Viena. Vayan, por ejemplo, a la Casa de las Mariposas.

—¿Está allí la partitura?

La carcajada sonó ahora mucho más fuerte.

—Es usted deliciosamente sutil. —Moonderlock exageró el tono burlesco y, de pronto, su voz sonó desafiante, como en el vídeo—. Tiene setenta horas para encontrarla y entregármela, señor Dauson. Y ya que ha introducido a una nueva jugadora en la partida, permítame que le dé la bienvenida.

—¿La Casa de las Mariposas?

—Exacto. Dígale al cochero que los lleve allí.

—¿No estará el de la gabardina?

Moonderlock resopló.

—¡Por favor!… ¿Me cree tan simple? —protestó Moonderlock—. No sé quién es ese tipo ni por qué los persigue.

—¿Y la fábrica de chocolate? ¿Tampoco es cosa suya?

Moonderlock chasqueó la lengua.

—Se equivoca. Yo no he matado al profesor. Y aunque lo del tanque no ha estado mal, admito que los chicos sobreactuaron: ponerle una partitura en la boca… ¡Es repugnante! Mozart nunca entra por ahí.

—Cierto, siempre lo hace por el corazón —dijo Peter.

—Por eso mata.

El periodista se quedó en silencio.

—Todo a su tiempo, señor Dauson —continuó Moonderlock—. Esto no ha hecho más que empezar. Le propongo que juguemos a los triángulos. Usted, yo y esa arqueóloga que ahora lo acompaña.

Dejó pasar unos segundos.

—¿Sabía que Mozart fue un jugador empedernido? Componía y jugaba, jugaba y componía… Toda su vida era un bucle. Le encantaban el billar y las apuestas.

—Lo sé.

Y era cierto: de todo lo que Peter Dauson había estudiado sobre Mozart, lo que más le llamaba la atención era que un ser tan genial, capaz de convertir el tiempo en belleza, hubiera caído en esa adicción. Ni los biógrafos más concienzudos han podido averiguar el origen de tan desmedido afán por el juego en quien fue un experto de la medida y el ritmo.

Se lo imaginó por un instante con su casaca roja y su peluca blanca entrando en un casino moderno, y esa fantasía le hizo mover los labios para disipar un amago de sonrisa.

Moonderlock prosiguió:

—Yo no soy músico, pero me gusta jugar. —Suspiró—. ¿Qué sería de la vida sin el juego? En este asqueroso mundo, nadie se merece que lo tomen en serio.

—¿Tampoco el chico de las salchichas?

—¡Oh, vamos, señor Dauson! No sea así… —La voz sonó a falsa súplica—. Solo es un dependiente.

—Lo era. Ahora es ciego.

—Bueno, ¿y qué podemos hacer?

—No ser tan hijo de puta.

Dauson no pudo contenerse.

A pesar del viento ululando en el carruaje, el oído del cochero estaba bien entrenado para discriminar el ruido ambiental. Se volvió desde el pescante y vio que la pareja había emergido de entre las mantas. Golpeó el cristal señalando al Palacio Imperial y Silvia negó con la cabeza indicándole que no necesitaban explicaciones.

—Le aconsejo una cosa —advirtió Moonderlock—: no pierda las formas ni olvide quién está al mando.

—Usted.

—Así me gusta. —Volvió a su aire de suficiencia—. Solo le pido que confíe en mí. Lo mataré cuando sea estrictamente necesario y le aseguro que no será hoy.

El periodista ignoró el comentario, aunque solo en apariencia, y preguntó:

—¿Qué hay en la Casa de las Mariposas?

Moonderlock sonrió satisfecho.

—Está Mozart —respondió—. Él les dará la primera pista del juego.

Hizo una pausa para que Dauson asimilara la información.

—Podríamos hacerlo al estilo tradicional, es decir, quedamos en un lugar, usted me da la partitura y yo no mato a la directora Bagner. Pero eso sería muy aburrido.

Peter Dauson pensaba más en cómo vencerlo psicológicamente. Sabía que los psicópatas no disimulan su egocentrismo, se exceden en metáforas y lo subestiman todo. Por eso no hay que cansarlos con preguntas.

—Buscar la Clave de Mozart no tiene por qué ser aburrido —prosiguió Moonderlock—. Quiero que disfruten del viaje y del juego.

—¿Sin trampas?

—¡Me ofende usted!… ¿Matarlos con Mozart sonando? ¡Qué irreverencia!

El periodista se fijó en que la calesa iba dejando atrás el Palacio Imperial, cuyas luces nocturnas aumentaban la grandiosidad del edificio.

—A propósito, señor Dauson, ¿le gusta la magia?

—Solo con esmoquin.

—A esa me refería: conejos, chisteras, esferas levitando… Es tan elegante que los magos llevan guantes.

—Sí, pero engañan.

—¡Vamos!… Quédese con el arte, no con el embuste.

—De acuerdo. —Dauson estaba harto de poesía barata—. ¿Qué quiere?

Moonderlock emitió un sonido gutural muy parecido a una risa.

—Quiero que sean mis invitados —susurró—. Ahora que las mariposas duermen, vayan ustedes allí y acaricien el guante. Verán la magia de Mozart.

La llamada se cortó y el periodista sujetó el móvil entre las manos en actitud de orar.

—¿Vas a fiarte? ¿Y si está el tipo de la gabardina? —preguntó Silvia.

Dauson negó con la cabeza.

—Este es más peligroso. Mata como un caballero. —Abrió la ventanilla de la calesa y le pidió al cochero que parase junto a la Casa de las Mariposas.

El hombre se volvió, extrañado.

—¿La Schmetterlinghaus? A estas horas…

—Mi esposa está algo mareada —se justificó mirando a Silvia—. Daremos un paseo por el parque.

El cochero pensó que lo de meterse bajo la manta quizá no había sido buena idea. Pero, en lugar de sincerarse, optó por la respuesta convencional:

—Usted manda, señor. Llegaremos en cinco minutos.

13

Se bajaron de la calesa en el Jardín de la Corte, junto al monumento a Mozart. La gran clave de sol vegetal estaba desnuda de flores en esa época del año, lo cual no impedía que la grandiosidad del símbolo musical se mantuviese intacta; no en vano, en primavera, es uno de los lugares más fotografiados de Viena por los miles de turistas que acuden allí como a un santuario para honrar la memoria del genio de Salzburgo.

Antes de adentrarse en la oscuridad del parque Burggarten, Peter levantó la vista para observar fugazmente el rostro de Mozart en la estatua. A esas horas, con las luces de la ciudad creando siluetas, aquel lugar parecía más un cementerio que el hermoso recinto que durante el día albergaba a familias, parejas, deportistas o simplemente personas que disfrutaban de un agradable paseo.

Enseguida llegaron a la entrada principal de la Casa de las Mariposas y, como era de esperar, estaba cerrada. Con cautela, rodearon el edificio y buscaron alguna puerta de servicio.

La construcción era imponente: posiblemente el mejor invernadero modernista del mundo. Su emplazamiento armonizaba con el entorno —en el centro de la Viena histórica, a pocos pasos de la Ópera y del Museo Albertina— y su fachada acristalada, solo ella, ya merecía una visita, aunque fuera desde el exterior. Sin embargo, al caer la noche, el entorno adquiría un aire siniestro, «como de Gotham City», pensó Dauson mientras bordeaban el edificio.

—¿Haces esto por una promesa o algo así? —susurró Silvia tanteando la pared para no tropezar.

—Si intentan matarme, quiero saber por qué.

—Ya lo sabes; es por Mozart.

Peter empujó una pequeña puerta de la fachada trasera y esta se abrió sin dificultad. Alumbró con el móvil y vio un estrecho pasillo manchado de humedad.

—Alguien se ha tomado muchas molestias para que todo esto parezca sencillo —comentó Peter.

Hasta ese momento, Silvia Weits no conocía la historia de Moonderlock. Tampoco sus planes de dejar ciegas a millones de personas, y mucho menos que fuera él otro de los que pujaban por hacerse con la partitura.

Realmente, todo eso le importaba poco. Con Axel Martin muerto, las posibilidades de empatizar con lo que estaba ocurriendo eran más bien escasas, pero tenía aprecio por su vida. Tal y como estaban las cosas, solo sabía algo seguro: Peter nunca mentía. Y eso significaba que si tomaba precauciones era porque, ciertamente, había que ponerse a salvo.

En dos minutos, Dauson le contó lo que había ocurrido esa noche desde que la llevaron al hospital y la puso al tanto de los movimientos de Moonderlock, de la misiva enviada a la directora Bagner y de la conversación con la agente de la CIA.

—¿Y el tipo que quiso matarnos?

—Quería darnos un susto —dijo—. No suelen fallar.

Silvia miró el pasillo oscuro.

—No sé si es buena idea entrar…

—Yo tampoco. —La agarró de la mano y ambos comenzaron a adentrarse en la oscuridad. Subieron por una vieja escalinata de madera y alcanzaron la zona de almacenaje. Peter dijo—: ¿Recuerdas qué ocurre cuando se abre un corredor humanitario? Las partes en conflicto lo respetan.

—Esto no es Siria.

—Ni nosotros somos la Cruz Roja, pero es una guerra con todos sus códigos: unos matan, otros mueren y también hay egoístas.

Iluminó su rostro con el móvil y vio otra vez esa mirada dulce y desprotegida.

—¿Y en qué grupo estamos nosotros? —quiso saber Silvia.

—En cualquiera de los tres —respondió él—. Mientras yo no entienda qué está pasando aquí, no puedo asegurarte nada.

El entarimado crujía atronando el silencio. Peter Dauson avanzaba con soltura en la penumbra. Conocía bien el sitio. Una de sus fuentes de información, anterior a su viaje a Oriente Medio, era un biólogo que en otros tiempos fue experto en investigación sobre armas químicas. Poco antes de jubilarse, René Leghard quiso pasar desapercibido —igual que las mariposas— y se dedicó a clasificar material naturalista en los archivos del museo. Peter y él pasaron muchas tardes juntos.

A medida que avanzaban, la luz de los móviles iluminaba los antiguos armarios clasificadores, repletos de legajos y frascos llenos de polvo. Dauson recordó por un instante a su amigo —excelente persona y confidente—, al cual el cáncer se lo había llevado demasiado pronto, justo un año después de jubilarse.

Silvia Weits lo seguía. La estancia parecía más una antigua tienda de papelería que un museo.

—¿Por qué no vamos a la Policía? —sugirió ella en un arrebato—. Les contaré lo de mi aventura con Axel y acabaremos con esto.

—No durarías nada.

La mujer tiró del hombro de Peter.

—¿Qué estás diciendo?

Los móviles alumbraban ambos rostros: el de él lleno de sombras; el de ella lleno de miedo.

—Te repito lo que dije en el hospital: como sospechosa de matar a tu querido profesor, preventivamente irías a la cárcel y, una vez allí, el primer día que salieras al patio, alguien te preguntaría por la partitura.

—¡No sé dónde coño está esa partitura!

—Exacto, eso mismo dirías tú —afirmó Peter—. Pero como eso no basta, las mafias te harían la vida imposible y, cuando estuvieras a punto de derrumbarte, después de ser violada varias veces y sin poder tenerte en pie por no dormir por las noches, les suplicarías que te creyeran y, entonces, como ya no les servirías para nada, te clavarían un estilete en el estómago y acabarían contigo. Fin.

Dauson mantuvo por un instante la gravedad en su rostro mientras Silvia permanecía inmóvil.

—Anda, busquemos la luna —dijo él relajadamente.

—¿La luna? —preguntó ella con la voz velada.

Peter volvió sobre sus pasos y puso las manos en sus hombros. La miró con ternura y ese gesto hizo que los ojos de Silvia se humedecieran.

—Confía en mí.

Como si acabara de tocar un metal ardiendo, Peter apartó las manos y volvió a iluminar la estancia con el móvil.

Pasaron a una zona de oficinas, con muebles modulares y ordenadores, y esa transición del olor a papel viejo al plástico dulcificó los sentidos y atenuó el temor que Silvia sentía.

—¿Aquí no hay alarmas?

—Si estuvieran conectadas, ya estaríamos rodeados —repuso Dauson.

—¿Y qué pasa con los vigilantes?

—La magia todo lo puede… Recuerda a Moonderlock. —Se acercó a una puerta de caoba y señaló hacia ella—. Enseguida estaremos rodeados de mariposas. No te asustes.

El ruido de los caballos le había impedido escuchar la conversación entre Peter y Moonderlock. Sabía que el periodista le ocultaba algo, no tanto por negarle información sino para no aumentar su inquietud.

—¿Y qué más hay?

Peter se dijo que no valía la pena compartir temores.

—Supongo que estará Mozart —concedió.

Empujó la puerta y se volvió un instante hacia ella.

—Yo entraré primero —indicó—. Si me pasa algo, si algo sale mal, echas a correr y paras al primer coche que te encuentres. Le dices lo que se te ocurra y sales de Viena a toda prisa.

Silvia asintió.

El periodista abrió la puerta y entraron en un cubículo acristalado, a modo de pecera cuadrada, desde el que se veía la Gran Sala repleta de vegetación. Todo estaba tranquilo. Las sombras nocturnas hacían más tenebroso el entorno, que olía a humedad, calor y clorofila. A través del techo, formado también por amplias vidrieras, la luna filtraba una luz violeta que teñía las hojas de los arbustos de

una gama que iba del añil al morado. A esas horas de la noche, el verde vegetal se volvía púrpura y, más que un museo naturalista, el lugar parecía una fábrica de desasosiego.

Peter abrió una segunda puerta y ambos entraron en la Gran Sala. De pronto, decenas de mariposas revolotearon, importunadas por la visita. Pero lo más llamativo era el ambiente tropical del interior: la alta temperatura y la humedad reproducían exactamente las condiciones que aquellas especies tenían en libertad, e incluso, a determinadas horas, caía una fina cortina pluvial que aumentaba la similitud con el hábitat natural de los insectos.

Pero lo que hacía inolvidable la visita de los turistas era la imponente techumbre, formada por una galería en curva que parecía abrazarlo todo desde las alturas. Su diseño, de vidrios cuadrados y vigas con remaches, estilo *art nouveau*, recordaba a una estación de ferrocarril decimonónica o a la propia Torre Eiffel.

«Es la cárcel más bella del mundo», pensó Dauson recorriendo con la vista la monumental estructura.

Sin embargo, el desasosiego no desaparecía. A pesar de la penumbra, la estancia estaba lo suficientemente iluminada como para no ser necesaria la linterna, así que la pareja comenzó a avanzar entre la vegetación en el denominado «Jardín de las Palmeras». Algunas mariposas revoloteaban a su alrededor, aunque eran las menos. La mayoría reposaba sobre las plantas con sus alas plegadas y sus ojos abiertos, sumidas en el habitual letargo nocturno.

Solo había un lugar a esas horas donde la actividad era frenética: el cajón de las crisálidas. A modo de incubadora, situado en el centro de la estancia, allí los nuevos insectos salían de sus capullos

bajo la luz ambarina de una bombilla en una efervescencia de movimientos que recordaba a una ciudad en hora punta vista desde kilómetros de altura.

Todo lo demás estaba en calma.

Casi todo.

Excepto la pared del fondo.

Al mirar hacia allí, vieron una luz azulada, como de neón, que se proyectaba contra la pared. Tintineaba levemente, atenuando y aumentando su intensidad como un reclamo publicitario. Atraídos por la luminaria, Silvia y Peter se acercaron por el pasillo central y, a pocos metros de distancia, pudieron comprobar la aberrante escena que alguien había preparado con meticulosidad.

El cadáver llevaba un velo de novia. Su borde de encaje discurría en paralelo a la frente, como si la tela abrazara dulcemente la cabeza, pero quien lo portaba no era una mujer, sino el guardia de seguridad del museo, un hombre calvo de unos sesenta años de cara rubicunda y grandes mofletes, cuyo cuerpo —como en un fotograma de una película de Almodóvar— encajaba chirriante y, a la vez, ingenioso en aquel escenario de neones y rodeado de flores. El colorido contrastaba con el gesto congelado de dolor. Era fácil suponer el sufrimiento padecido.

Todo dispuesto para la sorpresa. Como en una buena ópera.

El cuerpo estaba tendido sobre una mesa con un brazo extendido y una mano enguantada. Lo iluminaba una potente luz cenital. Era tan blanca que se podían apreciar miles de partículas de polvo navegando dentro del haz.

Y por si esto no fuera suficientemente explícito, los creadores de la *performance* habían colocado una flecha señalando al guante, con

una pintada en la pared que rezaba: «Initium sapientiæ timor Domini».

—Te aseguro que esto no lo hizo Mozart —susurró Peter.

La arqueóloga se tomó unos instantes para analizar la frase. Estaba escrita de manera torpe.

—Es un salmo del Antiguo Testamento —reveló—: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios».

—Muy convincente —asintió Dauson.

—Sí… —Escrutó el cartel con cierto reparo por la proximidad del cadáver—. Se utilizaba en la Edad Media en los juicios de la Inquisición. Más bien era un aviso para el público; el reo ya estaba condenado.

—¿Un fin de fiesta?

—Más o menos —admitió ella—. El Santo Oficio era una máquina de matar perfecta.

Silvia arrugó los ojos y siguió la sangre que aún goteaba del cadáver. Se fijó en el charco. Las gotas, cuyo color púrpura contrastaba con las baldosas albas, procedían de la parte trasera de la cabeza.

—Pensaba que a los herejes los quemaban. —Dauson giró la cabeza del cadáver con la ayuda de un pañuelo. A la vista quedó un agujero que parecía hecho con un objeto punzante—. Pero perforarles la nuca…

—A veces lo hacían a cuchillo —precisó ella.

La última vez que Silvia había visto a una persona asesinada de esa manera había sido en el Instituto Anatómico Forense de Nueva York, un año antes. Fue durante una prueba pericial para averiguar la causa de la muerte de una joven cuyo cuerpo apareció

momificado en un edificio de Brooklyn mientras hacían unas obras de rehabilitación. El cadáver —que aún conservaba un vestido rojo— fue encontrado por unos obreros al demoler un tabique. El forense concluyó que el fallecimiento había ocurrido hacia finales del siglo xix.

A Silvia Weits la llamaron para analizar siete pequeñas piedras que aparecieron junto al cuerpo dentro de una bolsa. Eran runas celtas.

Un hombre se acercó a la mesa en la que trabajaban el forense y Silvia. Era policía. Cumplía todos los requisitos estéticos de un inspector cargado de años y experiencia: gabardina, rostro rocoso, ojeras y parsimonia.

—¿Fue un ritual satánico? —preguntó.

Silvia negó con la cabeza.

—Quizá fuera una emigrante irlandesa. —Silvia le mostró una runa —. Antiguamente, se les atribuían poderes sobrenaturales.

—¿A los emigrantes o a las piedras?

—A las runas. —Silvia zanjó la gracia.

El forense terció:

—Desde luego, la muerte fue de todo menos mágica.

Silvia y el policía se acercaron y vieron que la momificación había permitido mantener intacta una perforación en la parte trasera del cráneo. El forense introdujo un punzón para determinar la longitud y la trayectoria.

—Casi le atravesaron la garganta —concluyó.

Los investigadores tardaron bastante tiempo en relacionar el asesinato de «Fiona» —como llamaron a la víctima— con las runas encontradas junto al cadáver. Descubrieron un pequeño tatuaje que la joven tenía en una nalga con los mismos símbolos de las piedras.

Un examen con infrarrojos hizo que aflorase completamente la leyenda tatuada, la cual, según dictaminó Silvia Weits, se situaba en un lugar discreto para que la persona pudiera llevar una vida normal, aunque siempre le recordaba sus orígenes: según ese tatuaje y las piedras, la joven era hija ilegítima.

—Para todo hay un motivo —dijo Silvia disipando el recuerdo y centrándose en el cadáver del guardia.

—¿Y la pantomima de la novia? —preguntó Dauson.

Ella dudó.

—Ninguna cultura viste a sus muertos de novia.

—Ni con guantes.

En eso, un chasquido los sobresaltó. Miraron hacia el fondo de la sala.

—Salgamos —apremió Silvia.

Peter Dauson estiró la mano y tocó el guante del cadáver. «Acaricien el guante. Verán la magia de Mozart», se dijo recordando las palabras de Moonderlock, y pensó que dos cadáveres en una noche era una cifra demasiado alta.

Aun siendo aberrante la muerte de Martin, al menos tenía una relación con la historia de Mozart y su partitura.

Pero no ocurría lo mismo con el pobre guardia de seguridad. Viéndolo allí, vestido de novia, sobre un manto de flores y vilmente acuchillado en la nuca, Peter Dauson se dijo que ese no era el tipo de muerte que alguien pudiera vincular con el genial compositor.

Y entonces ocurrió: Al tirar de los dedos del guante, toda la sala se iluminó con potentes focos que les cegaron la visión. Al tiempo, una melodía clásica comenzó a atronar haciendo vibrar los cristales y obligándolos a taparse los oídos. Posiblemente, jamás hubiera

sonado tan fuerte la *Canzonetta* —el Andante del Concierto para piano número 21 de Mozart—. La serenidad de sus compases contrastaba con la desesperación de Peter y Silvia por protegerse mientras buscaban la salida entre un enjambre de mariposas que, a miles, comenzaban a revolotear en todas direcciones dentro de la galería.

(Dauson se vio en un vertiginoso *flashback* atrapado entre los escombros de Alepo; en el coche de la agente Freeman y en el interior de la boca del profesor Martin intentando librarse de un trapo, en tanto que el Andante de Mozart lo abrazaba todo).

Mientras la pareja corría por el pasillo, los insectos chocaban contra sus caras, se posaban en sus ropas o morían aplastados bajo sus pisadas. Peter cubrió a Silvia con su cazadora y ambos lograron alcanzar una esquina, mientras la música y las luces seguían a la máxima intensidad, dándole ahora a la sala un aspecto más escalofriante que el que tenía en penumbra. Estallaron las vitrinas. La colonia de crisálidas se desparramó. Y justo cuando Peter se disponía a cerrar la puerta que separaba la estancia de las oficinas, una niebla comenzó a cubrirlo todo. Enseguida el espacio quedó atrapado por una cortina blanca que no tardó en llegar a sus rostros, provocándoles un insoportable picor de ojos y de garganta.

Tosiendo, consiguieron cerrar la puerta y echaron a correr desandando el camino en medio de la música que atronaba por los pasillos.

Por fin salieron al exterior.

Buscaron una fuente para lavarse la cara y contrarrestar los efectos del gas lacrimógeno, y luego cruzaron el parque Burggarten hasta llegar a Josefsplatz. Estaba desierta a esas horas. Se sentaron

junto a la estatua ecuestre de José II y Peter leyó la placa conmemorativa para comprobar el estado de su visión.

Entonces, un pensamiento lo invadió: «Initium sapientiæ timor Domini».

Intentó relacionarlo con la melodía que acababa de escuchar, pero no tenía nada que ver con «Lacrimosa»; tampoco con la mafia del arte ni con el profesor Martin, ni siquiera con la cabeza perforada del desgraciado guardia de seguridad.

Y su teléfono volvió a sonar. De nuevo era una llamada oculta.

—Sigo sin localizar su posición. Supongo que ya habrán salido. —La voz de Moonderlock sonó jocosa.

—Así es.

—Lo felicito, Dauson. Es usted obediente. —Esperó un instante y, al no obtener respuesta, preguntó—: ¿Qué le ha parecido «el efecto Mozart»?

—Poco relajante —dijo mirando a Silvia—, pero una hermosa boda.

—¡Ay, las bodas!… Son magníficas, ¿verdad? Igual que los entierros: permiten socializar. —Moonderlock carraspeó—. He querido representar ambos acontecimientos para que la primera pista fuera fácil de interpretar. —Canturreó la melodía—. Como supondrán, esto no iba dirigido a ustedes. Llevo semanas preparándolo, pero ya que se han involucrado…

—Si el juego consiste en ir dejando cadáveres, lo siento; no cuente conmigo. —Peter se aplicaba un pañuelo húmedo en los ojos mientras Silvia tosía aparatosamente.

—Eso lo decidiré yo —repuso Moonderlock—, pero no me negará que ha sido impactante.

—Sobre todo para ese hombre.

—Es lo que merecen los traidores.

—¿Matarlos y vestirlos de novia?

—Ya lo entenderá, Dauson; no sea tan impaciente.

Un soldado de guardia en el palacio de Hofburg se acercaba desde un lateral de la plaza. Al advertirlo, Peter y Silvia se levantaron y comenzaron a caminar aparentando ser novios; salieron abrazados hacia una avenida más transitada.

Moonderlock prosiguió:

—Como les dije, les propongo el juego de los triángulos. —Peter y Silvia escuchaban con sus cabezas pegadas al móvil—. Haremos carambolas, como en el billar. Para encontrar el camino hacia la partitura, deberán formar, geográficamente, tres triángulos perfectos con los lugares que recorran. Cada vez que completen un triángulo, pasarán al siguiente y así llegarán al lugar donde está la partitura, la cogerán y me la entregarán. Fácil…

—¿Y cuál es ese lugar? —preguntó Peter.

La carcajada de Moonderlock sonó exagerada.

—¡Ese es el juego, señor Dauson! El triángulo es la figura geométrica más perfecta. Y en cuanto al número tres, ¿qué les voy a decir? También es el preferido de Mozart y sus amigos masones.

Les contó que un 3 de agosto Mozart se inscribió para casarse con Constanze, el mismo día en que terminó de componer la *Canzonetta*.

—De ahí, lo de la novia —dijo.

Y añadió que también fue un 3 de agosto cuando su padre le escribió una carta echándole en cara la muerte de su madre; le dijo que, si hubiera estado en casa en lugar de andar por ahí dando conciertos, ella no habría muerto.

—En fin, coincidencias y crueldades —se lamentó Moonderlock—. Pero vayamos a lo importante: para dar con los itinerarios, deberán tener en cuenta las tres virtudes de Mozart; recuerden: intuición para acertar el camino, emoción para conmover y perfección para no equivocarse.

Peter escuchaba los desvaríos. Se convenció de que lo único que podían hacer en aquel momento era seguirle la corriente.

—Díganos, al menos, los vértices.

—Ya están en uno, señor Dauson. El otro es la fábrica de chocolate.

Silvia sacó su móvil y trianguló las direcciones en Google Maps. El tercer vértice del equilátero se correspondía con la estación de tren.

—Tómense su tiempo; no hay prisa —dijo Moonderlock—. Pero no hagan tonterías. A partir de ahora, sus móviles estarán siempre operativos y localizados. —Se oyó una respiración jadeante—. De lo contrario, la directora Bagner protagonizará la siguiente pista.

—¡No meta a Erika en esto! —saltó Peter.

Silvia hizo señas a un taxi y este se detuvo. Subieron y ella le pidió al conductor que los llevase a la estación central.

—Ay, el maldito afecto… —dijo Moonderlock suspirando—. Qué débiles nos hace.

—¡Esa partitura no merece muertes! —gritó Silvia y el taxista la miró por el retrovisor.

—Buena frase para un libreto —dijo Moonderlock.

Dauson terció:

—Haga lo que quiera con la partitura; no me interesa.

—En eso estamos de acuerdo: yo la quiero y usted no.

Si en ese momento hubieran podido verlo, habrían observado al informático sentado en un sillón de cuero, frotando el móvil contra su barba incipiente.

Tras meditar un instante, añadió:

—Pero hay un problema. Los que robaron el documento querrán renegociar, y eso no era lo acordado. Martin debía morir para no dejar cabos sueltos y, si todo hubiera salido como estaba planeado, yo tendría ahora la partitura y nos habríamos ahorrado muchas molestias.

La pareja se miró en la oscuridad del taxi.

—Qué infelices… —se compadeció Moonderlock—. En fin, si «Lacrimosa» y su clave no están en mi poder dentro de sesenta y nueve horas, la directora Bagner morirá. Convendrá conmigo, señor Dauson, que la motivación afectiva siempre supera a la económica.

—Pongo una condición.

—Usted dirá.

—No más muertes.

Moonderlock chasqueó la lengua.

—Me temo que eso no depende de mí. Las circunstancias obligan…

A través del parabrisas, se veían a lo lejos las luces de la estación. Su gran reloj presidía la plaza.

—Si se porta bien —concedió Moonderlock—, antes de matarlo, le diré dónde está enterrado Mozart. Supongo que, como buen vienés, le gustaría ir a rezarle. —Canturreó algo y añadió—: Es una buena propina.

—¿Cómo hizo lo del puesto de salchichas? —Dauson necesitaba sonsacarle información.

—Hum… interesante pregunta. —Su cautela dio a entender que Moonderlock medía mucho sus palabras—. Digamos que, para dejar ciega a una persona, la informática tiene recursos asequibles. Lo complicado es hacer lo mismo con millones de personas.

—¿Tiene usted abogado para el Juicio Final? —preguntó Dauson con sarcasmo.

La carcajada llegó a oídos de Silvia.

—No lo necesito; ya he comprado al jurado.

El periodista se quedó mirando el teléfono con la llamada finalizada. Afuera caían tímidos copos de nieve. Cuando el taxi paró junto a la explanada, la pareja se había cogido de la mano, entrelazando los dedos en una mezcla de rabia y afecto.

Era la primera vez en años.

No hubo más palabras.

De nuevo, la primera vez…

14

En la actualidad

Viernes, 4 de diciembre, 0:00.
69 horas antes del fin

Peter Dauson se acercó a unos mendigos que se calentaban junto a un cubo metálico. Les dio unas monedas y arrojó al fuego el guante blanco del guardia.

Nadie preguntó nada. Tampoco él pensaba responder. En estos casos, con propina o sin ella, rige una ley que jamás se viola y que permite que se tarde mucho en morir: «No te metas donde no te llaman». Precisamente, en esos ambientes marginales es donde más se respeta, entre otras cosas porque en territorio comanche la vida tiene poco valor y, aun siendo una selva, el cauto siempre tiene una segunda oportunidad.

Esperó a que el guante se consumiera y luego miró a Silvia, quien aguardaba prudentemente a su lado; con el mismo silencio con el que habían llegado, se alejaron de los mendigos y entraron en la estación por un lateral.

Como era previsible, dos asesinatos en cuatro horas y el revuelo causado por la persecución habían subido al máximo los niveles de alerta policial. Así lo atestiguaban cuatro agentes que hacían guardia en puntos estratégicos del vestíbulo, equipados con uniformes de alta protección y armas listas para ser disparadas.

Dauson sabía que ese era el mejor momento para irse; enseguida, los controles iban a ser mucho más severos y el margen para moverse sería nulo. Dos crímenes tan extraños y en tan poco tiempo presagiaban un colapso monumental en la ciudad, y lo único bueno en ese momento era que la atención mediática aún se centraba en la fábrica de chocolate. Nada más dar el *Krone* la noticia, una nube de periodistas y unidades móviles se desplazó a Landstrasse para cubrir el suceso. Televisiones de todo el mundo mostraban Viena en sus informativos, emitiendo las primeras imágenes del exterior de la fábrica y, sobreimpresionadas, fotos del candidato al Nobel, al tiempo que recababan las primeras impresiones de investigadores y colaboradores.

Mientras Peter y Silvia comprobaban en el panel los horarios de trenes, la televisión de la cafetería emitía un programa en directo llamado *La tragedia del chocolate* y varios obreros del turno de noche tomaban un café y comentaban lo ocurrido con trivialidad.

—A ese se le atragantó el batido —bromeó uno viendo una infografía que recreaba el cadáver en el tanque.

—Sería un glotón —soltó otro, haciendo un gesto de comer y dejando a la vista sus uñas llenas de grasa.

El grupo se carcajeó y enseguida cambió de tema, y la tertulia derivó hacia asuntos deportivos. Mojaban las galletas en la leche como si no hubiera un mañana, al tiempo que seguían vociferando.

Esa fue su suerte: que los policías centraran su vigilancia en los escandalosos obreros. Ciertamente, no había nada más llamativo en la estación a esas horas, con las tiendas cerradas y solo unos pocos viajeros atravesando el vestíbulo. Por eso les vino bien la escandalera a Peter y a Silvia, que seguían con la estrategia de

hacerse pasar por novios. Pudieron llegar a las taquillas sin levantar sospechas y allí compraron dos billetes para Salzburgo.

El tren salía en apenas diez minutos. Bajaron al andén en actitud amorosa y se encaminaron a su vagón. Dentro solo había un señor mayor y una pareja que dormitaba cabeza con cabeza.

Sin equipaje y sin sueño, permanecieron un rato en silencio viendo subir a los últimos pasajeros, mientras el revisor conversaba con un operario en la plataforma.

En cuanto el paisaje comenzó a moverse, Peter suspiró aliviado. Tenía muchas preguntas para Silvia, todas, pero antes reflexionó sobre cómo suavizar el tono que iba a emplear. Observó su ropa —la misma con la que había salido del hospital— y señaló los grandes botones del abrigo para comenzar el diálogo de manera amigable. Justo en ese instante, vio en su móvil un mensaje de Lukas, el violinista.

Gracias de parte de mi primo.

Peter respondió al instante:

Deja la música y pon una consulta de vidente.

¿Lo dices por el Nobel? Ja, ja…

Es información privilegiada.

Los músicos tocamos varios instrumentos.

Se nota.

¿Dónde estás?

Adivínalo.

No tengo ganas. Ha sido un día duro.

Dauson observó el entramado de vías a las afueras de la estación y se tomó unos segundos para responder:

Pues duerme, hoy has abierto mucho los ojos.

Feliz viaje, Peter.

Sin esperar respuesta, cerró el WhatsApp y miró a Silvia; se refrescaba con una toallita. Su mirada, inexpresiva, se perdía por el pasillo del vagón. Quizá pensaba que lo único que le quedaba de Martin era su recuerdo y el anillo con el que jugueteaba haciéndolo girar.

—Tenemos dos horas de viaje. —Peter señaló hacia el vagón restaurante—. Deberíamos comer algo.

Silvia hizo una mueca de indiferencia.

—En los próximos días, será complicado. —Iba a cogerla de la mano, pero ella prefirió incorporarse sola.

—Tomaré un café.

A esas horas, el comedor estaba vacío. Los dos camareros, que conversaban en la barra, se activaron como resortes al verlos entrar y acudieron solícitos a prepararles una mesa. Era un restaurante sin lujos, de sobria decoración, y los altos respaldos de los sillones permitían un aceptable grado de intimidad. El zumbido constante del tren también ayudaba.

Finalmente, Silvia aceptó algo más que un café y ambos pudieron reponer fuerzas, más por imperativo físico que por apetencia, mientras conversaban sobre los acontecimientos que habían cambiado sus vidas en apenas unas horas.

Al mismo tiempo, no dejaban de consultar sus móviles. Querían estar al tanto del aluvión de noticias sobre lo que la prensa llamó «La noche más extraña de Viena». Dos asesinatos y una persecución en pleno casco histórico habían situado a la ciudad en el corazón

informativo mundial. Y todo ello por el aliciente del candidato al Nobel y la *performance* en el Museo de las Mariposas.

Por supuesto, la foto que recorría el mundo no era la del guardia, sino la del profesor Martin, cuyo cadáver había sido ya oficialmente identificado. A esto se unía el asalto a su habitación del hotel, la huida de una pareja, el otro cadáver vestido de novia y esa arqueóloga norteamericana —de vacaciones en Viena— que había intentado salvar al físico en el tanque de chocolate y había desaparecido, sorpresivamente, sin dejar rastro.

Enseguida se supo su nombre: Silvia Weits, y también se difundió su foto.

Su heroicidad, aparentemente solidaria, la hizo saltar de madrugada a los informativos de medio mundo, pero curiosamente, hasta ese momento, nadie había dicho que su habitación del Gardener Wien estaba igual de revuelta que la del profesor Martin ni que —dato muy importante— era contigua a la de él.

Lo que sí destacaron las televisiones fueron las primeras imágenes de las cámaras de seguridad del hotel, en las que se veía a una pareja correr por las calles y a un hombre persiguiéndola. En varios fotogramas, los presentadores analizaron minuciosamente los rostros y no tardaron en revelar, basándose en fuentes policiales, la identidad del hombre y de la mujer que huían: eran el periodista cultural del diario *Krone* Peter Dauson y —qué casualidad— la arqueóloga de la Universidad de Nueva York Silvia Weits. Su atacante, con gabardina, gorra, gafas y bigote, resultó imposible de identificar.

Ambos miraban las noticias en sus móviles entre decenas de mensajes a los que no respondían. La entrada en un túnel les hizo

perder la cobertura.

Peter consultó su reloj.

—Quedan sesenta y ocho horas —dijo—. Es el tiempo que debemos permanecer invisibles.

—Todo lo contrario que en Siria.

—En Siria pasar desapercibido significaba estar muerto.

Ambos recordaron sus petos de «press» y «archaeologist», la única prenda imprescindible cuando pisaban las calles de Homs, Palmira o Alepo.

—Yo no sirvo para esto, Peter.

—La guerra es peor.

—Sí, pero en la guerra no te acusan. —Le mostró el móvil—. Aquí parece que soy la asesina.

—La Policía te dejará en paz.

Silvia lo miró extrañada.

—No me dijiste eso en el hospital.

Dauson echó un vistazo por la ventanilla y solo vio el reflejo de ellos en el cristal. Enseguida se volvió hacia ella.

—¿Recuerdas el coche negro que vimos al salir?

Silvia asintió intrigada.

—Era de la CIA. —Peter negó con la cabeza—. Solamente podré protegerte hasta encontrar la partitura.

—¿Y después?

—Después querrán matarte y yo intentaré convencerlos de que no lo hagan.

—¡Vaya! Eso me tranquiliza.

Peter le enseñó la foto que había hecho en el despacho de Erika Bagner y amplió la zona donde aparecían los símbolos sumerios.

—¿Sabes qué es esto?

La arqueóloga observó la leyenda que había debajo del título de «Lacrimosa».

—Parecen caracteres mesopotámicos.

—Sumerios. ¿Los habías visto?

—No —respondió Silvia—. Cuando Axel me enseñó la partitura, apenas reparé en ella. Ninguno de los dos le dimos importancia. En realidad, teníamos dudas sobre su autenticidad, a pesar de los informes periciales, y ni siquiera tomamos precauciones; iba en el equipaje de mano.

—¿Siendo arqueóloga no te interesa?

—Lo siento; prefiero las piedras.

El ruido de los cubiertos disipó una leve incomodidad. Dauson terminó su tostada de jamón con tomate y pidió un café, mientras Silvia dejaba a medias su plato de verduras y aceptaba otro café como fin de cena.

—Por una tesela, a veces, se pagan fortunas —aclaró ella—; sin embargo, millones de ellas están pisoteadas en los yacimientos y nadie hace nada por evitarlo.

—Eso no tiene nada que ver —rebatió Peter—. Aquí hablamos del mayor genio de la música.

—Sí, claro, y yo hablo de emperadores romanos, de sabios griegos o de toda esa gente anónima petrificada en Pompeya. —Silvia sacudió la cabeza—. El valor que cada uno le da a la historia es muy distinto.

—Cuando se trata de vivir o morir, la historia no cuenta. —Dauson señaló a su móvil. La pantalla tenía una lista interminable de mensajes y llamadas sin contestar.

—¿Qué está pasando, Peter?

A lo lejos, en el vagón, los camareros conversaban en la barra. Quedaba una hora para llegar a Salzburgo, tiempo que el periodista consideró suficiente para terminar de contar lo acontecido esa noche acerca de Moonderlock y el arma óptica. También la puso sobre aviso del riesgo al que se enfrentaban con la presión de la CIA y del desesperado intento del Gobierno de Estados Unidos por evitar lo que se preveía como una tragedia masiva con millones de víctimas.

Al finalizar, Peter levantó las manos como entregándole simbólicamente todo lo que había dicho.

—¿Eres un salvador del mundo o algo así? —preguntó ella.

—Un supermán sin capa.

El camarero llegó con los cafés al tiempo que un hombre entraba en el vagón. Por un instante, interrumpieron el diálogo.

Luego Silvia continuó:

—¿Y los símbolos sumerios?

Dauson volvió a mostrarle la foto.

—Esta fórmula permite conocer la fecha exacta de la muerte de una persona; eso dicen.

Lejos de sorprenderse, la arqueóloga arrugó las cejas y se concentró en la leyenda; amplió al máximo el detalle de la grafía. Se fijó en que uno de los símbolos representaba una estrella con un círculo en su interior y todo ello estaba rodeado por otros once círculos más pequeños. Aprovechando el vaho en la ventanilla, Silvia reprodujo el símbolo en el vidrio.

—El círculo central es el Sol —explicó—. Está atrapado entre tinieblas representadas por la estrella y la suma de esos planetas más el Sol es doce: el número mágico de los sumerios.

Se apresuró a borrar el dibujo de la ventana.

—Sabían mucho de astronomía —prosiguió—. Combinaban las ciencias con la espiritualidad por el temor que le tenían al más allá. Para ellos, la eternidad era un tormento al que las fuerzas superiores sometían a la persona al morir. Pero de ahí a ser la fórmula para predecir la muerte… —Se encogió de hombros—. Nunca había oído tal cosa.

—No es una teoría.

Silvia se puso a revolver su café.

—Lo siento, Peter, hoy no estoy para conferencias.

Él ignoró el comentario.

—¿Te dice algo el 22 de noviembre de 1963?

La mujer meditó un instante.

—¿El día en que mataron a Kennedy?

—Así es. —Señaló al móvil—. ¿Qué pensarías si te dijera que la clave que contiene «Lacrimosa» permitió deducir esa fecha exacta incluyendo la hora?

—¿Y tú te lo crees? —Silvia no ocultó su sarcasmo—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Alguien que lo ha comprobado.

—¡Por favor, Peter! ¿Te gustan los trileros?

El periodista le cogió las manos y miró por encima de su hombro hacia el final del vagón. Los camareros volvían a conversar en la barra mientras el viajero, a su lado, se tomaba un sándwich y una cerveza.

—Esta noche he visto cómo un chico se quedaba ciego por mirar su teléfono —dijo Dauson—. Te aseguro que no fingía.

—¿Y eso qué tiene que ver con Kennedy?

—Nada. Como tampoco las palabras: chocolate, Nobel, Mozart, CIA o Silvia Weits. Ninguna tiene nada que ver entre sí. —La miró con un punto de tristeza—. Pero, en pocas horas, dos personas han muerto y otras dos han estado a punto… Te aseguro que estábamos más seguros en Siria.

El revisor entró en el vagón y se sentó al otro lado del pasillo. Al ver a la pareja, la saludó amablemente y Peter, forzando la simulación afectiva, le sonrió, al tiempo que le besaba las manos a Silvia.

—Esa partitura oculta un secreto —prosiguió en voz baja—. Si dudamos, no tendremos ninguna posibilidad.

—¿Dudar de qué? —preguntó ella.

—Del poder de esa fórmula.

—¿Quieres jugar a ser Dios? —Silvia no ocultó su extrañeza. Soltó las manos y cogió su café.

El revisor acababa de ponerse unas pequeñas gafas de lectura y consultaba unos papeles.

—No es un juego, Silvia.

—¿Y qué pasa si no la encontramos?

Él le sostuvo la mirada.

—Que personas a las que aprecio morirán.

—¿Y si la encontramos?

Dauson dudó un instante.

—Quizá las maten igual —admitió—, pero al menos tendrán una oportunidad.

Silvia sabía que la mirada de Peter no mentía.

—¿Haces todo esto por amor?

Peter evitó el choque frontal. Una taza, una cucharilla, una servilleta… le permitieron ganar unos segundos. Luego dijo:

—Hace tiempo que esa palabra ya no está en mi diccionario.

15

Lo que fue todo detalles durante el viaje se convirtió en silencio al llegar a Salzburgo. Como si el aire helado tuviera más porcentaje de cordura que de oxígeno, la desnudez de la confianza los retrajo.

En plena madrugada, Peter y Silvia se preguntaron «y ahora qué», duda que no compartieron y sobre la que no quisieron ser más explícitos porque, entre otras cosas, sabían que el siguiente paso se llamaba «hotel», y la sola mención de esa palabra significaba saltar la valla y adentrarse en un territorio desconocido para una pareja que lo había sido todo en el amor —experiencias de supervivencia incluidas— y a la que la ruptura había situado en realidades distintas, como universos paralelos separados por la distancia del desencanto.

¿Cómo se gestionan los metros cuadrados de una habitación con desamor?

Sabían que no podían alojarse en un lugar «normal». Nada de registrarse. De ahí que no tardasen ni un minuto en ponerse de acuerdo en que la mejor opción era pasar la noche en alguno de los hostales que rodeaban la estación de ferrocarril, en un entramado de estrechas calles con antiguos edificios, donde mantener el anonimato no suponía demasiado esfuerzo.

Algunos de estos hostales apenas lucían una vieja placa en el portal. No tenían ni cartel. Iban a juego con la mayoría de sus clientes, quienes tampoco tenían nombre o lo habían olvidado.

Peter Dauson pensó que uno de esos tugurios sería la mejor opción.

De hecho, la historia de muchas pensiones se escribe con huéspedes a los que la vida empujó al ostracismo por razones a cuál más onerosa, y quizá por eso los dueños de estos establecimientos saben que no hay que preguntar, pero sí cobrar por adelantado; es la mejor garantía. Por supuesto, nada de pedir la documentación si el huésped dice que no la lleva encima (este también es un código secreto respetado en estos ambientes).

Y así fue como los recibió la señora de bata rosa al abrirles la puerta. Tenía cara de pocos amigos. Sobre todo, por la hora. Posiblemente, aquella era la pensión más sórdida cerca de Steingasse, una estrecha calle próxima al río Salzach, cuyos callejones aledaños estaban llenos de basura y gatos cada madrugada.

No hacía falta ser detective para adivinar que la mujer, cuyo rostro resbalaba pendiente abajo por los sesenta años, había sido arrancada de un profundo sueño: el pelo blanco como lana esquilada y un camisón arrugado bajo la bata daban a entender la inoportunidad de la llamada al timbre. Dauson lo había pulsado una sola vez. Lo hizo brevemente para estar el menor tiempo posible en contacto con aquel mugriento pulsador que había olvidado sus épocas de blanco marfil.

De todas formas, eso importaba poco.

Quienes llaman de madrugada a la puerta de un hostal tienen la reputación en la reserva o les preocupa poco haberla perdido. No son turistas buscando alojamiento. Ni viajantes. Ni parejitas con apuros de intimidad.

Para todo lo demás, estaba la pensión Duquen: cumplía la labor social de dar cobijo a la herrumbre que se perdía por allí. El sucio timbre y la sucia placa, en la que podía leerse: «24 horas», ofrecían un servicio de urgencias para quienes el descanso era el último motivo. Claro que no tenían médicos para curar vidas rotas ni destinos descarriados; a lo sumo, te podían ofrecer cuidados paliativos, es decir, discreción, cero preguntas e información turística de Salzburgo para que evitaras la zona de la comisaría.

Y eso hizo la mujer de la bata rosa. Sin ritual de bienvenida. Sin preguntas. Eran dos clientes y nada más; sus vidas o lo que demonios hicieran con ellas no era asunto suyo.

—Se paga por adelantado —fue su saludo al abrir.

—Perfecto —respondió Dauson sacando la cartera.

Echó un vistazo a Silvia Weits, más por rutina que por interés, y tras suponer que era una profesional de la noche, les franqueó la entrada.

—Hoy tienen suerte —dijo con un hilo de amabilidad—. Queda una habitación con baño. La cama es un poco estrecha, pero cabrán. —Se volvió mientras caminaba por el pasillo—. Son sesenta euros.

En un recodo del pasillo, junto a un mueble formado por cuadrículas de madera, la mujer cogió una llave y esperó a que Dauson le diera el dinero.

—Tercer piso. —Señaló hacia una vieja escalera—. Habitación 6. Y no hagan ruido. Al lado hay un tipo al que acaba de dejar su mujer y se cabrea si lo despiertan.

—Silencio absoluto —concedió Dauson. La casera miró a Silvia esperando también su aceptación y, tras corresponder al

asentimiento, se dio por satisfecha y comenzó a alejarse hacia una zona oscura del pasillo.

—Aquí no hay desayuno —informó sin volverse—. Cuando se levanten, dejan la llave en el casillero y se van. —Abrió la puerta de una habitación y se detuvo antes de entrar—. Y no se lleven las toallas; acabo de ponerlas.

Sin tiempo para respuestas, cerró la puerta. Lo último que oyeron fue la llave girando. Luego, silencio absoluto.

Por supuesto, al entrar en la habitación, no hicieron ruido. Se asearon y se tumbaron vestidos sobre la cama, tapándose con una manta que volvía a ser su cielo, como en la calesa. Sus cabezas estaban sobre la almohada, mirando al techo. Humedad. Pintura desconchada. Una bombilla desnuda… Aquello era un magnífico cuadro para definir dos vidas al que Dauson puso título en su pensamiento: *La soledad sobreviviendo*.

Unos minutos de silencio y después empezó la lucha contra el cansancio. Peter tomó la iniciativa:

—Ha habido camas peores.

Ella suspiró.

—Con chinches incluidas.

—Aquí no las hay. —Dauson alisó la manta—. Si acaso, entre el colchón y las sábanas. Pero eso está muy lejos.

—Sí, muy lejos… —Lo miró intentando no parecer brusca—. No has cambiado nada; sigues igual de poeta.

Acurrucado en el lado izquierdo de la cama, Peter relajó los párpados abriendo y cerrando los ojos lentamente. Sintió, por primera vez en muchas horas, que podía estar tranquilo. Mientras la miraba, sonreía, más con el pensamiento que con los labios, y se

fijaba en el armónico perfil de su rostro, que la hacía parecer más joven y a la vez diferente, como si, al contemplarla desde aquella perspectiva, eliminase las aristas de su relación. Vista de lado, las redondeces de su frente, su boca y su barbilla suavizaban el recuerdo del que Peter no rehuía, cómodo como estaba y sabiéndose a una distancia que ninguno habría podido imaginar apenas unas horas antes.

Notó, de pronto, que ella aún ocupaba sitio en su corazón.

Peter rememoraba su segundo fracaso amoroso. En este caso, ocurrió en medio de una guerra y una foto fue la culpable; tanta fue su fuerza que bastó un clic para arruinar un amor nacido entre balas y cadáveres porque una arqueóloga y un periodista descubrieron que en aquel lugar de Siria había algo más que devastación.

Ese día, en ese pueblo, dejaron de ser dos y fueron cuatro: ellos, una madre y su bebé. Peter quiso la foto. Silvia quiso salvarlos. Dos opciones incompatibles con una bomba de por medio. Y ahí se acabó todo: para la madre, para su hijo y también para el amor entre Silvia y Peter.

Los tipos duros también tienen su punto débil. El de Peter era conservar su cariño y eso es lo que le estaba ocurriendo en aquella cama.

—¿Puedo darte un beso? —preguntó de pronto.

Silvia no se había quitado el chaquetón de grandes botones. La temperatura en la habitación estaba al límite del confort.

Sorprendida, giró la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque, si no lo hago ahora, no lo haré nunca más.

Silvia lo miró como hacía mucho tiempo que no lo hacía; inspeccionó cada centímetro de su rostro.

—Solo si es un beso de despedida —concedió.

Durante unos segundos, los dos temieron que el impulso acabase con los prejuicios, pero eso no ocurrió.

—¿Entonces un abrazo? —propuso él.

Seguían mirándose.

—Los abrazos pueden significar muchas cosas.

—Pero son inofensivos.

Silvia esbozó una sonrisa.

—Más que los besos sí…

—Hay personas que se pasan la vida buscando a alguien y otras que no paran de alejarse cuando les llega el afecto. —Peter se arrepintió al instante de tanta sinceridad.

Silvia aclaró:

—Si elijo el abrazo, ¿será solo protector?

Él asintió.

Ambos cerraron los ojos y Peter Dauson comenzó a abrazarla como quien se aproxima a una bomba nuclear, lentamente, temiendo una reacción inesperada y dispuesto a que todo estallara si los dos hacían lo deseado.

A tan poca distancia, los aromas de la piel abrieron compartimientos ya sepultados y, como en la cima de un resorte, el pensamiento perdía el equilibrio y sugería locuras que, llevadas por el instinto, podrían acabar más tarde en arrepentimiento. A veces la razón duerme. A veces se va de vacaciones. Y esto suele ocurrir cuando dos personas que se quisieron pueden cortar el hilo de la cordura con mucha facilidad, sobre todo estando en una cama.

Al final, aquella noche no pasó nada. El cansancio también estaba allí y fue la dosis necesaria de anestésico para no desear.

Solo se protegieron.

16

En la actualidad

Sábado, 5 de diciembre, 10:00.
59 horas antes del fin

El aroma a café la despertó.

Cuando Silvia Weits abrió los ojos, lo primero que vio en la mesilla de noche fue un vaso de plástico y un cruasán sobre una servilleta de papel. «El desayuno combina con el lugar», pensó ella, somnolienta y aún sin plantearse cómo había llegado aquello hasta allí. Volvió a abrir los ojos y los primeros rayos de sol la ayudaron a hacerle la autopsia a la habitación: mugre por todas partes.

Descubrió que el cuarto era aún más sórdido y desolado. El cruasán y el café competían con la humedad por hacerse sitio en su nariz, al tiempo que advertía que las cortinas estaban descorridas y una mujer sacudía una alfombra mientras la observaba sin disimulo desde la casa de enfrente. Tal vez pensaría que Silvia era una prostituta o una drogadicta que se desperezaba tras haber pasado una noche ajetreada.

Como si le hubieran clavado un alfiler, saltó de la cama dejando caer al suelo el abrigo y cerró la ventana y la contra. Luego, como quien inspecciona la escena de un crimen, se aproximó al desayuno con la cabeza ladeada, intentando comprender el sentido de aquel dulce regalo en el reino de las cucarachas.

Entre el vaso y el cruasán, había una tarjeta:

Nunca subestimes un abrazo. Espérame aquí. No tardaré. Ptr.

Sin abandonar su perplejidad, los ojos de Silvia sonrieron mientras se sentaba para degustar el desayuno. Pensó en la noche anterior, en ese abrazo protector que los llevó hasta el sueño y en la inesperada ausencia de Peter, quien hacía media hora había salido del cuarto para no comprometerla en sus averiguaciones sobre el tal Johannes, el anticuario que le había sugerido Erika Wagner.

Claro que el desayuno no revelaba nada de eso, ni siquiera los posos del café que se tomó de un trago. Sin ser una experta en fugas, Silvia comprendía que Peter tenía más temple que ella en estos asuntos. De hecho, había planeado en el tren la estrategia de salir solo a la mañana siguiente en busca de Johannes y había ocultado sus intenciones. Fue por el bien de ella. Sabía que lo primero que hacen los que huyen es procurarse un transporte, luego comer y después ponerse nerviosos.

Y entonces es cuando los descubren.

Por eso, el periodista prefirió dejarla en la pensión. Si tan solo se lo hubiera insinuado, ella no se lo habría permitido.

Y así, tras cumplimentarla con el desayuno, salió hacia el barrio de la catedral, se tomó un café americano y otro cruasán y buscó la tienda de antigüedades sugerida por la directora de la Casa de Mozart. Enseguida dio con ella. Su entrada, repleta de todo tipo de reclamos, era lo que más llamaba la atención en la calle Getreidegasse.

—¿Es usted Johannes? —preguntó Peter al traspasar el umbral. Un hombre de unos setenta años lijaba un mueble sentado en un

taburete. Lo miró sin sorprenderse. Tenía una abundante cabellera canosa engominada, peinada de manera que quedaban grandes surcos.

—Soy yo —respondió sin dejar su tarea.

—Me llamo Peter Dauson…

—Lo sé —le interrumpió el anticuario—. Ahórrese las presentaciones. Es el amigo de Erika.

El periodista asintió y se acercó.

—Los de Viena no podemos disimularlo —dijo el hombre soplando sobre las virutas.

—Tampoco que ambos somos amigos de Erika.

—Bien, pregunte —le apremió el anticuario.

Dauson echó un vistazo al local y vio que era largo y estrecho. Estaba repleto de muebles y objetos antiguos que desprendían un inconfundible olor a cosas viejas; cuanto más adentro, más intenso. Al fondo, había una puerta entreabierta.

—No se preocupe; es el baño —aclaró Johannes—. Estamos solos.

—Erika me ha dicho que usted podría darme información. —Dauson le enseñó la fotocopia de «Lacrimosa».

El anticuario levantó el mentón para situar sus gafas entre los ojos y el papel y enseguida volvió a lijar.

—Lo siento, ya no me dedico a esas cosas.

Peter no pensaba rendirse tan pronto.

—No soy coleccionista.

—Eso también se nota.

—Y por si Erika no se lo ha dicho —dijo agitando el papel—, ya ha muerto gente por culpa de esta partitura.

—Lo sé…

—Y puede que siga muriendo.

Johannes se concentró en una astilla de la madera.

—¿Sabe una cosa, señor Dauson? Lo de morir es siempre relativo: se puede morir del todo o por partes. —Levantó el brazo izquierdo y le mostró el muñón que tenía en lugar de la mano. El antebrazo terminaba en una especie de carne redondeada y fruncida por la sutura. Con la punta de la lima, se tocó la extremidad—. Fíjese, yo ya he hablado bastante.

—Lo siento.

—Oh, no se preocupe —repuso con teatralidad—. Todo el mundo cree que es por mi afición a restaurar muebles. —Se puso en pie, sacudió el guardapolvo y se acercó a un anaquel donde había una vieja tetera y varias tazas—. ¿Un té?

Dauson rechazó el ofrecimiento amablemente.

—Yo conocí a Erika cuando ella daba clases en un monasterio cerca de aquí —recordó Johannes—. Era muy atractiva. Yo tampoco estaba mal, ya sabe… A veces los jardineros y las profesoras tienen cosas en común. —Se sirvió una taza y, sin dejarlo enfriar, tomó un sorbo de té hirviendo—. Pero aquello duró poco. Yo me pasé de las flores a las antigüedades, empecé a viajar y me animé a vender cosas en el mercado negro; pequeños objetos que iba sacando del monasterio. No tenían mucho valor, como esto —señaló la tienda—, pero ganaba más que cortando hierba. Y con una madre paralítica y dos hermanos menores, no me quedaban muchas alternativas.

Ambos cruzaron sus miradas y Johannes volvió a centrarse rápidamente en su lija. Peter Dauson esperó en silencio. Era consciente de que, cuando alguien quiere hablar, hay que utilizar la

estrategia del pez y el anzuelo: dar carrete y dejar que se mueva en su falsa libertad.

—Mi error fue que no quise vender barata una de aquellas piezas —prosiguió Johannes—. Al parecer, tenía un gran valor artístico. Y al final me quedé sin una mano y sin el puto candelabro. ¡Menudo negocio! —Se acarició la extremidad—. No le diga nada de esto a nuestra amiga. Ella no lo sabe.

Dauson pareció no inmutarse por el relato.

—Erika tiene problemas —le espetó Peter. Intuía que el anticuario podía guardar, además de trastos, algún sentimiento.

—¿Qué clase de problemas?

—Graves.

Johannes asintió y, sin mirarlo, siguió lijando.

Dauson insistió:

—Por eso debo encontrar la partitura.

—¿Y si no lo hace?

—La matarán.

El anticuario se detuvo y congeló su vista sobre el mueble. No preguntó nada más.

—Erika siempre ha sido valiente —dijo en voz baja.

—Y lo sigue siendo.

—Sí, pero ayer, cuando me llamó, noté débil su voz. Me dijo: «Ayuda a Peter. Es un cabezota, pero tan buena persona como tú».

Ahora levantó la vista y lo miró fijamente.

—Esa partitura mata, señor Dauson. Lleva siglos haciéndolo. Jamás ha habido un secreto tan destructivo.

—¿Qué sabe de ella?

—Lo suficiente —zanjó Johannes—. Y también que andan bañando a la gente en chocolate.

—Un amargo final.

El anticuario sonrió.

—¿Qué le interesa más, Mozart o su secreto? —Levantó el mentón con engreimiento y, sin darle tiempo, insistió—: Responda, ¿música o enigma?

El periodista intuyó desde el primer momento que Johannes sabía mucho más de lo que aparentaba.

—Me interesa todo —dijo Peter—. ¿Le suena el nombre de Abraham Moonderlock?

El anticuario negó con la cabeza.

—Aunque así fuera… ya le he dicho que no me dedico a esas cosas. —Su mirada dejó entrever un punto de compasión. Meditó un instante y luego escribió algo en un trozo de papel—. Quizá este pueda ayudarlo.

Dauson leyó un nombre: «Mágirus Bueno».

—Interpreta muy bien la vida —apuntó Johannes.

—¿Es músico?

—¡Oh, no!… Para tocar un instrumento, no hace falta ser músico. —Cogió un minúsculo organillo e hizo girar la manecilla. Al instante comenzó a sonar «La primavera» de *Las cuatro estaciones*—. ¿Lo ve? Incluso con un muñón puedo ser Vivaldi.

—Entiendo.

El anticuario se puso en pie y lanzó con furia el organillo hacia el fondo del local, estrellándose contra la puerta del baño. Luego se quedó a un palmo de la cara de Dauson y le mantuvo la mirada jadeando, como si acabara de echar una carrera.

—¡Usted no entiende una mierda! —dijo con rabia.

Peter permaneció inmóvil.

—¡Ni siquiera la buena de Erika lo sabe!

Johannes se apartó una vez expulsada su ira.

—Escúcheme bien, periodista —le advirtió—: no juegue con esto. Si intenta buscar carnaza, no durará ni un día, aunque eso me importa un bledo. Lo que me preocupa es que impliquen a Erika.

—En eso coincidimos —repuso Dauson.

El anticuario se lo quedó mirando hasta convencerse de que los ojos de Peter decían la verdad. Respiró profundamente un par de veces y le señaló la salida.

—Vaya al osario de Hallstatt y hable con Mágirus.

Dauson arrugó las cejas.

—¿Es un enterrador?

—No.

—¿Cura?

—No. —Johannes se contuvo—. Solo es un viejo gallego.

—¿Un emigrante?

—Más o menos… Su apellido, traducido al alemán, significa «Gut», es decir, buena persona. Y lo es. Aunque tiene mucho de qué avergonzarse.

—¿Por ejemplo?

—De su madre.

El periodista iba a seguir el interrogatorio, pero el anticuario agitó la mano anunciando el fin de la conversación.

—Mágirus es un gran linotipista. Lo demás, si quiere, que se lo cuente él.

Mientras se encaminaba hacia la puerta, Peter le oyó aconsejarle:

—Aproveche la visita. Si al volver a Salzburgo aún sigue buscando la partitura, pregúntele a Papageno.

—Gracias, pero ya me sé *La flauta mágica*.

Johannes sonrió.

—Papageno también canta en la calle. —Miró hacia afuera y sus ojos azules se iluminaron con la claridad—. Es un tipo peligroso, pero guarda mucha basura en su cerebro.

—Papageno… —murmuró Dauson.

—Y permítame otro consejo: el chocolate cómaselo; no lo investigue.

—No comprendo.

—Pues debería. —Golpeó con los nudillos un viejo casco militar—. En las guerras se mata con respeto, pero, en el mundo de las mafias, los inocentes son la coartada. Sin ellos no hay crimen.

El periodista permanecía en la puerta, inexpresivo. Esperaba una última reflexión del anticuario y la hubo:

—Erika nunca me había pedido un favor.

Sin llegar a entenderlo del todo, Peter Dauson respondió:

—A mí tampoco.

17

Al notar el agua oxigenada en la herida, Silvia Weits dio un respingo. Agitó la mano, donde se apreciaban varios puntos de sutura, y sopló con fuerza.

—Tiene buena pinta —comentó Peter obligándola a mantener el brazo quieto sobre la cama.

—Sí, es una obra de arte.

El periodista rebuscó en la bolsa que había traído de la farmacia y sacó un paquete de gasas y una venda.

—¿Qué tal el desayuno?

—Sabía un poco a humedad —bromeó ella—. Ha sido peor la espera.

—Al menos te has ahorrado conocer a Johannes.

—¿Es de fiar?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro?

Dauson siguió concentrado en el vendaje.

—Yo ya no me fío de nadie —insistió Silvia.

—Quien pierde una mano por pasarse de listo, aprende. —Peter ajustó la venda y ella se sobresaltó—. Además, es amigo de Erika.

—¿Y el del osario?

—Mágirus. Es linotipista.

—¿Y…?

—Una profesión arriesgada en tiempos de guerra. No hay nada sobre él en Internet.

Terminó la cura y se puso en pie. Cogió el abrigo de grandes botones y se lo ofreció, apremiándola para salir de la habitación.

—¿Qué tiene que ver con la partitura?

—No lo sé —dijo él—, pero no hay otra opción: o completamos el puzle o seguimos huyendo.

Bajaron las escaleras y se encontraron a la dueña del hostal fregando el suelo. Los miró de reojo para comprobar que dejaban la llave en el casillero. De espaldas, sin dejar su tarea, les sugirió que quitaran el coche de la acera.

—Aquí la grúa no perdona —advirtió.

Silvia miró a Peter entornando los ojos.

—¿Coche…?

Al abrir el portal, saltó a la vista un pequeño utilitario blanco, con grandes pegatinas de una empresa de alquiler de vehículos, aparcado en la acera de enfrente. No era la mejor manera de pasar desapercibidos, pero sí la más rápida, se justificó Peter. El tiempo se les echaba encima y necesitaban llegar al pueblo de Mágirus cuanto antes. Tenían una hora de camino.

Peter accionó la llave electrónica.

—Próxima parada Hallstatt, *madame*. —La invitó a subir haciendo una reverencia.

Y guiado por el GPS, el automóvil no tardó en enfilar la salida de la ciudad, mientras ellos aprovechaban para pulir el plan de fuga, valorando incluso la posibilidad de ocultarse unos días en algún pueblo de las montañas si la entrevista con el tal Mágirus no les permitía avanzar en la investigación.

La región de Flachgau no le resultaba desconocida a Peter. Si algo agradecía en esta etapa profesional, era que el periodismo musical le permitía viajar por toda Austria y mantener así una relación de guante blanco con la información.

Por supuesto, hacer crítica cultural era un juego de niños comparado con otros empeños pasados. Daba igual que alabaras o censuraras. Lo que dijeras casi siempre estaba bien y había más gente dispuesta a identificarse con tus gustos que a rechazarlos. Nada que ver con las crónicas de guerra o los sucesos, donde informar suponía, en muchas ocasiones, girar el tambor del revólver y jugártela a la ruleta rusa.

Precisamente, había estado en Hallstatt hacía mucho tiempo, en sus inicios como periodista. Le habían encargado un reportaje sobre la milenaria mina de sal de la localidad, considerada la más vieja del mundo. De aquel viaje recordaba la visita que hizo al Beinhaus, el osario del pueblo, una curiosa capilla donde no se venera a ningún dios, sino a cientos de calaveras que se encuentran apiladas en estanterías y a las que dieron un tratamiento blanqueador para que su eternidad luciera mejor en tan siniestro escaparate.

Cuando lo vio, Dauson recordó las catacumbas de París con los restos humanos del siglo xviii, que habían sido trasladados al subsuelo de la capital francesa por cuestiones de salubridad pública. Lo de Hallstatt no era el caso; el motivo de llevar las osamentas del cementerio al museo era algo mucho más prosaico: la falta de espacio. El camposanto era tan pequeño —a causa de la limitación orográfica que estrangulaba al pueblo entre la montaña y el lago— que, al cumplirse los diez años de cada enterramiento, los restos eran exhumados y el cráneo y los huesos mayores depositados en

una pequeña capilla habilitada como osario en el centro de la población. De esta manera, los siguientes inquilinos tenían asegurada plaza para su reposo durante, al menos, una década. Y así sucesivamente.

A Peter Dauson le había llamado la atención esa curiosa organización *post mortem*, que iba acompañada, además, de un aplique decorativo en el hueso frontal y otros motivos artísticos que adornaban la parte superior de cada cráneo.

«Así lo quisieron ellos —le había dicho la encargada, entonces, de la capilla—. Cada futuro muerto dejaba escrito el deseo de que sus restos fueran trasladados a la cripta y él mismo elegía los dibujos que decorarían su calavera. Casi siempre, motivos florales».

—¿Flores? —dijo sorprendida Silvia al oír la historia. Se acomodó en el asiento tras casi una hora de viaje—. ¿Por qué flores?

—No lo sé. —Peter se encogió de hombros—. Quizá de ahí venga lo de «Polvo eres…».

Por primera vez en muchas horas, sonrieron distendidamente. Apenas fue un instante. Luego Silvia se concentró de nuevo en el tema de las calaveras. No le constaba esa práctica en ninguna cultura antigua. Sabía que los mayas las decoraban como trofeos de guerra o para ostentar poder —había trabajado en ello para una publicación científica—, pero lo de pintar hojas de laurel o rosas en el cráneo lo desconocía.

Sus dudas se despejaron minutos después, al comenzar a dialogar con Mágirus Bueno.

—En cada una de estas cabezas, consta el nombre de la persona, la profesión y su fecha de fallecimiento —explicó el responsable del osario señalando hacia un cartel de la entrada—. Los motivos

vegetales son una tradición; cada familia elegía la decoración preferida, casi siempre vinculada a la naturaleza. —Levantó la vista hacia la montaña—. Es nuestro origen.

—¿Y aún se sigue haciendo? —preguntó Silvia—. Me refiero a lo de ceder el cráneo…

—Oh, no, señora —respondió Mágirus sonriendo—. Ahora, cuando se cumplen los diez años, los restos se incineran y cada familia se lleva los suyos. En caso de que nadie los reclame, la funeraria se encarga.

Los invitó a pasar y, una vez dentro, lo que *a priori* se suponía un ejercicio de macabro exhibicionismo se transformó en un sentimiento de respeto, una extraña conexión con lo ancestral.

—Como ven, aquí nadie es más que nadie. —Mágirus extendió el brazo mostrando un grupo de calaveras perfectamente apiladas que parecían darles la bienvenida.

El anciano tomó uno de los cráneos.

—Por ejemplo: este es de Klein Malkowitz —leyó—, fallecido el 3 de enero de 1725. ¿Se imaginan que le hubieran dicho que, trescientos años después, la gente vendría aquí a contemplar su calavera? —Tosió con fuerza—. Disculpen; es la humedad de la mina.

Dauson vio un resquicio y se lanzó:

—¿Ha sido usted minero?

—No, exactamente. —Se aclaró la voz—. Pero pasé tiempo allí abajo.

El periodista iba a repreguntar, pero la mirada de Mágirus lo evitó. «Solo hay tres razones por las cuales alguien pasa tiempo en una mina», pensó Peter. «Trabajo, secuestro o escondite». La enigmática figura de aquel hombre le hizo inclinarse por la tercera.

—Supongo que habría un buen motivo… —Dauson iba con cautela.

—Desde luego.

El tono de Mágirus ya no era el mismo.

Aguardó por más explicaciones, pero enseguida supo que debía tener paciencia. No había confianza para que los onerosos secretos de Mágirus afloraran tan dócilmente. La memoria nunca tutea a extraños. Y más si tu madre formó parte de la maquinaria administrativa de Hitler.

Ocurrió poco antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Alemania nazi supo que en el noroeste de España, concretamente en Galicia, abundaban dos cosas: la pobreza y el wolframio. Hitler no tuvo dudas de cuál elegir.

Sara Shulz —la madre de Mágirus— era en 1942 una joven secretaria que formaba parte del contingente alemán repartido por diferentes minas gallegas. Tras el acuerdo alcanzado entre Hitler y Franco a fin de suministrar mineral para la fabricación de armamento, la zona se llenó de picadores, barreneros, diplomáticos, transportistas y también de personal administrativo y de servicio. Sara era mecanógrafa. La habían destinado desde Múnich a un pueblo de La Raya —en la frontera entre Ourense y Portugal—, donde una empresa alemana explotaba una mina que producía toneladas de wolframio que salían cada día en camiones hacia el puerto de Vigo y de ahí a Alemania.

El padre de Mágirus —Antonio— vivía en la Serra do Xurés, cerca del yacimiento, y se ganaba la vida como contrabandista. Durante la guerra civil española, trabajó en el estraperlo, pero con la llegada de los alemanes, la penuria económica de su familia —era el cuarto de

siete hermanos— dio un salto cualitativo: el oro negro del wolframio se convirtió en el gran negocio y muchos jóvenes aprovechaban las horas en que la mina permanecía cerrada para colarse en ella y sacar algunas piedras que luego revendían. El sueño de comprar algún día un pasaje en barco para Argentina era el motor que movía a aquel joven de veinte años.

Una de esas tardes, de camino a la mina, Antonio y sus amigos iban con el burro a cargar piedras. Entonces oyeron gritos. Una chica alemana se había caído a un pozo. Cuatro metros de profundidad. Era Sara Shulz. Del golpe había perdido el conocimiento. Con la ayuda de unas cuerdas, Antonio bajó a por ella y logró rescatarla y de ahí se la llevaron hasta el pueblo cargándola en el burro.

Los chicos no preguntaron nada. No hizo falta. La amiga de Sara —Delia— no paró de hablar en alemán, nerviosa como estaba, echándose la culpa por haber propuesto ir a merendar aquella tarde al monte, mientras Antonio y sus amigos, que no entendían ni una palabra, le respondían con monosílabos: «Tranquila», «cerca», «casa», «médico», repitiéndoselo una y otra vez para tranquilizarla.

Sara despertó a medio camino y tampoco preguntó nada. Su amiga le contó que un chico la había salvado y señaló a Antonio.

Ninguno entendió por qué, al oír su nombre, Sara esbozó una sonrisa y se lo quedó mirando. Él hizo lo mismo. Nunca dos idiomas se tradujeron tan perfectamente como aquella tarde el alemán y el gallego.

Y allí surgió el amor.

Mágirus nació dos años más tarde, en 1944.

Contado así, como lo estaba rememorando, el suceso no tenía tanta gravedad como la propia vivencia. De hecho, el semblante de

Mágirus mientras devolvía la calavera a la estantería no era de tristeza, sino de añoranza.

La represión, la pobreza, incluso la posterior muerte de su padre por la enfermedad pulmonar que contrajo en la mina no eran recuerdos amargos para Mágirus. Un niño no los ve así. A esa edad, solamente sabes ser feliz. Es el mecanismo de autodefensa que tienes mientras dura la inocencia infantil.

Así le pasó a Mágirus Bueno.

Cuando en la década de los cincuenta se fue a vivir a Múnich con su madre (Antonio ya estaba en el cementerio), su mente adolescente despertó: Sara Shulz, además de madre y mecanógrafa, era también una fiel activista del nazismo; operaba en la clandestinidad. Con quince años, al descubrirla un día en casa haciendo el amor con un hombre que pintaba en su vientre una esvástica a modo de juego sexual, Mágirus ató cabos: mina, cargamentos, uniformes, soldados, fiestas, Múnich, fábrica, canapés, regalos…

Y entonces se fue.

Como única despedida, solo hubo un cruce de miradas: ella desnuda desde la cama; él desde la puerta de la habitación.

Y nunca más volvieron a verse.

Mágirus, que siempre llevó con orgullo el apellido de su padre, empezó a trabajar en una imprenta para difundir las atrocidades del nazismo «a todo color y a gran tamaño», decía, hasta que las amenazas de muerte, primero, y las palizas, después, lo obligaron a seguir su lucha en la clandestinidad, escondido en una antigua mina —curiosamente de wolframio— situada en Mittersill, entre Múnich y Salzburgo.

Para sus vecinos, él y sus compañeros eran una especie de okupas metidos en una cueva. Vivían rodeados del romanticismo que envuelve las causas medioambientales. Y allí estuvieron casi diez años, pasando más tiempo en el sótano de los Alpes que viendo sus bucólicas montañas.

Cuando por fin salió, lo hizo con una fibrosis en los pulmones que le provocaba desde entonces una tos permanente y muchas dificultades para respirar. El médico le dio entonces dos opciones: o un ataúd o un pequeño pueblo llamado Hallstatt, a orillas de un lago, caracterizado por sus buenas condiciones ambientales para las dolencias respiratorias. Mágirus eligió «pueblo» y allí empezó una nueva vida a los cuarenta años como ayudante en una librería.

A partir de entonces, con el oficio de linotipista aprendido, valoró aún más la importancia de juntar letras y crear mensajes. No era escritor ni lo pretendía. «Solo soy un artesano de la imprenta», decía. Pero, además, le atraían los mensajes cifrados y toda la simbología que encerraban los criptogramas, una afición que se convirtió en oficio a principios de los noventa cuando abrazó una nueva causa social: colaborar por la paz en los Balcanes.

A su regreso a Hallstatt —años después del infierno de Sarajevo—, se hizo cargo de la biblioteca del pueblo, que el ayuntamiento mantenía abierta más por imagen que por las visitas, pues apenas iban algunas personas mayores y unos cuantos niños en época de vacaciones.

Pero, de esta manera, Mágirus Bueno encontró al fin un sentido a su vida y, sobre todo, tranquilidad. Se dedicó a estudiar libros de ideogramas y a analizar la historia de las civilizaciones que sobrevivieron gracias a ocultar sus secretos entre símbolos. Siendo

autodidacta, consiguió que la biblioteca tuviera uno de los fondos criptográficos más importantes de Europa y, durante veinte años más, siguió descifrando códigos por puro entretenimiento, hasta que la edad lo relevó de su cargo.

Ahora, superados los ochenta, su cargo de cuidador del osario, sin remuneración, era un gesto de agradecimiento hacia las autoridades que le habían permitido hacer realidad su verdadera pasión durante tantos años, la cual pocos conocían, pues Mágirus quiso también que su vida fuera un enigma.

No es que tuviera mucho que ocultar. Pero, como todos los solitarios, prefería hablar poco para que no le hicieran demasiadas preguntas.

18

Tras relatarles su historia, Mágirus se aclaró la voz.

—Nunca hablo de esto con nadie, créanme. —Volvió al tono amable de la bienvenida.

—Se lo agradecemos —asintió el periodista—. No lo molestaríamos si no fuera cuestión de vida o muer…

—No, por favor —lo interrumpió—. Me basta con que vengan de parte de ese viejo cascarrabias. Cuando Johannes me llamó, supe que era algo importante.

Terminó de colocar en su sitio las calaveras y se dirigió a la puerta para cerrarla por dentro. El eco de sus pisadas retumbó en la cripta.

—Veamos esa partitura —pidió por fin.

Silvia Weits sacó una fotocopia y se la entregó. Durante unos segundos, el anciano examinó el documento y ella se fijó en las pronunciadas arrugas de su rostro, que contrastaban con la piel lisa de su calvicie. Mágirus era de cuerpo pequeño y menudo, pero sus ojos azules destellaban como los de un adolescente detrás de sus gafas de pasta. En su trabajo en la biblioteca, siempre había vestido traje y corbata —«por respeto a la cultura», decía—, una tradición que mantenía en el osario y también en su encuentro diario con los libros de semiología.

Dedicó unos instantes al documento y luego sacó del bolsillo una lupa que acercó al papel.

—Fascinante… —murmuró—. Pensé que ya no quedaban puentes espirituales tan explícitos.

Levantó la vista y se los quedó mirando.

—¿Acaso quieren saber la fecha de su muerte?

La pareja negó a la vez e intentó disimular su perplejidad.

—Lo digo porque la fórmula está incompleta y faltan las instrucciones para interpretarla. —Señaló el borde derecho del papel —. Además, hay dos caracteres ilegibles; sin ellos no puedo calcular la hora. ¿Tienen el original?

—Lo estamos buscando… —Silvia miró a Peter.

—Entiendo. —Mágirus se dio cuenta de la evasiva—. Siento no poder ayudarles. Yo solamente interpreto símbolos.

—¿Y a quién puede interesarle esta fórmula? —Dauson quería averiguar si, aparte de Moonderlock, había un mercado para los códigos secretos.

—A mucha gente. Si los pictogramas cotizaran en Bolsa, tendrían más valor que el oro.

—¿Puede ser más concreto?

El anciano negó con la cabeza sonriendo.

—Pregúntenme qué, no quiénes. Aún me quedan por aprender muchas cosas —dijo señalando hacia las calaveras.

Los invitó a pasar a un pequeño despacho donde había un escritorio y varias sillas; en un lateral, junto a una vitrina, se apilaban más calaveras y algunos libros antiguos.

Tomaron asiento y el viejo Mágirus acarició el aparador.

—Aquí tenemos registradas todas las defunciones desde el siglo xvii hasta hoy —dijo—. Es uno de los archivos mejor conservados de

Europa. No es que tenga valor económico, pero para los historiadores es un gran tesoro.

Dauson no quería perder más tiempo y lo interrumpió.

—¿Podría darnos, al menos, una pista? La partitura fue robada ayer en Viena; quizás aún no haya salido de Austria.

El linotipista meditó un instante mirando la fotocopia.

—Nadie va por ahí robando partituras a menos que…

—¿Sean de Mozart? —terció Silvia.

El anciano la escrutó con la mirada.

—O que oculten la fórmula más poderosa. —Golpeó el papel con un dedo—. El valor de este original es incalculable. No por lo que es sino por lo que significa. Y respondiendo a su pregunta —dijo mirando a Peter—, sí, posiblemente ya no esté en Austria.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estas cosas siempre acaban en el Mediterráneo.

—¿En qué lugar?

—Francia, Italia, España…

—Pero será difícil de vender —apuntó Peter.

—No lo crea. La encriptación histórica tiene sus canales. Además, esta clave es excepcional. Los sumerios crearon muchas fórmulas: para el amor, la salud, la fortuna… Su efectividad es asombrosa. Pero determinar la fecha exacta de una muerte… —Mágirus arrugó el ceño—. Créanme, me siento muy afortunado por tener esto en mis manos.

—¿Diría que se ha perdido para siempre? —insistió el periodista.

—Si los ladrones son profesionales, sí.

El anciano captó un punto de desánimo en la pareja.

—Pero quizá les interese saber que hay dos. —La pareja se miró sorprendida—. Por supuesto, el biógrafo de la esposa de Mozart no lo hizo constar en sus memorias, pero un estudio posterior, considerado como apócrifo, habla de que existen dos partituras originales de «Lacrimosa». —Agitó la fotocopia—. Al parecer, Mozart escribió la clave en ellas y le pidió a su mujer que se las diera a sus dos mejores amigos: un maestro masón de Viena y un conde llamado Cobenzl.

—¿Y usted también lo cree? —preguntó Silvia.

—Yo sí, pero hasta ahí puedo contar… No sé más.

Cogió un lápiz y una libreta y copió los símbolos. Luego levantó la vista.

—Piensen en algún familiar suyo que haya fallecido; comprobaremos la exactitud de la fórmula.

Silvia y Peter se miraron extrañados.

Al ver que no reaccionaban, Mágirus apuntó a Silvia con el lápiz.

—No me diga cuándo murió; tan solo quién era.

La arqueóloga se tomó unos segundos y luego susurró con un gesto de duda:

—¿Mi madre?

—Perfecto. Le haré algunas preguntas y después trataré de averiguar la fecha exacta de su fallecimiento.

Mágirus comenzó a interrogarla y a escribir más símbolos en la libreta. Los iba entrelazando con líneas y círculos a medida que ella respondía a las preguntas sobre su madre: nombre, edad en el momento del fallecimiento, color de los ojos, fecha, hora y lugar exacto del nacimiento —que él situó con exactitud buscando en el GPS del móvil las coordenadas de latitud y longitud— y también la

ocupación, la estatura y si su madre tenía hermanos, cónyuge, padres, hijos o abuelos vivos. Asimismo le preguntó si había padecido enfermedades graves y cuáles.

Luego siguió haciendo cálculos y, al cabo de unos minutos, dijo:

—Su madre murió el 14 de octubre de 2023.

La respuesta la impactó. Silvia sintió una repentina opresión en el estómago. Comenzó a temblarle la boca, curvándose con el inconfundible gesto que precede al llanto.

Mágirus la miró por encima de sus gafas.

—No puedo decirle la hora exacta; me faltan caracteres, pero quizá pueda aproximarme. —Entre la maraña de símbolos, Mágirus comenzó a escribir varios nombres en latín—. Dígame a qué olía su madre.

Silvia se sorprendió.

—Ya sabe —aclaró el anciano—, todos olemos a algo. Dicen que es el aroma del alma.

Ella no supo qué responder.

—Imagínese un vino —sugirió él—. Podemos apreciar sensaciones cítricas, florales, de madera, cosas así.

—No sé… quizás a lavanda.

—El olor es el camino más corto al recuerdo. ¿Cuántas veces ha entrado usted en una librería y ese aroma a pegamento y papel le ha traído imágenes de su infancia?

El anciano señaló hacia una cafetera que había sobre una mesilla.

—Sírvanse, por favor —dijo, ofreciéndoles—. Solo me llevará unos minutos.

Silvia seguía mirándolo fijamente.

—Perdone, pero ¿qué es todo esto?: esoterismo, astrología…

—Experiencia, señora.

Mágirus hablaba mientras seguía escribiendo.

—Las normas las dictan los «señores del tiempo». —Arrancó la hoja y comenzó una nueva—. Y no me refiero a lo físico, sino a las variables que intervienen en el proceso de la vida y la muerte.

—¿También entra la probabilidad?

—No, señora —la corrigió—. Las matemáticas carecen de sentimientos. Aquí estamos hablando de vidas humanas. —Alrededor de la palabra *lavanda*, Mágirus anotó signos con grafía árabe. Luego giró la libreta y se la mostró—. El perfume, como le decía, no es solo un preparado químico. Es también una emoción.

—Sigo sin entender.

El anciano sonrió.

—Verá: si un paleontólogo puede reconstruir un dinosaurio a partir de un hueso, ¿por qué no va a ser posible trazar el mapa vital de una persona uniendo los acontecimientos más importantes de su existencia?

Dauson le acercó un café a Silvia. Para él la entrevista había terminado: la fórmula era válida y estaba incompleta.

Mientras regresaba junto a la cafetera a por el suyo, preguntó:

—¿Qué le sugiere la expresión «Initium sapientiæ timor Domini»?

—Miedo —respondió tajante Mágirus—. Es la frase preferida de la Iglesia. Exagerando un poco, viene a decir: «Si me temes, me obedecerás».

—Me refiero a si oculta algún secreto.

—No; solo sirve para infundir temor.

Dauson señaló la partitura.

—Y la fórmula… ¿sirve para cualquier persona?

—Sin duda.

—Pero en el mundo no hay nadie igual.

—Se equivoca, señor Dauson. —Mágirus aparentó superioridad—. Precisamente, es lo contrario: todos somos iguales.

—¿A los ojos de Dios?

—Eso también… Lo que quiero decir es que todos dependemos de todos. —Señaló el laberinto de flechas y símbolos que había creado en su cuaderno—. Y ya que menciona a Dios, piense en el Génesis. Lo dice bien claro: el artesano nos ha hecho del mismo barro. —Levantó la partitura—. Los sumerios pensaban igual.

—Tal vez… —dudó Peter—, pero en cuanto a crímenes, la filosofía y la religión no siguen las mismas reglas.

Mágirus no respondió y se centró de nuevo en Silvia.

—¿Lavanda, entonces?

Ella asintió.

—Una última pregunta: ¿su madre prefería madrugar, trasnochar o ninguna de las dos cosas?

La arqueóloga estuvo a punto de atragantarse con el café.

—Bueno… ella siempre madrugaba. Sobre las seis.

Peter Dauson consultó su reloj. Calculó que faltaban cincuenta y cuatro horas para que Moonderlock cumpliera su amenaza. Aunque seguía considerando lunática la idea de dejar ciego a medio mundo, la efectividad demostrada por la fórmula acrecentaba su temor ante los planes del informático. Comenzaba a impacientarse.

Tras un último momento de concentración, por fin Mágirus dijo:

—A las once de la mañana.

Silvia lo miraba fijamente. No quería asimilar la respuesta.

El anciano arrancó la hoja y se la entregó.

—Calculo que su madre murió en ese entorno horario, quizá más cerca de las once y cuarto… Si tuviera la clave completa, le daría la hora exacta.

Ambos mantuvieron la mirada. Dauson, con el café en la mano, esperó la reacción de Silvia.

Con un hilo de voz, ella confirmó:

—Fue a las once y diez.

Y no aguantó más. Cogió el papel y salió a toda prisa de la cripta; solo se detuvo cien metros calle abajo, ante la barandilla del lago, para contemplar el reflejo de las montañas sobre el agua. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Peter no tardó en llegar.

—¡Nadie lo sabía! —gritó tirándole la hoja con los cálculos de Mágirus—. ¡Solo el médico y yo!

El periodista recogió la cuartilla convertida en una bola y la estiró con el máximo cuidado. Se fijó en la extraña sucesión de criptogramas y cálculos matemáticos que el linotipista había hecho en apenas unos minutos. Luego la miró.

—Estamos en el buen camino, Silvia. La fórmula es…

—¡Una mierda! ¡Eso es lo que es! —gritó con la incomprensión instalada en su rostro—. Nada de esto tiene sentido. ¿Qué culpa tengo yo? Lo único que he hecho ha sido querer a una persona y ¿así me lo pagan? ¡Dime!… ¿Es pecado intentar llenar tu vida con algo más que no sea dar clases o hartarte de reuniones? ¿No tengo derecho a rehacerla? —Comenzó a andar por el paseo sin esperarlo. A lo lejos, Mágirus Bueno miraba la escena desde la puerta del museo.

Silvia siguió desahogándose.

—Sé que no está bien ser la amante de nadie. Pero él no merecía morir así, ni yo tenía que huir como una ladrona.

—No es culpa tuya.

—¡No, no lo es! —protestó—. Pero parece que esa maldita fórmula hubiera destapado los peores momentos de mi vida.

Enseguida llegaron junto al coche y Peter accionó el mando de las puertas.

—Volvamos a Viena —pidió ella—. Vayamos a la Policía y acabemos con todo esto de una vez.

—No quiero que mueras.

Ella se encaró con él.

—¡¿Es mejor que sufra?! —Estaban frente a frente, a la mínima distancia; tan cerca que compartieron esos aromas que tan bien conocían—. Respóndeme: ¿Es mejor que sufra?

El periodista no contestó. Si algo había aprendido en tantos años de profesión, era a ser directo. Pero, en ese contexto, lo que iba a decir resultaba difícil de resumir. Por algo los cirujanos no operan a sus familiares ni los jueces llevan al banquillo a sus seres queridos: el amor, que todo lo puede, también encadena.

—Quiero que seas libre —dijo sinceramente—. Si no llegamos hasta el final, nos pasaremos el resto de nuestra vida huyendo.

Le cogió el rostro con ambas manos e insistió:

—Tienes que aguantar. Hazlo por ti o por quien quieras. Pero sigue adelante; no estás sola.

Y, con la misma rapidez con que la había alcanzado, se apartó y abrió la puerta del coche.

Lo que Peter no sabía era que esa última frase, «no estás sola», más que una expresión de apoyo, era literalmente lo que ocurría.

Viena, toda Austria e incluso el mundo entero pueden ser a veces territorios minúsculos cuando el odio va detrás de la verdad para silenciarla.

Mágirus, por ejemplo, sabía mucho más de todo eso. Había atajado por una calle lateral y estaba a unos metros de ellos con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Les dije que podría ayudarles —aseguró.

La pareja se volvió.

—En mi tierra —continuó el anciano—, hay una frase que resume muy bien el mundo en el que vivimos. La pronunció Castelao, un intelectual gallego. Dijo: «Mean sobre nosotros y tenemos que decir que llueve». Disculpe la ordinariez, señora —dijo haciendo una reverencia—, pero no hay nada que defina mejor la rebeldía.

Estiró el brazo y le dio a Peter un viejo recorte de prensa. El titular era: «Initium sapientiæ timor Theodor».

—Antes me preguntó por esa frase —dijo señalando el recorte—. Esta noticia se publicó hace más de cuarenta años en el *Diario de Salzburgo*. Fue a raíz del asesinato de un monje en el monasterio de San Crisóstomo. —Los miró—. Se llamaba Theodor, hermano Theodor. Y su frase preferida era: «Initium sapientiæ timor Domini». De ahí el juego de palabras. La guardo en un cajón porque me gusta coleccionar titulares ocurrentes.

Peter estaba desorientado. No acertaba a adivinar cómo Mágirus podía relacionarlos con aquel suceso, con Moonderlock y, supuestamente, con el crimen del Museo de las Mariposas, donde alguien había escrito esa frase junto al cadáver del guardia.

El anciano le leyó el pensamiento.

—Ayer, cuando Johannes me llamó, me dijo que le hablaron de Abraham Moonderlock. —Le quitó el recorte de prensa—. En su día, se dijeron muchas cosas de aquel crimen.

—Y usted sabe quién lo hizo.

—No, señor Dauson —respondió con sinceridad—. Ni siquiera conozco a ese hombre. Lo mío son los enigmas, no resolver asesinatos.

Mágirus se tomó un instante moviendo la cabeza asertivamente.

—Quizá les interese saber que aquel monje tenía mucho que ver con los *castrati*. Entiéndanme —aclaró—: Me refiero a una relación intelectual.

Silvia rodeó el coche acercándose como un felino.

—Esta pista quizá les lleve a la partitura.

Fiel a su estilo, Mágirus avanzaba con parsimonia por el laberinto dialéctico. Les explicó que los *castrati* eran grandes guardianes de secretos, «la mejor caja fuerte», y dijo que, durante siglos, en los ambientes musicales de Italia, se les consideraba seres mágicos.

—Ya saben lo que eso conlleva: respeto, miedo… Hoy en día, aún persiste esa creencia y alrededor de ella giran enigmas relacionados con la música y el misterio de los *castrati*.

—¿Son sociedades secretas? —preguntó Dauson.

—No exactamente. Yo diría élites musicales. Y, como siempre que hay dinero de por medio, unos viven en la colmena y otros traen el polen.

—Pero ya no hay cantantes castrados —comentó Silvia.

—Pero pervive su herencia.

—¿Dónde?

Mágirus se dio unos segundos para seguir con cautela.

—Ayer, después de que Johannes me hablara de ustedes, hice un par de llamadas. Me dijeron que la partitura hay que buscarla «arriba».

—¿A qué altura? —quiso saber Dauson.

—En lo más alto. Dicen que con Mozart no se juega.

—¿Gobiernos?

—¡Por favor! —Mágirus pareció abandonar por primera vez la mesura—. El poder no lo tienen los políticos, sino el dinero.

—Entonces, quién…

El anciano negó con la cabeza.

—Ya se lo he dicho: no respondo a esas preguntas. Pero les ofrezco un acertijo.

Ambos lo miraron expectantes.

—«Sobre la voz de los ángeles que descansan bajo el atrio, construyeron otro templo para imitar su canto». —Dejó pasar unos segundos y añadió—: ¿Se lo repito?

—No hará falta.

El periodista le mostró el móvil, en el que había activado el modo de grabación.

—Los *castrati* eran los mejores —asintió Mágirus—. Solamente les enseñaban tres cosas: a cantar, a sonreír y a decir la verdad. Sigan su legado.

—¿No puede ser más concreto?

—No.

Dauson inspiró profundamente. Desde el primer momento, supo que el linotipista atesoraba tanta sabiduría como recelo y, en esos casos, presionar en busca de una respuesta equivale a echarlo todo por la borda.

—Es una partitura muy valiosa —insistió— y su leyenda sumeria, única. Pero mis contactos me han dicho que necesitarán ustedes algo más que suerte y buena información.

—¿Qué más? —preguntó Silvia.

—Vivir.

Los miró con severidad.

—El problema de quien busca claves secretas es que nunca las poseerá: si las encuentra, morirá, y si no, su vida será una completa frustración.

—Muy alentador por su parte.

—Es realista, señor Dauson.

—Aun así…

—Aun así —lo interrumpió—; y como supongo que les va la vida en ello, les daré un consejo: busquen la herencia de los *castrati*.

—¿La de ese monje, por ejemplo?

Mágirus ignoró el tono de insolencia; comprendía que la información que les estaba dando era escasa.

—Según me han dicho, el hermano Theodor era un depravado. —El anciano volvió al tono pausado—; nadie así es admitido en un club tan selecto. Antes, cuando un castrato o alguien de su entorno fallecía, se organizaban audiciones, conferencias y se escribían obituarios. Unos honores reservados a su élite. Por supuesto, a tipos como este monje, la Historia los tira a la basura.

—¿Y por qué nos habla de él?

—Porque me gustan los puzles —dijo sonriendo.

Dauson contó con los dedos.

—Moonderlock, el monje, Mozart, la partitura, el sexo, los *castrati*…

—No se olvide de los ángeles —apuntó el anciano—. Cuantos más encuentren en su camino, más cerca estarán de la partitura —dijo—. No sé por qué, pero desde hace dos mil años, siempre que hay enigmas, hay ángeles de por medio. —Cerró los ojos, resignado—. Será que los criminales buscan recomendaciones para el Juicio.

—¿Siempre habla así, como si todo fuera un misterio? —Silvia Weits dejó entrever su impaciencia.

Dauson intuyó que la atmósfera iba a romperse e intentó reconducirla.

—Ese acertijo… la voz de los ángeles que descansan bajo el atrio…

—Si les diera la respuesta, ya no sería un acertijo.

La pausa siguiente se hizo demasiado larga. El lago. El coche. El pueblo vacío. Y los tres frente a frente.

Mágirus quiso terminar siendo generoso.

—¿Sabían que las obras robadas de compositores famosos siempre han aparecido cerca de templos del bel canto? —Sin opción a réplica, se dio la vuelta y comenzó a caminar—. Los barrios antiguos son muy tentadores.

Y Dauson lo intentó por última vez:

—¿Ha dicho que hay dos partituras?

Mágirus se volvió y sonrió. Su mirada decía que la entrevista había terminado.

—Les agradezco su visita. Que tengan un buen día.

19

En la actualidad

Sábado, 5 de diciembre, 16:00.
53 horas antes del fin

Las tiendas de *souvenirs* de Salzburgo están llenas de artículos de Mozart. Su música suena en cualquier rincón y todo recuerda a él: desde los objetos más habituales hasta los más extravagantes, infinidad de artículos se apilan en los escaparates y son un excelente reclamo para los turistas, y mucho más en Navidades, como Silvia y Peter pudieron comprobar nada más empezar a callejear por el centro.

El viaje de retorno de Hallstatt le había servido a ella para tranquilizarse y dormitar un rato tras una parada para comer. Peter, por su parte, asimiló toda la información de Mágirus, a pesar de que el encuentro había estado lleno de intriga y niebla dialéctica.

Nada más aparcar, en la primera tienda de *souvenirs* que encontraron, preguntaron a la dependienta por Papageno. Suponían que no sería difícil dar con él, pues Johannes comentó que siempre estaba en la calle.

La chica indicó hacia una estantería repleta de dedales, tazas y camisetas, todas con el rostro de Mozart, y explicó:

—Papagenos no tenemos, pero sí su flauta —señaló la balda inferior, donde había siringas de diferentes tamaños.

Peter cogió una y sopló, moviendo el instrumento de lado a lado. Los tubos de caña trenzados emitieron una sucesión de sonidos que recordaban a los de un afilador. Ese instrumento aparecía en todas las representaciones de *La flauta mágica*, ópera que se sabía de memoria: Papageno, ataviado con su atuendo de plumas verdes, caminaba por el bosque llevando su jaula de pájaros y su pequeño carillón mágico, mientras saltaba alegre haciendo sonar también su siringa.

En cierto modo, ambos se parecían bastante: eran seres solitarios en busca de afecto y lo único que los diferenciaba era el atuendo y el hecho de que a Peter le costaba mucho demostrar cariño. A veces, él mismo se preguntaba el porqué de tal desafección, pero no encontraba respuesta y concluía que se trataba de una maniobra defensiva. Algo así como un escudo protector frente a las emociones.

Papageno era un hombre imperfecto que recibió amor a pesar de no merecerlo. Eso pensaba Peter mientras hacía sonar el instrumento mirando a Silvia.

—«Afilas» muy bien —dijo ella con una sonrisa, haciendo un juego de palabras. Peter lo devolvió a la estantería.

Y la dependienta siguió informando:

—Si quiere, también tenemos partituras. —Se agachó bajo el mostrador y sacó varias—. Son versiones simplificadas de *La flauta mágica*.

—Gracias —respondió él—. Buscamos a Papageno.

La chica hizo una mueca de resignación.

—En ese caso, no puedo ayudarles.

Dauson iba a aclararle que lo que buscaban era a un Papageno de carne y hueso, pero intuyó que la dependienta —a pesar de su juventud— era de esos comerciantes entregados a la causa que se pasan la vida entre mercancías; su mundo no va más allá de la puerta.

Así que se despidieron y continuaron caminando por el centro, momento que Silvia aprovechó para entrar en una tienda y cambiar su indumentaria: en apenas diez minutos, salió vestida con vaqueros, camiseta, jersey y plumífero azul. Atrás quedaban, por fin, la enorme camisa blanca, el pantalón y el abrigo gris de grandes botones, que metió en un contenedor de ropa solidaria.

En el siguiente puesto, volvieron a preguntar y el dependiente dijo:

—¿Buscan al vivo o a la estatua?

—Al vivo —respondió Dauson sin ocultar su euforia.

—Vayan a Papagenoplatz —indicó—. Allí están los dos.

La plaza era un pequeño recinto construido en honor al pajarero de *La flauta mágica*. Estaba situada a poca distancia de la majestuosa plaza de Mozart y, por supuesto, no rivalizaba con ella: allí no había cafés, ni edificios administrativos, ni pintorescas casas con fachadas de suave tono arena. Pero, a pesar de su modestia, el encanto de Papagenoplatz residía en el hecho de ser un lugar poco frecuentado por los turistas. Permitía detenerse con tranquilidad a admirar sus pequeños detalles, y quizá la esencia del lugar hiciera honor al propio Papageno: sencillez sin secretos.

Con esa información, la pareja se encaminó hacia allí y, en un pequeño quiosco, a la entrada de la plaza, Peter volvió a insistir en

su pesquisa. El dueño les señaló hacia la estatua que ocupaba el centro del recinto, donde confluían varias calles empedradas.

El pedestal estaba rodeado por una fuente y bancos de madera; en uno de ellos, había un hombre harapiento, de unos cincuenta años, cuyo aspecto desaliñado y el escaso cabello grasiento en nada lo hacían parecerse al personaje de Mozart. Papageno y el mendigo solamente coincidían en la indumentaria: tonos verdes y una capa marrón, a la cual el indigente había cosido plumas de diferentes tonos. También llevaba un gorro de felpa raído que recordaba a un Robin Hood atropellado por un carruaje, y a su lado tenía una jaula con un pequeño pájaro vivo.

Silvia depositó una moneda en la lata que tenía como reclamo la frase: «No soy pájaro, pero quiero volar. Ayúdame».

El hombre estaba concentrado en alimentar al ave y, sin levantar la vista, dijo:

—Se llama Matías. ¿A que parece un gorrión? —Al sonreír mostró unos dientes ennegrecidos de color de vela antigua—. En realidad, es un alma encarcelada.

Silvia y Peter se miraron.

—Ustedes no son turistas, ¿verdad?

—Todos lo somos en algún momento —afirmó Peter.

Papageno soltó una risotada y su hedor llegó hasta ellos.

—¡Muy sabio, señor! —dijo con teatralidad—. Le auguro una venturosa vida.

—Nos han dicho que usted sabe de objetos perdidos.

El vagabundo se tomó un instante para escudriñar la plaza y luego señaló hacia su lata de monedas.

—Nada es gratis, amigo —canturreó.

Peter vio que solo tenía una moneda dentro de la lata.

—Buscamos una partitura de Mozart.

—¡Perfecto! Aquí las hay por todas partes. —Papageno se colocó bien el gorro—. Mozart y yo somos colegas.

—La robaron ayer…

Por un instante, el mendigo pareció transformarse.

—¿Tal vez en Viena? —preguntó con falsa extrañeza.

—Exacto.

Dauson recordó lo dicho por Johanness: tras esa apariencia de vagabundo, había mucha información.

El mendigo movió la cabeza como una marioneta.

—En Austria siempre ocurre lo mismo: Mozart y chocolate, chocolate y Mozart… —Metió la mano en la jaula y el pájaro revoloteó asustado—. A Matías le encanta el chocolate, ¿saben? —Cogió unas virutas mezcladas con excrementos e hizo ademán de ofrecerles—. ¿A ustedes les gusta?

Peter Dauson sacó un billete cuyo valor hacía imposible rechazar la propuesta, cuando en ese momento sonó el móvil de Silvia. Ella se apartó unos metros para conversar.

—La obra que busco es «Lacrimosa» —abrevió Peter.

—Quizá recuerde algo… —Cogió el billete y volvió a agitar la lata —. Si me matan, que sea después de una buena borrachera.

—Con eso bastará —dijo el periodista.

—Oh, no, querido amigo. ¿No ve que la lata está vacía? —Estiró el brazo—. Ponga dos billetes más y se irá contento.

Peter conocía bien a esa clase de tipos: desprecian su propia vida a cambio de dinero. Son insaciables. Cuanto más consiguen, más rápido se lo gastan, casi siempre en alcohol, drogas y prostitución, y

luego acaban tirados en un rincón con un estilete clavado en la barriga y las tripas reptando en la acera. Por supuesto, el estilete se lo clava otro tipo igual que ellos, para que la rueda siga y nada cambie en el sórdido mundo de las mafias de la mendicidad.

Otros dos billetes en la lata.

—Gracias… —dijo Papageno y de pronto fingió concentrarse—. Ahora que recuerdo… Hace unos días, el Belga me comentó que alguien del museo andaba preocupado por esa partitura. «Van a traerla», me dijo, pero ayer todo se jodió cuando mataron a un tío en Viena. —Guardó los billetes bajo la capa—. Pensábamos sacarla del sótano y revenderla.

—¿Y nadie se enteraría?

Papageno negó con la cabeza.

—Al sótano del museo solo bajan las ratas.

—¿Quién es el Belga? —Peter tenía una sospecha.

—Oh, un gran chico. Se pasa el día limpiando las campanas del carillón —dijo señalando hacia el cielo.

—¿Trabaja allí?

—Bueno… —Se encogió de hombros—. Es como el jorobado de Notre Dame: nunca baja de la torre.

Silvia se acercó guardando el móvil.

—Quizá la señora quiera acompañarlo en la visita. —Se fijó en su mano vendada—. Son pocos escalones.

—¿Cuándo podemos ir? —preguntó Dauson.

Papageno echó un vistazo a la torre.

—La última visita termina justo antes de que suene el carillón. —Le hizo una carantoña al pájaro—. Métanse en la sala de máquinas,

junto a la rueda dentada, y luego suban cuando todos bajen. El Belga estará sacándole lustre a las campanas.

—¿Y qué pasa con el guía? —preguntó Silvia.

—¿El guía? —gritó Papageno—. El viejo Adam ya ni habla. Creo que le meten una grabación por el culo y la conectan al empezar la visita —dijo carcajeándose.

—¿Cómo se llama el Belga? —quiso saber Peter.

—Pues ahora que lo dice… —Papageno frunció el ceño—. Tiene una ceja blanca. —Se levantó del banco y se sacudió—. Díganle que han hablado conmigo.

—Demasiado fácil…

El mendigo dio un giro y ejecutó un tosco paso de ballet. Luego sacó una siringa y se puso a tocar.

—¡No dudéis de mí, asqueroso bellaco! ¡Soy Papageno, el pajarero mágico! Si he salvado a una princesa, ¿cómo no voy a convencer a un campanero? —Se echó su jaula al hombro y empezó a caminar—. ¡Hace un frío del demonio! —gritó—. ¡Mi vida por un vino caliente!

Silvia y Peter se quedaron en medio de la plaza y, cuando desapareció de su vista, ella comentó:

—¿Cuánto le has dado?

—Creo que no lo suficiente.

—¿Y ahora qué hacemos?

Peter se frotó los brazos y señaló hacia la torre del museo.

—Ir a ver a Quasimodo.

20

En realidad, no era jorobado ni tampoco estaba sacando brillo a las campanas. Poco antes de que Peter y Silvia subieran al Glockenspiel en la plaza de Mozart, el Belga ya estaba atado y amordazado, con su cuerpo a punto de quedar suspendido en el hueco de la torre. Cuando eso ocurriera, quedaría sujeto solamente por el cuello, es decir, moriría ahorcado en medio de la maraña de engranajes, cuerdas y poleas que pendía del armazón de las treinta y cinco campanas.

Pero eso todavía no había sucedido.

Para tan dramático final, debía activarse el mecanismo del reloj, algo que ocurriría automáticamente a las 17:56, la hora de Mozart, coincidiendo con el año de nacimiento del compositor. En resumen: faltaba la música.

El espectáculo vespertino comenzaba con una pieza de *La flauta mágica*, «Das klinget so herrlich», la melodía que más gustaba a turistas y vecinos de Salzburgo. De ahí la expectación que se había generado en la plaza minutos antes de empezar a sonar el imponente carillón.

Todo había ido según lo previsto: tiquetes, recuento del grupo, escaleras, fotos y Adam —el guía de pocas palabras— dirigiendo la ascensión. Hasta ahí nada que reprocharle a Papageno.

Los problemas empezaron cuando los turistas iniciaron el descenso. Silvia y Peter subieron sin ser vistos el tramo final de las

escaleras hasta llegar a una pequeña puerta de rejas que estaba cerrada y llevaba al área de las campanas.

Allí vieron atado a un hombre. Era rubio. Su característica más llamativa, aparte de las cuerdas que lo rodeaban, era que tenía una ceja completamente canosa. No paraba de moverse e intentaba zafarse.

Al ver a la pareja, intentó decir algo, pero tenía la boca tapada. Eran las 17:53.

Peter empujó la puerta, Silvia buscó una llave y el hombre se agitó.

—Va a morir ahorcado —susurró ella sin inmutarse.

Peter la miró jadeando.

—¡¿Qué dices?!

—Lo han atado con un antiguo sistema de suspensión; se utilizaba en la Edad Media para colgar a delincuentes de los campanarios. En cuanto suene la melodía, se pondrá en marcha el mecanismo y las poleas lo estrangularán —comentó hipnotizada—. No hay nada que hacer.

17:54.

Rápidamente, Peter se subió a la verja y saltó al otro lado. Se encaramó a las cuerdas colgando del vacío y llegó hasta el hombre, que, con los ojos muy abiertos, emitía sonidos guturales. Tendría unos cincuenta años y un importante sobrepeso.

—¡No lo hagas, Peter, sal de ahí! —gritó Silvia.

El periodista lo miró a los ojos y recordó el nombre que le había dicho la agente de la CIA.

—¿Eres Günter Sneider?

El hombre asintió exageradamente.

17:55

Peter Dauson le quitó la bola de papel de la boca y el campanero empezó a gritar:

—¡Aquello fue una chiquillada…! ¡Yo no difundí las fotos! ¡No quería publicarlas!

—¡Peter, por favor! —gritaba Silvia.

Intentó desatarlo, pero la presión de los nudos lo hacía imposible. Al hombre le costaba respirar. La cuerda que le rodeaba la garganta hacía que su rostro estuviera hinchado y a punto de explotar.

—¡Sáqueme de aquí! ¡El carillón!

Y ya no hubo tiempo para más. Las poleas comenzaron a girar y el cuerpo del Belga ascendió a la cima de la torre a toda velocidad. Peter solamente tuvo un segundo para saltar y evitar que una de las cuerdas le atrapara un pie.

17:56

Entonces, una alegre melodía empezó a sonar mientras el cuerpo del infortunado campanero subía y bajaba colgado por el cuello. Los espasmos no tardaron en cesar. Murió casi al instante.

Silvia tiró de Peter, que se había quedado encaramado a la verja, y ambos bajaron corriendo las escaleras hasta llegar a la plaza. El público aplaudía el espectáculo, ignorando lo que acababa de ocurrir, mientras la pareja se alejaba por una calle lateral y se sentaba en un banco a recuperar el resuello.

Fue entonces cuando Peter sacó del bolsillo la bola de papel que el Belga tenía en la boca; al estirarla, pudieron leer: «Por los viejos tiempos… *Initium sapientiæ timor Domini*».

Silvia jadeaba, pero no estaba sorprendida. Al regresar de Hallstatt, Peter le había contado todos los detalles acerca del monje

y los abusos sexuales a Moonderlock, así como la venganza que este llevó a cabo con sus compañeros escolanos por difundir en las redes sociales las fotos pornográficas.

El Belga era el último eslabón.

De pronto, se oyeron gritos. Varios turistas pasaron corriendo y comentando la horrenda visión que acababan de presenciar: en la cima de la torre, entre las campanas, había una persona colgada.

Enseguida, el sonido de las sirenas llenó el centro de Salzburgo.

Silvia y Peter se alejaron y, en pocos minutos, llegaron al coche. Entraron, cerraron las puertas y apenas tuvieron tiempo de mirarse cuando sonó una videollamada. Era Abraham Moonderlock.

El periodista sujetó el móvil para que ambos pudieran verlo. El informático apareció en primer plano, vestido con un jersey gris, y al fondo se apreciaba una sala con ordenadores y pantallas en la que había gente trabajando. Por primera vez, Silvia Weits vio su rostro y oyó su voz al mismo tiempo.

Les dio las buenas tardes y les agradeció que siguieran con el GPS activado.

—Lo que no imaginaba era que querrían presenciar el espectáculo en directo. Ha estado bien, ¿verdad?

Ninguno respondió.

—Günter cometió un error —prosiguió Moonderlock—: yo llevaba años buscándolo y casi me había dado por vencido. Pero hace un mes compró unas herramientas en una web china especializada en automatismos. Se registró con el apodo de «Warui», que significa «malvado» en japonés, como se hacía llamar en el monasterio. Y ahí lo pillé. Lo demás ya lo saben.

—Fin del justiciero, entonces —dijo Peter.

—Por supuesto, me he quitado un gran peso de encima. —Moonderlock inspiró profundamente—. Pero no quiero aburrirlos con eso. Díganme, ¿ya han descubierto el segundo triángulo?

Peter miró a Silvia y esta sacó disimuladamente el móvil. Se puso a teclear manteniendo el teléfono fuera del campo visual de Moonderlock, aunque su gesto no pasó inadvertido.

—Ponga «Salzburgo» y «Hallstatt», señora; así le será más fácil.

Ya sin ocultarse, Silvia le mostró a Peter el tercer vértice del triángulo: el monasterio de San Crisóstomo. Estaba a una hora en coche, en la comarca de Vöcklabruck.

Moonderlock los animó a darse prisa, ya que los monjes solían retirarse temprano, dijo, y luego no atienden llamadas al timbre.

—Quizá les interese saber que el abad es una hormiguita de biblioteca; les resultará muy instructivo —añadió.

—¿Nos dará la partitura? —ironizó Dauson.

—Quizá nos la toque al piano —añadió Silvia.

Moonderlock los contemplaba asintiendo con una sonrisa.

—Me encanta su sentido del humor —comentó Moonderlock—, sobre todo el suyo, señora Weits. No sé si Peter le ha contado el trato… Pero, por el bien de la profesora Bagner, deberá cumplirlo, ¿no es así, señor Dauson?

Ninguno respondió.

—Bien, pues para reforzar nuestra alianza, ¿qué tal si ahora se toma más en serio este asunto, Silvia? Su querido profesor ha muerto, pero usted tiene un hijo, ¿no?

Silvia se quedó mirándolo fijamente mientras notaba que su ritmo cardíaco iba en aumento.

—¡Es usted un hijo de puta!

Moonderlock chasqueó la lengua.

—Ayer le dije al señor Dauson que nada de insultos. Tictac, seguimos jugando. Busquen esa partitura. Les quedan cincuenta horas.

Y cortó.

Silvia se echó a llorar y lo primero que hizo fue llamar a su hermana a Nueva York conteniendo la emoción. Al otro lado, una voz le comentó que Andrew estaba a su lado; se lo pasó y estuvieron hablando varios minutos. Lo que más dijo Silvia fue: «Te quiero». Lo que más dijo Andrew fue: «¿Vas a traerme un regalo?».

Con seis años, la visión de la realidad la dicta la inocencia.

Pero lo que ni Peter ni Silvia supieron fue que, al colgar el teléfono, Abraham Moonderlock destrozó todo lo que tenía en su despacho. Primero, el móvil; después, la pantalla del ordenador, varias esculturas y un antiguo gramófono que decoraba una esquina. A través de la cristalera, los empleados se quedaron inmóviles mirándolo. Solo uno de ellos, el de más confianza, se acercó a la puerta y la abrió con cuidado.

Su jefe ya estaba recostado en su sillón, llorando.

—No debí decírselo, los niños no… Nunca hay que hacerles daño —dijo Moonderlock sollozando, arrepentido.

El empleado se colocó a su lado y, sin decir nada, le puso la mano en el hombro.

En realidad, no estaba consolando al hombre maduro que gimoteaba con las manos en la cara, sino al niño que acababa de salir de los sótanos de un monasterio adonde lo había llevado un monje para buscar un tesoro.

Y nada más.

En la oficina, todo el mundo volvió a su trabajo y se concentró en las pantallas de los ordenadores.

Claro que todo esto no lo vieron Peter y Silvia. Bien al contrario, lo que hicieron fue enfilar a toda velocidad la carretera en dirección a Vöcklabruck, mientras ella, en silencio, no podía quitarse de la cabeza la amenaza: no bastó la traumática separación vivida con el padre de Andrew, ni tampoco los años de médicos y hospitales que tuvo que afrontar en soledad para tratarle al niño las graves crisis de asma. Y como guinda, lo de sus padres: aquel camionero se quedó dormido en la Estatal 22 de Nueva Jersey a Phillipsburg y chocó contra ellos de frente. Todos murieron en el acto.

Parecía que nada de eso bastaba. Y ahora, un loco acababa de nombrar a Andrew.

Ya era de noche. El coche zigzagueaba por la carretera de montaña en medio de una espesa niebla y Peter conducía concentrado.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Seis.

—Seguro que sale a su madre. —La miró y sonrió.

—Él es muy valiente y yo muy tozuda.

—Son hijos… con ellos no existe el tiempo ni el espacio.

Peter recordó la agonía de su hija y cómo habían sido sus últimos meses, en los que no se separó de ella ni un solo instante.

—¿Sabías que el padre de Mozart le echó en cara la muerte de su madre? —Recordó las palabras de Moonderlock—. Al parecer, le

escribió una carta en la que venía a decirle que la mujer había muerto por no haberla cuidado.

—No sería un buen padre —replicó Silvia.

—Lo damos todo y no esperamos nada…

Silvia tenía la mirada perdida en la niebla. Llevaban ya media hora de camino y había empezado a tranquilizarse.

—¿Debemos tomarlo en serio? —Para ella, la búsqueda de la partitura e incluso la muerte de su amante pasaron de pronto a un segundo plano.

—Por desgracia, sí —asintió Peter—. He conocido a muchos psicópatas y no eran precisamente locos de atar; los más peligrosos son los que se comportan con normalidad. ¿Y sabes lo peor? Que para ellos tampoco existe el tiempo ni el espacio. —Señaló hacia la parte trasera—. Moonderlock, por ejemplo, ha tardado más de cuarenta años en perpetrar su venganza y hoy ha terminado su misión: los chicos que airearon sus malos tratos están muertos o discapacitados de por vida.

—Pero Andrew… —Silvia iba a emocionarse otra vez—. ¡Tengo que volver a Nueva York cuanto antes!

—Tu hijo y mi amiga Erika solo son un instrumento, igual que nosotros —añadió Peter con tranquilidad—. Lo bueno es que no hay consecuencias directas.

—¿Qué quieres decir?

—Que ninguno de los cuatro le hemos hecho daño. Eso nos da la posibilidad de que nos olvide tan pronto como cumplamos el trato, es decir, cuando le demos la partitura.

—No lo veo tan fácil.

—Esas mentes solo aman y matan; no sienten.

El navegador del coche marcaba quince minutos para llegar a San Crisóstomo. Eran casi las siete, la hora límite para las visitas.

En la oscuridad del coche, Silvia buscó en su móvil una foto de Andrew en la que se le veía sonreír mientras ella lo abrazaba.

Peter Dauson miró de reojo.

—No imaginas las veces que me arrepentí por no haber tirado aquella cámara. —La vista de Peter seguía fija en la carretera—. Aquel día en Siria debí ayudarte.

Silvia negó con la cabeza.

—Habrían muerto de todas formas…

—Ellos sí, pero quizá lo nuestro no.

Peter dejó pasar unos segundos. Esperó a que el ruido del motor disipara la incomodidad. Sin embargo, ninguno de los dos hizo nada por evitarla. El silencio se endureció hasta llegar a Vöcklabruck. Fueron quince minutos sin palabras. Quince minutos de recuerdos martilleando la mente: el convoy de periodistas y arqueólogos, el pueblo polvoriento, la calle, la bomba, la madre y el niño heridos. Y luego los reproches, la impotencia y el olvido.

¿Qué secreto tiene el amor para dártelo todo o quitártelo en un segundo?

Cuando Peter aparcó en la explanada del monasterio, Silvia aún seguía mirando la foto de Andrew. Pero ya no tenía lágrimas. Estaba serena. Guardó el teléfono y levantó la vista.

Solo dijo una cosa:

—Esto ya no es una fuga, Peter.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Lo es todo.

21

En la actualidad

Sábado, 5 de diciembre, 20:00.
49 horas antes del fin

El segundo triángulo los había llevado exactamente hasta allí. Después de Hallstatt y Salzburgo, el recorrido se cerraba en el monasterio de San Crisóstomo, posiblemente el lugar más importante de todos los que habían visitado hasta el momento. Escenario de los abusos sexuales y de la muerte violenta del monje Theodor, la abadía había sido también el lugar donde Erika Bagner le dio clases a un joven llamado Abraham Moonderlock, años después de esos trágicos acontecimientos.

Así pues, si era su voluntad, el abad podría contarles muchas cosas interesantes. Pero la llave mágica que les abrió el monasterio fue otra.

—Cuando el hermano portero me dijo que querían hablarme de Mozart, créanme que me sorprendí —dijo el abad invitándolos a pasar a la biblioteca.

La sala era impresionante. Considerada una de las mejores de Austria, aquellas paredes albergaban la mayor colección de Europa de manuscritos medievales. En total, sus estanterías guardaban más de cien mil volúmenes.

A ello se unía la belleza del lugar: su estructura abovedada, con frescos en el techo y pasillos superiores en madera de caoba, convertía a la biblioteca en un conjunto arquitectónico único, donde el crujir del entarimado, la suave luz y el olor a papel viejo completaban una estancia inigualable para los amantes de los libros.

Silvia y Peter se quedaron impresionados.

—Disculpen que no encienda todas las luces —se excusó el abad iluminando solo el centro de la sala. Había una mesa y cuatro sillas. El resto permanecía en penumbra.

Enseguida notaron que era un hombre práctico. De hecho, apenas los hizo esperar tres minutos cuando anunciaron su visita, y su aspecto, más que de monje, era el de alguien que llevase años recluido en un sótano sin ver la luz del día. Así lo imaginó Peter al observar su rostro blanquecino y ojeroso. No tendría más de cuarenta años, cabello corto, como su barba, y unas cejas negras muy pobladas. Su delgadez y aparente debilidad contrastaban, sin embargo, con la energía que transmitía al hablar.

Al igual que los demás monjes del Císter, vestía un hábito blanco ajustado con un cinturón de cuero y llevaba una cruz plateada colgando del cuello.

Mientras los invitaba a tomar asiento, les contó que durante años fue ayudante del bibliotecario y que, hacía unos meses, había ascendido a abad.

—Estoy muy agradecido —dijo señalando la biblioteca—, pero ahora tengo menos tiempo para mi pasión: leer e investigar.

—Y, de paso, descubrir secretos… —bromeó Peter.

—No crea, señor Dauson. Los libros no esconden nada; siempre lo dan todo.

En realidad, el periodista no sabía cómo abordar el tema sin que sonara forzado. De ahí su referencia a los enigmas y lo difícil que le resultaba encajar a Mozart en todo eso: ¿vienen hasta aquí para hablarme de Mozart? —pensaría el abad—. ¿A estas horas y con tanta urgencia?

—Nuestra abadía le debe mucho —anticipó—; Mozart fue un gran mecenas.

—Concretamente, buscamos el original de «Lacrimosa» —dijo Peter, lanzándose.

El monje señaló hacia arriba e hizo un gesto para que escuchasen. Una música se colaba por los ventanales.

—Estos días estamos de luto —explicó el abad—. La semana pasada, falleció el hermano de mayor edad de la congregación y hoy celebramos la vigilia nocturna del séptimo día. Lo que oyen es el «Confitebor tibi, Domine», otra obra sacra de Mozart.

Guardó silencio para que los visitantes escuchasen la melodía y, luego de unos segundos, repuso:

—El original de «Lacrimosa»… ¿Por qué les urge encontrarlo? Lleva siglos desaparecido.

—No está desaparecido —repuso Silvia.

—Eso creemos —matizó Dauson.

—En ese caso, sería un gran descubrimiento —asintió el abad—, pero siento decirles que aquí no lo tenemos.

—Nos han dicho que la historia de los *castrati* podría ayudarnos —comentó el periodista. De hecho, ustedes han tenido un monje vinculado a esa élite: el padre Theodor…

El abad bajó la cabeza y agarró el crucifijo.

—Ahora comprendo… Ese es un tema ciertamente incómodo. Está donde tiene que estar: en el lado triste del recuerdo. —Y añadió—: Respeto y misericordia, es todo lo que puedo decirles.

—¿Y sobre los *castrati*? —insistió Peter—. Tal vez custodiasen el documento.

El abad negó con la cabeza.

—No lo sé. Si quieren podemos hablar de lo que aportaron a la música clásica. —Señaló hacia las estanterías—. Tenemos decenas de libros. Pero no busquen en mí ninguna información diferente. Lo siento. —Su tono había cambiado desde la mención al monje.

Silvia pidió permiso para acercarse a los anaqueles. Hasta donde alcanzaba la luz, podían verse antiguos volúmenes, algunos con notas gregorianas.

—Entienda que como periodista tenga que hacerle estas preguntas, señor abad; por desgracia, el tema sexual tuvo episodios abominables en ciertos monasterios.

—Y no lo rehúyo, señor Dauson. Congregaciones monacales de la Alta Austria e incluso los Niños Cantores se han visto afectados por estas desgracias. Lo sé. Ha habido mucho silencio y mucho sufrimiento.

Silvia levantó un libro con dibujos de ángeles.

—Tienen muchas referencias a la iconografía religiosa. ¿Le dice algo la frase: «Sobre la voz de los ángeles que descansan bajo el atrio, construyeron otro templo para imitar su canto»?

El abad pensó un instante; luego negó con la cabeza.

—No me suena. De todos modos, en nuestra formación, hacemos hincapié en las enseñanzas teológicas que vinculan el arte con la

trascendencia del alma; claro está, siempre a través de la austeridad. Es lo que caracteriza a nuestra orden.

—¿Y los ángeles? —insistió ella.

—Están demasiado arriba.

—¿Solo en el Cielo? —preguntó Peter.

—Bueno, algunos están más abajo, como el Demonio.

—¿Incluso en el Vaticano?

El abad sonrió.

—Allí el único que campa a sus anchas es Mozart; fue el preferido de Francisco y de Benedicto XVI. Por lo demás, no, señor Dauson: los ángeles que hay en la Santa Sede no esconden partituras.

—¿Y qué me dice de esta otra frase? —Silvia le acercó un libro y, a continuación, leyó la portada—: «Initium sapientiæ timor Domini»…

—«…intellectus bonus ómnibus facientibus eum: laudatio eius manet in saeculum sæculi» —completó el abad—. Viene a decir que el principio de la sabiduría es el temor del Señor, y quienes así lo entiendan serán bendecidos eternamente.

—¿Realmente lo cree? —A Peter Dauson le fascinaba la frase por lo que tenía de sometimiento a Dios sin que nadie lo criticara. Sabía que caminaba por el filo de la navaja y que la reunión podía terminarse en cualquier momento; aun así, se arriesgó. No estaba dispuesto a volver a Salzburgo con las manos vacías.

El abad lo reprendió con amabilidad:

—¿Le parece poco argumento la fe? —Y prosiguió con tranquilidad —: Si algo tienen los preceptos religiosos, es que no hay que tomarlos al pie de la letra.

—Cierto, pero no me negará que temer a Dios es una manera de sumisión.

—Yo diría respeto y obediencia. —El abad era consciente de que los tres comenzaban a perder el tiempo. Entonces dijo—: Quizá les interese saber que esa frase es recurrente en Mozart. Sin ir más lejos, se cita en el *Confitebor* que acabamos de oír.

Se puso en pie y les invitó a seguirlo.

—En esta abadía, también lo practicamos.

Salieron de la biblioteca y atravesaron en silencio un claustro oscuro en cuyo centro se apreciaba un jardín bien cuidado. Subieron una escalinata de piedra hasta alcanzar la zona superior de la iglesia y entraron por una puerta que daba acceso a una balconada; desde allí podía contemplarse todo el altar y la nave central con sus bancos.

Silvia y Peter se fijaron en que en el presbiterio había cinco monjes tendidos en el suelo boca abajo, con los brazos apuntando hacia el sagrario.

—Practican la postración —les explicó el abad—. Es el sumo acto de entrega a Dios. La realizamos en celebraciones especiales, como hoy; mientras oramos, recitamos frases como «Initium sapientiæ timor Domini».

—Sumisión… —repitió Peter.

El abad los invitó a sentarse.

—A lo largo de los siglos —prosiguió—, muchas personas e instituciones han visto en esa frase la puerta hacia una gozosa eternidad. No es solo una cita bíblica. También figura como lema, por ejemplo, en una capilla de la Università Cattolica de Milán, en pórticos de obispados, como el de Ourense, en España, o en el antiguo cementerio belga de Namur; su cripta la tiene esculpida en una tumba.

—Conozco ese cementerio —comentó Silvia—. Se estudia como referente de la arquitectura funeraria.

—Así es —afirmó el abad—. Precisamente, esa tumba pertenece a un aristócrata del siglo xix, heredero del conde Cobenzl, uno de los principales mecenas de nuestro monasterio; buen amigo de Mozart, por cierto.

—¿El conde? —preguntó Peter.

—Sí, a su hija le dedicó una sonata.

Los tres seguían sentados mirando a los monjes postrados. Un olor a incienso subió de pronto y lo inundó todo con un suave aroma afrutado.

—Ya que preguntan por ángeles y partituras —el abad miró a Silvia—, no sé si saben que la cripta de Namur alberga la mayor representación de serafines, querubines y todas las jerarquías angelicales que puedan imaginarse. La gente que allí se enterraba era muy pudiente.

—Quizás eso les diera preferencia para el viaje. —Peter no ocultó su ironía.

—Nuestra orden —repuso el abad— es ante todo austeridad. Pero ya sabemos cómo es el ser humano.

Silvia sentía curiosidad.

—No comprendo qué relación puede tener ese cementerio con la partitura —indagó.

—Quizá mucha. —El abad hizo un gesto de duda—. El conde que les comento se llamaba Philipp von Cobenzl; recuerdo bien su nombre porque destaca en nuestros libros de donaciones. A su muerte repartieron su herencia y sus archivos musicales los heredó un familiar que está enterrado en Namur. —Se puso en pie y señaló

a los monjes; en ese momento, se levantaban y cantaban un salmo —. Vayamos al *scriptorium*; allí guardamos los libros de contabilidad.

Salieron de la iglesia y, al final del pasillo, había una estancia abuhardillada larga y estrecha. Tenía una mesa y una silla en el centro y sus estanterías estaban repletas de documentos antiguos. Una pequeña ventana interior permitía ver el altar.

—Ahora mismo, esta sala está en desuso, pero durante siglos fue la oficina principal de la abadía —aclaró.

Se puso a rebuscar entre los legajos, ordenados por siglos y años, y sacó un libro cuyo título manuscrito en color ocre era: *Obsequio de la Familia Cobenzl (1901)*. Pasó las páginas hasta dar con la información genealógica y comentó que, a finales del siglo xix, era habitual que muchos aristócratas fueran enterrados con objetos que apreciaban; en el caso de este heredero —señaló su nombre—, Edward, pidió llevarse toda la herencia musical del conde, incluidas las partituras con las que Mozart lo había obsequiado; quería que la música «lo acompañase en su tránsito a la eternidad». Así lo hizo constar, explicó el abad.

—Y aquí viene lo interesante. —Leyó un texto siguiéndolo con un dedo—: «Edward Janz Velden (Bruselas, 15 de abril de 1818 - Namur, 6 de octubre de 1886), mandó poner en su epitafio la frase: "Initium sapientiæ timor Domini"».

—¿Y las partituras? —quiso saber Silvia.

—Estarán en la tumba, supongo.

—Pero eso sería…

—Investigar —interrumpió el abad.

El silencio y la mirada mantenida no dejaron lugar a dudas.

—Si hay alguna obra perdida de Mozart —continuó—, ese es el mejor lugar para encontrarla; si no, al menos, conocerán la mayor colección subterránea de arte angelical. ¿No es lo que querían saber?

Miró por el ventanuco y vio que los monjes tomaban asiento alrededor del altar.

—Debo dejarles. —Les tendió la mano—. La misa va a comenzar.

—Una última pregunta. —Peter miró su crucifijo—. Al margen de la religión, ¿qué haría usted si pudiera predecir la fecha de una muerte?

El monje intentó disimular su extrañeza.

—Solo el Señor puede hacer eso.

—¿Y si hubiera alguien más?

El abad se puso en pie, devolvió el libro de Cobenzl a la estantería y permaneció unos segundos de espaldas. Luego se volvió.

—Jugar a ser Dios no es recomendable, señor Dauson. Entre otras cosas, porque, si pierdes, la condena es eterna.

—¿Eso es miedo?

—No, fe.

22

En la actualidad

Domingo, 6 de diciembre, 10:00.
35 horas antes del fin

Cuando el mayordomo le sirvió el café, su tío ya había desayunado dos veces; llevaba despierto desde las cinco de la mañana. Miraba a través del ventanal el paisaje de los Alpes con las montañas nevadas al fondo, mientras abajo, apenas a unas decenas de metros, en los jardines del castillo, el personal realizaba labores de mantenimiento a un helicóptero.

Lukas acababa de llegar en vuelo directo desde Viena y ambos estaban reunidos en la gran sala. La mesa, engalanada con un impecable mantel blanco de estampado Marchi, tenía un servicio completo de desayuno, servido en recipientes de loza fina y plata dispuestos en perfecta colocación.

El joven violista daba cuenta de una tostada mientras conversaba con Tío Gregor, quien seguía con la vista puesta en el paisaje.

A las puertas del invierno, Liechtenstein es uno de los lugares más hermosos del mundo. A su tranquilidad habitual y la armonía de su paisaje, se suma la discreción de sus habitantes —apenas cuarenta mil personas en todo el territorio—: da igual que vivas en una cabaña de madera y tengas un utilitario como medio de transporte, o incluso que residas en uno de los castillos más impresionantes del

valle de Rin y utilices un helicóptero para tus desplazamientos. Todos allí tienen un grado de civismo y urbanidad que hace del respeto la mejor cualidad de los liechtensteinianos.

Por eso, cuando por la mañana temprano oyeron aterrizar la aeronave, nadie se sorprendió. Lukas había salido de Viena noventa minutos antes. Era el único pasajero. El motivo del viaje era informar al Maestro de los pormenores de la captura y posterior asesinato de los tipos que habían bañado en chocolate al profesor Martin.

Solo unas horas antes, había cumplido la promesa hecha en su apartamento: al parecer, tras huir de la fábrica, los asesinos se fueron a emborrachar a una cervecería de la ribera del Danubio para celebrar anticipadamente la Navidad. Allí los encontraron los peones de Naqistum. Solo tuvieron que esperar a que salieran del local, tambaleándose y riéndose ambos, para cogerlos, llevarlos al borde del río y ahogarlos. Luego, sin intención alguna de ocultar los cadáveres, llevaron los cuerpos en una lancha neumática hasta el centro del cauce y allí los soltaron. Fin.

El cuchillo se deslizaba suavemente sobre la tostada untada en mantequilla. Un agradable aroma a café llenaba la sala.

—Los encontraron dos kilómetros río abajo —dijo el joven dándole un bocado a la tostada—. Un par de borrachos ahogados, según certificó la Policía.

—Bien.

Gregor Winmayer se alejó del ventanal y tomó asiento junto a su sobrino. Vestía un elegante batín de seda y, debajo, camisa, corbata y un estilizado pantalón gris.

—Ese tipo de trabajos son cutres, pero necesarios —comentó el anciano—. La gente no se da cuenta de que la vida no es azar ni

destino; los años que vivas dependen solo de ti: según los utilices, te irá mejor o peor. En fin… —Negó con la cabeza, resignado—. Te pido disculpas, Lukas; tú no estás para esas cosas.

El violista tomó un sorbo de café.

—Estoy para lo que tú me ordenes, tío.

—Lo sé… Pero ayer hubo cambios inesperados. Y eso lo detesto. Céntrate en la partitura para que mañana esté todo resuelto.

«Todo resuelto» significaba que el original de «Lacrimosa» debía estar en poder de Naqistum sin que nada lo impidiese. La credibilidad de la organización estaba en entredicho: millones de dólares en juego y la impaciencia de destacados líderes políticos eran motivos más que suficientes para actuar con todos los mecanismos a su alcance.

Winmayer aún tenía el control. Su liderazgo era indiscutible. Pero no quería el más mínimo titubeo. Si el descrédito se convertía en una sucesión de fichas de dominó cayendo, con entidades de relevancia internacional cuestionando la reputación de Naqistum, la supervivencia de la organización estaría seriamente comprometida y, por tanto, también la figura del intocable Gregor Winmayer.

En cuanto se supo que el hombre del tanque de chocolate era el poseedor de la partitura, las presiones no pararon. Ciertamente, era algo imperdonable. La fórmula que contenía «Lacrimosa» no había realizado un viaje de cuatro mil años —los doscientos últimos custodiada por Naqistum— para acabar en un mercadillo y luego en manos de unos vulgares rateros. Aunque fuera lo último que hiciera en su vida, el Maestro no lo iba a consentir.

—¿Sabes por qué Naqistum ha pervivido durante siglos? —preguntó a su sobrino—. Somos, incluso, más longevos que la Orden

del Grial.

Lukas negó con la cabeza mientras se limpiaba con la servilleta.

—Resistimos porque no tenemos religión. —El anciano cogió un vaso y al instante el mayordomo, que permanecía de pie en una esquina, se acercó y le sirvió agua—. No somos dogmáticos ni creemos en nada. Solo le damos a la gente lo que quiere: poder.

Y era cierto. No existía en el mundo otro secreto más codiciado que el de la fórmula. Desde que aquel mercader de alfombras de Constantinopla la puso en circulación y el conde Walsegg se la entregó a Mozart, las élites del poder político y empresarial no habían cejado en su empeño por pujar por ella.

Naqistum, cuyos orígenes se remontan a la época sumeria, se ha mantenido intacta a lo largo de los siglos gracias a una perfecta estrategia que enlaza culturas y civilizaciones a través del poder, siendo una organización fundamental para el sostenimiento del orden mundial.

Ninguna otra empresa o institución podía ofrecer un servicio mejor: la información que te permite manejar a tu antojo a oponentes sabiendo la fecha exacta en la que van a morir. No existe saber más intimidatorio.

Primero fue la Ruta de la Seda, luego los asirios, persas, romanos, chinos, árabes y, desde la Edad Media hasta hoy, toda la convulsa sucesión de reyes, personajes políticos y empresarios que han dominado el mundo. Y la rueda no se detiene. La cronología de Naqistum sigue evolucionando, pero hay algo que no cambia: su ideal.

Winmayer siempre ha admitido que, a lo largo de los siglos, la fórmula ha peligrado en numerosas ocasiones, pero solamente en

cuanto a su extravío. Nunca se planteó —y en esto jamás hubo fisuras— que alguien pretendiera comerciar con ella como si fuera una baratija. Tampoco hubo constancia de ningún intento por desvelar las instrucciones de la clave. Nadie se había atrevido a hacerlo.

—Duraría menos que esos dos borrachos —dijo Winmayer tras concluir su relato cronológico.

—¿Y por qué peligra ahora? —preguntó Lukas.

—Porque los *castrati* y su entorno, la élite que la custodió desde Mozart hasta el siglo xx, cometió un error.

Gregor Winmayer se puso en pie e invitó a su sobrino a recorrer la gran sala como quien visita un mirador lleno de ventanales. Desde allí, la vista era privilegiada: instalaciones, jardines, caminos y, más allá, un paisaje salpicado de casas de madera y montañas.

—Todo esto lo observas desde la perspectiva del poder —señaló—. Desde arriba. Y cuando uno se instala en esta atalaya, resulta difícil bajarse y ver el mundo desde otro ángulo, ¿comprendes, Lukas?

—Perfectamente, tío.

—Bien, pues al entorno de los *castrati* le ocurrió lo mismo. —Winmayer se apoyó junto al ventanal, como el capitán de un barco mirando la proa—. Alguien se creyó más poderoso que la fórmula y, ya sabes, acabó regalando el original de «Lacrimosa» al entorno de Kennedy. Quizá fue como pago por favores recibidos, no lo sé… Pero es algo que Naqistum nunca permitiría. Nosotros somos custodios del Saber, no simples mercaderes.

A partir de ahí, explicó, pasaron sesenta años sin que la partitura pudiera salir de la Casa Blanca hasta ahora, cuando por fin había

regresado a Europa. Y justo cuando Naqistum iba a recuperarla, una mafia del arte se les había adelantado.

¿Culpables? Muchos. No tardaron en salir a la luz infinidad de nombres, entre ellos el de Abraham Moonderlock, pero a él nadie lo relacionaba con las élites culturales y mucho menos con operaciones clandestinas de arte. Sin embargo, en apenas veinticuatro horas, todo saltó por los aires cuando la CIA detectó que el magnate tecnológico también estaba en la carrera por la partitura. Naqistum lo supo al instante y las alarmas se activaron.

—Pero no te preocupes —lo tranquilizó Winmayer—; todo está controlado. —Y añadió—: Solo debes ser cauto.

—He leído y memorizado tus instrucciones, tío.

—Buen trabajo. Ahora súbete a ese helicóptero —lo señaló con el mentón— y haz lo que tienes que hacer: tráeme la partitura.

—¿Los peones ya están informados?

—Informados y persuadidos.

—¿Y si hay imprevistos?

El anciano le agarró la cara afectuosamente y arrimó su mejilla a la suya, rozándola por ambos lados. Luego miró al mayordomo, un hombre de edad madura, que seguía en la esquina atento ante cualquier petición.

—Nunca hay imprevistos, querido Lukas. En el diccionario del poder, no existe esa palabra.

El violinista correspondió con un abrazo y cogió su mochila.

—Descuida, tío. Tendrás esa partitura.

—No lo dudo.

23

En la actualidad

Domingo, 6 de diciembre, 11:00.
34 horas antes del fin

La segunda noche en la pensión Duquen fue igual que la primera: sucia, incómoda y breve. En esta ocasión, cuando Silvia y Peter llamaron a la puerta, la dueña agilizó el trámite de cobrar por adelantado y les preguntó si querían la misma habitación. Respuesta afirmativa. Entrega de llaves. Y despedida. No tardó ni un segundo en ajustarse su bata rosa y alejarse por el pasillo.

Una hora antes, habían regresado a Salzburgo después de la entrevista con el abad de San Crisóstomo y, tras devolver el coche alquilado, pasaron por la Mozartplatz —aún acordonada y con la Policía investigando el asesinato del Belga— para cenar algo en un bar de la zona antigua. Comprobaron que no se hablaba de otra cosa: ya lo llamaban «el crimen del campanero».

De nuevo en la habitación, lo primero que hicieron fue la cura en la mano de Silvia; luego compraron con el móvil dos billetes para el primer vuelo Salzburgo-Bruselas —salía en apenas seis horas— y volvieron a acostarse vestidos, tan juntos y separados como la vez anterior, aunque en esta ocasión no se permitieron cuestiones emocionales: el cansancio y el poco tiempo que les quedaba llevaron

enseguida la conversación al terreno práctico y la conclusión fue que había que seguirle el juego a Moonderlock. Pero hasta cierto punto.

Con la información que Mágirus y el abad les habían proporcionado —apuntando a la cripta de Namur—, era muy probable que la segunda copia del original de «Lacrimosa» estuviera en alguna tumba de aquel cementerio, y, lo más importante, Moonderlock no sabía nada de eso. Con lo cual, tenían margen de maniobra.

En este sentido, en caso de que la partitura robada al profesor Martin no apareciese en el plazo acordado, cabía la posibilidad de encontrar una segunda copia y conseguir la misma solución: darle a Moonderlock lo que quería. Con ese convencimiento se durmieron y, tras unas pocas horas de descanso, tomaron un vuelo y aterrizaron en el aeropuerto de Charleroi en medio de un gran diluvio.

De camino a Namur, aprovechando las retenciones del tráfico, tuvieron tiempo de contactar con la encargada de la limpieza de la capilla, Maud, con quien se citaron a las once «para una rápida visita aprovechando que estaban de paso en un congreso de historiadores».

Al bajar del taxi, un viento racheado dispersaba el agua en todas direcciones y los cincuenta metros que los separaban de la entrada del templo fueron suficientes para que acabaran empapados y entraran sacudiéndose la ropa.

—Los domingos a estas horas no viene nadie —apuntó Maud levantando la escoba al cielo—, y menos con este tiempo.

La rubicunda mujer, fuerte, con el pelo enmarañado y una edad que superaba los sesenta años, tenía facciones rudas que contrastaban, sin embargo, con el afectuoso timbre de su voz. A

Silvia y Peter les bastaron unos segundos para saber que el mundo de Maud eran los metros cuadrados encomendados a su tarea.

—Buscamos tumbas, esculturas de ángeles, inscripciones en latín —enumeró Peter sin mucho convencimiento.

—No sé… —respondió la mujer—. Fui sepulturera treinta años y me las conozco todas, pero, si le digo la verdad, que me maten aquí mismo si recuerdo cómo son. —La escoba apuntó hacia el cementerio—. Aquí son todos iguales; no hay ricos ni pobres.

—¿Y las más antiguas? —preguntó Silvia—. Concretamente, buscamos una de 1886.

—¡Ah, entonces nada, querida! —exclamó Maud pidiéndoles que la siguieran—. Los registros de los primeros años se perdieron. Lo recuerdo bien porque tuve que hacer inventario de los huéspedes.

Al llegar a la sacristía, señaló hacia una estantería llena de libros.

—Faltan dos tomos: 1885 y 1886 —se disculpó—. Si la persona que buscan es de esos años, tendrán que ir tumba a tumba.

—¿Podemos? —quiso saber Peter.

—¡Claro!, pero yo allí no bajo. La humedad me mata. Si quieren dar una vuelta, allá ustedes.

Y con la misma rapidez salió de la sacristía y les hizo señas para que la acompañaran. Rodearon el altar y, junto a una arcada lateral, unas escaleras descendían hacia una zona oscura de paredes mohosas. Un viejo cartel rezaba: «Cripta». La antigüedad de los peldaños contrastaba con la pulcritud de la capilla: eran losas desiguales que no habían sido restauradas en años y, nada más colocarse en disposición de descender, Silvia y Peter recibieron una vaharada de humedad rancia.

—Tengan cuidado de no resbalar —advirtió Maud—. Hay goteras y mucho verdín. Cuando lleguen abajo, vayan a la izquierda. —Y, agitando un trapo, añadió—: Luego salgan por la escalera que hay al final de la galería.

Le agradecieron su ayuda y comenzaron a bajar agarrados al pasamanos.

Lo que más les llamó la atención fue que, a pesar de estar a varios metros de profundidad, la luz natural seguía iluminando la estancia; se colaba tamizada a través de una pequeña claraboya cuadrada que estaba en el centro de un recibidor, donde el ambiente era tenue y la atmósfera, tétrica.

A su alrededor vieron las primeras tumbas: panteones de principios del siglo xx, olvidados por el paso del tiempo, en cuyos frontispicios se reflejaba el nivel económico y social de la persona fallecida. Motivos ornamentales, inscripciones alegóricas en francés, fotografías en blanco y negro y coronas de hierro oxidadas decoraban aquellas sepulturas «demasiado modernas» para lo que estaban buscando. Allí no era.

Y avanzaron según las indicaciones de Maud.

A la izquierda, se abría un largo y estrecho pasillo con nichos a ambos lados dispuestos en seis alturas y más claraboyas en el techo que seguían aportando luz natural. Quizá en días soleados la iluminación de la cripta fuera acogedora, pero en aquel momento la claridad menguaba a ratos y hasta costaba distinguir las inscripciones de las tumbas. Según se adentraban en la galería, la sensación de claustrofobia era mayor; también el olor a humedad y una hediondez difícil de definir: era una mezcla de óxido, madera

podrida y agua estancada, acentuada por una corriente de aire que se intensificaba a rachas.

Silvia se movía con mayor soltura. Era su terreno. Parecía ignorar el olor y se concentraba en iluminar con el móvil las inscripciones y los relieves de las tumbas, intentando dar con alguna frase en latín o alguna alegoría angelical que los pusiera sobre la pista de la tumba de Edward Janz Velden y su epitafio: «Initium sapientiæ timor Domini».

Peter, en cambio, estaba más pendiente de las goteras y los charcos. Miraba de vez en cuando hacia atrás como si alguien estuviera siguiéndoles los pasos. La lluvia arreciaba e impactaba contra las claraboyas en un ametrallante sonido que rompía el silencio.

—Llueve demasiado —dijo mirando hacia arriba.

Silvia no respondió y le hizo señas para que se acercara.

—Van correlativos… —explicó ella—. Los nichos están colocados por orden cronológico, de agosto a diciembre de 1885. Eso significa que la cripta se fue ampliando por tramos.

Según avanzaban, se fijaron en que las fechas de los demás fallecimientos seguían el mismo patrón.

—Con lo cual —prosiguió—, hacia el final de la galería, tendremos los enterramientos de 1886.

—El de Velden fue en octubre.

—Pues por allí estará.

Unos metros más allá, donde el pasillo hacía una curva, se veía claridad y también unos peldaños. Era la salida indicada por Maud. Había grandes charcos, trozos de lápidas y algunas herramientas oxidadas. En ese punto, hacía más frío y ya no había claraboyas.

Curiosamente, cuanto peor estaba el lugar, más pomposas eran las tumbas y daba la impresión de que, con el cambio de año —de 1885 a 1886—, la decoración funeraria se había vuelto más recargada: de unas losas simples, con apenas inscripciones de nombres y fechas, se pasó a unos frontales de mayor riqueza estética, donde predominaban las alegorías religiosas, sobre todo de ángeles —como si en aquel año se hubiera puesto de moda ese tipo de ornamento—. Junto a ello, había elementos de hierro como pequeñas jardineras y medallones con fotos en cuyos marcos volvían a aparecer ángeles en miniatura. En efecto, tenían ante ellos lo que el abad les había indicado: la mayor concentración de arte angelical subterráneo.

Salvo algunas excepciones, todos los nichos tenían también relieves en granito y filigranas de forja en forma de guirnaldas. El problema era que, en esa parte de la cripta, nunca se había acometido una limpieza, lo cual complicaba mucho leer las inscripciones.

Silvia y Peter frotaban con sus manos y, al mínimo contacto, las lápidas se teñían de verde, intacta como estaba la capa superficial de humedad.

Entonces la encontraron.

—¡Es esta! —susurró Silvia con un grito contenido.

Lo primero que vieron fue un encintado con la frase «Initium sapientiæ timor Domini» y, debajo, el nombre: «Edward Janz Velden»; su edad: «68 años» y la fecha de su fallecimiento. Enmarcando la losa, había cuatro querubines en los vértices.

Silvia mojó las manos en un charco y limpió la inscripción para quitarle el musgo. Peter recogió del suelo un viejo martillo y lo envolvió con su bufanda para protegerse de las astillas del mango.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Es que no traigo abrelatas; lo siento.

Le pidió que se apartara y soltó el primer golpe contra la tumba. A pesar del ruido de la lluvia, el martillazo retumbó en toda la cripta. La piedra no tardó en ceder y comenzó a desmenuzarse a medida que Peter seguía golpeando la lápida.

En ese instante, un estruendo aún mayor se oyó en la zona por la que habían venido. Era un ruido de tormenta. Peter siguió martilleando al tiempo que Silvia sacaba pequeños cascotes y alumbraba para intentar ver el interior.

Cuando se dieron cuenta de que el agua comenzaba a mojarles los pies, pensaron en alguna escorrentía habitual causada por la lluvia y siguieron martilleando y abriendo la tumba, donde ya casi cabía una mano. En ese momento, Silvia logró ver el interior.

—¡Hay papeles!

Peter pegó su cara y, aparte de un olor nauseabundo, harapos y algunas maderas, observó que, al fondo del nicho, había atados de hojas anudados con cordeles. Ambos se miraron. Deseaban que fueran partituras.

El periodista dejó el martillo y agarró con fuerza la lápida haciendo vaivén para que empezara a ceder. Le pidió a Silvia que se apartara y, con más empuje en su movimiento, logró que la losa se desprendiera y cayera al suelo, dejando a la vista el interior de la sepultura.

Lo primero que vieron fue un crucifijo de madera partido por la mitad y, luego, los restos de un ataúd.

Y no hubo tiempo para más.

Apenas volvieron a oír el estruendo, miraron hacia la zona de la galería por la que habían venido y vieron una gran cantidad de agua avanzando hacia ellos. Llegó como una ola. Los empapó al instante. El descenso inmediato del nivel del agua les dio un respiro, el suficiente para agarrarse a las argollas de un nicho y mantenerse en pie a la espera de la siguiente oleada que ya veían aproximándose.

—¡Es una inundación! —gritó Peter—. ¡Ve a la salida!

La siguiente masa de agua los tiró al suelo. Peter logró agarrar a Silvia y atraerla hacia él, pero la galería comenzó a llenarse de agua; enseguida les llegó a la cintura.

—¡Vámonos! —alcanzó a decir ella.

—Casi lo tengo… —Peter miró al interior de la tumba—. Avanza y sal por esa escalera. Yo intentaré coger los papeles.

Se miraron un instante, empapados como estaban y ateridos.

—¡Por favor, Silvia! Si te quedas, nos ahogaremos los dos.

Y, sin darle tiempo a responder, le soltó la mano de la argolla y la corriente la arrastró unos metros hasta la curva donde estaba el inicio de la escalera. Peter esperó a que estuviera a salvo y luego se metió en el nicho para alcanzar el atado de papeles. El agua no había llegado aún hasta ese nivel, por lo que tenía la posibilidad de hacerse con los documentos y dejarse llevar por la corriente alzando los brazos para mantener los papeles secos. Ese era su plan. Era un buen plan. El mejor en aquellas circunstancias.

Pero todo cambió con el torrente que siguió.

Esta vez fue tan violento que lo empujó con fuerza al interior del nicho. Por unos segundos, estuvo bajo el agua completamente a oscuras, pero la suerte quiso que la misma fuerza que lo metió lo succionara hacia afuera, cayendo al suelo desde el metro y medio de

altura en el que estaba la sepultura. El agua bajó nuevamente de nivel y ahora ya casi le llegaba a la cabeza mientras lo arrastraba por la galería hasta la curva de la escalera. Consiguió agarrarse al pasamanos y gateó unos cuantos escalones hasta donde estaba Silvia esperándolo, jadeó un instante, recuperó la respiración y le hizo señas a ella para que subieran hasta alcanzar la superficie.

Una vez allí, entre las tumbas del cementerio, se sentaron y dejaron que la lluvia siguiera empapándolos. Se abrazaron sin decir nada. Ni siquiera se miraron. Solo hubo una pregunta: «¿Qué tal tu mano?». Él notó que ella asentía. Hasta que vieron a Maud acercarse corriendo con un paraguas y maldiciendo el temporal.

24

Lo que ocurrió a continuación, no por sorpresivo, sino por tratarse de «un crimen a la confianza», como lo definió Peter Dauson, marcó definitivamente el rumbo de esta historia.

Maud se desvivió por ayudarlos. Les dijo que llamaría al médico, a los servicios de emergencia, a quien fuera necesario… Que… ¡por Dios!, ¡qué barbaridad! Nunca se había desbordado el río como hasta ahora y ella les había dicho que bajaran a la cripta. Que casi se mueren por su culpa… Todo eso les dijo la buena mujer mientras los abrazaba y se empapaba con ellos.

Pero eso no fue lo peor.

De vuelta a la sacristía, Maud les dio unas toallas y algo de ropa seca que encontró en un armario donde se guardaban donativos de beneficencia. Peter se cambió en el cuarto de la limpieza, mientras Silvia lo hacía en la sacristía, al tiempo que la voz de Maud retumbaba en la capilla prolongando su retahíla de lamentaciones.

Peter salió al pasillo, le dio las gracias y Maud volvió a repetir que, en más de treinta años, nunca habían tenido una inundación así.

—Le diré al párroco que cierre la cripta —se lamentó—. ¡Yo no vuelvo a pasar un susto como este!

Así estuvieron unos minutos, comentando lo ocurrido, cuando Peter cayó en la cuenta de que lo habían perdido todo. Pensó en volver para intentar recuperar sus objetos personales —principalmente el móvil y la cartera—, pero a su mente acudió la

última oleada de agua en la que casi se ahoga y que terminó por convertir la cripta en un río.

Maud le contó que había un desagüe para las filtraciones al final de la galería y que el agua caía por un hueco, a modo de alcantarilla, hasta llegar canalizada a la depuradora municipal ubicada junto al río. Y añadió:

—¡No se le ocurra bajar otra vez, señor! No más angustias por hoy.

Eso fue lo primero en lo que pensó el periodista. Lo segundo, fue Silvia. Tardaba demasiado en cambiarse de ropa.

Miró hacia la sacristía y vio que la puerta seguía cerrada. Llamó. No hubo respuesta. Le pidió a Maud que entrase y esta lo hizo, pero enseguida salió y dijo que allí no había nadie. Al otro lado de la habitación, Peter vio otra puerta que estaba abierta y que comunicaba con el exterior. A lo lejos, se veían tumbas. Se acercó con recelo, imaginando que el desasosiego momentáneo habría llevado a Silvia a salir para airearse. «Es normal», quiso pensar él, pero enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien.

Maud también salió y se extrañó al no ver a la mujer. Miró a Peter. No dijo nada. Solo arrugó las cejas y él volvió a tranquilizarla argumentando que Silvia se había puesto muy nerviosa y que quizá se habría ido andando a la ciudad.

—No es la primera vez…

Maud se dio por satisfecha y, tras un abrazo y un paraguas de regalo, Peter salió caminando del cementerio mirando a todas partes para ver por dónde se había ido.

Por supuesto, no pensó que estaba nerviosa ni desorientada. Conociéndola, sabía perfectamente que Silvia había pasado por situaciones mucho más traumáticas y que si había algo que no haría, sería tomar decisiones a la ligera.

¿Por qué?…

Así que, caminando en dirección a Namur bajo un paraguas y en medio de una gran tormenta, Peter Dauson se dijo que aquello solo podía ser una de estas dos cosas: o un crimen a la confianza o un estado de enajenación mental. Y volvieron los fantasmas. Volvieron los reproches. Volvió la Silvia de Siria, la imprevisible mujer que seguía metiendo su vida en una montaña rusa de emociones encontradas sin posibilidad de remanso.

Entonces recordó la frase que le había dicho el día anterior: «Tengo que volver a Nueva York cuanto antes».

Peter caminaba bajo la lluvia sin nada en los bolsillos, sin ganas de pensar. Tan negra como el plumífero y los vaqueros que acababa de ponerse, estaba su mente. Oscuridad total. Una cripta sin claraboyas. Y, de pronto, como un latigazo, pensó en Moonderlock.

El teléfono.

La cobertura.

¡Erika Bagner!

Miró su reloj: las 12:15. Echó a correr hasta la parada y tomó el primer autobús al centro de la ciudad, distante unos tres kilómetros. Al llegar entró en una tienda de telefonía que estaba abierta a pesar de ser domingo. La suerte quiso que su propietario se encontrase haciendo inventario para la campaña navideña. Con la excusa de una urgencia familiar, Peter consiguió que le vendiera un móvil «porque el mío se me acaba de caer al río». No tuvo problemas para

conectar con sus datos bancarios a través del portátil que le prestó el comerciante y así pudo hacer la transferencia al momento.

Daba igual el modelo, el color —un llamativo rosa salmón— o que tuviese un número diferente. Peter pagó, esperó a las gestiones para activar el terminal y luego salió a la calle con su flamante teléfono, el más caro y único disponible que había en la tienda en ese momento.

Diez pasos más adelante, sonó. Número oculto.

Era Abraham Moonderlock.

—Buenos días, señor Dauson.

Peter solamente respondió con un escueto «hola».

—Me alegra saber de usted. Hace más de una hora que no recibo sus coordenadas ni tampoco estaba operativo. —Chasqueó la lengua —. Iba a darle quince minutos más. Su amiga Erika moriría a las 13:00. Espero que no intente jugármela.

—¡No ha sido a propósito! ¡Ha habido una inundación! Estamos en Namur…

—Ahórrese el sermón —lo interrumpió Moonderlock—. Ya sé dónde están y que esta mañana tomaron un avión para Bruselas… Por cierto, tampoco tengo conexión con su acompañante. ¿Le ocurre algo a su teléfono?

—Ella… no está conmigo.

Ese fue quizás el mayor silencio que Peter detectó en sus conversaciones con Moonderlock. Seguro que lo había sorprendido —tanto como a él recibir su llamada nada más conectar el nuevo teléfono—. De hecho, lo primero que iba a hacer Peter era contactar con el inspector Stoel en Viena para contarle lo sucedido y pedirle que moviera sus hilos con el fin de intentar localizar a Silvia, pero Moonderlock se le había adelantado.

—Espero que no se le ocurra ir a la Policía —respondió.

—No lo sé.

—Es por el bien de todos…

Y, tras un suspiro, Moonderlock volvió a su actitud cáustica e indolente.

—Verá, señor Dauson, la cosa está así: seguimos sin partitura y a usted le quedan treinta y dos horas para entregármela. No es mucho tiempo.

—Lo estoy intentando.

—Ah, sí, discúlpeme. Pensé que se habían ido de vacaciones. —Hizo una pausa—. Por cierto, no sé qué han ido a hacer a Bélgica, pero si les sobra tiempo, quizá debamos acortar el plazo. Así añadimos más tensión al juego. ¿Le parece?

—Hemos venido tras una pista…

—¡Déjense de pistas! —protestó—. Las únicas referencias válidas son las que yo les doy. ¡Triángulos, señor Dauson, triángulos! ¿Lo recuerda? Nuestro juego: Mozart, el billar…

Peter optó por recuperar la paciencia. Respiró profundamente y cerró los ojos.

—Sí, lo recuerdo.

—¡Excelente! —concedió Moonderlock—. Pues hagamos una cosa: ya que tanto le gusta viajar y que su itinerario está llegando a su fin, ¿qué tal si mañana nos vemos en Praga o en Milán?

—¿De qué depende?

Se oyó una sonrisa de suficiencia.

—Las dos ciudades forman un triángulo con Namur. Debe elegir aquella en la que Mozart estrenó más óperas. Pero tiene que hacerlo ahora, ¿lo sabe, no lo sabe?… —lo apremió.

—Eso es fácil: Milán.

Se oyeron unos aplausos.

—¡Enhorabuena! No era una respuesta fácil. Mozart le tenía mucho aprecio a Praga, pero en Milán fue donde el gran público conoció su talento para la ópera.

Peter no respondió.

—Nos veremos mañana a las once en la Società Culturale della Porta Romana —indicó Moonderlock—. Por supuesto, venga solo. Si avisa a la Policía, mataré a Erika. Si se retrasa, por el motivo que sea, mataré a Erika. Si no hace exactamente todo lo que le diga, mataré a Erika y, a las nueve de la noche, activaré el arma óptica. ¿La recuerda? Millones de personas ciegas en un segundo. —Moonderlock suspiró como si estuviera cansado de hablar—. Bueno, supongo que está todo claro.

—Así es.

—Perfecto… Ah, por cierto, y no se preocupe por su compañera. Que no esté con usted no significa que haya desaparecido. —Hizo una pausa y Peter no respondió—. Tal vez necesite liberarse de sus ataduras, como la Reina de la Noche.

—¿La ha secuestrado?

Moonderlock lanzó una risotada.

—Querido amigo, yo prefiero matar; créame. Los secuestros dan mucho trabajo. —Volvió a su tono serio—. No sé dónde está esa mujer, pero espero que siga jugando limpio.

—¿Qué gana con todo esto?

—¿Yo…? Satisfacción.

—¿Realmente, vale la pena?

Moonderlock profirió un lamento.

—Ay, señor Dauson, es usted cansino… ¿Cree que Mozart componía solo por dinero?

—Usted no es Mozart.

—Ni usted Abraham Moonderlock. Por eso no lo entiende. —Se oyó un ruido de movimiento de papeles—. En fin, no perdamos más tiempo. Si cumple el trato, yo seguiré siendo un caballero.

Y colgó.

En ese momento, Peter Dauson caminaba por la rue des Carmes, en el centro de Namur. Volvió a oír la conversación que acababa de grabar mientras miraba a uno y otro lado sin perder detalle de la gente que pasaba por la calle o se movía en el interior de las tiendas. Todo era aparentemente normal. La vida seguía, pero sin rastro de Silvia.

Entró en el Starbucks de la estación, pidió un café y se sentó junto a la cristalera, al lado de un grupo de jóvenes con mochilas que comentaban algo sobre el próximo tren para Bruselas. Ahora sí necesitaba ordenar sus ideas. Las opciones eran muchas y, a la vez, ninguna: no podía llamar al inspector Stoel, no podía acudir a la Policía; tampoco podía contactar con la agente Freeman ni con Erika.

Moonderlock lo controlaba todo al segundo.

Pero lo más desasosegante era lo de Silvia. La frase de Moonderlock resonaba en su cabeza una y otra vez: «Que no esté con usted no significa que haya desaparecido».

Una vez más, no tenía otra alternativa que seguirle el juego. Sin poder permitirse que lo localizaran, a Peter Dauson solo le quedaba volar a Milán y obedecerlo; al menos, así podría alargar el pacto de caballeros que habían hecho.

Pero sin documentos personales era imposible. Nadie se sube a un avión sin ellos. Así que no tuvo más remedio que marcar el número.

—Hola, Gary.

—¡Peter, cuánto tiempo!

Dauson fue directamente al grano.

—¿Recuerdas el favor que tenemos pendiente?

Tras un segundo, la respuesta fue sombría.

—Por supuesto.

—No pensaba cobrártelo, pero es cuestión de vida o muerte. Necesito tres cosas: localizar a una mujer, un documento de identidad y que me metas en el último vuelo de hoy para Milán; he intentado comprar un billete, pero no quedan plazas.

Si algo caracterizaba a Gary Talsteguer, era su discreción. Ambos se habían conocido en la época en la que Peter era periodista de sucesos y él comenzaba su andadura como eurodiputado austríaco en Bruselas.

Ocurrió entonces que el padre de Gary —de nombre Stephan—, un empresario maduro y muy bien posicionado en la alta sociedad vienesa, acabó una noche en un hotel con una prostituta de lujo. La mala suerte quiso que ese día la chica fuera de coca hasta los topes y, tras recibir una magnífica propina de su cliente, entrara en el baño para asearse. Antes de salir, se metió su última raya.

Casi no llegó a la cama.

Stephan, que estaba terminando de vestirse, solo pudo cogerla en brazos para evitar que se golpeara contra el suelo. Luego la acostó en la cama, intentó reanimarla y enseguida se dio cuenta, por los restos de droga en su nariz, que la chica sufría una sobredosis. Ella estaba muerta y Stephan, jodido, dicho sin tapujos.

Adiós matrimonio. Adiós reputación. Adiós empresa… En el rostro de aquella chica, Stephan vio todo eso y el drama psicológico que se le venía encima para el resto de su vida.

Entonces llamó a Gary y Gary llamó a Peter.

Lo demás fue fácil.

El director del hotel, amigo de infancia del periodista, registró una habitación a nombre de Marina Svenovska —la chica ya tenía ficha— y les bastaron cinco segundos para cruzar el pasillo y dejar el cuerpo en el cuarto de enfrente.

Al día siguiente, la camarera de piso entró para hacer la habitación. El protocolo indicaba que, ante esos casos, lo primero era taparse la boca y tragarse el grito y después avisar a un superior, pero quedaba terminantemente prohibido —bajo riesgo de perder el puesto de trabajo— comentar nada con nadie más.

Y así lo hizo la camarera.

No gritó. Salió corriendo y, una hora después, el cuerpo de la joven fue sacado en una bolsa con destino al Instituto Anatómico Forense, donde los contactos de Stephan hicieron el resto para que el resultado oficial fuera el conveniente.

Prostituta muerta por sobredosis en un hotel. Y lo más importante: en su propia habitación.

Lo único que Peter Dauson le preguntó a Gary antes de activar el operativo fue:

—¿La mató tu padre?

A lo que Gary respondió:

—Es un putero, no un asesino.

Y entonces el favor comenzó a fraguarse.

Seis años habían pasado de aquello y, desde entonces, Gary Talsteguer tenía una deuda pendiente que el periodista no tenía intención de saldar. Nunca lo necesitó. Pero todo evoluciona…

Dauson tomó un sorbo de café mientras mantenía el móvil junto a la oreja.

Por fin, el eurodiputado respondió:

—Dame un par de horas. Nos vemos a las tres y media en la Grand Place.

25

Verano de 1776

El padre Giuseppe Drevi se concentraba en darle a la tarantela el tono alegre que pedía. En pleno verano, los niños de la escolanía de Santa María della Scala se merecían variar el férreo repertorio religioso de motetes y misas que llevaban interpretando todo el invierno. Por eso, el director había propuesto una simpática pieza del folclore napolitano con el fin de entretener a los coristas y adaptar el programa a las actuaciones previstas para el mes de agosto.

En ese momento, entonaban a cuatro voces «Lu guarracino» y a los niños les costaba desprenderse del habitual tono solemne.

Entre obreros dando golpes, polvo y andamios colgados de la nave central, resultaba difícil concentrarse. La iglesia iba a ser demolida. Un decreto de la emperatriz María Teresa lo ordenaba y, en su lugar, iba a levantarse el nuevo Teatro Ducal, que convertiría a Milán en el centro de la lírica y las relaciones sociales.

La iglesia llevaba años sentenciada: sus constantes grietas y el deslizamiento del terreno a causa de la proximidad de un torrente habían provocado que varios arquitectos coincidieran en que lo mejor era echar abajo el templo antes de acometer una reforma que no garantizaba solucionar el problema.

Y así se hizo. Casi a escondidas, ese verano se dispuso todo para la demolición, lo cual implicaba que los veinte niños huérfanos que

componían la escolanía debían integrarse en el coro de la Catedral de Milán.

De hecho, el día de la tragedia — gosto de 1776—, realizaban el último ensayo antes de partir de excursión al lago Como. Acompañados por sus tutores, iban a disfrutar de unos días de descanso en un albergue de la diócesis, escapando así del sofocante calor de Milán, y, de paso, aprovecharían para realizar algunas actuaciones en mansiones de aristócratas milaneses, lo que les reportaría generosas propinas para sufragar en parte los gastos del desplazamiento.

Algunos de aquellos niños y jóvenes eran *castrati* y, aunque ya en ese momento la castración era una práctica penalizada, su estatus seguía estando en alta estima por el goce que suponía para el espectador escuchar esas voces; sin duda, el referente del momento era Farinelli.

Tanto es así que las élites seguían defendiendo la pervivencia de esas figuras por considerarlas imprescindibles en la escena musical, aunque la realidad era que el halo mágico de otros tiempos ya se había perdido; ser castrato ya no era tanto una distinción como una alteración de la naturaleza humana, y así lo creía el padre Drevi — quien cuidaba especialmente a niños que habían sido emasculados —, defendiendo que la voz era un atributo singular de cada ser humano y que no podía alterarse «por el capricho de unos oídos lerdos».

Aquel fatídico día, los veinte niños de la escolanía ensayaban en una esquina del altar mayor debido a los trabajos que se estaban realizando.

Poco a poco, la tarantela iba adquiriendo prestancia y el padre Drevi movía con soltura sus manos, al tiempo que el pianista acariciaba las teclas del fortepiano; la alegre melodía contagiaba a todos los presentes, incluidos los obreros que en ese momento hacían su descanso de media mañana.

De pronto, se oyó un estruendo.

Un obrero lanzó un grito de advertencia desde un andamio: una de las paredes laterales —la contigua a los niños— se estaba inclinando peligrosamente y se iba a derrumbar. Solo unos pocos se dieron cuenta.

Cuando el padre Drevi tiró de varios escolanos para subirlos al altar, el muro ya se estaba desmoronando y grandes bloques de ladrillo y mármol caían sobre los pequeños. Los gritos de dolor eran aterradores. A las heridas producidas por el impacto se le sumaba el pánico generalizado, que hacía pensar en un derrumbe total de la estructura, lo que no aconteció y permitió a los obreros auxiliar a las víctimas y sacarlas del templo con la mayor rapidez.

Muchos niños salieron por su propio pie; otros, con graves heridas, y el padre Drevi, inconsciente a causa de un golpe recibido en la cabeza, no pudieron hacerlo. La tragedia fue que seis de los pequeños —el mayor apenas tenía once años— quedaron sepultados bajo toneladas de escombros. Sus cuerpos fueron rescatados sin vida y la conmoción se adueñó de toda Milán.

Nada más recuperarse, a las pocas horas, el padre Drevi pidió hablar con el arzobispo para que los niños fallecidos recibieran los honores que merecían por sus servicios a Dios y a la Iglesia. Como huérfanos que eran, no tenían familia que se hiciera cargo de sus restos.

—¿Qué clase de honores sugiere? —preguntó el arzobispo.

—Seis metros cuadrados para enterrarlos.

—Eso no es un honor; es lo lógico.

—Con todo respeto, monseñor, solicito seis metros del suelo de la iglesia —hizo una reverencia— para que puedan reposar allí.

El arzobispo reflexionó un instante. No era una decisión fácil. No tanto por ceder el espacio como por el hecho de que volvería a salir el debate sobre la supresión de un edificio religioso en Milán. A las críticas que recibió la emperatriz por la determinación de derruir el templo se añadía la circunstancia de que la nueva construcción iba a destinarse al ocio y a la diversión.

Entonces, el arzobispo vio una oportunidad. La petición del padre Drevi permitiría hacerles un homenaje a los coristas —los niños le importaban más bien poco— y, de paso, honrar la memoria del templo.

—Concederé lo que pide, padre, pero con una condición.

—Usted dirá, monseñor.

—La lápida ha de llevar un epitafio que honre al templo y a sus moradores. Al fin y al cabo, aunque la iglesia desaparezca, seguirá siendo suelo sagrado.

—Por supuesto. —El cura seguía encorvado y con la mirada puesta en el suelo.

El arzobispo le dio a besar su anillo y luego le tocó el hombro.

—Que así sea.

Tres meses después, cuando ya solo había un solar vacío en lugar de la Iglesia de Santa Maria della Scala, se apreciaba en el centro de la

parcela una zona acotada con losas de mármol formando un rectángulo. Seis metros cuadrados.

Durante los dos años siguientes, las obras del que sería el templo musical más importante del mundo siguieron respetando ese espacio. La orden fue que aquel pequeño recinto debería permanecer protegido «por todos y para siempre, en memoria de lo que fuimos y seremos».

Así se hizo constar en la dispensa eclesiástica redactada de puño y letra por el arzobispo de Milán que se mantuvo vigente durante mucho tiempo, tanto que al final se olvidaron los niños y sus nombres y también que aquel lugar había sido un día espacio de recogimiento y rezo.

El hecho de que aquellos seis niños fueran *castrati* nunca se comentó. La tragedia sobrepasó la cuestión. Solo el padre Giuseppe Drevi habló de ello una vez, precisamente el mismo día del atípico entierro en aquella explanada, cuando el arzobispo, al terminar de dar la bendición, iba camino de su carruaje y le pidió que lo acompañase.

Fue entonces cuando monseñor se interesó por primera vez por la identidad de los pequeños, sus edades, su origen, sus ilusiones…

Tras informarle de que habían sido enviados en su día desde el *ospizio* de Turín, el arzobispo preguntó por sus dotes como cantores, a lo que Drevi respondió:

—Eran *castrati*.

—Vaya… —repuso el arzobispo—. De haberlo sabido, habríamos cambiado las exequias.

—¿En qué sentido, monseñor?

—Habrían sido más fastuosas, quizá con ataúdes en lugar de sudarios. —Se subió al carruaje ayudado por un asistente—. Esta clase de personas merece un mayor reconocimiento. La música litúrgica no sería la misma sin ellas; llenan teatros e iglesias y casi rozan la gloria con ese timbre de voz.

—Aún eran niños, monseñor.

—Lo sé, padre, lo sé… Es una pena. —A una indicación suya, el cochero agitó las riendas y los caballos echaron a andar.

26

En la actualidad

Domingo, 6 de diciembre, 15:15.
30 horas antes del fin

Bruselas siempre es una caja de sorpresas, como sus bombones. Tanto que cuando el desconocido lo abordó en las Galerías Saint Hubert, Peter Dauson dio un respingo imaginando que era un carterista.

—Disculpe, señor. —El hombre joven, de rostro atractivo y pelo engominado, vestía una gabardina gris. Era alto y por su físico daba la impresión de estar en buena forma. Estiró un brazo y le mostró un móvil.

—¿Qué…? —Estaba a punto de preguntar, cuando vio el rostro de Grace Freeman. Su tensión se disipó: no se trataba de un ladrón; era un contacto de la agente de la CIA.

—Cójalo, por favor.

El hombre insistió con el brazo extendido.

Las personas que en ese momento caminaban por las galerías no advirtieron, por supuesto, la incomodidad del encuentro. Ambos pasaron desapercibidos delante de la chocolatería Neuhaus. Al ser domingo, la afluencia de turistas era más numerosa que otros días y la hora perfecta para iniciar el paseo de la tarde.

El hombre no se impacientó.

Peter miró de nuevo la pantalla y vio que se trataba de una videollamada. Grace Freeman estaba sentada delante de un escritorio vacío, con la misma elegancia discreta que tenía en el coche cuando se conocieron.

Al fin, cogió el teléfono.

—Buenas tardes, señor Dauson —saludó ella con cortesía.

Peter asintió.

—¿Son siempre así de impactantes?

—Créame que lo siento —se disculpó—. Simple precaución. Sabemos que Moonderlock lo está rastreando y queremos evitar que intercepte la conversación.

A Peter se le ocurrían mil preguntas: «¿Me han seguido desde Viena? ¿Tienen la partitura? ¿Dónde está Silvia?», pensó durante los segundos que Freeman tardó en leerle el pensamiento.

—Antes de nada, quiero que sepa que estamos preocupados… muy preocupados. —El rostro de la agente adquirió dureza—. No sabemos nada de la partitura y, por consiguiente, la fórmula sigue peligrosamente libre.

—Pues ya somos dos —respondió Peter.

El hombre de la gabardina, al comprobar el inicio de la conversación, se apartó y se acercó al escaparate navideño de la chocolatería.

Peter seguía plantado en medio de la galería con gente pasando a su alrededor, pero no pudo evitar sentir una punzada en el estómago al recordar la última vez que había estado allí; fue con Adele, su hija. Pasaron un fin de semana comiendo mejillones, patatas fritas y chocolates, visitando el Atomium y sonriendo cuando el Manneken Pis lanzaba sus chorros a los viandantes…

—Señor Dauson… —Freeman insistió. Peter se había quedado colgado en la lejanía—: Digo que el arma óptica ya está activada.

—¡¿Cómo?! —El periodista volvió al presente al instante.

—Hace media hora.

—¿Y eso qué significa?

—Que, en cualquier momento, Moonderlock puede dejar ciegas a millones de personas.

Peter recordó sus palabras: «Si cumple el trato, yo seguiré siendo un caballero».

—No lo creo.

—¿Tiene usted síndrome de Estocolmo? —La agente curvó los labios en una triste sonrisa.

—Son certezas, señora. Supongo que ya sabrá lo del campanero belga, el que faltaba de la lista justiciera de Moonderlock.

—Lo sé —respondió escuetamente.

—Pues, si lo sabe, también sabrá que nosotros estábamos allí. —Freeman ladeó la cabeza, sorprendida—. Y si hubiera querido, podría habernos dejado fritos. —Peter agitó el móvil como queriendo agitarla también a ella—. ¡Ese cabrón es muy bueno y tiene recursos!

Grace Freeman había sido entrenada para agarrar un clavo ardiendo. Sus brazos reposaban en el escritorio y demostraban templanza. Aquella no era la conversación más difícil ni la más dura, aunque sí la más urgente.

—También nosotros estamos preparados, señor Dauson. Y, créame; somos mejores. Pero tenemos un problema: el tiempo.

—Y la insensibilidad —replicó Peter—: aún no me ha preguntado por Silvia Weits.

Freeman se había preparado la llamada concienzudamente. Siguió con el mismo aplomo.

—No se preocupe por ella.

—¡Caray! En eso coincide con Moonderlock. ¿Qué demonios está pasando?

—Todo es más complejo de lo que imagina. —Freeman se humedeció los labios con la lengua en un gesto que Peter interpretó como nerviosismo—. No siempre podemos elegir.

—¿Tampoco ella?

—Yo no he dicho eso.

—¿Dónde está?

Freeman negó con la cabeza.

—Le aseguro que no lo sé y, si le soy sincera, tampoco me interesa mucho.

—Pues a mí, sí. Es un ser humano, ¿sabe?

Alguien le pasó unos papeles y la agente echó un vistazo antes de proseguir.

—Verá, señor Dauson. Creí conveniente llamarlo para informarle de cuestiones técnicas. No me interesan las conversaciones emocionales.

Dejó los papeles y volvió a reposar los brazos sobre la mesa.

—Nuestros agentes en Austria, Bélgica, Italia y Alemania tienen fundadas sospechas de que la amenaza de Moonderlock ha pasado a fase de ejecución. Una vez activado el código secreto, está a un paso de replicar en todo el mundo lo que hizo en el puesto de salchichas. Eso será en cuanto tenga la Clave de Mozart.

—¿Y me llama para animarme o para que lo detenga? —Peter prefirió el sarcasmo a colgar el teléfono.

—Lo llamo para pedirle que no haga tonterías. Lo de su compañera es una prueba. Esto no va de sentimientos.

—No la entiendo.

—Mejor así —se apresuró a decir la agente—. Limítese a seguirle el juego a ese demente, pero no se deje llevar por las emociones.

—¿Y mientras tanto ustedes…?

—Nosotros, de momento, estamos valorando dar una alarma mundial para que la gente no utilice el móvil durante dos horas, mañana, entre las veintiuna y las veintitrés horas.

—¡Eso es una locura!

—Lo es —admitió Freeman—. Y también estamos pensando en desactivarlos por la fuerza, pero no tenemos capacidad operativa.

Peter se sentía desbordado. Miraba al hombre que estaba frente a la chocolatería y su tranquilidad contrastaba con la inquietud que lo invadía pensando en Silvia, en Erika y en toda la gente que podría sufrir las consecuencias de ese enfermo mental, cuya vida marcada por los traumas, el ego y el fanatismo estaba poniendo en jaque a la organización más perfecta que existe: la CIA.

—Lo único que sé es que no tengo esa partitura y solo me quedan veintinueve horas.

Peter miró a la lejanía de las galerías. No quiso parecer derrotado, pero tampoco lo disimuló.

—Coja ese vuelo a Milán, señor Dauson…

Peter ya no se sorprendió por la información.

—… y cuando hable con Moonderlock, no le lleve la contraria. Sin disputas. Este tipo de personas se vuelve incontrolable cuando está a punto de alcanzar su objetivo.

—¿Ustedes estarán allí?

Freeman negó con la cabeza.

—No podemos.

El hombre de la gabardina se volvió hacia él y comenzó a acercarse, como si estuviera escuchando la conversación y detectara que estaba a punto de terminar. Estiró el brazo para recuperar el móvil.

—Volveremos a vernos, señor Dauson. —Ahora Freeman se mostró condescendiente—. Espero que sea con menos preocupaciones de por medio. Le deseo suerte.

La pantalla se puso en negro y el hombre, que ya estaba a su lado, cogió el teléfono. No dijo nada. No hizo ningún gesto. Tampoco Peter. Se miraron y, sin despedirse, comenzaron a caminar cada uno en sentido contrario.

27

Abraham Moonderlock se movía con soltura entre los empleados y las filas de ordenadores. Una gran pantalla dividida en varias secciones mostraba mapas, planos de ciudades, cámaras emitiendo en directo y un sinfín de coordenadas GPS que iban variando según se movían los objetivos que rastreaban.

El piso era antiguo, de altos techos y estilizados ventanales, y había sido reformado eliminando tabiques para crear una amplia zona diáfana donde unas veinte personas trabajaban en silencio. Todas menos Abraham Moonderlock.

El informático recorría las mesas y observaba los monitores, al tiempo que se acariciaba el mentón y daba una palmadita a cada uno de los empleados —hombres jóvenes en su mayoría—, acompañando el gesto con un susurro: «Bien, bien…».

La gran pantalla alternaba imágenes de la muerte del vigilante de la Casa de las Mariposas con la del campanero de Salzburgo subiendo y bajando de la torre con una soga al cuello. También aparecían Silvia y Peter caminando por diferentes lugares, el inspector Stoel, la agente Freeman y una sucesión de imágenes de la fábrica de chocolate donde había sido asesinado el profesor Martin, mostrando los preparativos, la interceptación, el ahogamiento e incluso el levantamiento del cadáver por parte de las autoridades.

Todo ello sin ahorrar detalles escabrosos. Había secuencias en las que, deliberadamente, se usaba el zum de las cámaras para poder apreciar en primer plano algunos detalles desgarradores, como el rostro de Axel Martin nada más ser recuperado su cadáver del tanque de chocolate.

Daba la impresión de que todo el personal estaba perfectamente aleccionado: era la profesionalidad al servicio de la crueldad.

Al terminar el recorrido, Moonderlock regresó a la parte trasera de la sala. Allí tenía su despacho, un espacio con paredes acristaladas desde el cual se dominaba toda la estancia, con los trabajadores de espaldas y las pantallas de cada uno en disposición de ser vistas.

Aún conservaba el desorden del día anterior. Su arranque de ira amenazando a Silvia Weits con hacerle daño a su hijo y el posterior arrepentimiento provocó que destrozara buena parte de lo que encontró en su camino nada más colgar el teléfono.

Moonderlock había ordenado que no se tocara nada. Era su penitencia. Ni siquiera dejó que recogieran del suelo los restos de su querido gramófono, cuya pantalla de cristal de Murano se había hecho añicos al caer. Lo único que repusieron fue el portátil y el móvil. Era todo lo que ahora tenía sobre el escritorio.

Su asistente entró tras él. Era un hombre de unos cuarenta años, pulcro y elegante, con un ligero rasgo eslavo en sus ojos. Le sirvió un vaso de agua y Moonderlock bebió mientras observaba la sala a través de la cristalera. Luego cerró los ojos y dejó el vaso en la bandeja de plata que el asistente mantenía en posición horizontal.

—Gracias, Norman —dijo.

—Todo el orden, Ab.

Cogió su cazadora de cuero beis y se la puso sobre una camisa blanca que combinaba con un pantalón marrón arena. Abandonó el piso con una mochila y entró en un antiguo ascensor de hierro en el que bajó hasta el zaguán y, de ahí, salió a la calle.

Una vez afuera, inspiró profundamente y echó a andar.

A esas horas —las tres y media de la tarde—, la luz natural se reflejaba en las fachadas de los majestuosos edificios de via Torino, en Milán, donde se apreciaban los mejores ejemplos del *art nouveau* italiano. Moonderlock avanzó disfrutando del paseo en medio del gentío y, en las inmediaciones de la Iglesia de San Giorgio, giró por via Santa Maria Valle hasta llegar a un discreto portal que solo tenía un timbre, a pesar de pertenecer a un edificio de dos plantas. Junto al interruptor, había un pequeño rectángulo.

Sacó de su cartera una tarjeta magnética negra, la acercó a la puerta y esta se abrió con un clic. Luego bajó por unas escaleras hasta el sótano y allí se encontró de frente con otra puerta que también abrió con la misma tarjeta.

Al entrar, dos hombres jóvenes, atractivos y musculosos, medio vestidos con cuero negro, le dieron la bienvenida, mientras una chica con el mismo estilo de ropa, pero en color rojo, le ofrecía una copa desde una pequeña barra que había en el recibidor.

La atmósfera era agradable. Iluminación suave, aroma a menta y una decoración moderna con toques decimonónicos en la que destacaban, sobre las paredes negras, apliques, candelabros y espejos en tonos dorados.

Varios hombres como él, unos en traje y otros en ropa informal, pasaban por el recibidor y se perdían por los pasillos del local hacia unas habitaciones que se cerraban nada más entrar en ellas.

No había música. Nadie hablaba. Nadie se miraba.

Moonderlock apenas esperó unos segundos. Una chica morena, de unos veinticinco años y cuerpo modelado de gimnasio, salió a su encuentro desde una sala contigua, lo tomó de la mano y lo guio hasta una de las habitaciones.

Una vez dentro, cerró con llave y dijo:

—¿Como siempre?

Él respondió:

—Sí.

Entonces la joven encendió una suave luz amarillenta y le hizo una reverencia para que se sentara en uno de los dos sillones que había en el cuarto. En medio de ellos, una pequeña mesa servía de apoyo para la copa del invitado. Tres paredes pintadas de negro, una mullida alfombra sobre el entarimado y, al frente, una cortina que la chica descorrió cuando Moonderlock se acomodó en el sillón y tras la cual apareció una cristalera.

Aquella tarde el espectáculo era de sadomasoquismo en grupo. Tres hombres y una mujer ocupaban una especie de escenario que simulaba ser una gran sala con estética *steampunk*: engranajes, tubos, respiraderos expulsando vapor y espalderas con correas de cuero conformaban el decorado. En el centro, dos chicos jóvenes y un hombre maduro, todos con cuerpos esculturales y tiras de cuero envolviendo sus cuerpos. Una mujer de unos treinta años estaba tendida en el suelo en actitud lasciva, a la espera de ser sometida.

Dentro del cuarto, la acompañante esperó junto a la cortina y, a una indicación del cliente, rodeó su sillón, le quitó la cazadora y apartó la mochila. Luego abrazó su cabeza, pegó sus pechos a ella y

deslizó sus manos para desabrocharle los botones de la camisa. Él ni se movió. Siguió mirando al frente.

La chica se sentó en el otro sillón, ambos de cara a la cristalera, y entonces Moonderlock empezó a hablar:

—Ayer me sentí solo —dijo sin mirarla—. Volví a pensar que la vida no vale la pena si no tienes quien te dé un beso de buenas noches. ¿Tú tienes a alguien? —La miró y ella reaccionó moviendo la cabeza negativamente—. No importa… sobrevivirás. Al principio cuesta un poco, sobre todo si eres sensible y temes la soledad, pero luego te acostumbras. —Se quitó la camisa y la arrojó sobre la alfombra—. Yo me he acostumbrado a todo: a matar, a odiar, a desear, a envidiar, a querer que se vayan al maldito infierno todas las personas que me rodean.

Se acarició el abdomen, perfectamente marcado, y siguió mirando el espectáculo. Ahora los hombres daban latigazos a la chica y su espalda comenzaba a mostrar surcos enrojecidos. Gemía de dolor y a la vez de placer.

Moonderlock miraba impasible la escena.

Su acompañante lo miraba a él.

Era una joven muy atractiva y la seriedad de su rostro acentuaba su belleza. En ese momento, no le importaba nada más en el mundo que mirar a aquel hombre que pagaba mucho dinero por estar allí con ella. Daba igual lo que pasara al otro lado. Solo existía el cliente.

—Cuando matas por primera vez, no tienes remordimientos —prosiguió Moonderlock—. Como ya te he contado, aquel monje se lo merecía. El problema es cuando matas una segunda vez y luego una tercera… Es como si la maldad se volviera cotidiana y dejara de ser

maldad para convertirse en sentimiento. Hay culpa… Hay ganas de más… No sé si me entiendes —la inquirió.

La chica asintió sin inmutarse.

—¡Ya te he dicho que puedes decir algo! —La reprendió amablemente—. Me gusta que hables.

—De acuerdo, hablo.

Moonderlock tomó un sorbo de su copa y continuó su relato:

—Te habrás dado cuenta de que llevo dos semanas sin venir.

—Lo sé.

—Tampoco te he mandado mensajes.

La chica asintió.

—Es que estoy desbordado —se justificó.

—Eres un hombre muy ocupado.

La vista del cliente seguía puesta en el espectáculo.

—Pero, más que trabajo, son emociones —dijo—. ¿Nunca te ha pasado que deseas una cosa y, cuando por fin la tienes, sientes un punto de decepción?

—Sí, me ha pasado.

—Pues eso me ocurre a mí —concedió—. Deseo apretar ese botón y dejar ciego a medio mundo, pero, por otro lado, no quiero que ocurra, no quiero que esto se acabe. Y me duele generalizar. ¿Acaso hay alguien justo en este mundo?… —La chica no dijo nada; se imaginó que era una pregunta retórica—. Responde, por favor, ¿quién es justo?

—Yo creo que nadie.

—Exacto —dijo Moonderlock—. Las cadenas se rompen siempre por el eslabón más débil. Si no haces algo importante, tú tampoco lo eres. Puedes morirte ahora mismo, que a nadie le importa. Hay

mucha gente así. Pero, ¿realmente merecen morir por ser solo mediocres?

La chica seguía con su expresión rocosa.

—No sé si merecen morir…

—¡No! ¡No me respondas así! —El cliente subió el tono—. Quiero que seas más dura.

—De acuerdo. —Pensó un instante—. Merecen morir todos, sean justos o injustos.

—Así está mejor —asintió Moonderlock—. Pero, para que eso ocurra, alguien debe tener el poder de decidir. El poder de la sumisión. Cuando nadie cuestiona lo que haces, solo los que ansían tu lugar quieren que fracases. El resto agacha la cabeza, obedece y cobra a fin de mes. —La miró de arriba a abajo—. Como tú.

La chica respondió:

—Y a ti te gusta que sea así.

—¡Me encanta!

Moonderlock se levantó y apoyó las manos sobre el cristal. —Al otro lado, nadie podía verlos—. El espectáculo estaba en su apogeo: los hombres vejaban a la chica de la manera en que solo puede hacerse en locales como aquel. De hecho, para ser admitido en el club, no bastaba con tener dinero; había que despojarse de cualquier sentido moral porque lo que ocurría de puertas adentro en el Nero allí se quedaba.

No había secretos. No había prejuicios. No había amigos.

Solo en una ocasión una persona se fue de la lengua. Pero desapareció al día siguiente. Su cuerpo jamás fue encontrado y la Policía tampoco lo buscó. Sin embargo, todos los clientes y empleados del club supieron que el chivato había pasado a formar

parte de los pilares de hormigón de un complejo residencial en las afueras de Milán.

Polvo eres y en hormigón te convertirás…

Así era la ley del Nero.

Moonderlock se dio la vuelta.

—Mañana voy a ser feliz —dijo sonriendo.

—Me alegro por ti.

—Tendré la oportunidad de dominar el mundo. —Hizo un gesto de modestia—. Ya sé que suena presuntuoso, pero así es. Quizá te apetezca que calcule la fecha de tu muerte.

—Si tú quieres…

—¡No me respondas así! —dijo negando exageradamente—. Si te apetece, dilo con confianza, como si fueras mi hija o mi esposa.

—Es algo extraño.

—¿Y qué dirías si yo la supiera?

—Me darías miedo.

—¿Solo miedo?

La chica pensó un instante. Luego dijo:

—Te tendría respeto.

—Eso está mejor —afirmó él—. Todo el mundo debería respetarse. Y quien no lo haga merece un castigo. Debe someterse. Bajar la cabeza. Tiene que asumir las consecuencias.

Lentamente, Moonderlock se quitó los pantalones y la ropa interior y se quedó completamente desnudo ante ella. Volvió al sillón y le hizo un gesto para que estirara la mano y lo tocara.

Al otro lado, el espectáculo había cambiado su iluminación y un tono rojo inundaba la escena mientras los cuerpos brillaban entre sudor y fluidos. Ahora eran cuatro en uno. Solo se oían gritos.

Entonces, el cliente se agachó en la alfombra y empezó a gatear hacia la chica. Ella, con gesto indiferente, se puso en pie, sacó un látigo y descargó con fuerza el primer golpe contra su espalda. Él lanzó un grito. En los siguientes latigazos, ya se contuvo y apenas dejó escapar unos leves gruñidos junto con unos espasmos de dolor. Cuando su ama lo agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, Abraham Moonderlock hizo un gesto suplicante y ambos intercambiaron una mirada vacía, de esas que solo tienen ojos, no alma.

Y entonces él dijo:

—La gloria llega si la buscas. —Y añadió—: «Initium sapientiæ timor Domini»…

28

Para ser domingo, la Grand Place de Bruselas estaba inusualmente desierta, a diferencia de las galerías. Las oleadas de turistas que normalmente se congregaban para hacer fotos y admirar la arquitectura del Ayuntamiento habían desaparecido. Resultaba extraño tanto vacío sobre el adoquinado.

Eso le permitió a Peter localizarlo nada más doblar la esquina, al echar un vistazo a la plaza: Gary estaba en la terraza de Le Roy d'Espagne.

15:30. Era puntual.

Hacía casi un año que no se veían y, aunque no mantenían un contacto frecuente, la tragedia siempre une… y los favores también.

Gary Talsteguer estaba en las antípodas de lo que Peter Dauson consideraba normal. Ser hijo de un destacado empresario y coquetear con la política hasta llegar a eurodiputado era lo mismo que proponerle a Dauson montar una tienda de *souvenirs* en Marte.

Jamás hubiera elegido ese itinerario vital.

Pero, como los periodistas son el comodín que une realidades (la ficha del puzle que siempre encaja, decía Peter), no es extraño que ese tipo de amistades prospere, sobre todo cuando uno busca fuentes fiables y respeta el código de la discreción y la confianza. Así era la relación entre ambos: un cóctel de información, favores y contactos del que llevaban años disfrutando.

Y, aparte de todo eso, se apreciaban.

En ese pacto, también entraba la economía de argumentos. No hacía falta explicarse mucho. Nos vemos. Tomamos algo. Tú me pides. Yo te pido. Resolvemos lo que haga falta y después nos vamos cada uno por su lado. Cuantos menos interrogantes, mejor.

Era lo que estaba ocurriendo en ese momento en la Grand Place.

Gary Talsteguer se atusó el pelo engominado y se aflojó el nudo de la corbata. Las primeras horas de la mañana habían sido complicadas en el parlamento, al igual que las peticiones de Peter.

—De la mujer no sé nada —dijo—. No consta que haya salido ni por avión ni por tren, pero en coche…

—Entiendo —asintió Peter.

—De todas formas, me dicen que una cámara de tráfico a las afueras de Namur captó a una mujer de esas características subiéndose a un coche junto a tres hombres, más o menos a la hora en que tú te fuiste del cementerio.

—¿Un secuestro?

—No lo sé. La imagen es mala.

Peter Dauson se tomó un momento para hacerle la siguiente pregunta. Revolvió su café y lo miró.

—¿Qué sabes de Naqistum?

El eurodiputado se sorprendió. Sabía mucho de eso. Demasiado. Y no quería tener nada que ver con esa gente. Posiblemente, era la organización secreta de mayor influencia en el mundo, más incluso que el Club Bilderberg, aunque este no tenía el fanatismo que Naqistum demostraba cuando las cosas no le iban bien.

Por supuesto, Talsteguer no sabía nada del asunto de la Clave de Mozart, pero conocía muchos ejemplos, nada edificantes, de actuaciones ejecutadas por la organización que ella misma difundía a

modo de advertencia; y también conocía, por colegas de la Unión Europea, los grandes tentáculos que el *lobby* Naqistum tenía en las instituciones comunitarias.

Tampoco olvidaba Talsteguer el último crimen ocurrido en una estación de esquí en los Alpes, cuando un directivo de la empresa apareció una mañana «durmiendo» desnudo en un telesilla; antes de subirlo, lo habían atado al remonte envuelto en una gran bolsa de plástico llena de agua fría para que se congelase durante la noche. A la mañana siguiente, apareció muerto a diez metros de altura y a un kilómetro de distancia de la base.

Naqistum propagó la noticia por sus canales privados. La causa del «desencuentro» había sido que el empresario intentaba montar por su cuenta una organización paralela y eso, siendo miembro de Naqistum, no estaba nada bien.

Al parecer, aquel hombre tenía muchas ansias de poder y poca paciencia. Así que, como iba a tardar mucho tiempo en alcanzar la cúspide de Gregor Winmayer, decidió tomar un atajo sin contar con que antes debía pasar una noche a quince grados bajo cero subido en un telesilla.

Gary Talsteguer bebió un sorbo de té y dedicó unos segundos a saborearlo mientras observaba la Grand Place.

—Si tienes algo que ver con ellos, apártate —sugirió.

—No puedo —respondió Peter.

—No voy a preguntarte por ese asunto de vida o muerte, pero me gustaría saber algo.

La mirada del periodista transmitía sinceridad e inquietud. También echó un vistazo a la plaza en busca del hombre de la gabardina; por supuesto, no lo vio.

—Mi mejor amiga está en peligro —dijo—. La conoces bien: es Erika Bagner.

—¿La directora de la Casa de Mozart?

—Sí.

Talsteguer tuvo que morderse la lengua para no seguir indagando. Solamente dijo:

—Ella es…

—Una buena persona —lo interrumpió Peter—, pero hay mucha gente mala.

—¿Qué tiene que ver con Naqistum?

—Nada. Pero la CIA, mucho.

El eurodiputado comenzaba a sentirse incómodo y Peter lo notó. Por la manera en que apuró el té y rebuscó algo en su chaqueta, intuyó que la conversación iba a terminarse.

—Siento no poder ayudarte con esa mujer… Silvia Weits. Pero seguiré atento. Lo demás está solucionado. —Le entregó una tarjeta —. Pregunta por este tipo en la comisaría del aeropuerto. Te dará tu documentación y el billete para Milán. Dile que vas de mi parte.

Luego sacó su cartera y le dio doscientos euros. Peter solamente cogió cien.

—Con esto bastará —dijo mostrándole el móvil rosa salmón—; ya he activado mi banca electrónica.

—Bonito modelo…

—Sí, sobre todo el color.

Fue el único momento en el que ambos compartieron una sonrisa, porque enseguida volvieron a mostrar el semblante que requería el encuentro.

—Prefiero no saber, Peter.

—Tampoco iba a contarte más. Me estás devolviendo un favor, ¿recuerdas? —Puso la mano en su hombro y lo miró afectuosamente —. Gracias, Gary.

Se levantaron y, al despedirse, el eurodiputado comentó:

—¿Nos tomaremos un Glühwein antes de Nochebuena?

—Por supuesto; en el Aurora Rooftop, como todos los años. — Peter se guardó la tarjeta y añadió—: Por cierto, ¿qué tal va la Unión Europea?

Gary Talsteguer volvió a atusarse el pelo en un gesto que debía de repetir cada vez que tenía algo importante que decir y contestó:

—Seguimos construyéndola, para que no se deshaga.

29

Los policías de la vieja escuela siguen llevando su placa en una pequeña cartera de cuero, la sacan del bolsillo y la muestran para identificarse. Si son hombres, tienen el rostro picado de viruelas y, cuando van de paisano, visten una chaqueta dos tallas más grandes para que la pistola no estorbe en la bandolera. Además, si trabajan en un aeropuerto, suelen llevar el pin de un avioncito dorado en la solapa. No es obligatorio, pero viste.

El inspector Manteau cumplía todos esos requisitos. Y, además, tenía caspa.

Peter Dauson esperaba en la sala de interrogatorios del aeródromo de Zaventem —el principal aeropuerto de Bruselas— cuando vio acercarse por el pasillo a un hombre de estas características. Tendría unos cincuenta años y cojeaba ligeramente.

Como buen ojeador, el policía golpeó primero.

—Fue un mal tiro —dijo señalando su rodilla derecha.

—Casi no se nota.

Estiró el brazo y, con la otra mano, mostró la placa.

—Soy Lorant Manteau.

—Peter Dauson.

El policía le apretó la mano en exceso.

—Le dije a Gary que no necesitaba explicaciones, pero, ya sabe, deformación profesional… —A pesar de su acento francés, su inglés era perfecto.

—Usted dirá.

—Demos un paseo; aquí el aire está muy cargado.

Salieron por una puerta de servicio y aparecieron en la zona privada de equipajes. Una maraña de cintas transportadoras trabajaba a pleno rendimiento a esas horas de la tarde.

—Se nota que es domingo —dijo Lorant señalando hacia el mar de maletas—. Ahora la gente viaja mucho y quiere llegar antes. —Lo miró de reojo—. Como usted.

—Exacto.

Lorant sonrió y los cráteres de su rostro se acentuaron.

—Gary es un buen tipo. Nunca me pide nada, pero, cuando lo hace, sé que es por una buena causa.

Peter sabía ser cauto. En la guerra, había aprendido que, cuando otros hablan mucho, la mejor estrategia es el silencio: ellos quieren hablar y que tú escuches; así de sencillo.

—Lo del billete ha sido fácil. —Sacó un sobre y, al mover la chaqueta, efectivamente, allí estaba la pistola enfundada en la bandolera—. Lo del documento de identidad, bueno, fue algo más complicado, sobre todo porque sin explicaciones la impresora no lo entiende bien; hay que cargar la tinta correctamente. —Y, haciendo una mueca de dolor, añadió—: Lo malo fue la tercera petición.

Peter frunció el ceño.

—No había ninguna más.

—*Quelle mémoire*! —Lorant lo miró con gravedad—. La mujer desaparecida…

«Quizá fue un malentendido», pensó Peter. No recordaba haberle oído decir a Gary que ese tema se trataría en el aeropuerto.

—Ya sé que esto no va en el lote —lo tranquilizó Lorant—. Tómelo como una propina. He sido yo quien ha revisado las cámaras de tráfico de Namur. Me han llegado más imágenes.

La expresión de sorpresa de Peter no pasó desapercibida.

—Esa mujer salió corriendo del cementerio, *monsieur*, como si escapase de alguien. Iba todo el tiempo mirando hacia atrás.

—¿Y dónde está?

—No lo sé… Por lo que se ve, se fue de allí por voluntad propia.

—Imposible.

El inspector sacó su móvil y le mostró el fragmento del vídeo donde se veía a Silvia Weits caminar a paso rápido por el sendero de salida del cementerio; en efecto, no paraba de mirar hacia atrás y, aunque la cámara estaba a bastante distancia, Peter pudo ver los movimientos de su cabeza; estaba inquieta, además de empapada, y no llevaba paraguas.

—Es extraño, ¿no cree? —sugirió el policía.

—Lo mismo pienso yo. —Peter empezó a mostrar su carácter.

—Sí, pero era su acompañante. —Giró la cabeza y lo miró con suficiencia.

—Se estaba cambiando de ropa en la sacristía y…

—¡Oh, no, por favor! —lo interrumpió Lorant. Agitó una mano como si espantara una mosca—. Esto no es un interrogatorio; solo quería completar la información. —La pausa resultó ciertamente incómoda—. Espero que la señora Weits se encuentre bien.

—Yo también… —Peter intentaba atar cabos y pensar a toda prisa.

Lorant no quiso ir más allá.

—Aquí tiene su billete y su documentación.

—Gracias, inspector.

El policía avanzó unos metros y abrió una puerta con su tarjeta magnética. La zona de embarque estaba repleta de pasajeros, unos sentados en los sillones y otros haciendo cola para tomar sus vuelos.

—No necesita pasar el control de seguridad —dijo Lorant—. Cómprese una revista de sudokus y póngase cómodo. Aún le quedan un par de horas.

Peter lo miró fijamente.

—Ella no me engañaría.

El policía negó con un gesto de resignación.

—No sabe las veces que he escuchado eso.

A esas horas, el inspector estaba deseando acabar su turno y Peter se dio cuenta.

—Gracias por todo, inspector.

—*Monsieur…* —Lorant se tocó la sien, dio media vuelta y volvió a entrar por la puerta de servicio.

En medio de aquel barullo, Peter no se movió. Pensaba que el policía volvería, que quizá tendría algo más que decirle. Dejó pasar un par de minutos y, por fin, abrió el sobre y vio que dentro había una tarjeta de embarque con la fila uno asignada y un certificado de identidad con sus datos personales, firmado por el comisario jefe del destacamento del aeropuerto.

Todo estaba en orden. Todo, menos su cabeza.

Se apresuró a buscar una cabina o algún mostrador de información donde pudieran dejarle un teléfono. Caminó diez minutos hasta el final de la terminal y vio una zona casi sin gente en la que había un

set de telecomunicaciones con varios teléfonos públicos que funcionaban con tarjeta. Acercó su móvil y enseguida obtuvo tono.

Miró el reloj. Marcó un número. Luego espero con la vista puesta en la pista y en los aviones. A esas horas, ya era noche cerrada en Zaventem.

Descolgaron.

—¿Erika?

—¡Peter! ¡Por el amor de Dios!

—Espera —dijo él anticipándose—; pueden estar rastreando la llamada.

—¿Quién?…

Su voz sonaba temblorosa.

—No importa. Escúchame bien: todo se ha complicado. Quédate en tu *hütte* y no vuelvas a Viena hasta que yo te avise.

—¿Cómo me has localizado? Habíamos quedado en que…

—Intuición, Erika —la interrumpió—. Necesito que me consigas un pase de prensa para el estreno, mañana, de *La flauta mágica* en Milán.

—¿Vas a ir a la ópera? —dijo sorprendida.

—Es la primera vez que iré a disgusto. Consígueme ese pase. He perdido la cartera.

—Cuenta con ello.

—Y otra cosa: la mujer con la que viajo ha desaparecido.

Se hizo el silencio en la línea. Erika Bagner estaba procesando la información: en ningún momento, Moonderlock había mencionado que, en su plan de extorsión, habría alguien más que ellos.

Por un instante, Peter recordó la frase con la que el informático se refirió a Silvia: «Que no esté con usted no significa que haya

desaparecido. Tal vez necesite liberarse de sus ataduras, como la Reina de la Noche».

—¿Te encuentras bien?

—No —respondió él—, pero tengo que sacar esto adelante.

Y al momento se dio cuenta de que la estaba preocupando demasiado. Erika estaba sola en su refugio alpino. De noche. El pueblo apenas tenía cincuenta habitantes.

—Mañana todo habrá terminado… Eso espero.

—¿Tienes la partitura? —preguntó ella.

—Aún no, pero creo saber dónde está.

—Peter, tengo miedo por ti. Lo siento muchísimo…

—Te quiero —volvió a interrumpirla—. Es lo único que importa. Y no te preocupes por mí; ya estoy acostumbrado.

Erika pareció tranquilizarse. Así lo daba a entender su respiración.

—La mujer se llama Silvia Weits —continuó él—. Es la persona que vio la partitura por última vez. Creo que la han secuestrado. Quizás alguna mafia del arte o traficantes que quieren colocar la partitura en el mercado negro. Si averiguas algo… mañana hablamos.

—Ten cuidado —fue su respuesta.

Erika Bagner sabía perfectamente de lo que estaban hablando. Las mafias especializadas en objetos artísticos actuaban por oleadas; ella las había sufrido en numerosas ocasiones. Son tiburones hambrientos que, cuando detectan una obra de arte de gran valor, van a por ella sin reparar en gastos ni vidas humanas.

Con menos nervios y más aplomo, dijo:

—Haré algunas llamadas.

—Desde otro teléfono —sugirió Peter.

Ambos se quedaron callados. Conocían perfectamente los silencios incómodos.

—¿Es de fiar? —Su tono se parecía al de una madre.

—Siempre creí en ella.

—¿Y cuánto hace que la conoces?

Erika entendió, por el suspiro de Peter, que aquella mujer era algo más que una persona desaparecida.

—Todavía estoy en ello —fue su respuesta.

Hubo otro silencio y lo que hicieron a continuación fue despedirse y mandarse un beso antes de colgar.

Esa noche, Peter Dauson recordó que era la primera vez que viajaba solo en tres días. Antes de embarcar, pudo haber buscado en Internet alguna referencia de Silvia Weits: algún acto junto al profesor Martin, alguna conferencia en Nueva York… Peter estaba acostumbrado a tener a un clic de distancia la información que necesitaba para su trabajo. Llevaba veinte años haciéndolo, pero esta vez no quiso.

Prefirió esperar en los sillones —sin sudokus— a que el personal de tierra anunciara el embarque y luego dejar que el zumbido del avión y la penumbra del vuelo nocturno lo envolvieran en un duermevela al que no se resistió. Lo necesitaba. Pero sobre todo necesitaba pensar en ella sin nada más alrededor. Solo pensarla.

30

«Él sabrá qué hacer con ella…».

Esta frase premonitoria de Mozart en su lecho de muerte cobra protagonismo ahora, más de doscientos años después. Se la dijo a su esposa cuando le reveló dónde había escondido la partitura de «Lacrimosa».

De la copia que Constanze sacó del fortepiano para el conde Cobenzl nunca más se supo —quizás estuviera en aquella cripta de Namur—, pero lo cierto es que jamás se acreditó que Philipp Cobenzl la hubiera compartido con nadie.

A su muerte, ocurrida en 1810, la herencia del conde se repartió en tantas partes como dignidad tenía su figura. Las moscas acudieron. El palacio con grandes jardines y pabellones, construido para celebrar las fiestas de la corte vienesa en Döbling, al norte de Viena, se fue dividiendo entre herederos oficiales y ocasionales, y la mayor parte de los enseres, incluidos el mobiliario, los objetos decorativos y los miles de libros y documentos de su biblioteca, acabaron dispersos por medio mundo cuando se extinguió la saga familiar.

No ocurrió lo mismo con la copia que Constanze le entregó a Otto von Gemmingen.

«Él sabrá qué hacer con ella…».

En efecto, posiblemente no haya habido un documento tan viajero y tan bien custodiado como aquella partitura original de la primera

página de «Lacrimosa» que incluía la Clave de Mozart. La fórmula. La fecha.

El honorable Otto von Gemmingen-Hornberg, como buen masón, disponía de los mejores contactos y, en aquel entonces —año 1791—, tras una larga experiencia diplomática y grandes éxitos empresariales, no pasaba por su mejor momento.

El acuerdo al que había llegado con Mozart era que nunca entregaría la partitura como regalo. Solo podría darla a conocer a personas de buen corazón, siempre y cuando su compromiso fuera devolverla para que siguiera bajo la custodia de la familia Mozart.

Y así lo hizo.

El problema fue que enseguida aparecieron muchas personas de «buen corazón». Otto les brindaba el Saber y, entre las élites vienesas, se instauró un macabro juego aristocrático similar al del conde Walsegg antes de encargarle el Réquiem a Mozart. Consistía en calcular la muerte de quien no te caía bien y luego comunicárselo para provocarle un desasosiego permanente que arrastraría el resto de su vida.

Este divertimento originó muchas disputas y también suicidios; incluso se perpetraron asesinatos por parte de quienes no podían aguantar la presión e intentaban revertir el resultado. Cuando comprobaban que la fórmula era infalible, no podían soportarlo y se tomaban la justicia por su mano o encargaban el trabajo a algún mercenario.

Ciertamente, manejar una información tan sensible no está al alcance de cualquiera.

Eso pensó el bueno de Otto Gemmingen el día en que, teniéndola entre sus manos, devolvió la partitura por enésima vez a los

familiares de Mozart.

—Posiblemente, no os la vuelva a pedir —le dijo a Karl, hijo del compositor, al sentirse arrepentido y decepcionado por haber confiado el Saber a gente carente de espiritualidad y principios éticos.

Otto le sugirió que se la llevase lejos, pero a Karl no le gustaba viajar. Así que le propuso a Otto que, a través de sus hermanos masones, sacara de Viena la partitura para que el Saber se hiciera universal, asegurándose de que quien lo recibía fuera, sin lugar a dudas, alguien de buen corazón.

—Mi padre confió en ti y yo también —le dijo.

Y ahí empezó el periplo; también el fin del control que Otto tenía sobre la partitura.

Por aquel entonces, la élite de los *castrati* tenía una gran relación con la masonería. Los privilegios de estos cantantes en la Iglesia y los círculos de poder llevaron a Otto a pensar que podían ser los mejores embajadores del Saber. —Solamente en Roma, había más de mil—. De hecho, recorrían los teatros de toda Europa y tenían fama y predicamento.

Así fue como le propuso al castrato Giuseppe Milano, hermano en la logia masónica Zur wahren Eintracht de Viena, difundir el legado de Mozart «más allá de su música, dando a conocer también su poder».

Esa fue la palabra mágica: *poder*.

A ella no tardó en unírsele otro término, *ambición*, y, después, *secreto*.

Así fue como Milano, en sus giras, además de cantar en los escenarios más importantes del continente, aprovechó para

promocionar un conocimiento que empezaba a proporcionarle no solo notoriedad, sino también respeto entre los poderosos; en cuanto la fórmula era aplicada y se comprobaba que funcionaba, la gente se asustaba.

Recorrió las cortes de Felipe V en España y de Luis XV en Francia y, por supuesto, los principales teatros de Austria, Países Bajos, Italia e Inglaterra, hasta que Naqistum se cruzó en su camino para interesarse no tanto por lo que hacía en el escenario como fuera de él.

Enseguida, la organización se hizo con la fórmula, negoció con el castrato la cesión de la partitura y añadió otra palabra a la ecuación: *negocio*.

Entonces todo saltó por los aires.

Lo que inicialmente fue una labor filantrópica en defensa del Saber se convirtió de pronto en una máquina de dinero y poder que Naqistum no iba a desaprovechar.

La creación de esta hermandad se perdía en el tiempo. Durante siglos había sido un mero puente entre élites con escaso protagonismo, dado que no tenía un argumento de poder como la Iglesia —que amenazaba con el infierno—, los gobernantes —que dominaban territorios— o los empresarios —que manejaban la economía y el trabajo—.

Pero la Clave de Mozart cambió esta percepción. De la noche a la mañana, Naqistum se convirtió en la organización más poderosa porque, ahora sí, contaba con el mejor argumento: ofrecerles a las élites dominar a sus oponentes con un arma invencible, el miedo.

Si le dices a alguien que puedes calcular la fecha de cualquier muerte y comprueba que no vas de farol, desde ese momento,

controlas su vida.

De esta manera, el valor de la fórmula se elevó hasta el infinito.

Eso coincidió más tarde con la Revolución Industrial, los intereses geoestratégicos y el colonialismo moderno. Y luego, tras el cambio de siglo, vino la etapa de las guerras contemporáneas y, en los años sesenta, llegó John Fitzgerald Kennedy. Durante todo ese período, no hubo un gran acontecimiento que no tuviera detrás la mano dominadora de la Clave de Mozart.

Cuando los *castrati* perdieron su poder intelectual, y con él la partitura que Otto von Gemmingen le había entregado a Giuseppe Milano, el relevo lo tomó Naqistum, que siguió respetando la petición de Mozart para que el Saber siguiera vinculado a su familia.

Así fue hasta comienzos de los años sesenta, momento en el que la cadena de custodia se rompió definitivamente. Fue con la última persona que llevó su apellido, una modista alemana llamada Caroline Jakobine Mozart (apellidada Grau de casada) que falleció en Augsburgo en 1965.

Poco antes de morir y aún con la partitura desaparecida, Naqistum le preguntó por ella, por si acaso aquel último eslabón de la familia Mozart sabía algo, pero Caroline respondió que, en sus ochenta años de vida, nunca había oído hablar de tal documento.

Y ahí se acabó todo.

Hasta que un día de otoño, en un mercadillo de Nueva York, un profesor de Física aficionado a las antigüedades adquirió unos papeles antiguos; estaban en el suelo, en una carpeta al lado de candelabros, monedas y lámparas de cristal, todo encima de una manta para protegerlos de la humedad.

—¿Cuánto por esto? —Axel Martin señaló al atado de papeles que había estado hojeando: viejas cartas y recortes de periódico, facturas de empresas que ya no existían y también algunas partituras manuscritas, quizá de compositores que no tuvieron su oportunidad en la vida. Nada importante. Pero seguro que encontraría curiosidades para entretenerse, pensaba él.

—¿Treinta dólares? —sugirió el vendedor por poner una cifra.

—Que sean veinticinco.

—Perfecto.

Semanas después, conocida la importancia del hallazgo, Axel Martin se preguntó cómo había podido llegar el original de «Lacrimosa» hasta ese mercadillo. ¿Realmente fue tan deliberado? Él nunca lo supo. Nadie le dijo que, seis décadas antes, en aquel famoso cumpleaños celebrado en el Madison Square Garden, cuando Marilyn Monroe le cantó a Kennedy con tanta sensualidad, alguien había traicionado el destino de la fórmula haciendo algo que Mozart no quería: regalarla.

Posiblemente, Maria Callas no lo supiera (a veces los entornos de los famosos son más peligrosos que sus enemigos), pero lo que se dijo fue que personas allegadas a la diva le hicieron un regalo a Kennedy y alguien, sabiendo lo que contenía aquella partitura, se tomó la molestia de calcular la fecha en que moriría el presidente de Estados Unidos. Lo hizo un año antes.

Y acertó: día, hora y lugar.

Por supuesto, JFK nunca fue informado de esta predicción ni se sabe si las medidas de seguridad que se tomaron fueron las

adecuadas —o si no se tomaron—, pero lo cierto es que aquel regalo acabó en un almacén del Ala Oeste de la Casa Blanca junto a la decena de obsequios que a diario recibía Kennedy, y no salió de allí hasta sesenta años después, cuando los papeles de la Comisión Warren, que investigó el magnicidio, fueron desclasificados.

Ahí es donde entra de nuevo Naqistum. Cuando en 1962 perdió la custodia de la partitura y llevó a cabo un escarmiento masivo en forma de treinta y cinco asesinatos, tejió una alianza con la CIA para ayudarse mutuamente. Pero los servicios secretos no pudieron hacer nada por sacar el documento de la Casa Blanca y altos mandos del Servicio de Inteligencia —que habían sido convenientemente agasajados por Naqistum durante años— se sintieron en la obligación de colaborar: había que compensar las más de seis décadas que la partitura tardó en salir a la luz.

De ahí que la agente Freeman de la CIA se implicara tanto. El propio presidente de Naqistum se lo había pedido en persona.

Winmayer le dijo algo muy convincente:

—O la partitura o usted. —Y añadió—: Pero sepa que usted no me sirve para nada.

Era el mundo al revés: una organización secreta amenazando a la propia CIA.

Claro que todo esto Martin nunca lo supo. Para él, la partitura era una excusa que le permitía viajar a Viena con su amante y disfrutar de unos días de descanso. Punto.

De esta forma, ahora que esta historia cobra importancia —debido a que un demente pretende hacerse con aquella partitura que salió del fortepiano de Mozart—, cabe reflexionar sobre la debilidad de poder.

Imaginemos a la persona más poderosa del mundo. De pronto tiene una enfermedad y la curan. De pronto la amenazan con matarla y la protegen. De pronto le dicen que sus empresas están en bancarrota y alguien mueve la Bolsa para que gane millones de dólares.

Pero ¿qué pasaría si a esa persona tan poderosa alguien le anuncia la fecha de su muerte? Ya no hay asesores ni médicos ni seguridad ni tampoco fortunas que compren su desasosiego.

Por eso, da igual que las historias se cuenten como ensayo o como novela. Lo importante es saber que esa fórmula existe y que hoy mismo quizás alguien la esté utilizando.

El consuelo que nos queda es pensar que quien la posea sea responsable, no albergue egoísmo y la use para serenar, no para atemorizar.

Es decir, que sea una persona «de buen corazón».

31

En la actualidad

Lunes, 7 de diciembre, 9:00.
12 horas antes del fin

Peter Dauson mojaba la tostada en el café con leche mientras miraba la televisión. Estaba sentado en un taburete de la cafetería del hotel. A través del ventanal, el Corso Vittorio Emanuele II, a unos pasos de la plaza del Duomo, comenzaba su actividad semanal con furgonetas de reparto y el servicio de limpieza trabajando en la calle. La Navidad, a esas horas de la mañana, era menos Navidad.

En la pantalla —a un volumen que hacía imposible no apartar la vista—, unas imágenes mostraban el accidente de autobús que acababa de producirse. Era en la Dársela, en el barrio de los Navigli, justo donde se ramifican las vías fluviales de Milán en el Corso Ripa di Porta, uno de los lugares más turísticos.

La periodista que informaba en directo señalaba el lugar donde el autobús —con doce turistas y el conductor— había roto las protecciones y se había precipitado al agua. Según las primeras informaciones, no habría supervivientes, decía la periodista, y a continuación mostraba un plano general con el vehículo medio hundido. Se desconocían las causas del siniestro.

—*Porca miseria*! —exclamó el camarero secando un vaso—. *Ma com'è possibile*?

Peter asintió y le dio otro bocado a la tostada.

Otro hombre que estaba en la barra entabló una animada conversación con el camarero —compitiendo ambos en volumen con la televisión— y empezaron a debatir sobre seguridad vial y la cantidad de tráfico en aquella zona de la ciudad, y de ahí pasaron a la gestión de las emergencias, el rescate, etcétera, etcétera.

Peter pagó y se fue caminando.

Le quedaba más de una hora para su cita y los dos kilómetros de distancia se hacían con facilidad en un paseo agradable a esas horas por el centro de Milán.

La Società Culturale della Porta Romana es una emblemática institución milanesa. Está ubicada frente al monumento del mismo nombre, en un elegante barrio residencial cuyo edificio más característico es, precisamente, La Società, que aparte de ser el epicentro de la actividad cultural, alberga la mayor sala de billar de Milán, con una docena de mesas repartidas en una gran estancia decimonónica que combina a la perfección la decoración en madera con un mar de tapetes verdes.

Alrededor de la sala, había unos sillones con la tapicería desgastada y, en las paredes, pequeñas tablillas a modo de marcador. Todo ello daba a la estancia la sensación de que allí se había parado el tiempo a principios del siglo xx, pero con elegancia y sobriedad.

Lo primero que vio Peter al entrar fue a una señora de la limpieza, que ni siquiera levantó la cabeza para saludarlo, y al fondo, apoyado en el tapete de la última mesa, estaba Abraham Moonderlock.

—*Viva il Maestrino*! —gritó levantando los brazos.

Hizo un gesto pidiéndole a Peter que se acercara. Vestía un jersey azul marino de cuello abierto, vaqueros y zapatillas deportivas blancas; su aspecto era más juvenil que en Internet y en la videollamada. Ambos tenían, más o menos, la misma altura. Peter le notó unas ojeras muy acentuadas y una marca en el cuello parecida a una rozadura.

—Así ovacionaron a Mozart —prosiguió Moonderlock—. Fue cuando estrenó su primera ópera en Milán: *Mitrade*. Tenía catorce años. ¿Se imagina? Yo a esa edad solo pensaba en matar a un monje.

La carcajada se oyó en toda la sala. La mujer de la limpieza, demasiado lejos de ellos, seguía concentrada en su labor. Peter se detuvo al otro lado de la mesa y se limitó a saludar.

—No es buen día para risas —dijo.

Moonderlock se encogió de hombros.

—Estas cosas pasan… Si se refiere al accidente del autobús, quizá le interese saber que he sido yo. A veces los frenos fallan.

—¡¿Lo ha provocado usted?!

—Digamos que lo he organizado —dijo ladeando la cabeza—. Mis chicos son muy eficaces. ¿Acaso cree que todo lo que ha visto estos días lo hemos montado de la noche a la mañana?

—Evidentemente, no.

—Por supuesto, y siento decepcionarlo: tampoco iba dirigido a usted.

Peter no se esperaba esa aclaración y empezó a pensar en el destinatario: Erika, Silvia, ¿quién si no?…

—¿Dónde está Silvia Weits? —preguntó Peter.

Moonderlock sonrió tranquilamente.

—Está viva, si es lo que le interesa… Pero no se precipite. Hoy es un gran día y tenemos que disfrutarlo poco a poco.

Sobre el tapete, había un plano de Milán con dos puntos marcados en rojo.

—¿Recuerda el juego de los triángulos? —comentó—. Pues hoy el recorrido llega a su fin, señor Dauson. Pero, como soy un caballero, antes de nada, quiero darle las gracias por su puntualidad y por completar exitosamente todo el itinerario: primer triángulo, fábrica de chocolate-Schmetterlinghaus-estación de tren; segundo triángulo, Salzburgo-Hallstatt-monasterio de San Crisóstomo y ahora el último. —Golpeó con un dedo el mapa. Peter pudo ver dos puntos marcados en rojo: la dársena y la Porta Romana.

Peter levantó la vista y vio a un hombre joven de rasgos eslavos, vestido de traje, que los observaba discretamente a pocos metros de ellos, junto a una cortina de terciopelo.

Moonderlock señaló hacia él con la cabeza.

—No se preocupe; es Norman. Me acompaña siempre. Es para evitar problemas.

Peter lo miró y vio que el matón descansaba sus brazos a lo largo del cuerpo, como un vaquero del Oeste dispuesto a desenfundar. «Este también la lleva en la bandolera, como Lorant, aunque no se parecen en nada», pensó.

—¿Para qué se toma tantas molestias?

—¿Se refiere a Norman o al juego?

—A todo.

Moonderlock sonrió abriendo los brazos.

—¡Me gusta jugar! Ya se lo he dicho. No me negará que ha sido divertido, no como con esos aburridos de Naqistum, que hacen todo

tan serio que parecen vivir en un funeral constante. Yo también provoco funerales, pero son entretenidos. ¿No cree?

—Creo que está loco.

—No, señor Dauson. —A Moonderlock pareció no gustarle el comentario, pero negó con resignación—. Cuando alguien dedica su vida a un objetivo y pone en ello todas sus horas y sus recursos, jamás lo lograría si fuera un loco.

—¿Prefiere que diga un demente obsesivo?

—Justiciero estaría mejor.

Peter lo miró fijamente.

—Esa es una palabra demasiado bonita.

—Bueno, son gustos… —Moonderlock apoyó las manos inclinándose hacia adelante—. Seguro que usted también tiene obsesiones. ¿No lo atormentan sus recuerdos? ¿No se arrepiente de cosas que ha hecho?

—Pero no daño a nadie.

—¿Seguro? —Moonderlock pareció contenerse. No quiso ir más allá. Solo dijo—: Todos tenemos seres queridos que a veces sufren por nuestra culpa, señor Dauson.

La mujer de la limpieza se acercó sin darle importancia a la reunión. Discretamente, el tipo de la cortina le hizo un gesto y ella se dio por aludida. Regresó con su escoba al fondo de la sala y salió.

—Verá, Peter, aunque suene raro, yo me hice informático para reventar todo desde dentro. Es como lo del piloto del 11-S: años y años de preparación y luego va y estrella un avión contra las Torres Gemelas.

—Eso es crimen y fanatismo.

—Sin duda lo es, pero no se quede solo con eso. —Se tocó el cuello, enrojecido por la sesión de sado del día anterior—. Fíjese: ¿diría que esta marca es de haber intentado ahorcarme?… Pues no. Aunque no lo crea, es de placer. —Se acomodó el jersey intentando ocultarla—. Le digo esto para que comprenda que las cosas no son como las vemos. Yo me he marcado como objetivo la involución de la humanidad. Es la única manera de que el mundo no se vaya a la mierda: corrupción, libertinaje, abusos…

Ante ese discurso, Peter pensó una vez más: «Paciencia, déjalo hablar».

Y Moonderlock prosiguió:

—Sé que es un contrasentido: pretender reventar la tecnología siendo un experto en ella, pero no crea. La inteligencia artificial, por ejemplo. Sin ella no habría podido desactivar los cortafuegos de la CIA ni de Naqistum, ni siquiera habría podido seguirles a ustedes, pero tan útil como es, muy pronto se convertirá en nuestro mayor enemigo. ¿Por qué? Porque el ser humano es insaciable. Posiblemente veamos nuestra propia aniquilación. —Y, bajando la voz, en tono respetuoso, añadió—: ¿Cree usted que Mozart sería el mismo en medio de toda esta basura?

Dauson, por fin, lo interrumpió:

—¿Para qué me ha citado aquí?

Moonderlock hizo un gesto y el matón le acercó una bolsa negra pequeña. Sacó tres bolas de billar, una blanca, una blanca con punto y una roja, y las colocó formando un triángulo.

—*Forza e fortezza*! —afirmó—. El triángulo lo es todo, señor Dauson. ¿Qué sería de la vida sin él? Lo malo es que, a veces, nos volvemos intransigentes, como le ocurrió a Mágirus. Una pena. No

quiso decirnos nada de la fórmula, le insistimos… pero no hubo manera y, al final, terminó como las calaveras que custodia: le vaciamos el cráneo y lo colocamos allí con los demás. —Suspiró profundamente—. En el pueblo piensan que desapareció. No saben que estará con ellos para siempre.

—Eso no era necesario.

—¡¿Ah, no?!… —Cogió una bola y la golpeó contra el tapete provocando una hendidura—. ¿Qué es necesario, entonces, señor periodista? ¿El egoísmo? ¿Olvidarnos de ser solidarios?

—Usted no lo ha sido con ese hombre.

Moonderlock se calmó al instante.

—Mágirus, como los turistas del autobús, son daños colaterales. La vida es impacto y propaganda. —Señaló hacia el ventanal—. Fíjese, si no, en el Arco di Porta Romana. Carlos VI lo mandó construir para celebrar su entrada en la ciudad. ¿Era necesario? No. Pero así colmó su ego. La historia está llena de conmemoraciones por guerras ganadas, que no son otra cosa que fiestas a cambio de sufrimiento humano.

—Si activa el arma óptica, truncará millones de vidas —repuso Peter. Recordaba lo que la agente Freeman le había dicho: nada le impedirá apretar el botón.

—Eso depende de usted. ¿Recuerda? La partitura.

—No la tengo.

—Pero la tendrá. Hoy mismo. Me la entregará y entonces nos olvidaremos de todo este asunto.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque es mi juego, señor Dauson. —Juntó las bolas y las hizo sonar—. Piense en el número 3, el preferido de los masones y de

Mozart. En *La flauta mágica*, por ejemplo, tenemos tres damas, tres pruebas, tres niños y las tres puertas del Palacio de Sarastro. Estos días ha habido tres lamentables sucesos con resultado de muerte: el guardia de la Schmetterlinghaus, mi amigo el Belga y el autobús del Navigli. —Agitó una mano—. Mágirus no cuenta; fue un tozudo.

—¿Y qué me quiere decir con eso? —Peter recordó la frase de Freeman: «Sígale el juego».

—Que esta noche cerraremos el tercer triángulo. —Deslizó el plano hacia él—. Le estaré esperando en la terraza del último vértice a las nueve. Justo cuando la Reina de la Noche lance su lamento. —Lo miró fijamente y recitó la frase que canta la soprano—. «¡La venganza del infierno hierve en mi corazón!».

—¿Y la partitura?

—La conseguirá, Peter. Todo a su tiempo.

—¿Ha dicho en la terraza?

—Exacto. Es un lugar hermoso. —Y comenzó a decir—: «Sobre la voz de los ángeles que descansan bajo el atrio…».

Peter recordó el acertijo de Mágirus.

—¡Ah, lo olvidaba! —repuso Moonderlock—. Tengo un regalo para usted.

Sacó de debajo de la mesa una funda y, dentro de ella, había un esmoquin colgado en una percha: chaqueta, camisa, pajarita y pantalón.

—Nuestra cita es importante; merece elegancia. Creo que es de su talla.

—No más muertes, por favor.

Moonderlock dejó la bolsa sobre el tapete y se encaminó hacia donde le esperaba el guardaespaldas.

—Si usted cumple, yo seguiré siendo un caballero. —Levantó el móvil y accionó el *flash* emitiendo un leve destello—. Dejemos que la Reina de la Noche hable; después lo haremos nosotros.

El matón abrió la cortina y lo dejó pasar.

Peter Dauson se quedó solo en aquella inmensa sala. Miró el plano y se apresuró a coger un taco de billar para medir la distancia entre el Navigli y la Porta Romana. Al triangular, enseguida obtuvo el resultado: la Scala de Milán.

Entonces levantó la vista y completó la frase:

—«…construyeron otro templo para imitar su canto».

32

Lo primero que hizo al salir fue llamar a Gino, el jefe de prensa de la Scala. Era un colega de profesión. Peter y él habían coincidido en varios congresos de música y periodismo y, cada vez que iba a Milán, hacía un hueco para quedar y tomar algo juntos.

Pero ese día era distinto.

Con su habitual desparpajo, nada más descolgar el móvil, Gino empezó a hacerle mil preguntas —todas intrascendentes—, hasta que Peter lo interrumpió con delicadeza.

—Necesito que me enseñes el teatro.

—¿Te refieres a una visita guiada? —dijo Gino sorprendido.

—No, solo el sótano.

Media hora después, Peter Dauson entraba por la puerta de servicio de la Scala y ambos se daban un efusivo abrazo. Gino lo recibió con su acostumbrada incontinencia verbal, siempre a un volumen tan alto que parecía estar hablándole a alguien a diez metros de distancia. Su habitual porte elegante, pantalón blanco, camisa y chaqueta azul con pañuelo sobresaliendo del bolsillo, no había perdido lustre a pesar de frisar ya los sesenta.

Le preguntó cómo era eso de que quería visitar el sótano y Peter le contó lo imprescindible. Y lo imprescindible fue una mentira absoluta: estaba preparando una serie de reportajes sobre el arte sacro en los teatros de Europa y le habían contado que la Scala tenía ángeles.

—¿Ángeles? —repitió Gino—. Muy poca gente sabe eso. Pero vas algo desencaminado.

—¿Por?

—Porque no se trata de arte sacro.

Bajaron por unas escaleras que nada tenían que ver con el glamur del teatro. Eran peldaños incómodos hechos de losas desiguales que descendían en curva hasta una pequeña estancia abovedada en cuyo centro había una alfombra. Daba la impresión de que, más que decorar, tapaba algo. Sobre una pequeña repisa, un cirio electrónico que hacía las veces de vela estaba encendido.

Gino lo señaló.

—Por razones obvias, no puede ser de verdad.

Y, antes de apartar la alfombra, lo previno:

—Prométeme una cosa, Peter. —Él asintió—. No cuentes esto en tu reportaje. No es que no se sepa, pero es un tema delicado que la dirección prefiere evitar.

—De acuerdo. —Realmente, a Peter lo único que le interesaba era comprobar si la frase que le habían mencionado Mágirus y Moonderlock se encontraba allí. De ser así, no habría dudas: la partitura estaría en la Scala.

Al apartar la alfombra, apareció ante ellos un gran cristal rectangular enmarcado en madera. Debajo estaba oscuro. Junto al marco superior, había una leyenda en latín esculpida en la piedra:

Supra vocem angelorum
qui sub atrio quiescunt,
aliud templum aedificaverunt
ad imitandum carmen eorum.

—Viene a decir algo así: «Sobre la voz de los ángeles que descansan bajo el atrio, construyeron otro templo para imitar su canto». —Sin darse cuenta, Peter iba mascullándola y casi no pudo disimular la euforia.

Gino ya se había girado hacia la pared para accionar un interruptor. De pronto, el hueco que había debajo del cristal se iluminó y Peter pudo ver que aquello era un osario. Daba la impresión de que estaba muy bien cuidado, ya que solo se veían calaveras y otros restos óseos, todos amontonados y repartidos en los seis metros cuadrados que medía aproximadamente el nicho.

Peter Dauson no ocultó su sorpresa.

—Como ves, no es arte sacro —concluyó Gino.

—Tampoco son ángeles.

—En su día, lo fueron: son esqueletos de niños.

Y le contó la historia de la escolanía, los huérfanos, los *castrati*, el padre Giuseppe Drevi y la muerte accidental de aquellos seis pequeños cantores.

—Desde entonces han pasado más de doscientos cincuenta años y esta sepultura se ha mantenido respetuosamente acondicionada; nunca falta un cirio encendido, aunque sea electrónico, en memoria de sus almas.

Peter no salía de su asombro. Ahora le cuadraban muchas cosas.

—¿Y dices que no entra en la visita guiada?

—Así es —admitió Gino—. No habría inconveniente en enseñarlo, pero, ya sabes, por aquí hay gente muy susceptible. ¿No pasa lo mismo en la Ópera de Viena?

Peter asintió:

—Más o menos.

Era cierto y también comprensible. Porque, si nos remontamos a los acontecimientos de 1776, con una iglesia derruida a toda prisa y un teatro levantado también en tiempo récord, no era de extrañar que la expectación fuera máxima en los círculos aristocráticos y hubiera interés por pasar página cuanto antes de lo sucedido a los niños del coro.

Una tragedia así no casaba con el Milán del lujo y la cultura. La efervescencia que se vivía en las semanas previas a la inauguración del teatro, con la compra de palcos y su decoración por parte de las élites, se convirtió en una competición para medir el poder económico de cada familia.

Después estaba el postureo. Las tertulias en los cafés. Los encuentros con los artistas. En fin, que la Scala se convirtió, desde el día de su apertura, en el centro neurálgico de la alta sociedad milanesa, y todo eso —como es obvio— nada tenía que ver con la humilde petición que el padre Drevi le hizo al arzobispo.

Pero a rey muerto, rey puesto; en este caso, a niño muerto, teatro puesto.

Ni la dirección de la Scala tenía culpa, ni tampoco la Iglesia. Nadie era responsable. Si acaso el destino, que hizo que aquella fatídica mañana un muro de piedra cayera sobre seis niños y acabara con sus vidas, mientras la Iglesia de Santa Maria della Scala vivía sus últimos días como templo.

Pocos lloraron la pérdida de los escolanos y las escasas lágrimas que se derramaron acabaron diluyéndose dos años después entre perfumes y olor a lámparas de aceite, cuando el telón se levantó con la ópera inaugural, *L'Europa riconosciuta*, que Antonio Salieri compuso para la ocasión.

Cuando Peter Dauson volvió a darle un abrazo a Gino, fue para despedirse y agradecerle que le dedicara su tiempo en un día tan complicado como el de la apertura de temporada.

Algo había ganado; ya sabía el lugar donde estaba la partitura y ahora solo necesitaba una cosa: encontrarla.

Le quedaban nueve horas.

Cruzó la calle en dirección a la piazza della Scalla y, justo cuando atravesaba la galería Vittorio Emanuele II de camino al Duomo, sonó su móvil.

De nuevo, número oculto. Aun así, ya intuyó quién sería y preguntó:

—¿Ya me echa de menos?

—Mucho —respondió Moonderlock.

—¿Qué desea?

El informático dejó pasar unos segundos. No toleraba que nadie llevara la iniciativa.

—Quería preguntarle qué tal con los ángeles.

—Ahí están, bajo el atrio.

Se oyó una sonrisa comedida.

—Una visita productiva; me alegro. ¿Qué tal si ahora se relaja tomando un spritz?

—Gracias, no me apetece.

—Oh, seguro que sí. Vaya a la Terrazza Aperol; quizá le interese lo que hay allí. No olvide que mis chicos son el ojo que todo lo ve alrededor de la Scala.

Y Peter fue. Y, en una mesa con vistas al Duomo, allí estaba ella: Silvia Weits.

33

Ambos se sorprendieron por igual, pero Silvia se repuso antes.

Vestía un conjunto informal de vaqueros *wide leg*, jersey de cuello alto y abrigo de paño blanco. Se notaba que había tenido tiempo para cambiar de atuendo. No así Peter, quien seguía con la misma ropa que había comprado en el aeropuerto de Bruselas: vaqueros azules, camisa blanca y un plumífero verde oscuro; allí mismo había dejado la ropa que amablemente le había ofrecido la limpiadora del cementerio de Namur.

Mientras se acercaba, esquivando mesas llenas de gente, su expresión era de decepción y certeza a la vez; muchas cosas empezaban a encajar.

—Te hacía en Nueva York —fue su saludo.

Silvia señaló una silla donde había varias bolsas.

—Estoy de compras. —Y al ver la funda del esmoquin, añadió—: Creo que tú también.

Le hizo sitio y Peter se fijó en que había dos vasos.

—¿Tienes compañía?

—Ya no.

—¿Podemos hablar?

—Pero sin preguntas —aclaró ella—. Solo admitiré una.

Peter recorrió su rostro palmo a palmo observando cada detalle. A pesar del maquillaje, notó las ojeras producto del cansancio y ella se

dio cuenta de que el escrutinio iba mucho más allá de su piel. Aun así, siguió mirando al frente, admirando la belleza de la catedral.

—Las cosas no son lo que parecen, Peter.

—Eso mismo me dijo Moonderlock.

Ahora lo miró a la cara.

—¿Has estado con él?

—Hace una hora. —Y añadió—: Tú sí puedes preguntar. Adelante.

Silvia suspiró, pero no como señal de nerviosismo. Quizá fue por el respeto que se tenían o el abismo de interrogantes que los separaba.

Peter prosiguió:

—Moonderlock me aseguró que esta noche, en la Scala, todo terminará.

—Puede ser.

—Y que tú estabas viva… Un gran avance, dado que llevo buscándote desde ayer por la mañana.

—¿Cómo me has encontrado?

—Él me lo dijo. Tiene monitorizada toda esta zona.

A Peter le costaba horrores evitar las preguntas. Pero no podía permitir que ella se fuera. La prioridad absoluta, se dijo, era la seguridad de Erika Bagner. Si Silvia había sabido cuidarse sola —a la vista estaba—, ya no necesitaba protección. «¿Dónde está la mujer indefensa y empapada en chocolate?», pensó.

Entonces, señaló su mano vendada.

—¿Qué tal va?

—Mejor, gracias.

—Espero que esto no cuente como pregunta.

Silvia esbozó una leve sonrisa y jugueteó con la venda.

—Peter… no voy a pedirte disculpas, porque lo que me está ocurriendo trasciende nuestra amistad. Es mucho más importante. —Notó que se estaba metiendo en un laberinto. Por su mente pasó como un relámpago la tarde en que coincidió en el parque de la universidad con aquel hombre mayor, «un investigador», le dijo él, y empezaron a hablar. Media hora más tarde, Axel Martin, sin proponerse nada, se abrió en canal como nunca lo había hecho con nadie y le contó las penurias de su vida. Silvia se dio cuenta de que no se trataba de ninguna estrategia de seducción; de hecho, cuando él le pidió perdón por tanta sinceridad, iba a levantarse y fue ella quien le puso una mano en el brazo para que se quedara. Le tocaba a Silvia relatar su penosa vida sentimental. Y lo hizo. Y ahí empezó todo. Sin quererlo ninguno. Necesitándose ambos.

Miró a Peter y pareció volver a la realidad.

—A veces, cometemos locuras por amor… —Su tono recuperó la distancia emocional—. De todas formas, sabes que soy práctica y poco dada a las emociones.

—Lo sé —respondió Peter.

—Aun así, reconozco que podía haber hecho algo más que salir corriendo de aquella sacristía.

—Un escrito, unas palabras…

—Sí, pero entonces no me hubiera ido.

Peter no acaba de entender qué estaba pasando; tenía mil preguntas…

—Si esta noche no entrego esa partitura, millones de personas se quedarán ciegas —se lamentó Peter.

Silvia tomó un sorbo de su spritz y no respondió. Se levantó excusándose para ir al baño y le dijo que, de paso, le traería un

aperitivo.

Entonces, por un instante, el recuerdo de Adele vino a la mente del periodista. Acudió al mismo tiempo que un grupo de palomas revoloteaba sobre el Duomo. Adele nunca llegó a conocer Milán. No fue a la ópera. ¿Quizá le gustase de mayor? Cantantes, espectáculos, música… Era una niña muy inquieta. Le encantaba leer. Decía que, si las cosas que pasan en los libros pudieran hacerse realidad, ella escogería ser Alicia en el País de las Maravillas.

—Buena elección —le dijo Peter, ya en el hospital—. Alicia tiene muchos amigos y los malos no son tan malos.

Así era el mundo de Adele: la inocencia infantil rompiéndose a los once años, no por la edad, sino por la maldita enfermedad que se la estaba llevando.

Mirando la belleza de la catedral, Peter pensó en todo lo bueno que puede hacer el ser humano sin necesidad de maldad. Sin embargo, hay gente que la prefiere antes que ir por la vida haciendo lo que corresponde, dejándose llevar por la tranquilidad de una conciencia tranquila.

En medio de esos pensamientos, miró hacia el interior de la cafetería. Silvia estaba pagando y cogía un vaso. Luego llegó a su lado y él, casi de un trago, se tomó el *spritz* —por compromiso y también porque llevaba más de tres horas sin beber nada—. Ambos se levantaron y salieron a la plaza del Duomo.

—¿Llevarás la partitura? —preguntó él.

—Sí.

—¿Me la darás?

—Solo una pregunta, ¿recuerdas?

Y, sin tiempo para más, Silvia se despidió y comenzó a caminar, dejándolo parado en medio de un revolotear de palomas.

Miedo. Desconfianza. Amor. Impulso. Valentía. Cobardía. A Peter Dauson le invadió de pronto un tropel de sensaciones. Quizá no volviera a verla nunca más.

¿Qué le diría, entonces, a Moonderlock?

¿Y Erika?

Echó a andar hacia su hotel. Necesitaba ordenar las ideas y descansar. Estaba algo mareado. La tarde iba a ser larga con *La flauta mágica* abriendo la temporada de ópera en la Scala de Milán y había que estar preparado para cualquier cosa.

34

En la actualidad

Lunes, 7 de diciembre, 20:15.
45 minutos antes del fin

Al abrir los ojos, lo primero que hizo fue intentar descubrir dónde estaba. Cama inmensa. Habitación oscura. Luz nocturna entrando por la ventana.

Olor a hotel.

Peter Dauson sacudió la cabeza y apretó los ojos para volver a la realidad. «Poneos en marcha», ordenó mentalmente a sus neuronas, y echó una mano a la mesilla de noche. Miró la hora en el móvil.

Las 20:15.

¿De la tarde?… Si fueran de la mañana, serían las 08:15.

—¡Joder! —gritó.

Se puso en pie de un salto y, al acercarse a la ventana, vio el Corso Vittorio Emanuele lleno de gente y un cartel que anunciaba *La flauta mágica*. Se palpó los bolsillos en busca de su certificado de identidad. Todo correcto; seguía allí. Y, colgado de una percha junto al armario, estaba el esmoquin.

Claro que lo que Peter no vio fue que el teatro ya estaba lleno de público, con los músicos afinando a las órdenes del concertino, y que en los camerinos los artistas realizaban ejercicios de calentamiento de la voz mientras ultimaban los retoques del maquillaje. Tampoco

vio que Silvia Weits, con un elegante vestido rojo —de manga larga y cuello barco— y su melena negra recogida en un moño, hablaba en el vestíbulo de la Scala con un hombre vestido de frac y pajarita blanca.

Las mil ochocientas localidades estaban vendidas desde hacía meses. Mozart volvía a triunfar en Milán.

Marcó el número del teatro y, tras varios intentos, alguien se puso al teléfono.

—Disculpe, ¿podría decirme si se ha guardado un minuto de silencio por el accidente del Navigli?

—Sí, señor —respondió una voz de mujer con amabilidad.

—Con lo cual, se habrá retrasado el comienzo.

—En efecto, cinco minutos.

—¿Y a qué hora ha empezado la ópera?

Se hizo un breve silencio.

—Hace más de una hora, señor.

«Joder», pensó.

—¿Desea algo más? —Notó impaciencia en la voz.

—No, muchas gracias.

Colgó el teléfono e intentó levantarse de la cama, pero una punzada en la sien lo hizo quedarse quieto y respirar profundamente. Cerró los ojos y se vio —como en una película, a vista de dron— sentado en la Terrazza Aperol mientras en la barra Silvia Weits vertía algo en un vaso de spritz. Luego se lo llevaba y él se lo tomaba a toda prisa.

Volvió a mirar la hora: 20:25.

Se desnudó por completo —aún estaba con la ropa puesta tal y como se había echado en la cama—, abrió la ventana y dejó que un viento frío inundase la habitación. Se fue al baño a darse una ducha helada.

«Es la única manera de quitarme esta somnolencia», pensó.

Tres minutos más tarde, tiritando, se puso la vestimenta de gala y, tras arreglarse el pelo con las manos, cogió un *snack* de la nevera y salió del hotel echando a correr en dirección a la Scala; por un instante, pensó que Moonderlock podía haberle regalado también un abrigo a juego con su vestimenta de etiqueta. Estaba aterido.

20:40.

Lo bueno de llegar tarde y tener un pase de prensa —el que le había gestionado Erika— fue que su diálogo con el taquillero apenas le llevó un minuto, lo que tardó en identificarse; luego empleó otro más en entrar y en alcanzar el vestíbulo de columnas —conocido como el *foyer*—, desde donde se distribuye el público para acceder a la platea, los palcos y las galerías superiores.

Estaba desierto. Apenas un par de acomodadores bajo las hermosas lámparas de cristal. Ese grandioso espacio —de estilo neoclásico, con columnas de mármol y espejos— no solo era un lugar de paso, sino también un punto de encuentro donde el público socializaba antes y después del espectáculo o durante las pausas de la función.

De fondo se oía a Sarastro y al coro. Acababa de empezar el segundo acto. El sumo sacerdote cantaba con su voz de bajo una oda al perdón y a la fraternidad. Peter se sabía la ópera de memoria y pensó que ese momento resumía perfectamente lo que le estaba

ocurriendo: venganza, luz, oscuridad y también ignorancia y sabiduría… Sarastro y él tenían mucho en común.

Subió corriendo hasta el cuarto nivel de los palcos y se asomó a uno de ellos, cuidándose de no hacer ruido ni molestar a los espectadores.

20:45.

Corrió la cortina y varias personas se volvieron incomodadas porque alguien entraba en el palco en plena representación. Peter se disculpó, pero siguió allí. Se acercó a la balconada y echó un vistazo al teatro. A pesar de la penumbra, la luz del escenario iluminaba el rostro de los espectadores y, desde donde estaba, casi en línea recta con el escenario, tenía una buena visión de todo el conjunto.

Lo malo eran dos cosas: el hombre de edad avanzada que le estaba echando la bronca y el hecho de que le quedaran aún ciento cincuenta palcos por revisar.

La segunda vez que el hombre le recriminó la «invasión», también le tocó el brazo y entonces Peter, haciendo uso de sus conocimientos de defensa personal, le agarró un dedo y se lo retorció hasta el límite del dolor, pidiéndole amablemente que guardara silencio. Todo con mucha discreción; tanta, que los demás ni se enteraron y el hombre entendió el mensaje al instante.

Peter le soltó el dedo y susurró:

—Es una urgencia.

Y enseguida la vio.

Silvia estaba dos niveles más abajo, en la zona lateral izquierda, mirando hacia el escenario. Le costó identificarla porque nunca la había visto con un vestido de noche ni con el cabello recogido.

Contó las localidades que tendría que recorrer, se despidió y bajó apresuradamente las escaleras hasta llegar al pasillo donde se encontraba ella.

Las tres damas cantan… tientan al príncipe Tamino para que se aparte del camino de la luz y la sabiduría.

Al descorrer la cortina, Silvia giró la cabeza y contuvo un grito. Peter la cogió de la muñeca y la sacó del palco a la fuerza; las otras tres personas que estaban allí le hicieron señas a un acomodador.

En el antepalco, Peter le mantuvo sujeta la muñeca y ambos se miraron sin decirse nada. Por lo demás, nadie se levantó. No hubo recriminaciones. Nada de escándalo. Peter pudo ver, a través de la cortina, que los otros espectadores, aparte de comentar en voz baja lo que acababan de ver, ni se movieron de sus localidades.

La ópera seguía.

Por fin, con Silvia más calmada, él la soltó.

—¿Qué había en ese aperitivo? —preguntó conteniendo el volumen.

—No quería que vinieras…

—¡Eso ya lo sé! ¿Qué mierda me pusiste?

—¡Antihistamínico! —dijo ella encarándose—. El que tomo para mi alergia. —Abrió el bolso y le mostró las cápsulas—. Lo usábamos como sedación en dosis altas cuando no teníamos nada más a mano. ¿Te acuerdas de Siria?

Peter respiraba entrecortadamente. Los efectos aún le duraban. Pero eso no impedía que luciera elegante con el esmoquin y la

pajarita negra.

—Tenía que hacerlo… —Silvia no se estaba disculpando.

En ese momento, aparecieron dos acomodadores. Iban a intervenir cuando ella levantó una mano.

—Ha sido un malentendido.

Tras unos segundos de dudas, uno de los hombres asintió.

—De acuerdo, señora. Si necesita algo…

—Gracias.

Salieron del antepalco y la pareja siguió mirándose fijamente.

—¿Por qué lo hiciste? —insistió Peter.

—La partitura debe llegar a su dueño… y no es precisamente Moonderlock.

—¿De qué estás hablando?

—Naqistum, Peter. —Lo miró profundamente, como si eso bastara para que él lo entendiera. Se masajeó la mano vendada y añadió—: Me han estado extorsionando desde el primer momento.

—¿A ti?, ¿por qué?

—Porque son despiadados. —Sus labios empezaron a temblar—. Antes de toda esta locura, ya me habían amenazado. Fue en el avión. ¡En el mismo puto avión en el que Axel y yo viajábamos de Nueva York a Viena! Allí me abordó una mujer y me dijo que, si no le entregábamos la partitura a Naqistum, matarían a mi hijo. —Ahora fue Silvia quien lo agarró y lo zarandeó—. ¡¿Sabes lo que eso significa?! ¿Que amenacen de muerte a tu hijo y que te enseñen una fotografía suya? ¡Acababan de hacérsela esa misma tarde, joder! Y me lo dicen ahí, en plena noche, en el *office* del avión, donde las azafatas preparan la comida.

Tamino y Papageno sellan su pacto de silencio con los sacerdotes del templo. Van a someterse a la gran prueba y demostrar que pueden superar sus miedos.

Silvia empezó a llorar.

—Era el único acuerdo posible. Dijeron que cumplirían su amenaza… y yo acepté.

Ciertamente, hacía semanas que todo estaba planeado. Naqistum no iba a perder la oportunidad de recuperar la partitura y para ello puso en marcha toda su maquinaria. Tenía claro que su objetivo no era el profesor Martin sino su amante: Silvia Weits.

Lo primero que hizo la organización fue seguirla día y noche, conocer sus hábitos, qué comía, cuál era su gimnasio, sus horarios de trabajo y, por supuesto, recopilar toda la información posible sobre Andrew, su hijo de seis años. Esa sería la gran baza.

De esta manera, cuando aquella mujer de mediana edad y rasgos duros coincidió con ella sirviéndose un vaso de agua en el *galley* del Airbus A350, el destino de esta historia ya estaba sentenciado.

Por supuesto, la amenaza a su hijo era creíble —lo constataba la demostración de poder que exhibieron haciéndole la foto a Andrew ese mismo día—, pero, aun así, Silvia quiso informarse sobre Naqistum y se conectó a Internet al volver a su asiento. Descubrió que era una sociedad secreta —mucho más antigua que la Orden del Grial— y que estaba infiltrada en todos los estamentos políticos, sociales y empresariales.

El pacto con la extraña mujer consistía en que, cuando Silvia y Martin fueran de camino al museo, dos hombres los interceptarían en el callejón de Jesutengasse —justo debajo del arco— y allí les

robarían la partitura, sin violencia, sin necesidad de hacerles daño, siempre y cuando el profesor colaborase. Pero su asesinato desbarató el plan. Naqistum no contaba con eso.

En consecuencia, la partitura que debía entregarse al día siguiente permaneció guardada en la caja fuerte de la habitación de Silvia Weits, en el hotel, durante varios días hasta que, tras la inundación de Namur, la arqueóloga regresó a Viena acompañada por peones de Naqistum para recoger el documento y llevarlo a Milán. Era el punto de encuentro acordado por la organización para no correr riesgos, dada la tensa situación que se vivía en Viena.

De esta manera —sin que Peter Dauson supiera nada—, Silvia Weits mantuvo contacto permanente con la hermandad durante toda su huida por Salzburgo, Bruselas y Milán, fuga a la que se prestó por orden de la organización. Pensaban que así despistarían a la mafia del arte, responsable del asesinato de Martin y cuyo objetivo era, igualmente, hacerse con la partitura.

A esas alturas, Naqistum ya conocía el plan de Moonderlock y, a su vez, él lo sabía todo de ellos.

La partida de ajedrez estaba planteada.

El momento más complicado para Silvia fue cuando el hotel donde se alojaba anunció que cerraba dos días por «problemas técnicos» —en realidad era por el registro en la habitación de Martin—. Esa noche, mientras esperaba a Peter en el vestíbulo, preguntó en recepción si podría dejar sus cosas en su cuarto —ya que tenía reserva para una semana— y le respondieron que no habría problema, con lo cual la partitura permaneció allí guardada todo el tiempo.

Así fue como, tras ese periplo, intentando evitar que Peter descubriera el engaño, Naqistum citó a Silvia en la Scala media hora antes de comenzar la representación.

Tendría que verse en el vestíbulo con un joven músico de la orquesta, quien se acercaría a ella con una funda de violín y le diría:

—Hola, yo soy Lukas y tú eres Silvia.

Y, entonces, ella le entregaría el cilindro con la partitura y él lo guardaría. Sin más palabras ni despedidas, Lukas se iría a realizar su trabajo y eso sería todo.

Claro que Moonderlock, al tener monitorizadas las comunicaciones de Naqistum, sabía que, inicialmente, el encargado de llevar la partitura a la Scala era Lukas. Tendría que entregársela a un emisario de Naqistum, que la llevaría a la sede central de la organización, ubicada en la propia ciudad.

Pero el asesinato de Martin lo trastocó todo.

Y, con la entrada de Silvia en escena, también cambiaron los planes de Moonderlock.

El destino final no varió: era la Scala, pero sí los protagonistas, y eso le obligó a modificar la táctica y centrarse en Peter Dauson como figura clave de toda esta historia. Era amigo de Erika y de Silvia. Algo perfecto.

El único momento de duda para Silvia fue cuando, yendo al monasterio de San Crisóstomo, Moonderlock la amenazó con su hijo.

Esa noche llamó a la mujer de Naqistum y le contó lo sucedido, y entonces Silvia depositó su confianza en la organización. La mujer le aseguró que Andrew estaría protegido las veinticuatro horas del día y así seguiría siendo si ella cumplía el pacto.

Cuando terminó su relato, Peter preguntó:

—¿Sigues creyendo en Naqistum?

Una punzada de incomodidad le apretó el estómago. En realidad, la extraña mujer no había dicho nada sobre qué pasaría con Andrew una vez cumplido el pacto.

—Quiero creerles… —respondió Silvia.

A través de la cortina, se oyeron unos tímidos aplausos: Monostatos había terminado su lamento por no sentirse correspondido en el amor. Entonces Pamina y su madre empezaron a hablar y enseguida sonaron los primeros compases de «Der Hölle Rache kocht in meinem Herzen», el aria culmen de la ópera.

La Reina de la Noche empezó a cantar.

20:50.

Peter no tenía tiempo y apeló a lo único que le quedaba:

—Si no consigo esa partitura —dijo—, cada vez que veamos a una persona ciega, nos resultará insoportable. Por favor, Silvia, hazlo por el pasado.

Y ella, sin dudarlo, respondió:

—Si tengo que elegir entre salvar a millones de personas o a mi hijo, lo siento, Peter, elijo a mi hijo.

Y entonces, hizo un gesto instintivo. Fue sin querer. Miró hacia el escenario y Peter se fijó en que bajaba demasiado la vista. Observaba el foso de la orquesta. Fue un segundo. Apenas un instante. Luego intentó recobrar su firmeza, pero ya era demasiado tarde. Peter Dauson ya no la miraba a ella, sino que escudriñaba a cada músico, cada instrumento, la batuta del director…

«Dejemos que la Reina de la Noche hable; después lo haremos nosotros», pensó recordando las palabras de Moonderlock.

20:52.

«La venganza del infierno hierve en mi corazón… Dejarás de ser mi hija. ¡Serás maldita toda la eternidad!», dice la reina.

Y entonces lo vio.

Lukas Volkheim tocaba el violín al tiempo que agitaba su melena al compás de la música. Aquella no era la Filarmónica de Viena, pero el joven violinista estaba allí. ¿En Milán?… De pronto, la mente de Peter Dauson se llenó de cosas: el primo, la fábrica, el tanque de chocolate y la petición de que cubriera la noticia utilizando el asqueroso reclamo de la muerte de Adele.

Todo eso le pasó por la mente.

Y cuando Silvia intentó sacarlo de sus pensamientos gritando «¡Peter!»…, él no quiso y siguió mirando a Lukas, quien, a las órdenes del director, no se imaginaba que la partitura que guardaba estaba seriamente amenazada.

Calculó la altura. Muy alto para saltar. Y el tiempo: tres minutos. Y justo cuando los *loggionisti* —los espectadores más exigentes y apasionados de la Scala— se disponían a ovacionar a la soprano, en el silencio de la Scala, Peter gritó:

—¡Fuego!

35

20:55.

Por supuesto, los aspersores antiincendios no se activaron. No había fuego. Pero el pánico sí había prendido. El público intentaba salir y lo hacía en completo desorden a través de unas puertas saturadas, al tiempo que por megafonía se daban recomendaciones para realizar una correcta evacuación y serenar, en la medida de lo posible, aquella situación inesperada y extravagante.

En realidad, lo único que ocurría a ojos de todos era que un tipo intentaba descolgarse por los palcos del teatro. Pero, claro, el miedo no lo ve así.

Cuando Lukas Volkheim levantó la vista, Peter ya se había agarrado al aplique luminoso de la pared y estaba descendiendo hacia el primer nivel.

Lo primero que pensó fue en Tío Gregor y en la promesa de llevarle a Liechtenstein la partitura. Lo segundo: cómo podría huir del foso en medio de aquel caos monumental, con músicos, atriles e instrumentos tirados por el suelo, sabiendo que Peter Dauson venía inequívocamente hacia él para coger la partitura a costa de lo que fuera.

La desbandada fue total.

El griterío había transformado el teatro en un zafarrancho de gente escapando y saltando por todas partes, mientras él, uno de los violinistas más prestigiosos de Viena, estaba allí, en medio del

foso, como una estatua del Templo del Sol de Sarastro, cuyo decorado tenía tres metros más arriba.

Echó un vistazo a la funda del violín. Aún seguía en el suelo, al lado de su silla. De nuevo, miró hacia arriba y comprobó que Peter saltaba ya a la platea, desde donde iba ganando filas en dirección al escenario.

La puerta de salida de los músicos estaba atorada y demasiado lejos.

No había muchas opciones.

Pensó en hacerse sitio a codazos, en empujarlos a todos, pero lo único que hizo fue dejar el violín en el suelo y abrazarse a lo que consideró el objeto más importante del mundo: su funda.

Entonces Peter saltó y se metió en el foso. En medio del rebumbio, jadeaba con fuerza para recuperar el resuello. Ambos se quedaron frente a frente, quietos, mirándose. Lukas estaba abrazado a su funda.

El periodista negó con la cabeza y lo que le dijo a continuación fue casi inaudible, pero el músico lo entendió perfectamente:

—Lo siento.

Y descargó un puñetazo en toda su cara, tumbándolo al instante. La funda no se desprendió de su cuerpo, pero su nariz estuvo a punto de hacerlo: empezó a sangrar. Lukas estaba conmocionado.

Rápidamente, Peter descorrió la cremallera y sacó un tubo de plástico transparente en cuyo interior se veía un papel antiguo con notas musicales manuscritas. Lo agitó ligeramente como un trofeo y volvió a saltar hacia el patio de butacas llevándose el cilindro.

Ahora el pasillo central estaba algo más despejado, pero prefirió una salida lateral.

Miró su reloj.

20:58.

Se hizo sitio a empujones, tirando gente al suelo para alcanzar el vestíbulo y de ahí pasó a la terraza de la fachada frontal. No había nadie.

20:59.

Se asomó a la balconada y, al mirar hacia la derecha, vio a Moonderlock en una pequeña terraza aledaña. A toda velocidad, entró de nuevo en el *foyer* y corrió hacia la esquina, donde una puerta daba acceso a la zona en la que el informático ya lo esperaba.

21:00.

Se detuvo frente a él.

Moonderlock vestía un elegante esmoquin que, a diferencia del de Peter, estaba impecable.

El informático levantó su móvil.

—¡Lo felicito, señor Dauson! Ha cumplido.

Afuera, en la plaza, se oían gritos de personas que se alejaban corriendo del teatro.

Peter estiró el brazo y le dio el cilindro. Moonderlock lo abrió, desplegó cuidadosamente la partitura y fue entonces cuando el periodista pudo ver por primera vez el objeto que había ocasionado tanto sufrimiento. Como las secuencias de una película, por su mente pasaron los asesinatos, los rostros de angustia de Erika y Silvia y también imaginó a Mágirus siendo torturado por no querer revelar la Clave de Mozart…

—Admito que tenía dudas —asintió Moonderlock.

—No ha sido fácil.

—Para ninguno de los dos.

—¿Cumplirá ahora su palabra? —quiso saber Peter.

Moonderlock vio a través de la cristalera que varios agentes de seguridad corrían por el *foyer* mirando hacia las terrazas.

—No tengo mucho tiempo, señor Dauson, pero no quería despedirme sin decirle que el pacto de caballeros se termina en este momento. —Echó un vistazo hacia abajo asomándose a la barandilla —. A partir de ahora, empieza otra historia… aunque un caballero nunca deja de serlo.

Los agentes entraron en la gran terraza y los vieron en la de al lado. A toda prisa regresaron al vestíbulo para hacer el mismo recorrido que Peter.

—No habíamos quedado en eso.

—No habíamos quedado en nada más —replicó Moonderlock sentándose en la balconada.

En ese momento, se abrió violentamente la puerta de la terraza y los agentes se lanzaron a por ellos.

Moonderlock se giró para ponerse en disposición de saltar al vacío y su móvil se cayó al suelo. Sin esperar más, dio un impulso hacia adelante y saltó.

Peter esquivó la mano de uno de los guardias y corrió hasta la barandilla, se agachó y se asomó. Vio a Moonderlock tendido sobre una gran colchoneta inflable que comenzaba a deshincharse. Sin pensárselo, se encaramó a la parte exterior de la balaustrada agarrándose a un canalón. El agente y su compañero se lanzaron para intentar agarrarlo, pero Peter ya se había soltado y descendía a toda velocidad los casi ocho metros que lo separaban del suelo.

Fue un golpe tremendo.

Tuvo suerte de que a la colchoneta todavía le quedara algo de aire. Eso amortiguó su caída, pero no evitó que saliera rebotado y se golpeara la cara contra el suelo adoquinado, lo que le provocó una herida en la mejilla.

A unos metros de él, en la calle lateral donde alguien había colocado la colchoneta (la justificación era una falsa campaña contra el maltrato infantil), varios policías revisaban la documentación que habían solicitado a los hombres responsables de la infraestructura.

Sin embargo, ya no había ni rastro de Abraham Moonderlock.

Al reponerse, Peter miró hacia arriba y vio a los agentes de seguridad asomados a la terraza gritando a los policías para que lo detuvieran y, al girarse hacia la plaza, vio a Moonderlock corriendo con el cilindro en la mano. Le llevaba una considerable ventaja. Se puso en pie y echó a correr tras él en dirección a Via Manzoni.

En ese tiempo, mientras los agentes dejaban a los encargados de la colchoneta y prestaban atención a los de arriba, Peter ya estaba a la altura de la fachada de la Scala pasando por los arcos centrales.

No podía más. Le dolía todo. Pero, aun así, siguió corriendo y se adentró en una de las calles más lujosas de Milán —en el denominado *Quadrilatero della Moda*—, que en esas fechas realzaba su belleza con una decoración navideña de lo más elegante y sofisticada.

Moonderlock corría. Peter corría. Y detrás de ellos, se organizaban sus perseguidores. Las primeras sirenas se oyeron en la noche de Milán.

Ya no se trataba de un hombre huyendo de otro.

Eran dos huyendo de muchos.

36

Lo malo de tirarse desde ocho metros de altura, por mucho que uno se agarre a un canalón y caiga sobre una colchoneta, es que la caída suele tener consecuencias.

Y la de Peter las tuvo.

Al poco de seguir corriendo, notó un fuerte dolor en el tobillo derecho y, aunque le estaba dando alcance a Moonderlock, tuvo que reducir la carrera.

Cuando iba a perderlo de vista, vio que se subía a un tranvía que acababa de iniciar la marcha y, aunque el vehículo no iba muy rápido —los pasos de peatones enlentecían su marcha—, la velocidad mantenida lo alejaba cada vez más, siendo imposible de alcanzar para Peter.

O hacía algo o definitivamente lo perdería.

Entonces vio una pizzería.

No atendía al público; solamente servía a domicilio. Y delante de ella, unas motos. En su juventud, para pagarse parte de sus estudios universitarios, Peter había trabajado un tiempo como repartidor y sabía que, en las horas punta, los motoristas dejaban las motos sin candado y a veces con las llaves puestas para agilizar la entrega de los pedidos. No era recomendable, pero todos lo hacían, y de esta manera ganaban unos preciosos segundos sin necesidad de procedimientos de desbloqueo.

En la acera había tres motos, una Vespa y dos ciclomotores; sus conductores estaban dentro terminando de cargar las mochilas.

No le quedaba mucho margen de maniobra. Echó un vistazo y vio que el tranvía ya casi desaparecía de su vista mientras las motos seguían ahí, quietas, diciéndole: «Tómanos».

En efecto, las tres tenían las llaves puestas. Así que lo primero que hizo fue coger las de las otras dos —sabía por experiencia que, cuando se roba una moto de una pizzería, enseguida salen a dar caza al ladrón— y luego se montó en la Vespa y arrancó, cuidándose de no resbalar sobre los adoquines mojados a causa de la fina llovizna que había caído.

Por supuesto, enseguida salieron algunos chicos insultándolo, pero ya era tarde. Via Manzoni es muy larga y ruidosa a esas horas y, como a todos los ladrones de motos, a Peter también le falló el oído cuando le gritaban mientras enfilaba la calle a toda velocidad siguiendo los raíles del tranvía.

De esta manera, no tardó en darle alcance, incluso se permitió no rebasarlo para evitar que Moonderlock viera que lo seguía, y así se mantuvo, a una distancia prudencial, mientras prestaba atención a las paradas por si se bajaba en alguna.

No lo hizo.

Esperó detrás hasta llegar a las inmediaciones de Milano Centrale —la estación de tren— sin saber que Moonderlock ya lo tenía todo controlado: por el cristal trasero, este vio una moto y a un hombre vestido de esmoquin conduciéndola. Aprovechó que el tranvía bordeaba la explanada de la estación y esperó a que la moto se pegara al máximo a la trasera del vehículo para accionar el freno de emergencia. Peter no pudo evitarlo; derrapó y chocó contra el

tranvía a una velocidad que le hizo perder el equilibrio y caer sobre la calle adoquinada.

En medio de la confusión de los viajeros, Moonderlock abrió la puerta y salió corriendo. Algunos peatones acudieron a auxiliar a Peter, quien tenía la cara ensangrentada y erosiones en las manos. Les dio las gracias, dejó la moto tirada y echó a correr hacia la estación.

En realidad, todo estaba a favor de desaparecer sin que a nadie le importara: la noche, el frío, los desconocidos (alguien pensaría, incluso, que Peter era un desequilibrado en esmoquin salido de cualquier tugurio) y, encima, era Navidad. Lo que menos quiere la gente en estos días son problemas, así que, si el tipo ese salió corriendo después de accidentarse, allá él.

Peter corría. Ahora estaba más cerca.

Pero no lo suficiente.

En la entrada de la estación, Moonderlock vio a una pareja de *carabinieri* y, en medio de la explanada, una patrulla de la Polizia Locale que hablaba con algunos viajeros; por eso, optó por dirigirse hacia uno de los laterales y, tras dejar atrás el impresionante edificio y las bóvedas de hierro y cristal que cubren los andenes, se metió por una vía de servicio que discurría paralela a una alambrada.

Más allá, la noche era cerrada y apenas había luz alumbrando el lateral de la estación. A Moonderlock le costaba cada vez más correr. Echó un vistazo hacia atrás y vio que Peter se acercaba, así que decidió meterse por un hueco de la alambrada y seguir avanzando por el tramo final de los andenes, donde ya no había viajeros ni pavimiento. De ahí pasó a las vías y siguió corriendo entre piedras y raíles.

Peter Dauson hizo lo mismo, con la ventaja de que, a pesar del dolor en el tobillo, avanzaba más que Moonderlock y lo tenía cada vez más cerca. Incluso tuvo otra ventaja competitiva: en el andén había un rastro de sangre.

En aquella zona, distante unos trescientos metros del edificio de la estación, ya solo había algunas casetas de servicio y un laberinto de raíles; y al fondo, un túnel.

La persecución terminó cuando Moonderlock metió el pie entre dos vías y el zapato se le quedó atascado. Hizo un último intento y tiró con fuerza, pero acabó descalzándose y siguió corriendo unos cuantos metros hasta que las piedras comenzaron a hacerle heridas en el pie.

Y ahí se detuvo. Junto a la entrada del túnel. Peter Dauson llegó caminando segundos más tarde. Respiraba con dificultad, entrecortadamente.

Ambos se quedaron mirándose frente a frente y, más que dos hombres que acababan de salir de la ópera, parecían dos disfrazados después de una noche de juerga. Si no fuera por sus trajes rotos y las heridas, eso parecerían.

Lo único que se había mantenido indemne era el tubo de plástico con la partitura.

Estaban exhaustos. Moonderlock fue el primero en hablar:

—No ha estado mal, ¿verdad?

Peter no respondió.

—El dolor a veces es bueno —insistió.

—Yo ya tengo el cupo completo —respondió Dauson.

Moonderlock sonrió con desgana y sacó una pequeña pistola con la que lo apuntó.

—Todos hemos pasado lo nuestro… Pero al final nos queda la satisfacción del deber cumplido. —Puso el pie desnudo sobre un raíl para aliviarse con el frescor del acero—. ¡Por fin la tenemos, Peter! —Levantó el cilindro—. Solo nosotros… Naqistum, con todo su poder, no ha sido capaz de ganarnos la partida.

—¿Sigue creyendo que esto es un juego?

—¡Por supuesto que sí! —Señaló al entorno de la estación en la noche—. ¿Cómo lo definiría, si no?… ¿Ajedrez? El ajedrez es un deporte en el que no se suda, pero quien gana alcanza la cima del ego porque vence a su contrincante con la mente, no con los músculos.

—Igual que usted.

—Exacto —asintió—. Naqistum creyó que me equivocaba intentando anticiparme: la muerte del profesor, la Casa de las Mariposas… todo eso. Creyeron que me pondría nervioso; me compararon con una burda mafia del arte. Pero no, señor Dauson. Los que erraron fueron ellos. ¡Yo tengo la partitura!

El movimiento constante de trenes hacía difícil el diálogo y generaba, por momentos, ráfagas frías de viento.

—¿Sabe cuál fue mi mayor acierto? —Un hilo de sangre salió de su boca—. Optar por la vía sentimental. Con eso no contaba Naqistum.

Moonderlock le explicó, ya con muchas dificultades para hablar, que todo el plan estaba pensado para extorsionar a la organización, aunque tenía dudas de si su idea del arma óptima les haría claudicar; posiblemente les diera igual que millones de personas se quedaran ciegas.

Sin embargo, al saltar la alarma por la aparición de la partitura y conocer a sus protagonistas —el candidato al Nobel y su amante—,

Moonderlock cambió de estrategia: ya no se trataba de extorsionar al poder, sino al amor.

Solo tuvo que averiguar los puntos débiles de cada uno y simplificar el plan. El profesor era un objetivo fácil, endeble y pusilánime, incapaz de ofrecer resistencia.

Con la mujer, Silvia Weits, tampoco resultó difícil: al conocer que en su pasado hubo un periodista con el que mantuvo una relación, Moonderlock descubrió un magnífico punto débil, por supuesto, incluyendo la amenaza al hijo de ella, algo que Naqistum ya estaba gestionando perfectamente.

Así pues, tan solo quedaba por encontrar la debilidad del tercer actor, Peter Dauson. Y Moonderlock la encontró: se llamaba Erika Bagner, su querida amiga y directora de la Casa de Mozart.

—Ya ve… —se lamentó Moonderlock—, tanta tecnología, tanto poder y al final manda el corazón.

Seguía apuntándolo con la pistola, pero su pulso temblaba cada vez más. Entonces estiró el brazo y le ofreció la partitura.

—Tenga, Peter, usted gana. Ahora el poder es suyo; verá cómo le gusta. —Cogió el cilindro. Estaba ensangrentado—. Aquí tiene la Clave de Mozart y las instrucciones para descifrarla… «Initium sapientiæ timor Domini»… El miedo es bueno, créame: yo lo tuve y sentí vergüenza. Cada vez que aquel monje me llevaba al sótano, yo deseaba salir vivo para tener la oportunidad de vengarme, como hice con todos los que se burlaron de mí y con aquellos que no entienden que el mundo es algo más que avaricia y egoísmo. Sienta bien vengarse. Saldar cuentas. Yo aprendí. He cumplido mi misión.

Moonderlock tiró la pistola. Luego se apartó la chaqueta y Peter vio la camisa empapada de sangre. Incluso se notaba el fluido

goteando.

Se agarró el costado del abdomen y apretó con fuerza en un gesto de dolor.

—Esta es una de las peores muertes —dijo Moonderlock.

Peter no se lo explicaba. ¿Se habría disparado a sí mismo? No acababa de entenderlo. Sin embargo, era fácil de explicar: al lanzarse desde la terraza, Moonderlock no vio el hierro que sobresalía de la pared. No era mucho. Apenas unos veinte centímetros. Pero estaba afilado y oxidado, y eso bastó para que, cuando su cuerpo pasó rozando el muro, aquel improvisado puñal rasgara su vientre y todo lo encontró a su paso, vísceras incluidas. No fue mucho. Tan solo penetró unos centímetros (tampoco lo del Titanic tenía importancia); sin embargo, afectó a órganos vitales y, a partir de ese momento, el destino de Abraham Moonderlock ya era irremediable: se estaba envenenando por dentro mientras se desangraba.

—Aun así, sigo siendo un caballero. —Ya sin fuerzas, señaló el arma, que había en el suelo—. No piense que fue la pistola; la culpa la tuvo una varilla.

Al fondo, por el túnel se aproximaba un tren y eso hizo que tuvieran que apurar la conversación.

Por un momento, Peter tuvo sentimientos encontrados; no llegó a ser lástima, pero detestaba el sufrimiento humano, incluso en personas como aquella.

Sin embargo, una cosa era eso y otra rememorar el daño que Moonderlock había causado. Así que, una vez más, el periodista se sobrepuso.

—¿Va a decirme dónde está enterrado Mozart? Me lo prometió.

Moonderlock, a punto de desmayarse, respondió:

—Se lo diría si fuera a matarlo… pero todo evoluciona.

Y, con las últimas fuerzas que le quedaban, dio un paso atrás en el mismo momento en que una locomotora pasaba a su lado.

Se oyeron ruidos de huesos y hierros chirriando mientras el cuerpo de Abraham Moonderlock era arrastrado por las ruedas del tren hacia la luz, hacia la bóveda de la estación donde estaban los andenes, las esperanzas, los reencuentros, las despedidas y la ilusión de la Navidad llegando a Milán.

La vida siguió su curso.

Nadie se enteró.

El tren se detuvo un centenar de metros más allá —donde le correspondía— y no fue hasta minutos después, mientras un operario revisaba las vías, cuando encontraron restos humanos esparcidos a lo largo de varios metros. Se dio la voz de alarma y empezaron los comentarios. ¿Un suicidio? ¿Llevaba puesto un esmoquin?

Pero eso fue mucho después.

Peter Dauson se había quedado quieto con el cilindro en la mano. La impresión le duró lo que tardaron los huesos en dejar de hacer ruido triturados por el tren.

Luego volvió sobre sus pasos, recorrió el reguero de sangre y salió por el hueco de la alambrada.

Un vagabundo que pasaba en ese momento a su lado le advirtió:

—Ten cuidado, tío; si te pillan colándote en las vías, te mandan de vacaciones a la trena.

Peter se sacudió el esmoquin y, antes de echar a andar, dijo:

—A lo mejor no me viene mal.

37

Cuando un grafitero está creando una obra de arte (hay que recalcarlo: una obra de arte; no pintarrajeando paredes), no se le debe molestar. Por supuesto, debe tener permiso de los dueños del muro, porque si no, se convierte en un manchador con nocturnidad cuyo objetivo es esperar a que se ponga el sol para transformar el arte en delito. Y eso no está bien.

En este caso, los chicos estaban pintarrajeando. Eran cuatro. No tendrían más de diecisiete años.

Peter Dauson se metió por el callejón y llegó a su lado. Ellos lo miraron, primero en estado de alerta, no fuera a ser un poli, pero enseguida se despreocuparon al comprobar que lo más probable era que fuera un borracho perdido en la zona vieja de Milán.

Ni una cosa ni la otra.

Se acercó cojeando y se detuvo a mirar los garabatos que estaban pintando sobre una pared inmaculadamente blanca. Les preguntó:

—¿Tenéis fuego?

El chico que estaba más cerca sacó un mechero y se lo ofreció. Los otros, ni caso.

Peter abrió el cilindro y sacó la partitura. La desenrolló y dedicó unos instantes a calibrar la importancia de lo que estaba observando. Por primera vez, en el envés de aquella hoja pautada, pudo ver unas palabras escritas en alemán con variante austríaca —como correspondía a Viena en el siglo xviii— que contenían las

instrucciones por las cuales muchas personas se habían matado, envidiado, repudiado y hasta incluso divertido. Todo por poseer un saber que te convertía en poderoso por el hecho de revelarle a alguien la fecha exacta de su muerte.

Y Peter tenía ante él esas instrucciones.

No quiso pararse a analizar. No quiso saber a qué correspondía cada símbolo. No le hacía bien. No quería.

Cuando encendió el mechero, sintió una momentánea liberación —quizá como la que experimentan los grafiteros al apretar el espray a escondidas—, pero a la vez también sintió que estaba traicionando a Mozart: aquello lo había escrito de su puño y letra y ahora él iba a eliminarlo para siempre.

Pero, entonces, pudo más la sensatez que la Historia.

Acercó la llama al envés de la partitura y al instante la tinta con la que habían sido escritas las instrucciones de la clave empezó a desaparecer en medio de un halo negruzco, como si, efectivamente, las estuviera grafiteando.

Agitó la llama en cortos movimientos, evitando que el papel llegara a quemarse, y cuando todas las instrucciones quedaron ilegibles, le dio la vuelta a la partitura para comprobar que el pentagrama y las notas de «Lacrimosa» seguían intactos. Luego envolvió el documento y lo guardó nuevamente en el cilindro de plástico.

El chico del mechero no le quitaba ojo.

—Pensé que lo querías para fumarte uno —le dijo en alusión al cigarrillo de marihuana que el joven tenía en la boca.

—Gracias —respondió Peter al devolvérselo.

Otro de los chicos salió de su trance creativo y le dijo:

—Oye, tío, aquí nada es gratis. El fuego vale dinero.

Estaba claro que no lo había visto bien. Hay que disculparlo; la noche tiene estas cosas: a veces la penumbra oculta el rostro de las personas y más en un callejón como aquel tan solitario, tan sucio, tan oscuro… Por eso, cuando Peter se giró dejando su lado derecho a la vista de la linterna que el chico llevaba en la cabeza, todos vieron su herida; le cruzaba el rostro y era más escandalosa, si cabe, porque la sangre ya se había coagulado. Cosas de besar adoquines con la mejilla.

Peter los miró y respondió:

—La vida vale más que el fuego —asintió—. Sed buenos y pintad con respeto.

Y, sin esperar respuesta, siguió andando, cada vez más cojo y más aterido.

38

Cuando una hora después llegó a la plaza de la Scala, la gente aún comentaba lo sucedido. A pesar del frío, se formaban corros y se debatía sobre el motivo que había llevado a un desequilibrado a saltar desde el público y emprenderla a puñetazos contra un violinista. El agresor no era un desarrapado, decían, sino un hombre elegante y atractivo que, encima, debía de estar en buena forma física para atreverse a bajar desde el segundo nivel de los palcos.

Nada que ver con aquella persona que se acercó cojeando a Silvia Weits y a la agente de la CIA Grace Freeman, que estaban hablando en el centro de la plaza junto a varios coches de policía.

Al verlo, Silvia se lanzó hacia él y lo abrazó. Peter sonrió con una mueca de dolor. Tenía todo el cuerpo magullado y el golpe al caer desde la terraza le estaba provocando un fuerte dolor de cabeza, al igual que la herida de la cara que, aunque más aparatosa que grave, le causaba un gran ardor en la mejilla.

Así que, si lo vieran ahora los espectadores, dirían que «de elegante y atractivo, nada». Más bien, todo lo contrario.

En lo único en que no coincidía el público era en el motivo que habría originado semejante caos. ¿Musical? Desde luego que no. La compañía que representaba *La flauta mágica* ya había cosechado grandes éxitos en anteriores montajes, y la soprano que interpretó la última aria antes de suspenderse la ópera había estado colosal como Reina de la Noche.

Así que, descartado el móvil artístico, solo quedaban dos posibilidades: o un loco o un exhibicionista.

—De momento, gana la segunda —dijo la agente Freeman al poco de empezar el diálogo.

—Me han llamado de todo menos eso —replicó él.

La mujer inspeccionó su mejilla.

—Necesita un médico.

—Quizá más tarde.

La agente había llegado esa misma tarde a Milán. Por supuesto, estaba al tanto de todo por la información que le proporcionaba su equipo y por los datos que le llegaban de Naqistum; tal era la preocupación de la organización que el propio presidente, Gregor Winmayer, acababa de llamarla sabiendo que ella era el mando de la CIA encargado del caso.

—Ante todo, no se preocupe por los quebrantos económicos, incluida la Vespa.

—No estoy preocupado.

—Pues debería —afirmó Freeman—. Provocar la suspensión de una ópera y la evacuación de la Scala son unos cuantos miles de dólares de multa, además de un delito. Pero lo ha compensado: ha neutralizado a Moonderlock.

—Le agradezco el detalle. —Peter la veía venir—. ¿Qué desea a cambio?

—Eso que lleva en la mano.

Dauson miró el cilindro. Era lo único salvable en él: con su esmoquin roto y el rostro ensangrentado, su aspecto resultaba imposible de calificar.

—La hacía mejor negociadora —repuso Peter.

—¿Por qué lo dice?

—Es usted muy previsible.

Mientras conversaban, Silvia Weits hacía lo mismo con su hijo. Todo bien: colegio, amigos, deberes, deporte… Ella tenía el rostro relajado y se arropaba con las solapas del abrigo blanco mientras sujetaba el móvil.

La agente Freeman se tomó unos segundos para pedir que le trajeran una manta al periodista y a continuación añadió:

—Verá, señor Dauson, estamos cerrando el círculo. La esposa del profesor Martin ya está en Viena para hacerse cargo del cuerpo; desde el punto de vista forense, no hay nada más que hacer. Y, por otro lado, el inspector Stoel me informa de que han aparecido dos cadáveres en el Danubio. Al parecer, son los asesinos que lo arrojaron al tanque de chocolate; tenemos sus huellas. —Se encogió de hombros sin darle importancia—. Un trabajo menos.

—¿Y qué le falta?

—La partitura. Debo llevármela.

Peter negó con la cabeza.

—Me temo que no va a ser posible. —Agarró con ambas manos el cilindro.

—Eso es algo que no contemplamos…

—Pues contémplenlo —afirmó Peter—. Ustedes y sus amigos de Naqistum tendrán que esperar, al menos, hasta que la expongan en la Casa de Mozart. Le diré a la directora que no tome ninguna medida de seguridad adicional, tan solo la vitrina, la alarma y una leyenda explicativa. Luego, si quieren, van una noche y la roban.

En los ojos de Freeman, se pudo ver un ligero brillo de condescendencia.

—La vida no es así, señor Dauson.

—La vida, señora, tiene algo que se llama ética y también bondad. Ya sé que ustedes no las practican, pero todavía hay gente que sí.

—Podría ordenar que lo detengan ahora mismo.

—Lo sé.

—¿Querría?

—No, señora. —Peter la miró buscando algo de comprensión—. Tan solo devuélvame el favor. Ya tiene su trofeo: Moonderlock. Deje que la partitura esté un tiempo donde se merece, que haga feliz a una persona que ha dedicado toda su vida a la cultura. Después, si no les queda ni una pizca de sensibilidad, asalten el museo.

Pero a Freeman no le pagaban por gestionar emociones.

—Eso es peligroso —respondió—. No podemos permitir que la clave y sus instrucciones estén fuera de control.

Peter sacó la partitura y le mostró el envés con las instrucciones totalmente ennegrecidas.

—¿Así también es peligrosa?

—¿Qué ha pasado? —Freeman se sorprendió.

Peter volvió a guardarla.

—Estamos en Milán, es diciembre… Aquí hay mucha humedad. Pero quizás a sus jefes les interese esto.

Sacó un *smartphone* del bolsillo y se lo entregó. Freeman no alcanzaba a comprender.

—Es el de Moonderlock. Se le cayó en la terraza antes de saltar. —Le guiñó un ojo—. Tal vez la asciendan…

Grace Freeman meditó un instante. Si eso era así, ese teléfono contendría información trascendental para la investigación sobre el arma óptica y permitiría neutralizar la amenaza.

Y, al instante, se dio por satisfecha.

—De acuerdo —respondió—. Nos tomaremos un tiempo para pensar en la mejor solución para todos.

Peter señaló la tableta electrónica.

—Así, sus nuevos criptógrafos tendrán trabajo.

—Todos lo tenemos, señor Dauson.

—Cierto; los poderosos no paran.

Freeman ya no quiso más choques. Le tendió la mano y apuró la despedida viendo que Silvia Weits se acercaba.

—Cúrese esa herida, Peter —dijo mirándole la mejilla—. Buena suerte.

—Igualmente, agente.

El periodista caminó unos pasos dándole tiempo a Silvia a colgar el teléfono.

—¿Qué tal con la CIA? —preguntó ella.

—¿Con toda o con una parte?

Se fijó en que la partitura seguía en sus manos.

—¿Cómo lo has hecho?

—Le dije que Mozart era un bulo, un producto publicitario.

De pronto, ella cambió el semblante.

—Peter, una parte de mí quiere pedirte perdón…

Él le tapó la boca con un dedo.

—Ahora no. —Abrió los brazos mostrándole el desastre en el que se había convertido—. Esta conversación es mejor con un aperitivo delante… servido en mesa.

—Peter, yo…

—Gracias —la interrumpió de nuevo—. Solo debemos decirnos eso. Todo lo demás sobra.

Los ojos de ella se humedecieron.

—Ha habido mucho sufrimiento —prosiguió él—. Creo que nos merecemos tranquilidad y reflexionar sobre lo que nos ha pasado desde el viernes… y desde hace mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo.

Silvia le tocó la cara y posó su mano en la mejilla herida; notó la sangre reseca.

—Gracias, Peter.

Él sonrió e intentó distender la situación.

—¿Entonces te vas mañana?

Silvia asintió.

—En ese caso, ¿qué tal una copa en el Westlight de Brooklyn? Las vistas son increíbles.

—Cuando quieras —aceptó ella—; ya sabes que Nueva York nunca duerme.

Y bastó una mirada para que él se lo preguntara:

—¿Puedo darte un abrazo?

Silvia se tomó unos segundos para responder porque sabía que no sería un abrazo cualquiera; en él iría una carga de emotividad que podría traer de nuevo los fantasmas del desamor o provocar todo lo contrario, que se fueran para siempre y los dejaran en paz.

En cualquier caso, ella decidió arriesgar y, antes de aceptar, propuso:

—De acuerdo, pero que sea algo más que un abrazo protector.

A vista de dron, la plaza de la Scala se veía llena de gente. La Navidad engalanaba una de las zonas más hermosas de Milán, lo

cual contrastaba con los equipos policiales trabajando en las terrazas del teatro.

Pero lo que más llamaba la atención era esa pareja. Se fundía en un largo y prolongado abrazo, ella y él, quietos, sin besos, sin ningún otro deseo más que el de dejarse apretar por el afecto que transmitían sus brazos.

Así estuvieron unos segundos. Muchos. Después, cada uno se fue por su lado. ¿Tal vez era ese su destino? ¿Podrían las piedras de la arqueología confluir con las palabras de una noticia?

Puede que Siria no quedara tan lejos.

¿A cuántos kilómetros de afecto?

Al final, con ese abrazo, el mundo se les quedó pequeño y Viena, Salzburgo, Bruselas y Milán se convirtieron de pronto en barrios de un mismo lugar, en el que todos queremos habitar porque es el mejor de todos: el territorio del amor.

39

Dos días después

Estaba tan concentrado en la noria del Prater que no reparó en la mujer que se acercaba caminando. Traía dos vasos de plástico en una cestita y se apoyaba ligeramente en un bastón. Su elegante abrigo camel, la bufanda a juego y el gorro blanco de lana se conjuntaban perfectamente con el sendero y el césped que rodeaba el parque.

Era Erika Bagner.

No necesitaron abrazos. Se miraron. Sonrieron. Peter la ayudó a sentarse en el banco.

—Toma, es el mejor capuchino de Viena. —Le ofreció un vaso y señaló hacia un quiosco-cafetería que estaba a la entrada—. En el Klitzeklein no hay lujos, pero sí placer.

Brindaron y saborearon la bebida en silencio.

Más allá, la noria giraba y se oían risas. Es lo que tiene la Navidad: si te cuesta encontrar motivos para ser feliz, ella te ayuda.

Peter se bajó las solapas del abrigo y Erika se fijó en la herida de la mejilla.

—Las hubo peores —dijo él.

—Pero ya se curaron.

—Casi.

Los diálogos entre ambos eran así, nada convencionales, como tampoco el cariño que se tenían. No podía decirse que Erika y Peter tuvieran una relación afectiva estilo madre-hijo, ni que los treinta años que se llevaban permitieran una amistad al uso. Pero les iba bien. Muy bien. Tanto, que el amor incondicional que se tenían incluía una confianza sin fisuras. No hacía falta preguntar porque todo se sabía antes de la respuesta.

—Siempre que vengo aquí —recordó ella—, pienso si Mozart y Constanze disfrutarían de esta vista.

—Es posible; el Prater apenas ha cambiado.

—Solo cambia la gente.

—Y las cosas… —puntualizó él.

Peter sacó la partitura y se la dio.

Erika miró con admiración el original de «Lacrimosa». Por primera vez, tenían entre sus manos la obra más famosa de Mozart; en este caso, la copia manuscrita hecha por el compositor horas antes de morir. También vio aquellos extraños símbolos entre el título y el pentagrama que parecían disputarle el protagonismo a las notas.

Al darle la vuelta, se fijó en la parte ennegrecida. Ni una sola letra se había salvado.

—¿Y las instrucciones? —preguntó ella.

—Mozart componía música, no textos.

Erika lo entendió. Con la fórmula imposible de descifrar, la partitura volvía a tener el carácter que siempre mereció: sería valorada solamente por su música.

—Es mejor así… —asintió ella, pasando un dedo para comprobar que no era carbonilla. Peter ya le había avanzado por teléfono lo que había hecho con el mechero para borrar el rastro.

—Si esto quebranta la voluntad de Mozart, lo siento —repuso Peter—. Estoy seguro de que jamás habría imaginado tanto sufrimiento.

—Ni los genios son perfectos.

Erika se tomó unos segundos para examinar el documento y comprobar que había estado a punto de quemarse.

—Has arriesgado mucho…

—Siéntete afortunada —la interrumpió él—. Pensé en quemarla toda.

—¡Peter!

—Aún estamos a tiempo. Sabes el poco apego que le tengo a las cosas.

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Es Mozart! —Erika movió la cabeza sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Y enfatizó—: ¡Es tu Mozart!

Él le quitó amablemente el documento y lo guardó en el cilindro. Luego le pasó un brazo por el hombro.

—Querida… —Apoyó su cabeza contra la de ella y ambos se quedaron mirando a la noria—, solo el espíritu permanece vivo. Si yo pensara que las cosas son importantes, me pasaría todo el tiempo rodeado de los objetos de Adele. —De pronto, los ojos se le humedecieron—. Recuerdo su peluche preferido, la almohada con el olor a su cabello, el diario que escribía… ¿Sabes que al hojearlo siempre me devuelve su aroma? Ella me lo mostraba orgullosa; cada día me leía algo. —Sonrió con las lágrimas a punto de desbordarse —. Pero todo eso son cosas, Erika. ¿Importan? Sí, pero lo principal es su recuerdo. —Se tocó el pecho—. Y eso lo llevo aquí.

Jugueteó un instante con el cilindro, ya limpio de sangre. A través del plástico, se podía ver la partitura.

—No voy a quemarla —la tranquilizó—, pero tampoco me importa mucho…

Erika prefirió el silencio. Él también.

Apuraron el café mientras la tarde iba cayendo sobre Viena. Varias parejas paseaban de la mano y algunos niños correteaban buscando las zonas sombrías donde aún quedaban restos de nieve.

Entonces, ella continuó:

—¿A ti te gustaría conocer la fecha de tu muerte?

Peter la miró con sorpresa.

—No cuentes conmigo: Mozart ya me resucitó.

—Yo tampoco querría. —Y añadió—: ¿Debo preocuparme por esa gente?

—No —aseguró Peter—. Solo lastiman a quien le disputa el poder.

—¿Y si vienen al museo?

—Los dejas entrar.

—Quizá no la roben… quizá me la pidan. —Más que en ella, Erika pensaba en los visitantes del museo y en la oportunidad que tendrían de poder admirar una obra única de la música.

—En ese caso, dásela.

—¿Así de fácil?

Peter se levantó, cogió el bastón y la ayudó a ponerse en pie. Tiró los vasos en una papelera y ambos comenzaron a caminar lentamente.

—Estos días solamente me ha preocupado una cosa: tu bienestar. Sabes que no soy vengativo ni rencoroso, pero cuando vi a Moonderlock suicidarse, créeme que no tuve remordimientos. —Erika iba de su brazo y ambos se encaminaban hacia la salida del parque—. Así lo quiso él y yo me sentí aliviado.

—No es culpa tuya.

—Lo sé. Pero pienso en cómo somos las personas: de pronto, te nace un hijo y, a los pocos segundos, sin conocerlo de nada, ya das la vida por él. Sin embargo, otras veces, ves morir a alguien y no sientes absolutamente nada. No te afecta. No va contigo. La vida sigue.

—Todo cambia, para que nada cambie, Peter.

Él la miró.

—Por eso me importan las personas, no las cosas.

Llegaron al final del parque y, a unos metros de distancia, había un coche aparcado. Un hombre se bajó y abrió la puerta trasera.

—¿Desde cuándo tienes chófer? —preguntó Peter.

—Desde que mi tobillo quiso. —Le agarró el brazo como si acabara de recordar algo.

—Oye, ¿y eso de irte a Nueva York?…

—Necesito unas vacaciones —confesó Peter.

—Bonita ciudad.

—Sí, y además allí hay buena gente.

Ella le sonrió con cariño.

—Contigo al lado todos somos mejores.

El chófer apartó la mirada cuando se abrazaron y, justo en ese instante, la noria paró de girar. Parecía, incluso, que la gente que paseaba por el parque también se había congelado en una imagen donde solo el afecto se movía a su alrededor.

Entonces Peter se quitó su mochila y se la puso a ella a la espalda. Dentro iba un cilindro de plástico con una partitura que era

importante, sí, pero no tanto como aquel abrazo. Las cosas son eso: cosas materiales.

Sin embargo, el amor, aunque no se ve ni ocupa espacio dentro de una mochila, siempre lo llena todo. Como ocurría en aquel momento: la fuerza del cariño empujaba y, entre esas dos personas, no había edad ni bastones ni nada que pudiera interponerse; eran dos corazones nobles latiendo a la vez.

Erika le agarró la cara con cuidado de no dañarle la mejilla y dijo:

—Te quiero, periodista.

Y él respondió:

—Te quiero, directora.

Epílogo

Cuando los informáticos de la CIA analizaron el teléfono móvil de Abraham Moonderlock, además de recuperar la información sobre el arma óptica, lograron acceder a datos encriptados que permitieron desmantelar OutSpace, la organización creada por Moonderlock con apariencia de consultora, cuya finalidad era socavar el avance tecnológico para que la sociedad involucionase hasta la época anterior a la aparición de Internet.

Por supuesto, la empresa y sus filiales fueron cerradas, hubo detenciones y condenas y se produjo el despido masivo del medio millar de empleados repartidos por varios países.

Todo el trabajo de Moonderlock y su equipo para acceder a los códigos de la Seguridad Nacional de Estados Unidos fue interceptado y desactivado.

Ciertamente, su móvil estaba preparado para ser accionado y dejar ciegas a millones de personas. Lo que ocurrió fue que, en el último momento, antes de saltar de la terraza, simplemente no lo hizo.

El volcado de datos también facilitó las pistas para esclarecer los asesinatos del guardia de la Casa de las Mariposas, del campanero de Salzburgo y de Mágirus Bueno, el cuidador del osario de Hallstatt. Los restos de este último —casi todos— fueron encontrados en un vertedero próximo al pueblo; lo único que no estaba allí era su cráneo, el cual, tras un meticuloso análisis de los cientos de

calaveras del museo, fue hallado en una de las salas del osario. En él, los asesinos habían pintado torpemente una flor de acónito, que simboliza el silencio y el peligro. Junto a la flor, pintaron también con antigua grafía alemana la palabra *Ewiges Schweigen*, que significa «silencio eterno».

De esta manera, los restos de Mágirus recibieron sepultura para que su alma descansara en paz y sus vecinos pudieran honrar su memoria.

En cuanto a la partitura de «Lacrimosa», tras permanecer un tiempo bajo la custodia de Erika Bagner, hoy se guarda en la Biblioteca Nacional de Austria. No hay noticias concluyentes de los trabajos de restauración, pero se sabe que los forenses lograron reparar parte de la carbonización del papel producida por el mechero que Peter Dauson aplicó sobre el documento. Dicen que la tinta penetró en su día en capas más profundas y por eso aguantó mejor el calor.

Naqistum, por su parte, vio seriamente comprometida su reputación y eso provocó el descabezamiento de la organización apenas tres meses después de los hechos. Gregor Winmayer fue destituido, le agradecieron los servicios prestados y le aconsejaron que se retirara a descansar a su castillo de Liechtenstein. Allí falleció por causas naturales dos años después.

Más rápida fue la muerte de su sobrino, el violinista Lukas Volkheim. Tras el incidente en Milán, no volvió a tocar en la Filarmónica de Viena ni en ninguna otra orquesta durante varios meses. En el verano siguiente, una calurosa madrugada, su cuerpo fue encontrado en la calle donde vivía. Al parecer, se había tirado desde la buhardilla. El asunto se cerró así: bastó comprobar que

estaba solo en casa cuando cayó al vacío y corroborar el testimonio de los vecinos. Todos coincidían en el carácter solitario y poco hablador del joven, quien apenas se relacionaba con nadie. Nunca más lo oyeron ensayar. Su violín no había vuelto a sonar desde que regresó de Milán.

¿Y qué se supo del motivo por el cual un periodista había saltado al foso y agredido al violinista?

Nada (en realidad, nada cierto). La versión oficial fue que Lukas Volkheim fue acusado del delito de receptación por tener en su poder la partitura —se la había enseñado a varios músicos antes del concierto— y Peter Dauson, definido como «el justiciero de Mozart», al enterarse del robo de Viena y seguirle la pista al documento, supo que el violista lo tenía en Milán. Así que esperó al concierto y, en un arrebato de superhéroe —eso dijeron—, saltó desde el palco, se hizo con la partitura e intentó escapar, pero no pudo evitar que el compinche del violinista, un destacado empresario tecnológico vinculado a mafias del arte, se hiciera con el documento en la terraza del teatro y huyera.

Entonces, Dauson, con su experiencia como corresponsal de guerra, y haciendo gala de su valentía, fue tras él y lo capturó.

Lo que nadie desmintió ni investigó fue la posterior muerte de Abraham Moonderlock. Las cámaras de aquella zona de la estación corroboraron la versión de Dauson: tras una conversación entre ambos, Moonderlock dio un paso atrás y murió arrollado por un tren. «¿De qué hablaron ustedes en ese momento?», le preguntaron los investigadores a Dauson, y él respondió: «Sorteamos la partitura y me tocó a mí».

Sin embargo, lo que nunca se supo fue cómo aparecieron ahogados los asesinos del profesor Martin. La investigación se cerró argumentando que, tras beber en un pub de Viena, se dieron «un mal baño en el Danubio» (en invierno y con el agua helada), pero cosas más raras se han visto… Y sin pistas ni nadie que reclamara los cuerpos, ahí se quedó todo.

Otro dato curioso es que, nada más regresar de Milán, Peter Dauson dejó de cubrir la información musical y regresó a la sección de Sucesos. Le dijo a su jefe del *Krone* que algo se había reactivado en él al ser uno de los protagonistas del caso. Y volvió a lo suyo.

Desde entonces, sus crónicas son de las más leídas porque, ya se sabe, a la gente le gusta leer historias humanas con contenido poco humano. Y el crimen, como la fe, mueve montañas.

Pero lo que sí ha cambiado en la vida de Peter Dauson son sus viajes: en lugar de pasarse buena parte de su existencia yendo a conflictos bélicos, ahora visita mucho Nueva York, concretamente un *rooftop* que hay en Brooklyn, el Westlight. Como ya ha ido muchas veces, también se ha tomado alguna copa en otras terrazas de la ciudad, siempre acompañado por Silvia Weits.

Es la gran incógnita de esta historia, lo único que no hemos podido saber: ¿De qué hablan?… Teniendo en cuenta que ella es arqueóloga y él periodista, no tienen, técnicamente, muchas cosas en común; quizás hablen de literatura, de deporte o tal vez prefieran reposar su diálogo en el terreno más placentero: el de los sentimientos.

Allí, en el «ombligo del mundo», como alguien definió a Manhattan, Silvia Weits y Peter Dauson miran hacia su interior mientras el atardecer cae sobre el río Hudson.

¿Qué ven más allá?
El tiempo lo dirá.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com